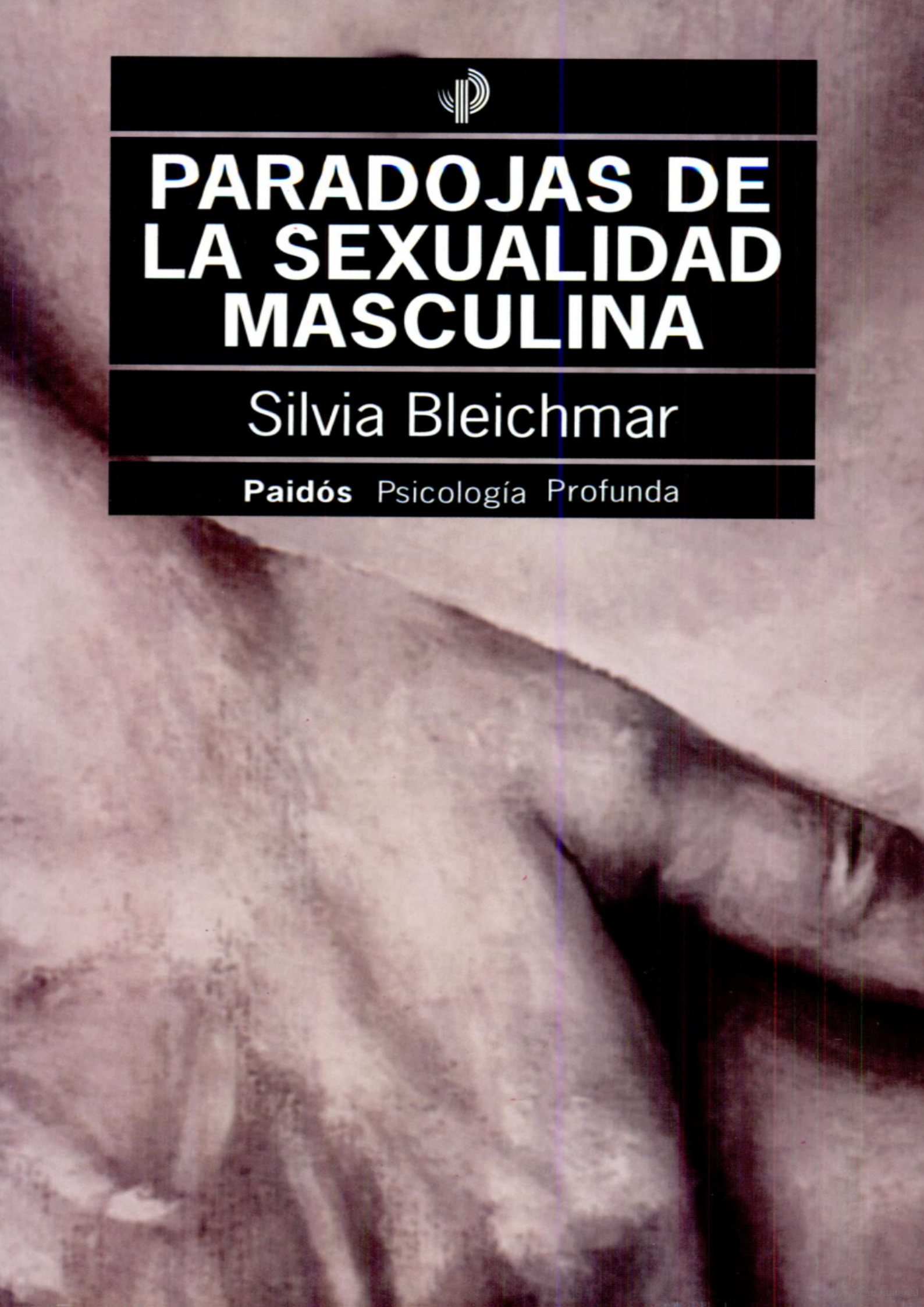

PARADOJAS DE LA SEXUALIDAD MASCULINA

Silvia Bleichmar

Paidós Psicología Profunda

Biblioteca de PSICOLOGÍA PROFUNDA
Ultimos títulos publicados

225. L. Hornstein, *Narcicismo*
226. M. Burin e I. Meler, *Varones*
227. F. Dolto, *Lo femenino*
229. J. Moizeszowicz y M. Moizeszowicz, *Psicofarmacología y territorio freudiano*
230. E. Braier (comp.), *Gemelos*
231. I. Berenstein (comp.), *Clínica familiar psicoanalítica*
233. J.-D. Nasio, *Los más famosos casos de psicosis*
236. P. Verhaeghe, *El amor en los tiempos de la soledad*
237. N. Bleichmar y C. Leiberman, *Las perspectivas del psicoanálisis*
238. D. Waisbrot, *La alienación del analista*
239. C. G. Jung, *Conflictos del alma infantil*
240. M. Schneider, *Genealogía de lo masculino*
241. L. Peskin, *Los orígenes del sujeto y su lugar en la clínica psicoanalítica*
242. B. Winograd, *Depresión: ¿enfermedad o crisis?*
243. M. Safouan, *Lacaniana. Los seminarios de Jacques Lacan 1953-1963*
244. L. Hornstein, *Intersubjetividad y clínica*
245. D. Waisbrot y otros (comps.), *Clínica psicoanalítica ante las catástrofes sociales*
246. L. Hornstein (comp.), *Proyecto terapéutico*
247. A. D. Levin de Said, *El sostén del ser*
248. I. Berenstein, *Devenir otro con otro(s)*
249. M. Rodulfo, *La clínica del niño y su interior*
250. O. F. Kernberg, *La teoría de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico*
251. S. Bleichmar, *Paradojas de la sexualidad masculina*
252. I. Vegh, *Las letras del análisis*
253. M. C. Rother Hornstein (comp.), *Adolescencias. Trayectorias turbulentas*
254. Y. Gampel, *Esos padres que viven a través de mí*
255. C. Soler, *Lo que Lacan dijo de las mujeres*
256. L. Hornstein, *Las depresiones*
257. M. Safouan, *Lacaniana. Los seminarios de Jacques Lacan 1954-1979*
258. J. D. Nasio, *El Edipo*
259. I. Berenstein, *Del ser al hacer*
260. A. Flesler, *El niño en análisis y el lugar de los padres*
261. J. Bleger, *Psicología de la conducta*
262. J. Bleger, *Psicohigiene y psicología institucional*
263. J. D. Nasio, *Mi cuerpo y sus imágenes*
264. M. Tort, *Fin del dogma paterno*

Silvia Bleichmar

PARADOJAS DE LA SEXUALIDAD MASCULINA

PAIDÓS
Buenos Aires
Barcelona
México

Cubierta de Gustavo Macri

150.195 Bleichmar, Silvia
CDD Paradojas de la sexualidad masculina.- 1ª ed. 1ª reimp.- Buenos Aires : Paidós, 2007.
256 p. ; 14x22 cm.- (Psicología profunda)

ISBN 978-950-12-4251-5

1. Psicoanálisis I. Título

1ª edición, 2006
1ª reimpresión, 2007

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2006 de todas las ediciones
Editorial Paidós SAICF
Defensa 599, Buenos Aires
e-mail: difusion@editorialpaidos.com.ar
www.paidosargentina.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Impreso en Gráfica MPS,
Santiago del Estero 338, Lanús, en enero de 2007
Tirada: 1000 ejemplares

ISBN: 978-950-12-4251-5

Copyrighted material

ÍNDICE

Prólogo 9

1. Paradojas de la constitución sexual masculina 13

2. La masculinización ritualizada 41

3. Los caminos de acceso a la masculinidad 71

4. La identidad sexual: entre la sexualidad, el sexo y el género 91

5. La batalla por la identidad 109

6. Trastornos precoces en la constitución de la identidad sexual 159

7. A la búsqueda de una envoltura materna 191

8. La atribución de identidad sexual y sus complejidades 205

9. Para puntualizar: la irreductible ajenidad del otro 225

Posfacio: la hora de un balance 245

PRÓLOGO

He intentado, a lo largo de mi trabajo, que las nuevas formas que va tomando el sufrimiento de los seres humanos se convierta en cuña capaz tanto de penetrar los aspectos anquilosados de la teoría que guía nuestra comprensión, como de poner en tela de juicio las aporías de inicio y las *impasses* que arrastra nuestro conocimiento.

No se trata de acomodar los paradigmas fundamentales del psicoanálisis a los tiempos que corren, sino de hacer decantar en ellos aquellos aspectos que aúnan el rigor teórico a la máxima fecundidad práctica. Cada vez que un enunciado es puesto en cuestión por los nuevos modos de la subjetividad, nos obliga a una revisión de sus fundamentos, en razón de que, fuera de todo relativismo, los núcleos de verdad que posee no pueden ser expulsados junto con las formas de subjetividad de los tiempos en los cuales fueron acuñados.

En razón de ello, mis interlocutores –todo lector es un interlocutor potencial para quien escribe– verán poner en cuestión en estas páginas la teoría de la castración concebida como carencia o presencia de pene, teoría sexual infantil que el psicoanálisis elaboró a partir de la subjetividad de los siglos XIX y XX, para rescatar el carácter ontológico de la falta como constitutivo de la relación al otro en el proceso de humanización.

Del mismo modo, se intentará deslindar el concepto de Edipo, como estructura fundante, del modo tradicional con el cual la familia tomó a cargo las funciones de reproducción y crianza, para resituar la asimetría constitutiva entre el niño y el adulto, asimetría sexual y simbólica, como modo determinante de la posibilidad de subjetivación.

El intento de des-moralizar el concepto de perversión para reposicionarlo respecto a una ética del semejante es parte también de las preocupaciones que nos embargan. En un mundo cuya dominancia apunta al afán de goce inmediato y barre con la preservación de sí mismo transformando al semejante en objeto, dar sustrato conceptual a las formas de esta des-subjetivación del enlace erótico entre los seres humanos cobra carácter de urgente. Ni una hipostasión de la pulsión de muerte, ni la recurrencia a una teoría de la "muerte del Padre" vaciada de todo contenido conceptual e histórico, pueden dar hoy respuesta a la cuestión, al incrementar la impotencia de nuestra perspectiva sumida en el biologismo o el estructuralismo.

La apuesta es fuerte: se trata de una renovación de nuestro compromiso de partida, pero en condiciones mucho más complejas que las de comienzo. ¿Podremos recuperar el entusiasmo de los orígenes a partir de la convicción de que las nuevas tareas ameritan no sólo una "puesta al día" sino una verdadera puesta sobre sus pies de los enunciados de base?

La discreta resignación de muchos discursos analíticos se asemeja más a la "tolerancia senil" de la decadencia que a la madurez crítica de la potencia realizada. No se trata sin embargo de propiciar un fervor intemperante del debate, pero sí de volver a experimentar el entusiasmo, el cual encontrará su garantía tanto en la convicción de que no sólo no está todo hecho y basta con defenderlo, sino que hay que partir de nuevo sobre la base de revisar, separar, descartar y recuperar en nuevos desarrollos lo que ya poseemos.

Si la asunción de una herencia implica trabajar para ganársela, no es tarea menor separar de ella lo inservible, lo que hace obstáculo a su despliegue pleno, sabiendo que quienes nos hicieron el legado intentaron darnos lo mejor, pero no pudieron dejar de concebir lo mejor en términos de la época que les tocó vivir y de la historia que los marcó. En la necesaria combinación entre la filiación –que siempre se establece sobre la base del amor– y la capacidad crítica –que no implica destrucción sino deconstrucción– reside el futuro de toda herencia. De este modo nos posicionamos ante el pensamiento de los analistas que nos precedieron, para que su legado no se fetichice ni se destruya.

A lo largo del trabajo de estos años sobre las ideas cuya evolución se puede seguir en estas páginas, el respeto y el amor de quienes me rodean fue no sólo el marco sino el entramado necesario para poder desplegar mi trabajo. Mi familia, mis amigos, pacientes y discípulos estimularon y ayudaron a dar forma a mi pensamiento. A todos ellos doy mi agradecimiento. Y en particular, no a la tolerancia sino a la comprensión y entusiasmo con la cual los hombres de mi entorno acompañaron mis reflexiones. Se podría decir que he tenido la virtud o la suerte de dar con compañeros de ruta de mente amplia y espíritu travieso como para acompañar mi intención de empujar la teoría hasta el límite y barrer las migas del prejuicio de nuestras alacenas. En parte es cierto, pero también lo es que todo ser humano honesto y no guiado por intereses mezquinos está dispuesto a aportar a esa tarea. Tal vez la suerte radique en eso: en no verse obligado a renunciar a nuestras convicciones, y sentirnos acompañados por el respeto y el amor de los que nos rodean.

SILVIA BLEICHMAR
Buenos Aires, enero de 2006.

1. PARADOJAS DE LA CONSTITUCIÓN SEXUAL MASCULINA*

El psicoanálisis mantiene una deuda con los hombres que se han aventurado al diván. Una deuda clínica, pero también una deuda ética. Esta deuda es, en primer lugar, con nuestros pacientes, por haber interpretado sus fantasmas de masculinización –que en muchos casos se expresan tendidos hacia la búsqueda de incorporación de la virilidad a partir de la relación con otro hombre– como fantasmas homosexuales. Su consecuencia ha sido haber coagulado la angustia y el sufrimiento a partir de este modo de cualificación de las representaciones emergentes, sin ofrecer otra alternativa más que la aceptación resignada de aspectos "homosexuales inconcientes" a los hombres que por ellas se ven embargados.

La deuda clínica y ética se reduplica con la deuda teórica que sostenemos los psicoanalistas con nuestra propia teo-

* Este trabajo, basado en un texto publicado originariamente en *Revista de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados* (nº 18, Buenos Aires, 1992), da cuenta de las modificaciones por las cuales ha pasado mi pensamiento desde entonces. Al releer el texto original para incluirlo en este volumen, intenté modificar vacilaciones y dificultades en la formulación de la hipótesis de partida. Así me di cuenta, finalmente, de que doce años han permitido dar un paso más en mi procesamiento teórico-práctico, imponiendo más cambios que los que supuse al inicio.

ría, a la cual no hemos aún desembargado de los remanentes nocionales que entorpecen su marcha. Ya es hora de poner en cuestión la permanencia de una concepción espontánea acerca de la intencionalidad inconciente que da por tierra con el descubrimiento freudiano originario: el hecho de que el inconciente, cerrado a toda referencialidad, funcionando bajo la legalidad del proceso primario, despojado, en definitiva, de subjetividad en sentido estricto, no sea volitivo ni intencional. Por esta razón jamás se podría afirmar que el deseo que se expresa da cuenta de una "identidad inconciente" que el sujeto de conciencia desconoce, como si al emerger los fantasmas inconcientes que en él habitan remitiesen a la existencia de un sujeto subyacente "verdadero", suerte de segunda conciencia, opuesta a la que fenoménicamente nos ofrece lo manifiesto. Nadie puede *ser en el inconciente* lo opuesto a aquello que es en la conciencia, en razón de que *nadie puede, simplemente, ser en el inconciente*. Razonamiento que concluye necesariamente con la afirmación de que ninguna fantasía puede ser interpretada como si diera cuenta de un otro que no reconocemos ser. No "se es egoísta" porque se descubra una moción egoísta, ni "se es malvado" porque se descubra una moción de odio; el análisis da cuenta de aspectos que el sujeto desconoce de sí mismo, lo cual no implica la sustitución del ser por la parte, ni la sustancialización de la moción como modo de existencia. Del mismo modo, y como resultado obvio, no se es "homosexual en el inconciente", ya que el inconciente desconoce la disyunción que llevaría a la diferencia homosexualidad/heterosexualidad. Y la emergencia de deseos que dan cuenta de mociones que el yo reprobaría no puede ser cualificada del mismo modo en que el yo del sujeto concibe esas nociones: el de dar cuenta del "ser", vale decir, el de relevar una homogeneidad por otra.

En virtud de todo esto es que se hace necesario trabajar seriamente en la posibilidad de hacernos cargo de nuevos desarrollos psicoanalíticos sobre la sexualidad masculina,

tema con el cual estamos en mora. La presencia del pene real ha operado como un obstáculo epistémico, al llevar a considerar que la sexualidad masculina recorre un camino lineal, en razón de que el niño varón conserva el objeto primario junto con el órgano de origen, en una contigüidad que se muestra hoy poco fecunda. Durante más de un siglo se sostuvo la ilusión de que la teoría sexual de la masculinidad no ofrecía grandes interrogantes ni estaba abierta a revisiones en el seno del freudismo. Sin embargo, tanto nuestra clínica cotidiana como un sinnúmero de fenómenos históricamente novedosos pusieron de manifiesto que una puesta al día se hacía necesaria, al percibir que la riqueza de los mismos excedía, en mucho, ciertas nociones abrochadas que operaban como eje de nuestro pensamiento. Es curioso comprobar que, mientras el material recogido en análisis de mujeres es inmediatamente generalizado y trabajado en función del intento de constituir una teoría de la feminidad, no ocurre lo mismo con los análisis de sujetos masculinos, y que una gran parte de lo que de ellos surge con respecto a las vicisitudes de la sexualidad es remitida a la singularidad de una subjetividad en proceso, sin que generalizaciones ni revisiones teóricas sean puestas de relieve.

Nos hemos habituado demasiado a que las reflexiones acerca de la sexualidad femenina constituyan el eje de gran parte de las investigaciones psicoanalíticas. En este sentido, los desarrollos de Lacan, que, invirtiendo la fórmula levistraussiana, proponen que en el centro de la sociedad está la mujer intercambiando hijos por falos simbólicos, el acceso a nuevos modos de concebir la castración a partir de su pensamiento y, junto a ello, la recuperación de los trabajos freudianos de la década del veinte, han hecho bascular nuestras preocupaciones de tal modo que gran parte de las producciones sobre la sexualidad giran en torno a la pregunta inicial, lanzada por Freud, acerca del misterio que encierra la feminidad. Sin embargo, el hecho de que nuestra práctica se despliegue en un entorno en el cual el

auge de los movimientos sociales que plantean interrogantes e intentan dar respuesta a los nuevos modos de ejercicio de la sexualidad confluye con los debates que reubican las cuestiones atinentes al posicionamiento de hombres y mujeres ante las transformaciones que desarticulan –al menos en ciertas regiones del mundo– las representaciones tradicionales de género, obliga a nuevas revisiones. Los nuevos fenómenos históricos, que proponen nuevos modos de representación social, nos orientan y en cierto modo nos precipitan, desde una perspectiva sociológica de alcances ideológicos, en una dirección capaz de conmover nuestras líneas directrices de pensamiento.

Hace ya algunos años, sin embargo, que desde el interior de la clínica misma se marcan las insuficiencias de nuestra teoría ante nuevos modos de ejercicio de la sexualidad que señalan los límites de una práctica sostenida en enunciados que ya registran poco alcance para el cercamiento y la transformación de los fenómenos que enfrentamos. El descubrimiento freudiano de la "angustia de castración" se revela insuficiente para analizar hoy a nuestros pacientes, y la reducción de cualquier angustia narcisista a esta última se muestra empobrecedora y pliega nuestro trabajo sobre enunciados repetidos. Que el niño varón tema a la pasivización a la cual puede ser sometido por el abuso sexual en una cultura en la cual éste se ha vuelto cotidiano, no puede resumirse como un nuevo modo de la angustia de castración. La ecuación pene-virilidad es un punto de partida, no de llegada, que se despliega de múltiples formas en una sociedad en la cual, para aludir a la fórmula freudiana hoy vigente, dinero-potencia ocupa un lugar más importante que pene-potencia. Como lo formuló claramente un niño en el marco de una sesión analítica: "¿Por qué a los pobres les cortan una pierna? ¡Yo no quiero que si me cortan una pierna me vuelva pobre!". Este testimonio da cuenta, de un modo extraordinario, de que la integridad que proporciona la fortuna puede ser un articulador narcisista de mayor calibre que la identidad corporal...

Desarrollaré estas cuestiones en otros capítulos, pero creo necesario enunciarlas para mostrar que las preocupaciones que hoy expongo surgen de una práctica contextuada que acorrala las dosis de verdad que encierran los paradigmas psicoanalíticos de base. En mi caso, fue una situación surgida inicialmente de la práctica clínica la que me obligó, hace ya tiempo, a revisar la teoría en la cual me había instalado al inicio, incitándome hacia la apertura de una línea de investigación cuyos resultados hoy doy a conocer. Ese primer interrogante surgió a partir del proceso de la cura emprendida con un niño, que llamaré Manuel, que tenía entonces 7 años de edad.[1] La consulta había sido realizada a partir de un síntoma que consistía en morderse el cuello de su ropa hasta desgarrarlo, unido a una actitud general pasiva. La constelación edípica en la cual se constituía estaba fuertemente marcada por la presencia de una madre muy narcisista, con cierta actitud desvalorizante hacia el padre; este último asumía, por otra parte, el lugar secundario otorgado, ejerciendo sus funciones parentales de un modo tal que hacía posible el despliegue apropiatorio que esta mujer operaba.

No daré cuenta acá de todo el proceso, sino de ese momento en el cual algo se enunció como un límite de la teorización y obligó a una revisión de sus bases. Habíamos trabajado largamente con este niño su sensación asfixiante de estar encapsulado en el interior materno, su temor a desprenderse de esta posición inicialmente atribuida, el intento desesperado por desgarrar, a través de sus vestimentas, el tegumento envolvente que lo contenía al mismo

1. Consulta realizada en 1982. Se habían cumplido con creces, en el momento de la primera publicación de este texto, los nueve años de espera que Freud, a partir de Horacio, recomienda como reserva para dar a luz una verdad conjeturada. Véase Freud, S. (1925): "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos", en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu Ediciones (AE), vol. XIX, 1978-1985, p. 267.

tiempo que lo sometía, y el camino hacia la actividad y la masculinización parecía abrirse, luego de un año de tratamiento, cuando emergió algo que al ser escuchado de otro modo permitió, sin embargo, vislumbrar una perspectiva diferente. Estábamos en una sesión muy rica en juegos y simbolizaciones en la cual Manuel desplegaba una serie de fantasías masculino-agresivas haciendo luchar a unos soldados entre sí, estableciendo campos de batalla y zonas de riesgo, guión que los analistas que tratamos niños estamos habituados a ver reiterarse en el consultorio. De repente, los soldados empezaron a pincharse los traseros entre sí con sus bayonetas, y mientras articulaba esta escena, el niño comenzó a dar gritos en los que se conjugaban el placer y el dolor. Intervine entonces haciendo una interpretación, indudablemente clásica, respecto al deseo homosexual que el juego ponía de manifiesto; me miró espantado y en medio de una conmoción intensa comenzó a gritar: "¡No es eso, no es eso..!". Luego, mientras lloraba, agregó: "No entendés nada, no entendés nada...", y salió bruscamente del consultorio al encuentro de su padre que lo esperaba en la sala contigua, y con cuya ayuda pude hacerlo volver para continuar la sesión.

No soy de los analistas que sostienen que una interpretación certera puede producir un despliegue de angustia tan masiva. Cabía, por supuesto, la posibilidad de pensar en una defensa extrema; sin embargo, hace ya mucho tiempo he comprobado que la interpretación, cuando da en un blanco cercano al nudo del conflicto sin desembargar de modo certero lo que ha quedado obturado, desata una angustia intensa y produce el mismo dolor que el manoseo de una pústula que no termina de abrirse y drenar. Por el contrario, aquella interpretación que logra desentrañar el entramado fantasmático que da origen a la angustia proporciona alivio y genera, en muchos casos, el placer compartido del descubrimiento.

Sin embargo, la fantasía de penetración entre hombres, fácilmente calificable de homosexual, parecía estar pre-

sente desde lo manifiesto del juego aun cuando el sentido[2] no fuera obvio. ¿Qué faltaba entonces para que mi intervención fuera eficaz? Lo que yo no había percibido, aquello que no había logrado pensar –porque estaba más allá de los límites de la teoría que manejaba–, y que Manuel ponía de relieve, era lo que pudimos entender posteriormente: el deseo emergente en su juego no se agotaba en la interpretación propuesta, que partía de la concepción clásica de considerar la escena como una puesta en evidencia de la homosexualidad latente. Como se demostró en el curso de las sesiones posteriores, acababa de emerger, de manera paradójica, un deseo de masculinización a través de la incorporación del pene paterno. Este aspecto central en su producción psíquica pudo tener curso luego del pasaje de pasivo a activo que culminaba con el desprendimiento de la madre, propiciando una identificación masculina que, no habiendo encontrado una vía de realización previa, daba cuenta de un verdadero movimiento de neogénesis en el análisis, de un paso adelante en su constitución psicosexual.

Al interpretar, erróneamente, el deseo de pene sólo desde la perspectiva del deseo homosexual, atribuyéndole el mismo carácter con el cual el yo del niño podía calificarlo y en función de ello reprimirlo, lo coagulaba como tal sin haber percibido el deseo de masculinización en él implícito –que abría, paradójicamente, el camino hacia una heterosexualidad posible–. De este modo dejaba a mi paciente inerme y le producía un intenso dolor que manifestó del modo descripto. Mediante la frase "no entendés nada" expresaba el profundo sufrimiento que le producía la incomprensión padecida. Desconociendo el móvil estructural del fantasma,

2. Empleo acá "sentido" para aludir al modo en el cual Freud se refiere al síntoma: no se trata de su "significación" en el inconciente, sino de aquello que lo produce, que lo determina, que lo torna eficaz. Freud, S. (1916-1917): "Conferencias de introducción al psicoanálisis, AE, vol. XVI, p. 235.

su "sentido", sin tomar en cuenta el movimiento histórico en el que estaba inmerso, había proporcionado a mi paciente un saber acerca de sí mismo que clausuraba el proceso que el análisis había inaugurado: incorporar el pene paterno y ejercer él mismo su sadismo genital en el movimiento que lo arrancaba de la presencia capturante de la madre.

Múltiples observaciones se sumaron *a posteriori* a esta primera reflexión, engarzándose a su vez con una cuestión que parecía entrar en contradicción en la teoría misma. Sabemos, a partir de Freud, que inicialmente la madre es, para ambos sexos, el primer objeto de amor, y sigue siendo válido afirmar, junto a él, que el varón retiene este objeto en el complejo de Edipo. Por otra parte, y a través de otros elementos presentes en su obra y de las observaciones realizadas en nuestro trabajo clínico, hemos llegado a concluir que la madre de la prehistoria del complejo de Edipo no es la misma que aquella que se constituirá en objeto de deseo a partir de la instalación del reconocimiento de la diferencia sexual anatómica. La madre de la prehistoria del complejo de Edipo, investida de todos los atributos de completud con los cuales tanto la teoría como la práctica han develado su posición en la constitución psíquica, cae luego bajo el signo de la derrota narcisista que atraviesa tanto al sujeto como al objeto.

Es en razón de ello que el objeto primordial, una vez atravesado por el reconocimiento de la diferencia anatómica, se encuentra en una posición diversa a la de los orígenes, ya que entre uno y otro ha transcurrido esa "tormenta afectiva" que Freud describe en los múltiples textos elaborados a partir de 1919. El objeto ha variado, su estatuto ha cambiado, no hay continuidad directa sino una discontinuidad marcada por la ambivalencia y por la intervención de otra variable que, habiendo estado presente desde los comienzos de la vida, no cobra realmente significación hasta ese momento tanto para la niña como para el varón: el padre sexuado.

Cabría entonces indagar qué relación guardan la madre del deseo edípico –atravesada por la diferencia anatómica y deseada como objeto de amor y sexual– y el padre poseedor del atributo que lo identifica con el hijo varón, en relación con sus inscripciones previas ya existentes en el aparato psíquico del niño.[3] Los primeros tiempos de la vida están marcados por la pasividad con respecto al semejante. Siendo el niño objeto de las maniobras sexuales del adulto, deseado y atravesado por su sexualidad, las mociones pulsionales entran en correlación con el cuerpo del otro de un modo, aún, autoerótico –ya que el autoerotismo no se reduce a la relación con el propio cuerpo, sino a la posibilidad de que en el cuerpo del otro se reencuentre la representación, aislada, discreta, de un modo de goce que no se articula intersubjetivamente–. Guiado por la pulsión de indicio, sometido a los restos inscriptos de los objetos originarios, el deseo infantil se revela como activo en relación con la meta pulsional, pero conserva una radical pasividad con relación al otro.

En estos primeros tiempos no hay sujeto en el sentido estricto, sujeto del yo capaz de representarse a sí mismo y capaz de enunciarse a partir de su posicionamiento tendencial respecto al objeto. El inconciente no está tendido hacia el objeto del mundo, no es intencional ni volitivo, y, en este sentido, en su ausencia de referencialidad, es para-

3. Los nuevos modos de organización, efecto del estallido de las formas clásicas de procreación y crianza, que implican desde familias monoparentales hasta homoparentales, permitirán, en el futuro, analizar las variaciones que este esquema clásico debe sufrir. De todos modos, intento, pese a saberme atravesada aún por los modos dominantes de subjetividad de nuestro tiempo, lograr el mayor despojo posible del esquema para poder trasladarlo, hasta mostrar sus límites, a nuevos dominios. En otros capítulos el lector podrá conocer las fórmulas que propongo para redefinir desde parámetros que considero más fecundos tanto el concepto de Edipo como el de perversión.

subjetivo.[4] Si la pulsión es acéfala,[5] si el sujeto no se encuentra aún ubicado en estos primeros tiempos de la vida, sólo la constitución del sujeto del yo, correlativa al narcisismo, pero paradójicamente sepultando los representantes pulsionales en el inconciente a partir de la represión originaria, puede dar curso a una actividad que se revela en continuidad con el deseo, pero que, al mismo tiempo, guarda la terrible paradoja de estar al servicio de la defensa. La actividad del inconciente, la pasividad yoica respecto al otro, la obcecación narcisista, el rehusamiento primario al modo del negativismo, ponen de relieve el carácter profundamente amenazante de la alteridad del semejante.

¿Cómo ingresan, entonces, estas primeras inscripciones del padre en los tiempos previos a la constitución de lo originario sepultado en el inconciente? Podemos suponer que tanto en la niña como en el varón, los cuidados precoces compartidos en un comienzo, la proximidad del cuerpo del padre como metonimia del de la madre, inscriben representaciones residuales a los restos de percepción que no terminan de ser asimilados por los movimientos de *pulsación*[6] que la madre ejerce. Por otra parte, el padre –o quien

4. Volveremos sobre esta cuestión de la a-subjetividad radical del inconciente en varios tramos del desarrollo de este libro, ya que es una cuestión central para comprender nuestra oposición a la formulación de una "homosexualidad inconciente" concebida como posición sexuada de un sujeto "del" inconciente. Sólo el yo es capaz de calificar de homosexuales los deseos que, en el inconciente, no están articulados alrededor de la diferencia anatómica, articulación que, siendo del orden de la disyunción, estaría totalmente en contradicción con la legalidad del proceso primario.

5. Como la definiera Lacan en "La pulsión parcial y su circuito" (en *El Seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, cap. XIV).

6. Empleamos el término "pulsación" para referirnos a estos movimientos que Jean Laplanche ha desarrollado en su teoría de la seducción generalizada, y que dan cuenta de un modo específico y particular de constituirse mediante el ingreso de la sexualidad humana a la pulsión como residuo de las relaciones libidinales con el semejante.

ocupe el lugar de tercero– interviene desde el inicio como separador del vínculo fusional inicial con la madre –captura del niño en el fantasma de escena primitiva a partir del posicionamiento que ocupa el padre como intervalo que separa del objeto primordial, como lo definió, en última instancia, Melanie Klein, al poner de relieve su función de corte aún antes de que se establezca su carácter de interdictor–. No hay, en estos primeros tiempos de la vida, padre en el sentido de la función que el psicoanálisis ha dado al término: como instaurador, a partir de la prohibición, de los elementos constituyentes del ideal del yo y de la conciencia moral. (El niño, dice Freud, posee dos objetos de amor originarios: él mismo y la mujer que lo crió.)[7] Las renuncias pulsionales básicas, las que precipitan el sepultamiento del autoerotismo, son establecidas por el adulto que tiene a su cargo los cuidados precoces del niño, que ha sido, tradicionalmente, la mujer que engendra o toma a su cargo al niño, función que ha quedado acuñada como "materna". Y estas prohibiciones fundamentales, fundantes de toda inserción en la cultura –que culminan con la prohibición del goce intergeneracional pero que no se reducen a éste, ya que a ello se arriba luego de un conjunto de prohibiciones que residen en un rehusamiento con respecto al propio cuerpo como cesión que el ser humano realiza para poder vivir en sociedad–, se sostienen en el hecho de que el adulto a cargo ha constituido la relación con el niño de modo mediado: su amor pasional por el niño, su devoción narcisística, es atemperada por su propia prohibición interior, instaurada bajo la forma del superyó.

Del lado del niño, lo que está en juego en estas etapas precoces no es la castración –el desmedro narcisístico que implica– sino la dialéctica vida-muerte: perder el amor de la madre pone en juego el aniquilamiento del sujeto, equi-

7. Freud, S. (1914): "Introducción del narcisismo", AE, vol. XIV, p. 85.

vale a ser expulsado de un universo de protección que conlleva el des-auxilio total (*Hilflosigkeit*).[8] La interdicción del padre en el hijo varón, en sentido estricto, tal como la concebimos a partir del sepultamiento del Edipo, recae sobre el Edipo complejo, sobre el deseo hacia la madre en tanto objeto del incesto.

El pasaje de pasivo a activo parecería producirse cuando el niño, al descubrir la diferencia anatómica teorizada por él mismo[9] como castración femenina, es precipitado hacia una caída narcisista del objeto materno, caída que arrastra consigo la angustia de castración del propio niño e inaugura el movimiento que lo lanza de la identificación a la elección amorosa de objeto: "La alta estima narcisista por el pene puede basarse –dice Freud– en que la posesión de ese órgano contiene la garantía para una reunión con la madre (con el sustituto de la madre) en el acto del coito. La privación de ese miembro equivale a una nueva separación de la madre; vale decir: implica quedar expuesto de nuevo, sin valimiento alguno, a una tensión displacentera".[10] La inclusión de esta última expresión ("tensión displacentera") habla, al mismo tiempo, de la excitación proveniente del propio cuerpo y de la fantasmatización de un objeto de alivio o de descarga.

Las preguntas permanecen, sin embargo, cuando debemos indagar por qué el niño requiere de la madre y desea esta reunión con ella para dar salida a una excitación que resuelve, en última instancia, bajo el modo autoerótico. Y luego, suponiendo que este deseo de reunión esté presente –lo cual parece confirmarse en nuestra práctica de

8. Des-auxilio, des-ser: cada una de estas traducciones da cuenta de los intentos conceptuales de cercar este estado generador de angustia intensa, que remite a los primeros tiempos de la vida pero que se conserva como amenaza constante a través de toda la existencia.

9. "La teoría sexual infantil de Hans y de Freud", como acostumbra decir Laplanche.

10. Freud, S. (1926). *Inhibición, síntoma y angustia*, AE, vol. XX, p. 131.

manera más o menos permanente–, ¿cuál sería la razón para que este encuentro fuera deseado como una dominancia genital y no a través de la totalidad de su propio cuerpo? Este fantasma expresado frecuentemente en la clínica por nuestros pacientes varones está en muchos casos en la base de una sintomatología variada, desde la impotencia hasta la inhibición para establecer relaciones sexuales con mujeres. Por otra parte: ¿qué tipo de identificación debería realizar el varón antes del sepultamiento del Edipo, cuya culminación inaugura la posibilidad de identificarse al padre a través de la incorporación de las instancias que constituyen el superyó, para poder ejercer su potencia genital con el objeto de elección?

La perspectiva freudiana parece regirse en este sentido, de manera dominante, por la contigüidad del objeto real y su carácter activo a partir de la determinación biológica: "En la fase del complejo de Edipo normal encontramos al niño tiernamente prendado del progenitor de sexo contrario, mientras que en la relación con el de igual sexo prevalece la hostilidad. No tropezamos con ninguna dificultad para deducir este resultado en el caso del varoncito. La madre fue su primer objeto de amor; luego, con el refuerzo de sus aspiraciones enamoradas, lo sigue siendo, y a raíz de la intelección más profunda del vínculo entre la madre y el padre, este último no puede menos que devenir un rival".[11] Aparente linealidad que emplaza al padre en el lugar del rival, cuando, por otra parte, las mociones amorosas hacia éste definen el camino de la identificación. Mociones, por otro lado, no sólo amorosas sino también eróticas, que deben sublimarse para lograr la identificación, y sin cuya base sería impensable que esta última pudiera producirse.

Sin embargo, un tercer tiempo debería ser introducido entre la identificación de género, que da los atributos

11. Freud, S. (1931): "Sobre la sexualidad femenina", AE, vol. XXI, p. 227.

respecto a la bipartición identitaria, y la identificación al superyó paterno residual a la prohibición edípica, ya que en este tiempo se encuentra la articulación que permite el ejercicio de la masculinidad. Se trata de retomar seriamente la diferencia para la constitución de la masculinidad entre el objeto valorizado de la diferencia anatómica –que conlleva el investimiento fálico del pene– y su función genital como órgano de potencia que remite al ejercicio de esta masculinidad más allá del carácter biológico de su existencia anatómica, como objeto a ser ofrecido y no sólo a ser exhibido. La oferta de pene como objeto de completud, que el hombre realiza no necesariamente a una mujer (ya que esta ofrenda puede ser brindada a otro hombre), pone de relieve precisamente que no es la llamada castración de algo en lo real aquello que está en juego, sino el deseo de brindar el objeto de placer y de potencia. (Un malentendido que se produce con frecuencia es que las mujeres se sienten incomprendidas cuando, estando deprimidas y angustiadas, el hombre quiere hacer el amor. Le reprochan entonces no tenerlas en cuenta sin comprender que, en muchos casos, el hombre pretende darles lo único que puede ofrecer, investido el pene como un don capaz de colmar todas las falencias. Algunos podrán considerar que esto confirma su posición crítica respecto a la vanidad masculina: "Claro, es indudable, el hombre piensa que tiene lo mejor del mundo"... Este reproche es tan absurdo como decirle a una mujer que pretenda calmar con su pecho a un bebé que llora, desconociendo la causa que provoca su sufrimiento, que sólo la soberbia conduce su acción.)

Vayamos entonces a la cuestión central que nos convoca, y que podríamos formular en los siguientes términos: *bajo qué forma constituye, el hijo varón, no sólo su identidad de género sino su potencia genital, que le da el rasgo dominante a la sexuación.* Y de qué modo esta última reafirma o descalifica la identidad sexual, entendiendo la construcción de

la masculinidad no sólo como el efecto de una génesis sino como un punto de llegada del cual el sujeto puede ser destituido.

Para puntualizar podemos marcar, en principio, tres tiempos en la constitución sexual masculina:

1) Un primer tiempo en el cual se instituye la identidad de género. Esta identidad no asume aún carácter genital, no se sostiene en el reconocimiento de la diferencia anatómica, pero ya implica sin embargo un posicionamiento en relación con la bipartición en cuyo interior el otro significativo –de manera general–[12] determina los rasgos identitarios correspondientes: "eres niña o niño", y esto implica vestirte de tal o cual modo, preferir estos juegos a otros, e incluso manifestar tus emociones de una u otra manera. Este primer tiempo, en el cual se marca el "qué se es" en el núcleo mismo del yo y se instalan los atributos que la cultura en la cual el niño se insertará considera pertinentes para uno u otro sexo, coexiste –volveremos sobre esto en otros capítulos– con el polimorfismo perverso y es anterior al reconocimiento de la diferencia anatómica.

Se trata, en este caso, de una identificación ofrecida por el otro, que corresponde más a la acepción del vocablo "identificación" que se emplea, en sentido amplio, para identificar una cosa con otra. Este modo de concebir la "identificación" como una operatoria de atribución es utilizado por Freud para referirse a un mecanismo general de la vida psíquica cuando describe los caracteres del trabajo del sueño que opera por similitud –mecanismo existente también en la vida psíquica general, y que podríamos exten-

12. "De manera general" alude al hecho de que no siempre esto se establece del modo previsto. Los accidentes y vicisitudes en esta etapa, como veremos en los capítulos correspondientes a la constitución del transexualismo infantil, no están determinados directamente por el deseo del otro de una transmutación sino por factores variados que deben ser cuidadosamente explorados.

der a los movimientos transferenciales que "identifican" al analista con ciertos rasgos de las figuras originarias de la historia libidinal del sujeto, pero que están presentes en todos los movimientos de la vida anímica que a través del desplazamiento amplían los procesos de investimiento que dan origen desde el amor hasta el interés por el conocimiento–. Esta posición subyace en los desarrollos con los que Melanie Klein abordó la constitución de símbolos como efecto del desplazamiento del sadismo precoz desde la madre hacia objetos más inocuos.

He señalado en otro momento[13] la necesidad de encontrar los nexos entre ambos conceptos de identificación, es decir, la correspondencia existente entre "identificar un objeto con otro" e "identificarse", en razón de que la "identificación de un objeto con otro" es la operatoria ejercida por el otro humano cuando, reconociendo al niño como "idéntico ontológico", le abre la posibilidad de inscribirse en una propuesta identificatoria que lo humaniza. Por otra parte, porque el niño mismo identifica al yo propio con el del otro, mide las diferencias e inscribe las similitudes, y ello no desde la inmediatez de algún tipo de percepción inmanente sino a través del recorrido de un sistema de enunciados que marcan su posibilidad de inscripción en las redes libidinales del otro.

Las atribuciones de género son entonces efecto de un "significado al sujeto", para usar una terminología de Lacan, en la cual éste es posicionado con relación a una identidad que comienza a instalarse y a partir de la cual realizará un trabajo de apropiación y consolidación en las etapas sucesivas.[14] Este momento constitutivo, identitario

13. Véase "Las condiciones de la identificación", *Revista de la Asociación Argentina de Psicoterapia para Graduados*, n° 21, Buenos Aires, 1995.

14. Veremos en el capítulo 4, "La identidad sexual: entre la sexualidad, el sexo y el género", que este recorrido no es lineal y puede encontrarse sometido a diversos movimientos que lo recoloquen.

en sentido estricto, será el sostén, núcleo yoico, de las identificaciones secundarias residuales en tiempos posteriores. En este sentido, podemos considerar que la identidad ontológica, que marca el carácter humano del niño a partir de que el otro lo considera parte de su misma especie –lo cual es indudablemente un hecho simbólico y no biológico–, se articula, al menos hasta ahora en la historia de la humanidad, con la identidad sexual, como lo demuestra la importancia del nombre propio. Y más allá de que en algunas culturas esta determinación quede librada a una confirmación –como ocurre con los *berdaches*–,[15] de todos modos una vez asumido el lugar de pertenencia en la bipartición la regulación queda establecida aun cuando la diferencia anatómica no la subsuma.

Señalemos por último que este primer tiempo coexiste, desde el punto de vista de la sexualidad, con el polimorfismo perverso, es decir, con la sexualidad llamada pregenital, y sólo *a posteriori* será resignificado cuando la "diversidad" de atributos que pone en juego sea recapturada por la "diferencia anatómica".

2) Un segundo tiempo cuyo rasgo fundamental está dado porque en él se establece el descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos.[16] Esta diferencia ha sido suficientemente teorizada por el psicoanálisis, y respecto a ella sólo diremos que, en el niño varón, el atributo real, biológico, existente en su cuerpo, no es suficiente para constituir la masculinidad genital y la potencia fálica en general. Es necesario, en este caso, y aquí radica la cuestión fundamental que estamos en vías de introducir, que el pene se invista de potencia genital, la cual se recibe de otro hombre.

15. Hablaremos de ellos en el capítulo 5.

16. Aún no podemos predecir qué valor tendrá esta diferencia ante la eventual posibilidad de que la revolución tecnológica torne obsoletos nuestros modos actuales de procreación.

A esto se suma la significación que el pene del hijo cobra para la madre.

El proceso se desdobla en dos partes: por un lado, recibir a través de un fantasma de incorporación del pene del adulto –estadísticamente el padre– la potencia que confirma la masculinidad y posibilita su ejercicio. Recepción que juega al modo de una paradoja: sólo se posibilita la instauración de la virilidad a costa de la incorporación del pene paterno, lo cual instaura la angustia homosexual dominante en el hombre. Por otro lado, la búsqueda de los indicios, en la mirada de la madre, del valor del pene del cual es portador "el infantil sujeto" –compleja articulación proveniente en la mujer de la valoración del pene del hombre y de su relación con el del hijo, cuyas variaciones son múltiples y determinan los modos con los cuales se definen los mensajes que circulan en la constitución narcisista de la masculinidad–.

3) Un tercer tiempo en el cual se definen las llamadas identificaciones secundarias que hacen a las instancias ideales. En el niño varón, no se trata ya de "ser hombre" –inscripto narcisísticamente en el yo– sino de qué clase de hombre se deberá ser, lo cual se articula en las prohibiciones y mandatos que constituyen la conciencia moral y los ideales. Se supone que el proceso culmina, en la teoría clásica, con la identificación al padre del mismo sexo, quedando sin embargo por explorar si esta identificación "moral" fundante implica, necesariamente, tal desenlace y su realización por este camino. La prohibición edípica sólo anecdóticamente, bajo los modos míticos que asume, remite al parricidio; en su carácter más profundo y fundante para la cultura, define que no puede haber subordinación de la ley ni al deseo incestuoso, ni al mortífero. El modo como esto quedó acuñado en el psicoanálisis del siglo XX nos obliga a una revisión en aras de separar, como lo venimos haciendo, los núcleos de verdad universales en la

constitución del psiquismo de las formas históricas de constitución de la subjetividad.

La manera en la que estos tres tiempos previos determinan el modo de asunción de la genitalidad a partir de la llamada metamorfosis de la pubertad, no es tampoco lineal. Como en toda génesis, no hay nada prefijado, sino un camino que reconstruimos una vez producida "la cosa misma" a la cual la historia da origen. Esto quiere decir que en el momento del ejercicio y la asunción de la elección de objeto de amor genital, una complejidad predeterminada se encontrará con algo del orden del acontecimiento, de lo azaroso, que coagulará en cierta dirección las dominancias posibles.

LA PARADOJA FUNDAMENTAL DE LA MASCULINIDAD

Hemos retomado la paradoja clásica planteada por el psicoanálisis respecto de la identificación masculina: ser como el padre –en cuando sujeto sexuado– y, al mismo tiempo, no ser como el padre –en tanto poseedor de la madre–. Y hemos puesto de relieve que sería imposible la producción de una identificación a un puro rival, a un puro obstáculo, sin enlace de amor con él. La identificación carente de amor sería imposible, y en estas corrientes tiernas y eróticas hacia el padre se revela, desde el inicio, la cuestión que liga al niño varón con la homosexualidad, dando cuenta de la insuficiencia de una hipótesis biológica de la homosexualidad constitutiva. Freud lo define en estos términos en el texto ya citado acerca de la sexualidad femenina:

> Una indagación más a fondo pone en descubierto, las más de las veces, el complejo de Edipo *en su forma más completa* [...] El varoncito no posee sólo una actitud ambivalente hacia el padre, y una elección tierna de objeto en favor de la madre, sino que se comporta también, simultáneamente, como una niña: muestra la actitud femenina tierna hacia el padre, y la correspondiente actitud celosa y hostil hacia la madre. Esta

> injerencia de la bisexualidad es lo que vuelve tan difícil penetrar con la mirada las constelaciones de las elecciones de objeto e identificaciones primitivas, y todavía más difícil describirlas en una síntesis. Podría ser también que la ambivalencia comprobada en la relación con los padres debiera referirse por entero a la bisexualidad, y no, como antes lo expuse, que se desarrollase por la actitud de rivalidad a partir de la identificación.[17]

Esta cuestión fue ampliamente reafirmada en los historiales clínicos de Freud, como Hans, el Hombre de los Lobos, el Hombre de las Ratas y Schreber, con sus diferencias, sus matices y sus grados de presencia del componente homosexual.

Aludimos anteriormente al carácter seductor y pulsante de los cuidados precoces, en los cuales el padre ocupa, respecto del cuerpo del hijo, un lugar no sólo de interdicción del goce materno sino de ejercicio, él mismo, de su propio goce autoerótico. Sobre esta determinación previa se constituye la aspiración erótica primaria hacia el padre. Sin embargo, si la identificación con el padre guarda en su composición un elemento homosexual, sabemos que no se trata ya de la pasividad originaria, de la seducción pasiva de los primeros tiempos de la vida que brinda su sustrato posterior a la identificación primaria. El material antes expuesto de Manuel, y otros que brindaré a continuación, lo ponen de manifiesto: en estos primerísimos tiempos, en razón de que no hay sujeto, lo pasivo no es vivido con la resignificación femenina que le será otorgada *a posteriori*. Pasivo y activo se juegan en tiempos en los cuales no adquieren significación sexuada para el sujeto que está aún en vías de constitución.

Es este aporte libidinal, excitante, proporcionado por el padre en los cuidados precoces, el que brinda el sustrato histórico-vivencial de las adherencias eróticas que se

17. Freud, S.: "Sobre la sexualidad femenina", *op. cit.*

despliegan respecto al mismo. Es entonces como *metonimia* de la madre que el padre inscribe huellas cuyos indicios no se subsumen en la polarización que ejerce el cuerpo materno. Estas inscripciones precoces constituyen la base erógena sobre la cual se inscribirán los deseos eróticos por el padre, resignificados *a posteriori* por los fantasmas de masculinización a los cuales hemos aludido.

Hemos visto en el esquema antes propuesto que la adjudicación identitaria es anterior al descubrimiento de la diferencia anatómica, y coexiste con estos contactos precoces con el cuerpo del padre. Incluimos también la articulación entre diversidad y diferencia para proponer que, en estos primeros tiempos de la vida, la identificación de género se produce con desconocimiento de su función sexual y antes de que se haya precipitado el reconocimiento de la diferencia anatómica. Laplanche ha retomado, a partir de la lectura de Freud, la existencia de dos significantes diferenciales para dar cuenta de dos fenómenos de orden distinto: *Verschiedenheit* (diversidad) y *Unterschied* (diferencia), que introducen la posibilidad de distinguir entre el género y el sexo. Con relación al género, la diversidad no se juega en el campo de los contrarios, sino en el de *n* posibilidades: diferencias culturales, sociales, bipartición de la vida social en la cual el niño busca un fundamento lógico al enigma de haber nacido hijo de hombre y mujer. Las categorías de masculino y femenino no se abrochan inicialmente a la diferencia sexual anatómica, pero son propuestas a partir de que el adulto sexuado tiene inscripta esta diferencia. *A posteriori*, esta diversidad pasa a ocupar su lugar, a ubicarse en el rango de la diferencia entre, tal como lo hemos propuesto anteriormente al señalar que los rasgos de identificación masculina son proporcionados por el entorno parental aun antes de que la diferencia anatómica venga a ocupar su lugar y a redefinirlos en su carácter sexuado.[18]

18. Laplanche, J.: *Problemática III, castración, simbolizaciones*, Buenos Aires, Amorrortu Ediciones, 1988.

Diferenciación entre género y sexo a tener en cuenta cuando se trata de discutir el prejuicio, hoy en retirada, que anuda homosexualidad a feminización amanerada, ya que los modos de articulación entre el género y el sexo no pueden ser planteados de manera lineal y que los trastocamientos de género no son producto del desenlace de la elección amorosa de objeto sino, como veremos, de procesos complejos que van desde modos de recomposición de identificaciones primarias fallidas que dan su articulación al yo hasta intentos de dar coherencia a mociones sexuales e identificatorias que articulan circulaciones edípicas e intentos de dar solución a enigmas generados por traumatismos azarosamente producidos.[19] La identificación a partir del género, si bien aporta un sustrato a nivel de rasgos secundarios de la masculinidad, no agota la cuestión identificatoria y, aún más, opera, en cierto momento, como contrapartida del deseo erótico por el padre, sin el cual la identificación sexuada es impensable.

¿Qué ocurre en ese momento de pasaje en el cual el niño circula en su edipización por el carril de una identificación al padre genital aun antes de que la renuncia a la madre como objeto incestuoso se haya instalado plenamente y a que se establezca la introyección de las prohibiciones y emblemas que constituirán el superyó? ¿De qué modo se identifica al padre sexuado, genitalmente potente, poseedor de la madre? El supuesto carácter activo de la masculinidad como originaria, a partir de la presencia real del pene, ha

19. El material clínico de un niño travestista al cual tuve acceso hace algún tiempo daba cuenta de ello. Dormía con la camiseta de su hermana mayor, sustituto materno que había ejercido estas funciones en los primeros tiempos de la vida, como modo de evitar una fragmentación psicótica a partir de su envoltura en un tegumento que garantizaba la protección de una piel, debido a que una falla en la constitución del yo narcisista no había permitido su desarrollo a nivel simbólico. En el capítulo 4 veremos las articulaciones entre sexuación y género, cuyas vicisitudes podemos seguir a partir de un caso de trastorno inicial de género.

obturado nuestras preguntas. Sin embargo, en cuanto las formulamos, una nueva paradoja se plantea como eje de nuestras preocupaciones: el hecho de que toda identificación remita a una introyección, y ésta a un modo de apropiación simbólica, por supuesto, pero en última instancia fantasmática, del objeto del cual el otro es portador, nos plantea el carácter altamente conflictivo de la constitución de la sexualidad masculina –más allá de la simpleza con la cual se ha pretendido reducirla a la presencia del pene en tanto órgano real–.

Ser como el padre con relación a los rasgos secundarios... Esa no es la cuestión cuando tanto desde la cultura como desde el deseo de la madre la propuesta viene articulada como identificación en la cual el sujeto se inscribe a partir del otro. Ser como el padre en tanto sujeto sexuado, portador de un pene capaz de proporcionar el goce no sólo autoerótico masturbatorio del niño sino del objeto, se propone como una cuestión más compleja.

El camino de la introyección identificatoria siempre ha planteado al psicoanálisis la cuestión de la zona y el objeto. El prototipo de toda identificación es el pecho: soporte libidinal del intercambio apropiatorio con el semejante. ¿Cómo podría recibir el niño el pene de un hombre que lo torne sexualmente potente si no fuera a partir de su incorporación? *Incorporación introyectiva que deja a la masculinidad librada para siempre al fantasma paradojal de la homosexualidad*. Un paciente gravemente obsesivo da cuenta de ello: cada vez que tiene relaciones sexuales con una mujer, "otro" lo atraviesa con su pene, analmente, y le brinda la potencia necesaria para el ejercicio genital. Sujeto puntual, masculino/femenino al mismo tiempo, en él se encarna esto brutalmente en fantasmas de pasivización homosexual, único modo de operar, hasta el momento, de la genitalidad masculina y de ejercer actividad con el objeto.

Si lo que se considera realmente reprimido en el hombre es la pasividad, es necesario explorar las dos vertientes que la constituyen estructuralmente y no como residuo

bisexual de alguna biología fantasmática: pasivizado en los primeros tiempos de la vida por la mujer seductora, no puede acceder a la masculinidad sino a través de la incorporación fantasmática del pene masculino del adulto, que brinda su potencia articuladora al mismo tiempo que somete analmente en los intercambios que abren los circuitos de la masculinización.

Que esta presencia inquietante –del padre, en principio– devenga estructurante en una u otra dirección de la elección de objeto sexual depende de las vicisitudes y destinos de los movimientos constitutivos que la engarzan,[20] efecto tanto de las alianzas edípicas originarias como de los traumatismos que el sujeto registra a lo largo de su constitución como sujeto sexuado.·

NATHANIEL Y LA IDENTIFICACIÓN MASCULINA FALLIDA

El niño varón va a la búsqueda de incorporación de la masculinidad a través del significante fálico paterno, y su introyección simbólica abre los caminos de una fantasmatización que no lo deja sometido a la búsqueda de lo real faltante. En este camino de su adquisición las determinaciones que lo rigen precipitan movimientos cuyas consecuencias inauguran nuevas vías. Nathaniel, de 5 años, había comenzado el tratamiento a partir de un conjunto de trastornos estructurales que ponían en riesgo su evolución futura. Simbióticamente adherido a la madre, no se desprendía de su biberón ni para ir al colegio, presentaba aún episodios de enuresis y una modalidad quejosa que

20. G. Bonnet ha desarrollado al respecto, en su artículo "La homosexualidad. A propósito de un caso de homosexualidad de origen traumático", una línea de trabajo que, consideramos, abre perspectivas cercanas a la nuestra. Veáse este texto en *Trabajo del Psicoanálisis*, n° 9, Buenos Aires, 1988.

agotaba a sus maestras. Jugaba a disfrazarse de personajes femeninos de los cuentos: Cenicienta, Blancanieves... Un disfraz de Batman ofrecido por sus padres fue aceptado por el niño, pero se lo ponía manteniendo debajo la falda de Cenicienta.

Luego de dos años de trabajo el tratamiento parecía haber llegado a buen término. Se habían producido cambios que daban cuenta de la resolución tanto de sus adherencias primarias autoeróticas como de fijación a la madre, que fueron sepultadas en el inconciente. El abandono del travestismo inicial conjuntamente con su integración escolar representaban importantes cambios en su funcionamiento psíquico. Decidimos entonces dar por terminado su análisis en función de los logros obtenidos, sabiendo que quedaban sin aclarar, de todos modos, dos enigmas que no habían tenido resolución. Por una parte, la aparición reiterada de fantasías, dibujos y sueños en los cuales un león se montaba encima de otro; repetición que iba ligada a una imposibilidad absoluta de asociación por parte del niño, quien suspendía allí todo intercambio discursivo, al parecer limitando su alivio a la enunciación de estas producciones compulsivas y a mi silencio respetuoso al respecto. Por otra, la preocupación frecuentemente expresada en relación con la ley mosaica y sus consecuencias, y su queja respecto a lo que denominaba "el peso de la Torá". Me preguntaba si yo sabía que la Ley debía ser respetada, manifestando sentimientos de culpa respecto a su propia observancia. Con cara sufriente, desde sus 7 años, formulaba: "Yo no sé si siempre hago bien... No sé si uno carga siempre con lo que hace mal... ¿Vos creés que Dios se acuerda de todo?". Preguntas que me dejaban conmocionada por su inteligencia y sensibilidad, pero también por sus precoces inquietudes filosóficas y morales.

Mi dificultad para comprender este material fue formulada a los padres más o menos en los siguientes términos: "Hemos resuelto los principales males que lo aquejaban inicialmente, hemos disminuido tanto su sufrimiento como

el de ustedes, y, sin embargo, hay algo que no entiendo, y es la recurrencia de estas producciones. Que no lo entienda da cuenta de que hay algo no resuelto; algo, por otra parte, frente a lo cual siento que no tengo la posibilidad de ir más allá, ni de desentrañar, por ahora". La constelación edípica de partida no me parecía suficiente para otorgar significación al carácter singular de sus fantasmatizaciones. Siento un profundo rechazo por la aplicación de la teoría general para comprender la singularidad; necesito los eslabones intermedios, saber cómo algo se constituyó no sólo por determinación estructural sino por articulación histórica, y nada de esto se ofrecía. Un padre inicialmente ausente, la tendencia simbiotizante y pasivizante de la madre, planteaban condiciones estructurales a partir de las cuales era fácil pensar en una escena originaria que se presentaba constantemente como una resolución del enigma de su engendramiento, y, sin embargo... ¿por qué dos leones? ¿Por qué una escena primaria homosexual?

Ocho meses después de haber terminado esta etapa la mamá de Nathaniel me llamó por teléfono profundamente angustiada: el niño le había confesado, en esos días, que hacía ya mucho tiempo –en la etapa inmediatamente anterior a los comienzos del tratamiento–, un primo mayor, de 12 años, lo había encerrado en el baño para sodomizarlo sin que él pudiera, durante algún tiempo, ni rebelarse ni contarlo –lo manifiesto era que había temido las represalias que el seductor pudiera ejercer–. El análisis había abierto el diálogo y Nathaniel había podido liberar su secreto con la madre. Estaba, ahora sí, en condiciones de hacerse cargo de un nuevo proceso en el cual reabrir aquello que había quedado previamente obturado.

Retomó el tratamiento en el que analizamos largamente su culpabilidad y el deseo que la sostenía. El enigma de la masculinidad, la ausencia de padre capaz de saldar esta falla en la estructuración simbólica, lo habían llevado a ceder al otro sin que pudiera rebelarse ni reconocer el goce secreto experimentado. Se trataba de un verdadero acto

de búsqueda de resolución del "enigma de la masculinidad", un ritual de penetración al cual, habiéndose pasivamente entregado al inicio a la búsqueda de compensación en lo real de una falla en la incorporación representacional del atributo de potencia, regresaba una y otra vez en una reiteración traumática de lo real vivido que coagulaba, desde una perspectiva paradójicamente homosexual, su deseo de recibir el atributo de una masculinidad cuyo padre parecía negarle.

A partir de ello se desplegaron las fantasías consecuentes a lo real vivido: canales intestinales de plastilina con bebés que se deslizaban como en tobogán, representando al mismo tiempo su fijación a una teoría cloacal de la feminidad y su identificación fértil a la madre; escenas en las cuales un animalito pequeño era sometido por otro más grande, soltando un quejido que era simultáneamente de dolor y de gozo. En estos movimientos del análisis se expresaba tanto la resolución homosexual de la pasividad originaria ante el abuso sufrido como el deseo de masculinidad fallido. En cierta ocasión, luego de la Pascua judía y a la vuelta de un campamento en el cual había representado el Exodo, formuló la siguiente afirmación que daba cuenta de su sufrimiento y captura: "Si yo sé ya lo que los judíos sufrieron en Egipto, ¿por qué me hacen representarlo?".

Un año después de haber comenzado esta segunda etapa, Nathaniel pudo establecer una resignificación del valor traumático al cual había quedado sometido a partir de su déficit estructural: "Silvia –me dijo–, yo no puedo cambiar lo que me pasó, ¿verdad?". Ante mi silencio dolido respondió: "Pero puedo evitar que a mis hijitos les pase"... En un mismo enunciado expresaba la posibilidad futura de reparación y su afirmación de una función paterna protectora que lo remitía definitivamente a su lugar de sujeto sexuado con relación a un objeto de amor.[21]

21. Me he enterado, varios años después, de que Nathaniel ha elegido un camino homosexual en su vida amorosa. Espero que el tratamiento

La mayoría de los casos que tratamos parecerían no someternos a una fuerza dramática de tal magnitud. El ejemplo de Manuel, con el cual comencé estas disquisiciones, es algo más cercano a nuestra práctica cotidiana y pone en juego, de todos modos, nuestra capacidad de enfrentar el sufrimiento humano. Algo en común tienen, sin embargo, ambas situaciones: actuada o fantaseada, la homosexualidad aparece como un movimiento cuya tendencia es constitutiva, paradójicamente, de la masculinidad. Definida en el juego de dos vertientes: la pasividad originaria hacia la madre pulsante de los primeros tiempos de la vida se resignifica, *a posteriori*, cuando el sujeto se estructura como tal y se produce la conversión que lo torna de pasivo en activo hacia un objeto, que, de todos modos, ya no es el mismo en la medida en que está atravesado por la diferencia anatómica. En esta impulsión hacia la masculinidad, una nueva dificultad se inaugura: la identificación sexuada, masculina, se enfrenta a la incorporación fantasmática del atributo de la actividad genital masculina paterna, arrastrando los restos libidinales del vínculo originario con el padre. Para ser hombre, el niño varón se ve confrontado a la profunda contradicción de incorporar el objeto-símbolo de la potencia, otorgado por otro hombre, y, al mismo tiempo, de rehusarse a sí mismo el deseo homosexual que la introyección identificatoria reactiva. Los fantasmas homosexuales constitutivos de la masculinidad deben ser restituidos a su lugar correspondiente, y analizados, por tanto, en el movimiento paradójico que inaugura nuevas vías hacia la constitución psicosexual.

---

lo haya ayudado, siendo alguien tan sensible y con capacidad de amor, a tener aquellos "hijitos" en los cuales confiaba reparar sus propios traumatismos. Me refiero con ello a poder establecer relaciones sin sometimiento masoquista y con posibilidad de transmitir a la generación siguiente –biológica o adoptiva– una perspectiva menos cruel de la sexualidad.

2. LA MASCULINIZACIÓN RITUALIZADA

Los desarrollos antropológicos de los últimos años parecen afirmar, desde una perspectiva concluyente, gran parte de las premisas que estamos sometiendo a examen respecto a la constitución psicosexual masculina. El libro de Daniel Gilmore *Hacerse hombre: concepciones culturales de la masculinidad* –cuyo nombre resulta en sí mismo incitante– parte de preocupaciones similares a las que estamos proponiendo desde el psicoanálisis. Al referirse a la literatura que se ha abocado al estudio de los roles sexuales afirma: "*En general estos estudios están limitados a la ideología de la masculinidad, tema que creo que se ha descuidado en la cada vez más abundante literatura feminista moderna sobre antropología cultural*". Sin embargo, agrega: "*Opino que si bien esa literatura replantea con acierto algo que es necesario, los papeles femeninos, la masculinidad, aun cuando igualmente problemática, padece del síndrome del 'dado por sentado'*".[1] Podemos, sin demasiado esfuerzo, encontrar en esas líneas la resonancia de nuestras preocupaciones. Hasta el presente, a diferencia de lo ocurrido con la constitución sexual femenina –sobre

1. Gilmore, D. D.: *Hacerse hombre Concepciones culturales de la masculinidad*, Barcelona, Paidós, 1994, p. 15 y ss.

la cual, a partir de Freud, se han realizado exploraciones cuidadosas respecto del cambio de zona y del cambio de objeto–, la sexualidad masculina es un "dado por sentado": se pueden explorar su evolución y destinos, pero no su constitución. Como señalamos en el capítulo anterior, la presencia real del pene y la teoría consiguiente acerca de la angustia de castración han asentado la idea de que el varón nace como tal, se desarrolla en esa dirección y su conflicto central estriba en la posibilidad de pérdida del órgano portador de la masculinidad y en lo que esto acarrea de desmedro narcisístico. Agrega Gilmore:

> La regularidad que ahora me interesa es la forma de nudo dramática con que las culturas elaboran una masculinidad apropiada, la presentación o "representación" del papel del varón. Y en particular aparece una y otra vez la idea de que la verdadera virilidad es diferente de la simple masculinidad anatómica, de que no es una condición natural que se produce espontáneamente por una maduración biológica, sino un estado precario o artificial que los muchachos deben conquistar con mucha dificultad.

Se trata de explorar no sólo los organizadores que podemos considerar de género respecto a los valores de la masculinidad, sino también la constitución misma de la masculinidad, tanto en su función social como en el carácter que asume en la relación adulta entre los sexos.

La recurrencia de esta cuestión en las diversas culturas se expresa en las pruebas que los jóvenes deben cruzar con objeto de llegar a "hacerse hombres". Y más allá de que en nuestra sociedad esto se haya desritualizado en parte, sigue teniendo, por supuesto, vigencia. En la cultura judía, el Bar Mitzvah, aunque ahora se ha extendido a las mujeres –pese a que algunos religiosos todavía se rehúsen–, constituyó originalmente un rito de pasaje: el abandono de la comunidad de mujeres para ingresar en la de hombres, al punto de que cuando se debe portar un muerto se requiere un número determinado de hombres que lleven

el féretro, y se considera hombre a todo aquel que siendo de sexo masculino haya atravesado el Bar Mitzvah. Estamos ante un ritual de pasaje más que ante un rito de transformación como los que Gilmore describe con relación a algunas culturas aborígenes contemporáneas, ya que a diferencia del rito con función constitutiva de la masculinidad, de producción de masculinidad, en este caso se trata de una convalidación ligada a la función social que el hombre cumplirá en la observancia del culto y en las acciones con las cuales éste determina las formas de pasaje a la vida y a la muerte –circuncisión y entierro de los muertos–.

Existe una diferencia importante entre aquellos elementos que aluden a la asunción de roles, en el sentido tradicional con el cual los estudios de género han determinado los rasgos que la cultura impone para la asunción de la identidad, y las formas de producción de fantasmas que la sexuación determina respecto al despliegue masculino-femenino en los modos de ejercicio del placer. Se puede ser un hombre judío y ejercer la masculinidad sin haber atravesado la ceremonia del Bar Mitzvah, pero no se puede, como veremos, ser un hombre sambia sin pasar por los rituales que lo instituyen como tal. El Bar Mitzvah sólo convalida la condición –para aquellos que subordinan su judeidad a la asunción religiosa– de hombre judío, no en el sentido de convalidación de la virilidad sino de la función social a ejercer. A diferencia de estos ritos de pasaje que acabamos de señalar, los rituales que consideraremos a continuación implican también el ejercicio de la función sexual –definiendo, en algunas culturas, la condición de hombre en sus aspectos más universales, incluyendo roles y sexuación–.

Los modos de "iniciación" no ritualizados son, por otra parte, frecuentes en muchas sociedades: la visita iniciática al prostíbulo, acompañado de un tío joven o de un hermano mayor, es uno de los clásicos procesos de convalidación de la masculinidad en las culturas latinoamericanas, y expre-

san, en muchísimos casos, la preocupación del padre por que el debut del hijo convalide no sólo la sexualidad de éste sino la propia.

En el imaginario popular, la "debilidad" o el "desvío" sexual del hijo varón convoca a la burla o a la maledicencia sobre el padre, el cual de algún modo siente que ha fallado en la transmisión de la masculinidad –ya que ésta ha dejado de ser patrimonio de la tribu para serlo de la familia–, permitiendo que se exprese en el hijo "su propia falla inconciente", y revierte este reproche sobre la madre del hijo, acusándola de las supuestas fallas en su propia feminidad. El concepto de "madre fálica", con el cual cierto lacanismo ha venido a sellar la responsabilidad femenina respecto a la sexualidad del hijo varón, se ha convertido, en los últimos años, en el modo como los sectores ilustrados recuperan los fantasmas populares y los hacen devenir seudocientíficos.

La importancia ritual de la masculinización en las culturas que la practican es explicitada por Gilmore en los siguientes términos:

> Esta creencia recurrente [se refiere a la necesidad de producción de varones] supone una diferencia primaria y reiterada respecto de las nociones de feminidad paralelas. Si bien en cualquier sociedad las mujeres también son juzgadas según criterios sexuales, a veces muy estrictos, raramente su condición misma de mujer forma parte de la evaluación.

Se puede llegar a ser una mujer mejor o peor, pero no se deja de ser mujer, mientras que el hombre puede dejar de ser hombre bajo ciertas circunstancias –al menos en el imaginario social, o en su propio sistema de representaciones– o tiene que demostrar que lo es.

La diferencia en el proceso de constitución o sostenimiento de la masculinidad respecto a la feminidad cumplirá una función muy importante en nuestra evaluación

de ciertos traumatismos que pueden sufrir niños o mujeres a nivel sexual:

> Las mujeres a las que se encuentra deficientes o desviadas según estos criterios pueden ser tachadas de inmorales o poco femeninas, o cualquiera de sus equivalentes, y sujetas a las sanciones apropiadas. Pero rara vez se cuestionará su derecho a la identidad sexual, como se hace pública y dramáticamente con los hombres. Conviene no exagerar la diferencia entre el varón y la mujer ya que la feminidad es también algo que las mujeres, deseosas de aprobación social, intentan lograr. Pero como icono social, la feminidad es juzgada de forma diferente. Normalmente abarca cuestiones como el adorno físico o el atractivo sexual, o bien otras conductas esencialmente cosméticas que realizan, pero no crean rasgos de carácter inherentes.

Y este autor termina diciendo:

> La feminidad, más que como un umbral crítico que se atraviesa con pruebas traumáticas, es una condición, se suele concebir como una portación biológica que la cultura refina o incrementa.[2]

Propuesta a tener en cuenta cuando se debate cuál es el sexo de partida en la cría humana, ya que la vertiente de la obra freudiana que parte de la teoría sexual infantil respecto de la premisa universal del pene, o la premisa fálica como sexo orientador de partida, y el cercenamiento o no del pene como modo de atribución de lo femenino y lo masculino, irían en dirección contraria. No así aquellos textos de Freud mismo que formularon la posición pasiva inicial del bebé respecto de la madre, más allá de la diferencia anatómica, remitiendo pasivo-activo a la capacidad operatoria y simbólica con la cual la sexualidad se inscribe en los orígenes.

2. *Ibid.*, p. 23.

Y si bien el psicoanálisis no puede dejar de revisar hoy sus posiciones sobre la feminidad, es necesario sortear la trampa de ideologizar la cuestión partiendo de la afirmación, frecuente en el feminismo, de que la discusión principal reside en rebatir el discurso falocéntrico de Occidente. Se pierde de vista, con este modo de debate, que la invalidación de un enunciado científico no puede realizarse, en primera instancia, desde la descalificación del enunciante mediante un juicio *ad hominem*, sino a través de la deconstrucción que libera las dosis de verdad que encierra ese enunciado de su captura en la trama conceptual e ideológica que lo atrapa. Y que las formas con las cuales la ideología otorga estatuto de verdad a ciertos enunciados –ideología que está determinada, indudablemente, por los modos de ejercicio del poder– así como falsamente opera como convalidación de los mismos, no puede devenir razón de su destitución.

Consecuentes con este razonamiento, digamos que la fórmula canónica que plantea la constitución de la feminidad a través del cambio de zona y del cambio de objeto no debe hoy ser necesariamente destituida, pero sí puesta a punto. De los dos elementos en juego: cambio de zona y cambio de objeto, señalemos que, con respecto al primero, considerar al clítoris como una zona erógena masculina de base tiene algunas virtudes teóricas y ciertas limitaciones ya insostenibles. Es insostenible la homologación del clítoris, por su forma y excitabilidad, con el órgano sexual masculino –si bien ello puede dar cuenta de una teoría sexual infantil del varón respecto al pene cortado de la mujer, y en la niña ser el soporte de la fantasía de que desde ahí puede desarrollarse el órgano masculino en tanto se ve atravesada por la preocupación con respecto a la diferencia anatómica de los sexos–, cuando se cae en la cuenta de que estamos ante un soporte anatómico del goce femenino que constituye un elemento pregnante del mismo, y cuya ausencia liquida toda posibilidad de placer genital en la mujer, como lo indican las ablaciones del clítoris prac-

ticadas en la circuncisión femenina musulmana. Su permanencia a lo largo de la vida como lugar de excitabilidad demuestra que no estamos ante un pasaje de la masculinidad a la feminidad que impondría su abandono, sino de un complemento importante de la sexualidad femenina que jamás es reemplazado. La idea freudiana de que el goce clitoridiano se vería relevado por el vaginal se inscribe en la corriente dominante en su obra respecto al encaminamiento de la sexualidad hacia la genitalidad reproductiva con abandono o integración de los componentes discretos, llamados pregenitales, que hoy, siguiendo a Laplanche, consideramos del orden de lo paragenital.

Respecto al cambio de objeto, si bien es indudable que la mujer pasa de la dominancia del amor a la madre al deseo por el padre, hay varias cuestiones que deberían ser reconsideradas. Entre ellas, la nostalgia por el pecho, objeto erótico nunca reencontrado en la heterosexualidad femenina salvo como parte del propio cuerpo, al cual no se le ha otorgado, en los trabajos psicoanalíticos, la función *princeps* que implica en la constitución de todo erotismo. La reducción de la función del pecho a su carácter nutricio no es sino el efecto de la pacatería con la cual reaparece en el interior mismo del psicoanálisis la dificultad infantil de reconocer que ese objeto sublime del amamantamiento es, simultáneamente, un objeto erótico, y no sólo en sentido amplio, de erogeneidad primaria, sino partícipe fundamental de la vida genital.

Por el contrario, la teoría psicoanalítica del amor ha sido, desde sus comienzos, profundamente radical en señalar el origen erótico de todo objeto sublime –en abierta discusión con un pensamiento religioso que empapó a toda la sociedad de su tiempo–, planteando el origen carnal del amor y propiciando la inversión de la idea que predominó durante siglos de un amor divinamente encarnado. Resta establecer, sin embargo, firmemente, las diferencias que se van organizando a nivel representacional cuando se producen represiones y pasajes que permiten el surgimiento de la

amistad, de la lealtad, del reconocimiento del otro. Se trata, en esta dirección, de revisar las formas con las cuales la renuncia al otro como objeto de goce da origen, en la primera infancia, al surgimiento de los sentimientos morales. La confluencia entre amor y deseo está suficientemente asentada en el pensamiento contemporáneo, obligándonos entonces a marcar, también, sus diferencias.

Si Hans, en cuya fobia infantil al caballo se combinan deseos amorosos y mortíferos hacia el padre, se complejiza en cada abordaje que intenta cercarlo, es porque constituye un ejemplo paradigmático de esta dificultad para distinguir amor y deseo, que en su confluencia inconciente obliga, sin embargo, al sujeto del yo a establecer cuidadosas disyunciones del lado de la conciencia: ¿Hans ama tiernamente al padre o desea eróticamente al padre? En esta diferencia entre el erotismo por el padre y el amor por él se puede despejar la complejidad de la situación: el padre es amado, y por eso Hans teme la rivalidad y el odio que hacia él le generan las corrientes erótico-amorosas que invisten a la madre, debiendo reprimir entonces este odio en función del amor con el cual el mismo objeto es investido; pero al mismo tiempo ese padre es deseado, eróticamente deseado, y este deseo, que entra en contradicción con la masculinidad del niño, lleva a la represión del erotismo. Si no se hace esta diferenciación, no se entiende por qué Hans debería reprimir el amor al padre, ese amor que constituye un componente fundamental en la represión de su deseo mortífero hacia el mismo...

La diferencia entre amor y erotismo no es una cuestión menor de nuestra práctica clínica. Que un ser humano, en el cual fallan circunstancial o permanentemente los procesos de ligazón y sublimación, confunda su deseo fusional con el otro humano con deseos erótico-genitales, que el deseo ilimitado de protección pueda tomar la forma representacional de subordinación masoquista, que la búsqueda de protección de un hombre respecto de otro pueda ser temida por el yo como subordinación homosexual, no

significa que "en el fondo" eso sea lo que el sujeto desea, contrariamente a lo que su yo supone.

La sustancialización del inconciente, la transformación de los deseos inconcientes en una suerte de intencionalidad más digna de una segunda conciencia que del estatuto que realmente lo rige, ha sido el obstáculo, como desplegaremos a lo largo de estas páginas, que ha operado en las erróneas atribuciones que los psicoanalistas hemos realizado, en muchos casos, respecto a la "verdad" del sujeto. La función de este obstáculo en el análisis de los deseos inconcientes que el yo considera homosexuales será objeto de un estudio más amplio en otros capítulos de este mismo volumen, pero no podemos dejar de mencionarlo cuando abordamos, a la luz de los estudios antropológicos realizados sobre otras culturas, el hecho de que lo que se ha considerado, para la mayoría de los observadores, como del orden de las prácticas homosexuales, representa, visto desde el entretejido mismo que las determina, verdaderos rituales de pasaje a la masculinización.

El yo no opera de otro modo cuando evalúa deseos inconcientes en el sujeto singular: como un antropólogo europeo etnocéntrico, considera en muchos casos que no es admisible para su sistema de representaciones, para su coherencia identitaria y su legitimación moral, la admisión de deseos dirigidos a partes del cuerpo de otro o de sí mismo que no serían lícitas desde el punto de vista de su perspectiva homogéneamente establecida. Por eso no puede dejar de evaluar como "homosexuales" muchas mociones deseantes que en sí mismas no son ni homosexuales ni heterosexuales, en razón de que se han constituido al margen de la diferencia que marca la lógica identitaria de la bipartición sexual.

Y el psicoanálisis ha actuado, en muchas ocasiones, de la misma manera que el observador etnocéntrico o el yo, considerando la perspectiva de estos deseos como una suerte de reverso de la identidad sexual. Al atribuir una "homosexualidad inconciente" a la emergencia de deseos contra-

dictorios con la identidad asumida por los seres humanos heterosexuales, o a las prácticas que implican el empleo del cuerpo del idéntico anatómico, rotuló sin buscar más allá de ellas, sin entender el sentido profundamente contradictorio que pueden expresar, despojando en muchos casos a la interpretación de las mismas de un contexto asociativo y estructural.

Ante la emergencia de fantasmas llamados homosexuales de orden universal, se torna necesario dar un nuevo giro a la formulación de una "bisexualidad constitutiva", y buscar en ellos los modos generales de implantación de la sexualidad llamada "normal". Y así como Freud definió la constitución de la feminidad a partir del sinuoso camino que lleva a la mujer de la renuncia del pene propio a la búsqueda del pene del hombre, es indudable que el proceso de constitución masculina no se articula sino sobre el movimiento mismo de la diferenciación entre anatomía y virilidad. Y respecto a esta última, atraviesa el complejo camino de recibir de otro hombre los atributos que la instauran, en razón de la pasivización feminizante que marca los orígenes de la vida.

En su *Historia de la sexualidad* Foucault señaló la responsabilidad que cabe a la psiquiatría del siglo XIX por haber transformado los actos homosexuales en derivados de un sujeto homosexual, con una psicología propia, sentimientos determinados y una constelación infantil fija. Por el contrario, y más allá de la vacilaciones teóricas que podamos registrar, Freud es taxativo al respecto cuando se opone a la determinación de un "sujeto homosexual":

> La investigación psicoanalítica se opone terminantemente a la tentativa de separar a los homosexuales como una especie particular de seres humanos. En la medida en que estudia otras excitaciones sexuales además de las que se dan a conocer de manera manifiesta, sabe que todos los hombres son capaces de elegir un objeto de su mismo sexo, y aun lo han consumado en el inconciente. Por otra parte, los sentimientos libidinosos en vinculación con personas del mismo sexo no desempeñan

> escaso papel como factores de la vida sexual, y ese papel es mayor que el de los dirigidos al sexo opuesto en cuanto motores de contracción de neurosis. El psicoanálisis considera más bien que lo originario a partir de lo cual se desarrollan luego, por restricción hacia uno u otro lado, tanto el tipo normal como el invertido, es la independencia de la elección de objeto respecto del sexo de este último, la posibilidad abierta de disponer de objetos tanto masculinos como femeninos, tal como se la puede observar en la infancia, en estados primitivos y en épocas prehistóricas. En el sentido del psicoanálisis, entonces, ni siquiera el interés del hombre por la mujer es algo obvio, sino un problema que requiere esclarecimiento...[3]

Texto indudablemente avanzado para su tiempo, aunque imposibilitado de liberarse totalmente de las limitaciones de la época (en este sentido, la palabra "invertido" nos produce en la actualidad no sólo molestia sino incluso pudor). Retomaremos luego algunas de las cuestiones planteadas, para proponer en particular algunas reflexiones sobre el concepto de "homosexualidad inconciente", en razón de que en esta expresión se encuentra parte de la sustancialización que ha llevado a homologar los deseos por objetos eróticos provenientes de partes del cuerpo del otro humano con elecciones homosexuales o heterosexuales. Esta clasificación –homosexual o heterosexual– sería inaplicable al inconciente en virtud de la legalidad que lo constituye: exento de contradicción, bien pueden coexistir en su interior el pene y el pecho, ya que la disyunción no tiene lugar en el proceso primario con el cual se regula.

Volvamos ahora a nuestra hipótesis de partida, nuestra hipótesis "fuerte": la masculinidad no se constituye sino sobre el trasfondo de la homosexualidad, o, para ser más rigurosos, sobre fantasmas que sólo podrían ser calificados por el yo como homosexuales. Abordemos entonces la cues-

3. Freud, S. (1905): *Tres ensayos de teoría sexual*, AE, vol. VII, p. 132.

tión a la luz de los datos que nos aporta la antropología con respecto a los rituales de masculinización en culturas aborígenes de América, para luego retomarla desde la perspectiva que nos ofrece el conocimiento de los fantasmas masculinos[4] a partir de nuestra práctica actual.

Veremos más adelante el carácter ritual que tiene el rapto del adolescente en Creta, tal como lo analiza Bernard Sergent[5] a partir de los textos de Estrabón de Amasia –siglo II de nuestra era–, quien extrae sus datos de la obra perdida de Eforo, historiador del siglo IV anterior a Cristo. Y veremos que esto no se reduce a los griegos, sino que incluye a los grupos germánicos de la familia de los godos, vecinos invasores del imperio romano.

Amiano Marcelino, soldado e historiador romano de origen griego, ofrece información acerca de los taifanos, pueblo rechazado por los hunos que pasó de los Cárpatos y el Mar Negro, hacia el Danubio, durante el gran movimiento de los pueblos góticos hacia Ucrania, y que luego se dispersó por toda Italia a partir del 375. "Los taifanos son un pueblo vergonzoso, tan escandaloso por su vida obscena, hecha de libertinaje, que entre ellos los adolescentes [*puberes*] están ligados a hombres adultos por una unión de un género inexpresable, a fin de consumir la flor de su juventud en las repugnantes prácticas que ejercen con ellos. *Añadamos que cuando cada uno de ellos, ya adulto, es capaz de capturar él solo un jabalí o de abatir a un oso enorme, es liberado de esta unión disoluta* [*incesti*].[6]

Sergent propone que tanto los textos de Estrabón de Amasia como los de Amiano Marcelino revelan, con respec-

4. Empleo la expresión "fantasmas masculinos" para afirmar que no se trata de fantasmas femeninos de los hombres sino de fantasmas constitutivos de la masculinidad.

5. Sergent, Bernard: *La homosexualidad en la antigua Grecia*, Barcelona, Alta Fulla, 1986.

6. Amiano, *Rerum Gestarum*, XXXI, 9, 5. Citado por Sergent, Bernard, *op. cit.*, p. 17. Las bastardillas son mías.

to a los griegos y a los godos, procedimientos iniciáticos, a pesar de ser textos escritos con absoluta independencia entre sí. Y si muchos autores han pretendido considerar la práctica llamada homosexual de los celtas como una proyección de los investigadores o una difamación, los datos históricos confirmarían el relato de Amiano.

> Efectivamente, el paralelismo es sorprendente. En ambos casos [griegos y godos] hay una relación entre dos personas. Una de ellas es un hombre joven: *puber*, dice Amiano del joven taifalo; *pais*, dice Estrabón del joven cretense, que textualmente significa "niño", si bien el término se emplea corrientemente para designar al adolescente, al *erómeno* [el que es deseado sexualmente, a diferencia del *erastes*, el que actúa sexualmente respecto a otro] [...] Por otra parte se ve cómo la relación termina con el regalo de un equipo bélico [...] El otro es un hombre adulto; Estrabón lo denomina *erasta*, término que en griego tiene un sentido estricto: se trata de un hombre hecho y derecho y con edad, por lo menos, para tener barba, mientras que el *erómeno* es, *a priori*, imberbe. Es un hombre capaz de casarse: el texto de Estrabón lleva muy lejos la homología entre el matrimonio y el ritual iniciático cretense.[7]

Según el autor, la relación que une a estos hombres es pedagógica: el *erasta* abandona la ciudad con su *erómeno*, acompañado de un grupo de jóvenes que han asistido al rapto –amigos y camaradas del raptado–. El hombre adulto conduce a las colinas y a las montañas, zonas incultas destinadas a cumplir la función de fronteras entre las ciudades, al grupo de jóvenes. Durante dos meses banquetean y cazan, recibiendo la instrucción para esta práctica y la iniciación sexual. Al terminar este proceso, al ser restituido a la vida civil, el joven sacrifica un buey a Zeus luego de recibir sus regalos –el equipo militar, un buey, un cubilete– para ser hombre y casarse, dando cuenta mediante estos actos del carácter iniciático, ritual, del rapto sufrido y de su culminación.

7. Sergent, B., *op. cit.*, p. 18.

En esta práctica ritual iniciática se ve el ensamblaje entre masculinidad y homosexualidad, que se puede explorar desde otras perspectivas en la cultura sambia de Nueva Guinea, retomando la propuesta de Gilmore respecto a considerar que, en su rareza, los rituales de iniciación de estos pueblos crean jurisprudencia en el estudio de las imágenes de la virilidad.[8] Los sambia de Nueva Guinea no sólo establecen pruebas durísimas de acceso a la virilidad, sino que se ven obligados, a lo largo de toda la vida, a confrontarse con tareas que les permitan alcanzar la pureza masculina que sostienen como ideal.

Los estudios del antropólogo Gilbert Herdt[9] muestran que los sambia[10] están convencidos de que la virilidad es un estado que se induce artificialmente y que debe inculcarse a la fuerza con medios rituales a los jóvenes, a quienes someten a una inducción dolorosa de la virilidad en una secuencia de ritos de transición.

> Lo que los hace especiales, e incluso únicos, es su fase de homosexualidad ritual, en la que se obliga a los jóvenes a practicar la felación con el adulto, no por placer sino para ingerir su semen. Supuestamente, ello les proporcionará la sustancia o "semilla" de una creciente masculinidad. En palabras de Tali, uno de los informadores de Herdt y experto en los ritos: "Si un muchacho no 'come' semen permanecerá pequeño y débil". Sin embargo, esta fase homosexual es sólo temporal y luego deja paso a una vida adulta completamente "heterosexual" con matrimonio, procreación y todas las demás virtudes masculinas corrientes [...] Así, la homosexualidad es una vía de acceso a la "masculinización" y es precisamente

8. Gilmore, D. D., *op. cit.*, p. 147 y ss.

9. Herdt, Gilbert H.: "Fetish and fantasy in Sambia initiation", en *Rituals of Manhood*, Berkeley, University of California Press.

10. Herdt empleó nombres falsos para referirse a los lugares donde viven los "sambia" –nombre que también acuñó para referirse a un pueblo de las islas montañosas del este de Papúa–, ya que prometió a los sujetos con quienes convivió durante varios años que guardaría su secreto enmascarando lugares e identidades.

esta relación, en apariencia contradictoria, entre el fin y los medios lo que hace de los sambia un caso tan interesante e importante.[11]

La similitud entre los sambia –que han abandonado estos rituales a medida que han sido asimilados a la Papúa-Nueva Guinea moderna– y los antiguos espartanos radica en el carácter guerrero de una cultura en la cual se ensalza la dureza, la actuación decisiva, la inmutabilidad ante el peligro y el dolor, la fuerza física y el riesgo. Y el acto homoerótico no es, desde el punto de vista sambia, realmente homosexual, en el sentido del encuentro entre dos adultos aquiescentes –en esta cultura las relaciones homosexuales entre adultos son desconocidas–, y la felación es un medio para un fin más que un fin en sí, por lo cual masculinización ritualizada es un término más preciso y menos etnocéntrico.

Al igual que otros pueblos, los sambia creen que la maduración masculina no es el resultado de un desarrollo biológico innato, por lo cual debe provocarse con la intervención de artificios culturales.

> La masculinidad es una condición diferente de la feminidad, que se produce a través de una maduración biológica, producto de unos procesos fisiológicos inherentes. En este aspecto, los varones son "más débiles" que las mujeres, ya que necesitan ayuda externa para desarrollarse; de ahí los elaborados rituales a través de los cuales se llega a la virilidad [...] Como anota Herdt [los sambia] creen que la feminidad es una consecuencia inherente a la constante asociación de la muchacha con la madre. La masculinidad, por otro lado, no es un resultado intrínseco de la virilidad; "es un logro distinto de la simple posesión de órganos genitales masculinos". En resumen, mientras que la feminidad de las muchachas se desarrolla naturalmente porque guardan sus lazos con la madre, los muchachos deben "convertirse" en hombres con

11. Gilmore, D. D., *op. cit.*, p. 152.

> medios culturales: "la masculinidad debe lograrse". Los sambia creen que las niñas tienen, de nacimiento, un órgano interno especial, llamado *tingu*, que poco a poco las va convirtiendo en mujeres. Y aunque los niños también tienen el mismo órgano al nacer, son constitucionalmente inferiores en este aspecto, su *tingu* es débil e inactivo y necesitan semen para crecer. Los sambia creen que la masculinidad sólo puede lograrse mediante una "inseminación" ritual que desencadena el proceso y, a continuación, con las instrucciones progresivas de mayores [...] Como veremos, la clave de todo ello consiste en apartar al muchacho de la perniciosa influencia de la madre para que su *tingu* pueda estimularse para el crecimiento e iniciar el proceso de masculinización. La proximidad a la madre lo impide y mantiene al muchacho en una condición infantil y sexualmente indeterminada.[12]

Si bien todos los pueblos de las tierras altas de Nueva Guinea comparten con los sambia sus creencias acerca de la masculinidad, lo que distingue a estos últimos es la ritualización formal del paso a la virilidad y no su contenido erótico. Estos ritos empiezan a la edad de 7 o 10 años y llegan a durar diez o quince años. La iniciación masculina comienza con la separación física del niño respecto de su madre, en una ruptura dramática que lo conduce a una choza exclusivamente masculina donde pasa con otros muchachos la mayor parte del período de iniciación. Las pruebas a las cuales se los somete son dolorosas y brutales e incluyen palizas y sangrías –estas últimas con objeto de limpiarlos de sangre materna–. La iniciación culmina con la felación repetida y la ingesta de semen de hombres mayores, que "crean un lago de virilidad" y contribuyen –según los sambia– al fortalecimiento de los huesos y al desarrollo de los músculos. El proceso finaliza con la aparición del vello facial.

No está distante de nuestros propios descubrimientos en psicoanálisis el hecho de que el comienzo de este proceso,

12. *Ibid.*, p. 152.

que consiste en romper con la madre para dar fin a la infancia, tenga como objetivo suprimir el anhelo de pasividad o dependencia e inculcar una agresiva autosuficiencia. El ritual de felación, considerado por los sambia un equivalente masculinizante de la lactancia materna ya que es alimento primordial pero en este caso proporcionado por un hombre, se acompaña con hemorragias y vómitos destinados a producir una expulsión de la leche y la sangre femeninas que guarda el cuerpo del hombre. Para ingresar a la horda masculina es necesario entonces no sólo el reconocimiento de la diferencia sino la expulsión de lo diferente –leche, sangre materna– y la inclusión de lo idéntico: el pene de otro hombre que proporcione leche masculina.

Por su parte, Francis K. Mondimer, en *Una historia natural de la homosexualidad*, informa:

> Los sambia creían que un chico no era físicamente maduro y capaz de procrear hasta recibir el semen de un hombre adulto. Creían que así le transmitían todas las cualidades masculinas beneficiosas, como la fuerza, el valor, la habilidad para cazar, etc. Se consideraba que el semen era la esencia masculina sin la cual un chico podía quedar pequeño y endeble [...] Se creía que el chico sólo desarrollaba sus características sexuales secundarias (vello facial, desarrollo muscular masculino), así como las características psicológicas y temperamentales de los hombres (valor, agresividad, etc.), si recibía el semen de un hombre grande durante varios años. Cuando el chico maduraba, adoptaba el papel activo con respecto a los demás prepúberes. Incluso después del matrimonio, los jóvenes vivían en la casa de "solteros" y mantenían relaciones sexuales íntimas tanto con su esposa como con su pareja masculina [...] Este tipo de sexualidad institucionalizada se ha denominado *homosexualidad transgeneracional* porque se da entre distintas generaciones, entre adultos y adolescentes.[13]

13. Mondimer, Francis Mark: *Una historia natural de la homosexualidad*, Barcelona, Paidós, 1998, pp. 35-36.

Ideal de masculinidad pura, sin componentes femeninos, emparentado con los modos del machismo, que incluye no sólo el rechazo y el desprecio defensivo hacia la mujer sino también la homofobia, para dar cuenta del temor a una masculinidad fallida que siempre lo acompaña.

Sin embargo, el 5 % de los hombres sambia, según informes del mismo Herdt luego de su convivencia durante años con esta cultura, se "desvía" de las normas de conducta esperadas:

> Algunos hombres son conocidos por su escaso interés en las actividades homosexuales; y algunos por su elevado interés en las actividades homosexuales, que siguen practicando después del tiempo establecido.[14]

Este autor concluye que algunos hombres sambia tienen tendencias homosexuales y muestran un temprano e intenso interés por las prácticas homosexuales que continúan durante la edad adulta, disfrutando o incluso prefiriéndolas a pesar de poder disponer de parejas sexuales femeninas.

Esta conclusión vuelve a poner de relieve la presencia de un aspecto que no puede ser obviado: toda manipulación del cuerpo, aun la empleada con fines rituales, impone la producción de fantasmas y la generación de zonas de goce que escapan a la función misma propuesta. Y ello como efecto, en esta operatoria, de la presencia del otro humano provisto de inconciente, es decir, de circulaciones eróticas que escapan a su propia conciencia, lo que da lugar a intercambios que exceden el motivo manifiesto de la acción realizada.

Hemos desarrollado ampliamente, continuando la propuesta de Laplanche,[15] la función que ocupa el exce-

14. Herdt, Gilbert: *Guardians of de Flutes, Idioms of Masculinity,* Columbia University Press, 1987, pág. 282 (citado por Mondimer, *op. cit.*, p. 36).

15 Véase Laplanche, J.: *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis,* Buenos Aires, Amorrortu, 1989, y *La prioridad del otro en psicoanálisis,* Buenos Aires, Amorrortu, 1996.

dente sexual que el adulto hace pasar a través de los cuidados precoces en la constitución pulsante del niño. Las consecuencias de la sexualidad ritualizada pueden ser tomadas en cuenta en nuestra exploración de un aspecto siempre presente en nuestra práctica pero poco teorizado: los efectos, en la constitución psíquica, de prácticas médicas –quirúrgicas o de otro tipo– que obligan a la intromisión en el cuerpo infantil con fines curativos, desatan, al mismo tiempo, síntomas o modos de evolución patológica de la vida sexual. La intervención del otro humano es insoslayable, por presencia o por ausencia, cuando el cuerpo es sometido al dolor. Y sus consecuencias no son sólo las que supone el sentido común –temores, incremento de la agresividad–, sino modos de goce que implican la presencia del sadomasoquismo.

Hemos visto, en sus formas más perversas o psicóticas, cómo los efectos de ciertas experiencias precoces pueden, en las culturas llamadas occidentales,[16] llevar a la mutilación propia o ajena sin que ello implique un ritual culturalmente regulado, y lo que nos enseña esa perversión de nuestro tiempo llamada "asesinato serial" es que en general su ejercicio se ve ritualizado por mandatos internos tanto o más despóticos que aquellos que la cultura establece; su existencia misma da cuenta del pasaje a la acción de fantasmas determinados siempre por la sexualidad.

La perversión se caracteriza, precisamente, por el carácter fijo de la escena en la cual se despliega, que pone en juego la acción sobre el cuerpo, y su rasgo patológico está dado por la captura que sufre el sujeto desde su propio interior –carácter compulsivo de una acción a la cual no se puede rehusar y que cobra carácter de obligatoriedad más allá de que genere, en ciertos casos, la ilusión de ser efecto

16. Se revela aquí con absoluta claridad la falacia del concepto de "occidental", que da cuenta de una dominancia cultural y política no sólo no globalizante sino incluso excluyente. ¿Los sambia no serían entonces considerados occidentales pese a su anclaje geográfico?

de un acto de voluntad– y que si bien no se instala al margen de la regulación que impone la cultura, sí lo hace en sus bordes, como resultado de residuos históricos que obligan a acciones que, paradójicamente, en su intento de evitar el desborde libidinal que pondría en riesgo de desestructuración al sujeto, reproducen el ciclo de destrucción que las generó.

Por el contrario, la ritualización de pasaje a la masculinidad en las culturas que mencionamos, por cruel que parezca, por brutal que sea el sufrimiento que produce, no va en desmedro de la autoestima, no pone en riesgo al propio yo, sino que lo hace sentir airoso de haber remontado la prueba y de pasar a un estatuto superior. Y si en sus bordes produce exceso y traumatismo, este traumatismo no es efecto de la destitución subjetiva sino de la presencia, excedente, del goce que se infiltra en todo intercambio de sufrimiento y placer entre los seres humanos cuando el cuerpo está implicado, más allá de la racionalidad que capture la acción.

En la medida en que quien está a cargo de ejercer y transmitir el ritual está atravesado por el inconciente, que sus fantasmas exceden las acciones a ejercer y las infiltran, es indudable que lo traumático en el sentido estricto no es sólo un efecto mecánico de la acción padecida sino del hecho de que ésta es producida por el otro humano. Del mismo modo ocurre en la educación, y, por supuesto, en la práctica médica, donde la apropiación del cuerpo impone modos de pasivización y ejercicio del poder que si no devienen perversos es por la regulación tercera de una técnica que opera como legitimidad, pero que no puede, sin embargo, evitar los fantasmas que produce cuando se torna excesiva, inmetabolizable, tal como los vemos aparecer en niños que han sido sometidos de manera reiterada a prácticas quirúrgicas o a tratamientos de rehabilitación.

Un paciente de 14 años me decía, hace poco, refiriéndose al psicomotricista que había tenido a cargo su rehabilita-

ción luego de un accidente sufrido en la infancia: "Yo creo que ese hijo de puta es trolo,[17] que le gustaba tocarme". Más allá de la realidad incomprobable de su afirmación, evidentemente se había generado una fantasía homoerótica en ese proceso que trascendía el propósito concientemente buscado. Sabemos que muchas fijaciones compulsivas –consideradas perversas por la psicopatología clásica– han tenido origen en situaciones cruentas de la infancia, efecto de tratamientos médicos dolorosos. Lo cual impone algunas revisiones de los modos con los cuales han sido concebidas las formas de intervención de los padres en dichos tratamientos.

Un niño de 5 años que llegó a la consulta por una serie de trastornos que incluían desde inhibiciones sociales hasta dificultad para ir al colegio, fue traído inicialmente por padecer una encopresis por rebalsamiento –síntoma que consiste en que el paciente, constipado durante días, evacua en ciertas situaciones especiales luego de una prolongada retención–.[18] Y bien, este niño, con intensas ansiedades, había generado ya un trastorno somático en razón de que sus paredes intestinales se veían engrosadas por adherencias de materia fecal que producían intensos dolores y dificultaban el proceso normal de defecación.

Cuando el pediatra indica un tratamiento de enemas para liberarlo de esas adherencias, la cuestión que se plantea es si éstos deberían ser realizados por un profesional o por los propios padres. Quienes parten de una concepción des-sexualizada de la producción del psiquismo infantil y de sus vicisitudes consideran recomendable que un tratamiento de este tipo sea llevado a cabo por un fami-

17. Denominación popular y despectiva de "homosexual".

18. En algunos casos, el niño defeca en la bañera, en un medio líquido que le garantiza la continuidad entre el interior y el exterior; en otros, debajo de una mesa, buscando refugio en un medio protegido, como si tuviera que estar contenido para sentir que no se desarma con la expulsión de una parte de sí mismo...

liar para evitar una angustia mayor ante lo desconocido. En mi caso, me inclino por la intervención profesional en virtud de permitir una separación cuidadosa de las figuras libidinales –edipizadas, altamente investidas de contenidos incluso sexuales en sentido estricto en esta etapa de la evolución psicosexual– respecto de toda intromisión excesiva en el cuerpo, y muy en particular en zonas de alto voltaje erógeno como es la región anal.

Se plantea aquí la diferencia entre la concepción psicoanalítica de cuño psicológico que pone el acento en lo desconocido, que propone a las figuras parentales como reaseguranteS, haciendo pasar a un segundo plano su carácter sexuado, y la perspectiva psicoanalítica para la cual el investimiento libidinal de objeto y su fantasmatización ocupan un lugar central en la configuración de la angustia y en los destinos sexuados del sujeto.

Si el libro de Anna Freud y Dorothy Burlingham nos conmovió al dar a conocer que los niños ingleses trasladados lejos de las zonas de bombardeo sufrieron más efectos traumáticos que quienes quedaron con sus padres bajo el fuego de las bombas, es porque ponían en el centro que en la infancia lo traumático no es el riesgo de muerte en sí mismo sino la desprotección a la cual el niño puede quedar librado. Por otra parte, tuvieron que pasar más de cincuenta años para que nos enteráramos por la prensa de un aspecto que obliga a una nueva reflexión sobre los traumatismos padecidos y las consecuencias develadas: una parte de los niños trasladados fueron violados por los adultos que los tenían a cargo, lo que nos permite comprender, como ha pasado en otras tragedias, que el traumatismo no se reduce a lo manifiesto sino a la cadena que inaugura. En este caso –tal como ocurrió en los albergues luego del terremoto de México de 1985– podemos suponer que el riesgo de muerte, con el pánico consiguiente, produjo en los adultos designados por el gobierno que tenían a cargo el cuidado de los más débiles la compulsión intensa de salir de su propia pasividad sobre la base de la pasivización activa del otro. Si esto afecta

nuestra confianza en la bondad ilimitada y en la solidaridad del ser humano, y nos estremece al pensar en los aspectos más oscuros de la condición humana, nos rescata de ello el conocimiento y la convicción de que frente a la agresión brutal del otro humano personalizado, los hombres son capaces de gestos de altruismo y ética enormes. No hay ninguna denuncia de que, en los campos de concentración, los niños hayan padecido la agresión sexual de otros prisioneros. Lo que Primo Levi denominó "la zona gris" sólo se produjo por orden de los captores y a instancias de su propio sadismo, y no por voluntad o compulsión explícita de los prisioneros.

LOS FANTASMAS NEURÓTICOS DE PASIVIZACIÓN HOMOSEXUAL COMO DESEO DE MASCULINIZACIÓN

A lo largo de años de práctica psicoanalítica hemos visto cómo estos rituales y mitos colectivos –"de los primitivos", diría Freud, con una expresión hoy irreproducible, pero inscripta en el ideal de evolución hegeliano y colonial del siglo XIX– reaparecen en los fantasmas "*de nuestros neuróticos*" –es decir, de todos los seres humanos provistos de represión y capaces de soñar, para llevar las cosas al terreno en el cual deben ser planteadas–. Fantasma de penetración por parte de otro hombre, pero capaz también, lo cual llama particularmente la atención, de producirse en el momento de la relación sexual con una mujer. Explorado sin afán de apresurar la interpretación, permitiendo en relación con él la libre asociación sin emplear el recurso de la homosexualidad inconciente o de la bisexualidad constitutiva,[19] vemos

19. La explicitación de estas fantasías provoca una interpretación tanto más precipitada cuanto más perturbado se siente el analista que las recibe. La prisa es usualmente un intento de otorgar algún sentido para producir la disipación rápida de aquello que el analista no tolera, en particular de lo que agita sus propios fantasmas al operar como proceso traumático en el interior de su práctica.

emerger su relación con fantasías ligadas a la búsqueda de virilización, *al reforzamiento de la potencia mediante la recepción de un pene que le incremente al varón las posibilidades no sólo de goce sino de hacer gozar a la mujer*, marcando la insuficiencia del propio pene para lograrlo.

Una situación que sería restringido definir sólo como clínica en razón de la trascendencia con la cual supera el ámbito de un consultorio, constituyó durante años un objeto de interrogación sobre el que volví una y otra vez –posiblemente por razones que no se limitan a las líneas que expondré–.

En 1976, cuando estaba a punto de abandonar el país debido a las condiciones políticas imperantes, informé a mis pacientes acerca de la interrupción de sus análisis sin que fuera necesario explayarme al respecto. Derivé cuidadosamente a cada uno de ellos, tomando en cuenta en la evaluación de las condiciones que quienes se hicieran cargo de sus tratamientos fueran personas que no estaban en riesgo inmediato de irse, o que por circunstancias diversas no estuvieran dispuestas a hacerlo. Por supuesto, la fecha de mi partida no fue explicitada, por lo cual me sentí sorprendida y emocionada cuando Esteban, un joven de veintitantos años, se presentó en el aeropuerto acompañado de su novia y con un enorme ramo de flores en la mano.

El análisis de Esteban había transcurrido a lo largo de tres años, durante los cuales ambos nos sentimos cómodamente instalados en una relación profundamente comprometida, con vicisitudes transferenciales que en ciertos momentos devenían un tanto excesivas para mi inexperiencia de entonces. En cierta ocasión, días antes de la Navidad de 1975, mi paciente había traído la fantasía de que en la puerta de mi consultorio esperaba encontrar una corona de muérdago, lo cual fue interpretado, obviamente, como el deseo de habilitación de un beso;[20] la explicitación

20. En la Argentina, como en muchos países, la corona de muérdago es el sitio bajo el cual es obligatorio darse un beso.

del deseo no fue obstáculo para que al terminar la sesión Esteban me abrazara y besara en la mejilla, saliendo rápidamente de mi consultorio. La acción combinaba de tal modo componentes afectuosos y de picardía infantil que en ningún momento la viví como un atropello ni como una intromisión sexualizada, sino más bien como parte de una corriente edípica tierna cuya modalidad transgresiva no pasaba de ser profundamente lúdica. Al factor sorpresa, sin embargo, lo entendí muchos años más tarde.

Poco tiempo después de mi retorno al país –habían pasado ya más de diez años de este episodio– recibí un llamado de Esteban preguntándome si lo recordaba. Le respondí que por supuesto que sí, y me solicitó una entrevista para hablar de algo que pensaba debía comunicarme. Se había casado con esa novia que yo había conocido, y tenía dos niños pequeños cuya foto me mostraría. Por supuesto, se trataba de un reencuentro, en el sentido más estricto, en una época que estuvo plagada de reencuentros para todos los argentinos.

Esteban llegó a mi consultorio con una planta de regalo, y luego del intercambio de saludos y reconocimientos se sentó en el diván para decirme lo que nunca me había dicho, y que, según él, estaba a punto de decir cuando yo interrumpí el tratamiento. A partir de esto, no había podido contárselo a ningún analista *a posteriori*, y por eso había abandonado los tratamientos que se sucedieron. Se trataba de dos cuestiones de su vida, una correspondiente a su infancia y otra a su adolescencia, e intuía que tenían alguna relación. La más importante, dijo, era la siguiente: cuando tenía 13 años, un grupo de muchachos del barrio, mayores que él y que representaban muchos de los rasgos de masculinidad a los cuales aspiraba, lo habían llevado a un lugar apartado y habían ejercido cierto forzamiento que no pasó de bajarle los pantalones y apoyarle el pene, pero que él vivió con intensa humillación y que –pensó– tenía alguna relación con un síntoma que nunca me había "confesado". Se trataba de una forma de masturbación anal compulsiva,

para la cual empleaba objetos que operaban por rozamiento, no por penetración, del mismo modo que había ocurrido aquella vez. Dos días antes, precisamente, se había levantado de madrugada, cuando todos dormían, para poder masturbarse tranquilo con la palanca de cambios del coche, lo cual lo angustiaba terriblemente y lo llenaba de vergüenza. Por otra parte, como él aseguraba y yo sabía, amaba profundamente a su mujer, le gustaban en general las mujeres y gozaba con sus relaciones sexuales pero, y esto era lo más curioso, muchas veces buscaba la masturbación anal luego de haber hecho el amor con su esposa, como si algo quedara inconcluso, sin que en la realidad esto hubiera ocurrido. Su síntoma lo avergonzaba hondamente, y había constituido el mayor obstáculo para analizarse, así como el recuerdo secreto del episodio sufrido con los muchachos del barrio a los 13 años.

Abordó luego la segunda cuestión, que tampoco me había contado nunca, porque en realidad no la había recordado hasta después de mi partida. En 1955, días después del golpe de Estado, un tío materno, perteneciente a la Alianza Libertadora Nacionalista,[21] llegó a su casa con un grupo armado e irrumpió violentamente a la búsqueda de su cuñado –el padre de Esteban–, reconocido como militante peronista. El hombre, viendo que podía correr riesgo de vida, huyó por el fondo de la casa pidiéndole a su esposa que intercediera por él ante el hermano.

Mi paciente no tenía idea del enlace entre ambos episodios, pero le señalé que muy probablemente había revivido "la cobardía de su padre" con mi partida del país, y que esta imagen débil y humillante había cobrado actualidad ante mi propia fuga, no por los fondos pero sí por la frontera. Esteban trató de justificarme: "Bueno, no, en su caso fue

21. Grupo de choque de ultraderecha que perpetró ataques tanto contra militantes políticos de izquierda como contra judíos en el transcurso de esos años.

diferente... Usted podía correr riesgo de vida", y agregó que, de todos modos, yo era mujer, y que lo más terrible para él había sido ver al padre apelar a la esposa para protegerse, ocultarse bajo las faldas de la madre... Más allá de su afecto y comprensión, era indudable que no podía dejar de sentir que mi brusca retirada lo había dejado tan desprotegido como aquel episodio de infancia, y que para los fantasmas inconcientes reactivados no hay dispensa por real que sea la situación.

Pero lo que no pude entender en ese momento, aun cuando no había un pedido de su parte de retomar el análisis porque sólo venía a relatarme estos episodios, era el alcance del enlace profundo entre esos dos episodios. Sabía que tanto la fuga del padre como la escena vivida con los muchachos más grandes del barrio, verdaderos iniciados de la vida para su imaginación púber, conjugaban situaciones que ponían en riesgo su propia representación de la masculinidad, más aún, que daban cuenta de un aspecto fallido de la misma. Pero no llegué a percibir que en ese encuentro que lo marcó hondamente, no sólo en el plano psíquico sino en el cuerpo, dejándolo subordinado a una inscripción erógena que hacía retornar compulsivamente una excitación que buscaba su cauce en la masturbación anal compulsiva, Esteban había intentado, sin éxito, una resolución de la no lograda masculinización que la imagen quebrada –castrada, podemos decir– del padre había dejado librada al traumatismo.

Su aceptación de la seducción ejercida por los mayores –producida como un abuso con cierto nivel de consentimiento– se sostenía sobre la siguiente paradoja: al poner en lo manifiesto, en acto, una corriente supuestamente homosexual de la vida erótica, ésta estaba al servicio de una búsqueda de masculinización, de una suerte de resolución imposible –de ahí el carácter sintomático que tomó a lo largo de la vida– de la masculinidad fallida del padre que cobraba la fuerza de una escena paradigmática en el recuerdo de la huida por los fondos de la casa escudado "en las faldas" de la madre.

No llegué a formularle nunca estas hipótesis a Esteban, que tal vez hubieran ayudado a producir una significación que limitara la profunda perturbación que el recuerdo traumático le provocó a lo largo de su vida. Tal vez también la excitación irresoluble que de este episodio se desprendía hubiera podido encontrar una vía de ligazón a partir de su ensamblaje con el fantasma que la sostenía, y la comprensión de que su aquiescencia a la situación padecida hubiera tomado un sentido diferente de aquel al que quedó anudado por su yo (el de una complacencia homosexual), al revelar su correlación con lo que realmente ponía en juego, un deseo profundo de masculinización mediante la recepción del pene de otro hombre, cuyo saber y experiencia le diera la garantía que buscaba desde lo real en razón de que el padre no había podido ofrecérselo de modo simbólico.

Episodios como el vivido por Esteban no son infrecuentes en nuestra cultura, y deben ser resituados en el lugar correspondiente. Del mismo modo ocurre con el llamado *fantasma del obsesivo*, ese fantasma de un hombre de ser penetrado por otro hombre, fantasma que puede aparecer incluso en el momento del coito, en pleno ejercicio de la sexualidad masculina. Hemos detectado de manera frecuente en nuestra práctica la presencia de este fantasma bajo formas diversas, el cual da cuenta en muchos casos del deseo de ser atravesado por el pene como transmisor de potencia virilizante. En la mayoría de los casos se trata de un pene anónimo, incluso recortado del cuerpo del otro, pero que genera la fantasía de permitir modos más eficaces, más perfectos de goce, paliando la angustia por la propia insuficiencia respecto a la satisfacción de la mujer, cuestión que constituye uno de los grandes fantasmas amenazantes, generalizados, de la masculinidad actual. La simpleza de interpretarlo como producto de una corriente homosexual –efecto de la bisexualidad constitutiva o de los aspectos no resueltos del deseo erótico por el padre– no tiene en cuenta el movimiento estructural que representa. En nuestra cultura, el levantamiento de la interdicción del goce fe-

menino, interdicción favorecida durante siglos en Occidente por la cultura religiosa, en particular cristiana, ha incrementado el temor respecto a la suficiencia masculina para satisfacer a la mujer, reforzando el fantasma de la mujer devoradora, insatisfecha, dispuesta a exigir siempre más de lo que se le ofrece y de lo que se le puede dar.

La interpretación de estos fantasmas del hombre como producciones homosexuales, o lisa y llanamente de carácter femenino, no sólo implica un error teórico, una falacia conceptual, sino que ha constituido una *impasse* decisiva en nuestra práctica para la comprensión de la sexualidad de nuestros pacientes hombres. Y volveré a afirmar, por la responsabilidad que nos cabe en llevar a buen término el análisis y aliviar la angustia de nuestros pacientes, que toda interpretación que no sólo oculte la realidad determinante del síntoma sino que convalide el imaginario sufriente del paciente sin desentrañarlo, constituye una captura ideológica que reduplica aquellas en las cuales el yo se encuentra prisionero o en las cuales el psicoanálisis mismo puede redoblar tal captura. Reubicar en nuestra teoría y en nuestra práctica los fantasmas que el yo considera homosexuales y que en muchos casos representan, como ocurre a lo largo del proceso de constitución cultural, formas de masculinización, despojándolos de la cualificación etnocéntrica que los vela, amplía nuestra perspectiva y genera nuevas condiciones en el proceso clínico.

3. LOS CAMINOS DE ACCESO A LA MASCULINIDAD

Las *impasses* teóricas y los errores y desaciertos acumulados a lo largo de un siglo que hemos ido señalando en capítulos anteriores no invalidan el grueso de los descubrimientos psicoanalíticos, pero tornan imperioso asumir que la deuda establecida como consecuencia de estos extravíos nos obliga a una puesta a punto de ciertos enunciados. Y esto no sólo en función de que su carácter erróneo es insostenible desde ciertos requisitos mínimos de cientificidad, sino también porque los extravíos del psicoanálisis han sido causa de intenso sufrimiento, en razón de que el método y la teoría que afectan se proponen como la empresa más importante de nuestra época en la búsqueda de una resolución del sufrimiento psíquico, es decir, de aquel que las pasiones y los deseos causan en los seres humanos, más allá de su miseria o bienestar cotidianos.

De estos errores e *impasses*, dos fueron puestos de relieve y serán retomados en las líneas que siguen. No con afán de establecer un punto de partida para una suerte de "jubileo" con pedido de perdón por los pecados cometidos –especie de *aggionarnamento* que nos torna más buenos porque ahora sí, además, somos críticos– sino en virtud del ejercicio de un método, válido tanto para la clínica como para la construcción teórica, que consiste en someter a caución los enunciados que, anquilosadamente, se constituyen

en síntoma, ya sea del yo o de la teoría oficial. Si esta teoría no es sometida a la prueba de la clínica y de la confrontación interteórica, tiende a devenir un conjunto ligado y coagulado, un sistema que se mantiene tanto más soldado cuanto mayor es la dificultad para enfrentar sus propias contradicciones, masa defensiva que constantemente es necesario desarticular y volver a recomponer para que no pierda su fecundidad.

Vemos cómo en la raíz de las consecuencias no sólo teóricas sino también clínicas está presente una concepción endógena de la sexualidad, la cual lleva a la desestimación de la función del adulto en tanto constitutiva de la sexualidad infantil y, en el límite, a la renegación de la seducción factual, o al abuso sexual ejercido sobre los niños. La teorización que concibe al psiquismo como productor autónomo de fantasías, sean ellas del orden de la determinación biológica o de la transindividualidad, ha tenido efectos severos en nuestra práctica. Esta teorización se sostiene, por otra parte, en una pendulación con cierto exogenismo que pone afuera la causalidad psíquica, despojando al inconciente de toda función, al concebir al otro significativo como calco de lo real, no metabólico ni fantasmatizado de manera singular por el aparato psíquico.

Sólo la recuperación de la fantasía como recomposición metabólica de la inscripción sexualizante del otro humano puede permitir salir de este atolladero que impide avanzar. La realidad psíquica no es un producto endógeno ni un mero reflejo de la realidad exterior, sino la transformación de las improntas vividas en inscripciones derivadas, metonímicamente en un primer tiempo, y recompuestas en múltiples transcripciones luego, de la presencia humanizante del otro.

Desde esta perspectiva es que pretendemos abordar los efectos sufridos por la práctica clínica al quedar sometida a una teoría sexual que concibe una suerte de evolución endógena de la masculinidad, insostenible hoy tanto por las contradicciones que arrastra en el interior mismo del psicoanálisis como por la confrontación antropológica que

otorga nuevas perspectivas para abordar los procesos de constitución de la masculinidad. Esta teoría de la masculinidad, o, para ser más precisos, esta ausencia de una teoría psicoanalítica de la constitución de la masculinidad, ha devenido un obstáculo importante de nuestra práctica, en razón de que da por sentado un recorrido sin desvíos, con cierta linealidad, en el cual lo masculino sostiene su zona y su objeto desde el nacimiento hasta la tumba, y para la cual el surgimiento de fantasmas femeninos en el varón es efecto de la bisexualidad constitutiva, es decir, de los aspectos femeninos, reprimidos, inconscientes, presentes de manera "natural" en el psiquismo de todos los seres humanos.

La principal consecuencia de esta teoría, como hemos dicho en capítulos anteriores, es la interpretación de las fantasías homosexuales de los pacientes heterosexuales como el efecto de una corriente femenina, independiente, producto de la "bisexualidad constitutiva", ajena a su masculinidad, cuando en su mayoría corresponden al intento, logrado o no, de la búsqueda de apropiación y resolución de la masculinidad a partir de la incorporación del atributo genital de otro hombre que otorgue potencia y virilidad.

Hemos comenzado a desarrollar una idea cuyo decurso ha tomado un sesgo insospechado a partir de la experiencia clínica y las confirmaciones antropológicas que las nuevas investigaciones ofrecen: la hipótesis de que la identificación masculina en términos de ejercicio sexual (no sólo de género) se instituye por la introyección fantasmática del pene paterno, es decir, por la incorporación de un objeto privilegiado que articula al sujeto sometiendo su sexualidad masculina a un atravesamiento, paradójicamente, femenino. El hecho de que la masculinidad se constituya en su vertiente genital –que no se reduce a sus rasgos de género– a partir de esta paradoja que consiste en recibir el pene del padre mediante una identificación que impone inevitablemente un fantasma homosexual, y que esta identificación se establezca ya sobre las huellas de los restos resi-

duales con los cuales el cuerpo del adulto –madre, padre– se inscribe en el niño antes de que las categorías de la sexuación puedan diferenciarlos, no es uno de los problemas menores de la organización sexual masculina.

Incluimos en razón de esto los descubrimientos de estudios antropológicos que en los últimos tiempos nos han proporcionado material que indica que estas fantasías que encontramos en nuestros divanes, y que considero del orden de la constitución masculina, guardan una correlación notable con ciertos rituales que ofrecen, en algunas culturas, un modelo de pasaje a la masculinidad.

Los obstáculos sólo pueden ser vistos en perspectiva. La frase enunciada por Einstein en su resumen para la *Enciclopedia Británica* acerca del descubrimiento de la teoría de la relatividad, y de las propias dificultades que el tiempo siempre le planteara, da cuenta de ello: "¿Quién descubrió el agua? No lo sé, pero bien puedo afirmar que de seguro no fue un pez". Esta afirmación pone de relieve que para formular una pregunta no sólo hay que carecer de respuesta, sino que hay que encontrarse por fuera del sistema de determinaciones que generan las preguntas mismas. Es en la misma dirección que podemos enunciar que tanto la antropología como el psicoanálisis se vieron en este caso trabados en el mismo punto, al haber retomado el mito del hombre occidental que considera que el descubrimiento *princeps* a realizar versa sobre la sexualidad femenina –cuestión que, como bien señala Freud, es preocupación central del varón–, descuidando, incluso en los estudios de carácter aparentemente progresista, la masculinidad como constructo, y dando así por sentado un conocimiento del varón que no hace más que redoblar los prejuicios ideológicos existentes.

Si el ejercicio sexual de la masculinidad –que no se limita a los elementos del género, sino que incluye la posibilidad específica del desempeño sexual– es diferente de la simple masculinidad anatómica, el hombre, a diferencia de la mujer, cuya conducta rara vez cuestiona su derecho

a una identidad sexual ya instalada, no sólo debe adquirir la masculinidad sino sostenerla, ya que puede ser más o menos fácilmente destituido de la misma. La feminidad es considerada como algo dado en sí mismo, a lo cual, a lo sumo, la cultura refina y da un destino; la masculinidad, por su parte, es un complejo encaminamiento que atraviesa un umbral crítico que se realiza, en muchas sociedades, bajo la forma de pruebas que instituyen no sólo la comprobación sino fundamentalmente la adquisición de la virilidad. Y en la descripción de estas pruebas y ritos de pasaje que se llevan a cabo, encontramos los fantasmas que los varones del Occidente cultural –no geográfico– presentan con frecuencia en el análisis, en los sueños, o incluso en los modos de la genitalidad que se estructuran más allá del ejercicio demarcado por la diferencia y el reencuentro de los sexos. Me refiero a fantasmas de felación de otros hombres, de recepción de un pene bajo la forma anal para poder acceder a la sexualidad con una mujer, o incluso, bajo modos ya psicóticos, a acciones de expulsión consistentes en sangrías automutilantes para liberarse de los humores femeninos que "aún conserva el cuerpo".

Habituados a dar sentido a estos productos psíquicos como si fueran de carácter "femenino", efecto de la bisexualidad en el hombre, este modo de interpretación sirve sólo para aplacar, a través de la benevolencia del análisis y la universalidad a la cual remite, la angustia del analista que se siente, a su vez, afectado por su presencia. Pero ello implica renunciar a tomar en cuenta el carácter fecundo estructurante con el cual podrían ser reinscriptos, al considerarlos en el análisis bajo este modo que hoy propongo: la búsqueda que transita por el camino menos corto pero más directo, el de la constitución de una masculinidad que sólo se adquiere bajo la paradoja que la instituye.

Vemos cómo estos rituales constitutivos de la masculinidad en Grecia se reducen a la iniciación erótica del púber por parte de un hombre de más edad, y en los sambia de Melanesia es un estado que se induce artificialmente y

que debe inculcarse con fuerza por medios rituales, sometiendo a sus muchachos a ritos de virilización desde los 10 años y que llegan a durar otros diez (véase un desarrollo de este tema en el capítulo 2).

Analicemos los modos con los cuales el psicoanálisis ha encarado la cuestión femenino-masculino. Conocemos el derrotero que ello toma en psicoanálisis a partir de una comprensión simplificada de *Tres ensayos de teoría sexual*:[1] la idea de un polimorfismo perverso infantil que, acompañado de la hipótesis de la bisexualidad, da curso al error de suponer que antes de la pubertad el niño es "bisexual". Sin embargo, la elección de objeto genital y la identidad de género deben ser diferenciadas, ya que no se recubren mutuamente, y si bien en algunas culturas –como la nuestra, por ejemplo– la homosexualidad es concebida por muchas personas como un fracaso de la masculinidad –o de la feminidad–, la teoría no puede reflejar las trampas del yo en sus enunciados ni limitarse a reproducir los prejuicios ideológicos existentes.

La propuesta freudiana, que tiene la virtud de posibilitar la introducción del carácter universal de las tendencias homosexuales, grávida de consecuencias clínicas, debe ser resituada en este sentido para que no obstaculice la detección de las perturbaciones precoces de la identidad de género en la infancia. El llamado "polimorfismo perverso" alude a la extensión de la sexualidad más allá de las metas genitales, que está presente desde los comienzos de la vida, se infiltra en áreas no destinadas originariamente a la vida sexual, y coexiste con los rasgos de género en términos de "diversidad", es decir, de rasgos culturales identitarios para la bipartición que la cultura determina traspolando la diferencia biológica a signos ordenadores clasificatorios.

1. Freud, S.: *Tres ensayos de teoría sexual*, Buenos Aires, Amorrortu, 1978-1985, vol. VII.

A partir de la reformulación del veinte, cuando toda la obra pasa a girar alrededor de la constitución de la premisa fálica y las consecuencias psíquicas del descubrimiento de la diferencia sexual anatómica, la determinación de un solo sexo de partida, el masculino, y la subsunción de la teoría pulsional a la angustia de castración como eje alrededor del cual se constituye toda la perspectiva de la constitución sexual, vuelven a plantear avances y atolladeros. Si por una parte la diferencia anatómica deviene modelo de todo descubrimiento de la alteridad y de la circulación del niño respecto a la sexuación, la "castración femenina" pasa de ser teoría sexual infantil a teoría psicoanalítica, sosteniendo un sexo de partida, en este caso el masculino.[2]

Por su parte, las categorías masculino/femenino no recubren totalmente el sexo en cuanto genital, y como atributos de género –y en esto la insistencia de quienes trabajan sobre estas cuestiones es absolutamente válida– son categorías anteriores al descubrimiento de la diferencia anatómica y coexisten de modo paralelo a la sexualidad pulsional de los primeros tiempos de la vida. En razón de ello, en los primeros años de su vida un niño puede considerar que es varón a partir de lo que Freud mismo denominara como "diversidad", es decir, por ciertos atributos que la cultura pone en juego (porque no tiene aritos, porque usa el pelo corto o se viste de celeste), o incluso por modos de significación que corresponden a su universo familiar, más reducido, sin que eso implique que se conozcan las consecuencias que ello acarrea para la "diferencia" de los sexos, ni los atributos que la definen.

Hemos explicitado ya la necesidad de establecer una diferenciación que consideramos operatoria para pensar

2. Podríamos suponer, ironizando pero no sin restos de verdad, que si por casualidad Freud hubiera sido sambio, y el psicoanálisis hubiera podido surgir allí, habría considerado al femenino como sexo de partida.

las cuestiones que venimos proponiendo: por una parte, lo que podemos considerar del orden de la "producción de subjetividad", y, por otra, aquello que pertenece al orden de la "constitución del psiquismo". Como la primera es de carácter histórico y social, determina los modos con los cuales el sujeto "se socializa", vale decir, constituye sus rasgos identitarios:[3] ser varón equivale a "ser fuerte, arrojado, leal" en cierta época, o a ser "potente, rico, hábil, exitoso" en otra.[4] Y si bien ciertos fenómenos dan cuenta de superposiciones entre la producción de subjetividad y la constitución del psiquismo, su diferenciación permite trazar líneas para depurar los enunciados psicoanalíticos de la impregnación histórica que los torna fácilmente destituibles si nos centramos en sus aspectos anecdóticos y circunstanciales y no en los núcleos de verdad que van más allá del siglo en que se originaron.

Es en este sentido que expondremos a continuación aquellas formulaciones que trascienden, en los paradigmas de base del psicoanálisis, la época de su descubrimiento, diferenciándolas de aquellas que quedaron como lastre y que no sólo nos impiden avanzar en nuestro campo específico, sino que tornan obsoletos nuestros enunciados cuando los confrontamos en el campo de la cultura.[5] En

3. Identitarios en el sentido propuesto por Castoriadis, como un modo de ordenamiento de la realidad constituido a partir de la lógica identitario-conjuntiva que determina el carácter social compartido de apreciación de lo real.

4. Sin embargo, y como una muestra de la no identidad entre los valores de la función pública y el fantasma de lo privado, el atributo de la cocina como rasgo eminentemente femenino, tradicional, ha variado respecto al "oficio" de chef, sin que eso mueva un milímetro el carácter nutricio que tiene la mujer en el imaginario popular.

5. Ya es hora de que nos demos cuenta de la disociación que se ha establecido entre el respeto que la obra freudiana sigue mereciendo, y la tirria que provocan a veces en la sociedad civil los enunciados repetidos, coagulados o incluso moralistas de los psicoanalistas que sostienen verdades acuñadas hace un siglo sin preguntarse por su vigencia y sin reposicionar sus núcleos de verdad en la época actual.

esta misma dirección propiciamos que una teoría psicoanalítica de la sexualidad masculina se establezca no sólo desprendiéndose de recubrimientos ideológicos abusivos sino, fundamentalmente, a partir de retrabajar una serie de conceptos que posibiliten salir de la *impasse* que ha generado la idea de que mientras que la sexualidad femenina es el resultado de un laborioso camino que implica un pasaje de zona y de objeto, la sexualidad masculina se articula en contigüidad con los primeros tiempos de la vida a partir de que el objeto primordial de amor, la madre, es también el posterior objeto de deseo: la mujer. Nuestra hipótesis, por el contrario, sobre la cual hemos venido trabajando si bien no con continuidad al menos con coherencia en los últimos años, consiste en considerar estos fantasmas de feminidad como movimientos solidarios de la posición masculina, concebida ésta como una organización sexuada que resulta de un trabajo de construcción no sólo de identidad sino de la polarización deseante que la atraviesa.

Una delimitación se hace necesaria desde otro orden: si, como hemos visto, masculino y femenino corresponden a un ordenamiento que se sostiene en una lógica de la disyunción, resulta difícil mantener la afirmación de que la identidad de género constituye el núcleo central de la problemática psicoanalítica de la sexualidad, ya que su estatuto no corresponde al del inconciente en la legalidad que lo rige. La ausencia de una lógica de la contradicción –ni aun la más primaria, de carácter binario– del lado del inconciente, y lo que hemos llamado el "realismo" de su funcionamiento, es decir, la ausencia de negación y, por ende, de afirmación, demuestran que el sostenimiento de la articulación femenino/masculino sólo puede establecerse del lado del sujeto del preconciente, como articulación lógica regida por el proceso secundario. Una vez planteada esta cuestión, es evidente que masculino/femenino no pueden ser posicionados sino del lado del yo, y en tanto tales en el marco de una disyunción que debe articularse con relación a los deseos inconcientes, es decir, a aquello que considera-

mos del orden de la "sexualidad" en su sentido amplio, no regida necesariamente por la sexuación, por el ordenamiento que la cultura impone al ejercicio de la relación sexual con el otro humano.

Ubiquemos entonces la cuestión de la diferencia de género, cuya extensión un tanto abusiva se torna engañosa, para ordenar las ideas que venimos exponiendo respecto a la cuestión de la identidad masculina. En primer lugar, la diferenciación ya clásica entre el género, masculino/femenino, y la condición biológica, macho/hembra, que marca la insuficiencia de una categorización que se reduzca a ello. Siendo Stoller quien ha realizado importantes aportes para la comprensión de la cuestión de la identidad de género –y sobre esto volveremos en los capítulos relativos al transexualismo–, su concepción queda sin embargo atrapada por la alternativa biología/sociología.[6] Me refiero con ello a la reducción de lo sexual a su condición natural, en principio, porque si es verdad que el género remite a un conjunto de actitudes y creencias, adoptadas por la sociedad y transmitidas por los adultos que tienen a su cargo el cuidado del niño –verdades, por otra parte, transitorias históricamente, pero no por ello, y más allá de su falacia, menos verdaderas–,[7] y que este género se constituye tanto en paralelo a otro orden de realidad que es la del cuerpo somático como sobre ella (cuerpo que la biología marca con sus atributos genitales), entonces la sexualidad, tal como la concebimos en psicoanálisis, no se reduce al ordenamiento de la identi-

6. Stoller, Robert J.: *Presentations of Gender*, Londres, Yale University Press, 1985, cap. 2.

7. Bajo un modo que implica cierta banalización de esta transitoriedad histórica se da por supuesto que si es del orden de la ideología puede ser desechada, como si las creencias con las cuales se organizan los modos de ordenamiento de la realidad no tuvieran una realidad material que trasciende al sujeto, o como si lo "instituido-instituyente", en términos de Castoriadis, fuera fácilmente descartable sin conocer las reglas que lo sostienen y sin tener muy claro bajo qué ordenamientos debe ser recompuesto.

dad sexual ni a la biología del cuerpo, sino precisamente a ese "inter" que el inconciente establece entre lo somático y la cultura, "inter" que si bien es efecto de la actividad que se despliega en el interior de las relaciones con el otro humano no es necesariamente del orden de la intersubjetividad.

Para ser más clara: en los comienzos de la vida, y antes de que el cachorro humano sepa si es varón o mujer, y mucho menos tenga noción de que eso pueda corresponder a atributos de su anatomía y a un conjunto de actitudes comportamentales, la existencia de otro humano de cuyos cuidados depende introduce una sexualidad de carácter pre-masculino o pre-femenino, más allá de la definición biológica o de género que ese adulto tenga. Y es en este punto donde debemos introducir, precisamente, el estallido de la determinación biológica: dado que si hay "una precipitación de la insuficiencia a la anticipación", ella no corresponde a la articulación de una imagen del yo sobre la disfuncionalidad anatómica, sino al hecho de que en el orden de la satisfacción de las necesidades básicas de la cría, sobre su fetalización anatómica, se introduzca algo que lo remite a una prematuración, ésta sí de orden sexual, más allá de toda diferencia histórica.

Introducción de la sexualidad y de sus límites, que nos permiten, en este movimiento de definición de los universales de la constitución del psiquismo respecto a las formaciones histórico-políticas de instauración de la subjetividad, intentar una redefinición del Edipo que posibilite su descaptura de los modos con los cuales la sociedad patriarcal tiende a arrastrarlo en su desaparición. Reformulación en términos de la instauración de una prohibición que la cultura ejerce para poner coto a la apropiación del cuerpo del niño como lugar de goce del adulto. Y ello, más allá del padre hombre, de la madre mujer, o de su ensamblaje tal como lo hemos conocido hasta el presente.

Es esta formulación acerca de una sexualidad primaria, no instintiva ni subordinada a la genitalidad, el descubri-

miento capital del psicoanálisis. Sexualidad prematurada a partir de la intervención del otro sexuado, provisto de inconciente, que da cuenta de la insuficiencia de criterios biológicos, sociológicos o psicológicos para explicar su surgimiento. Sexualidad de los orígenes que no es ni masculina ni femenina, pero que al ser ensamblada en las series con las cuales Freud redefinió la correspondencia femenino-masculino con las posiciones del sujeto, bajo los rubros de activo-pasivo, deviene para el niño varón, en su conjunto, una amenaza constante de feminización dado que lo coloca respecto al otro en un lugar pasivo de goce, o en la búsqueda de un goce de fin pasivo.

El adulto, en general, sin diferencia sexual ni de género, será en un primer tiempo quien marque activamente –si bien no por ello concientemente, salvo en las situaciones de perversión factual– las vías que constituyen el fluir libidinal que acopla, si no los destinos, al menos los orígenes del placer. En un segundo tiempo, la identificación al otro masculino no podrá desprenderse de la paradoja que implica "ser como él" –es decir, potente, sexualmente activo– y al mismo tiempo "no ser como él", en virtud de que para ello no podrá dejar de ocupar, circunstancialmente, el lugar pasivo que le permita apropiarse de los atributos que le posibiliten su acceso a la masculinidad en tanto lugar sexuado. Las posiciones y los fantasmas que esto inaugura no pueden ser concebidos como meramente "femeninos", sino como organizaciones residuales del complejo camino que debe recorrer la masculinidad en su constitución, no sólo reactivados en la transferencia sino incluso "neo-producidos", bajo las modalidades que posibilita el análisis en la búsqueda de lo aún no realizado, y a lo cual se considera, por prejuicio epistémico, como del orden de "lo repetido".

QUE PERMANECE DE NUESTRAS TEORÍAS SEXUALES DE LOS ORÍGENES

Sabemos que trabajar con cierto nivel de cientificidad tanto en el proceso clínico como en la etapa diagnóstica supone la definición de paradigmas que tengan cierta permanencia. Para que esto sea posible en nuestro propio campo, intentamos diferenciar entre aquellos enunciados que se conservan dogmáticamente y los que se sostienen necesariamente.

Hemos señalado ya que para aludir a los cambios transcurridos desde el comienzo del psicoanálisis, se torna necesario, a un siglo de existencia, diferenciar la producción de subjetividad de la constitución del psiquismo, con vistas a lograr que el psicoanálisis se desprenda del lastre acumulado por las formas de la moral del siglo XX para depurar sus enunciados y propiciar un ingreso que permita conservar todo el valor de sus paradigmas en el siglo XXI. La producción de subjetividad es del orden histórico, social y político; alude a los modos con los que cada sociedad determina las formas con las cuales un sujeto se constituye como sujeto social y se inserta en el mundo en que le toca vivir. La constitución del psiquismo, por su parte, intenta cercar un conjunto de variables que implican cierta universalidad, cuya permanencia se sostiene más allá de ciertos cambios en la producción de sujetos históricos. Para trabajar sobre estas transformaciones es necesario entonces analizar las cuestiones vinculadas a la constitución del psiquismo y considerar su relativa superposición y diferenciación con la producción de subjetividad.

Es indudable que ciertas formas de ejercicio de la sexualidad han cambiado desde los tiempos del descubrimiento de la sexualidad infantil. La sexualidad actual se caracteriza por el estallido de su relación de contigüidad con la procreación, lo cual confirma el paradigma del psicoanálisis en cuanto a que la sexualidad no es del orden del instinto

sino del orden del placer, no subordinable a la autoconservación ni a la reproducción.

La confirmación de nuestra teoría, en el marco de esta gran transformación, no sólo nos otorga el derecho sino que nos obliga, en cierto modo, a reafirmar los aciertos y a revisar las *impasses* que la limitan. Retomaré algunos de estos ejes para revisar, a modo de ejercicio, paradigmas centrales del psicoanálisis que debemos liberar de nociones y prejuicios que les impiden brindar toda su potencialidad ante las nuevas cuestiones que nos ocupan.

1) La extensión del concepto de sexualidad a la vida no genital, y a partir de ello la importancia de recuperar el concepto de sexualidad infantil en términos de un placer que no se reduce a la autoconservación, y de rescatarla de la banalización que pretende reconducirla a una suerte de genitalidad precozmente instalada. Más aún, la genitalización precoz no es del orden del polimorfismo perverso producto de la implantación pulsional, sino del exceso sexual del otro sobre el cuerpo del niño; en este sentido la aparición de síntomas de genitalización en la primera infancia debe ser considerada como perturbación y no como rasgo normal de la sexualidad infantil. Esta última da cuenta del estallido de los modos naturales de la autoconservación a partir del hecho de que el mundo queda atravesado por líneas libidinales de fuerza que entran en contradicción con los intereses de la vida, los cuales son retomados, *a posteriori*, del lado del yo pero bajo modos representacionales propios de la cultura y no simplemente en contigüidad biológica.[8] Se trata de la constitución de

8. El hecho de que las representaciones del cuidado de la vida no derivan directamente de las necesidades de la naturaleza sino de su aprehensión cultural puede ser claramente ejemplificado con la evidencia de que hasta hace treinta años la gente pensaba que comer huevos y carne era condición para la salud, mientras que ahora el conocimiento del colesterol ha cargado con un signo negativo la ingesta de estos productos.

un mundo humano en su desgajamiento y reencuentro asintótico con la naturaleza a partir de la constitución de sistemas de representaciones que no son reducibles a esta última. En ese sentido, la sexualidad es constitutiva de la vida representacional del ser humano.

2) *El polimorfismo perverso infantil* como un modo de ejercicio de la sexualidad infantil que conlleva una potencialidad de perversión pero que no debe ser confundido con indiferenciación de género ni tampoco con la perversión en sentido clínico. En un comienzo, el género no está atravesado por la diferencia sexual anatómica; está determinado por los modos con que cada cultura organiza las premisas que hacen que alguien sea hombre o mujer –lo "natural" del hombre es profundamente arbitrario–. Uno de los riesgos más serios que entraña el rumbo que ha tomado la categoría de género actualmente es la tendencia a emplazar el sexo del lado de lo biológico y el género del lado de lo social, olvidando que entre uno y otro se constituyen las representaciones sexuales tanto de la sexualidad ampliada como de las relaciones entre los sexos. Los trastornos de la identidad de género no son del orden de la perversión, así como no lo es la homosexualidad, ni las formas consensuadas con las cuales los seres humanos se encuentran en la resolución de los destinos del placer.

¿Cómo redefinir el problema de la perversión hoy? Considero que las variables presentes en la definición clásica, tanto con relación al complejo de castración como a la dominancia de las zonas erógenas llamadas pre-genitales, es muy poco defendible. Por el contrario, la afirmación freudiana que ubica a la perversión como el negativo de la neurosis sigue siendo de una enorme fecundidad; siempre y cuando pongamos en el centro el hecho de que el ejercicio de la pulsión no integrada en los componentes amorosos, no ligada, da cuenta del fracaso de la intersubjetividad.

Lo que caracteriza a la perversión es la desubjetivación del otro y el carácter parcializado que su cuerpo cumple

como lugar de goce. Formulado de este modo, el concepto de perversión puede ser repensado en términos de infancia, porque la ausencia de renuncias pulsionales primarias en la infancia marca el rehusamiento del niño a dejar de lado ciertas formas de placer por amor al otro. La represión opera en un segundo tiempo en relación con este rehusamiento. El sadismo infantil está mitigado y ligado por el reconocimiento del objeto.

3) El tercer elemento que quiero señalar como acierto y también como *impasse* es el que remite al descubrimiento del *complejo de Edipo*; éste es indudablemente el eje ordenador del amor al semejante, pero debe ser desligado de los modos de subjetividad imperantes en los siglos XIX y XX que le dieron forma. El modelo de familia que conocemos está en mutación; nos vemos enfrentados a nuevas formas de engendramiento y de procreación, desconocidas hasta la actualidad. Rota la relación entre procreación y sexualidad, no hay ninguna razón para que la gente tenga hijos; salvo porque quieren, por angustia de muerte, por el deseo de trascendencia y la necesidad de amar a otro. Esto confirma el acierto del psicoanálisis al haber planteado, desde sus comienzos, que aquello que motoriza las formas deseantes de la procreación no tiene nada que ver con la sexualidad animal, natural, sino con la sexualidad sublimatoria, amorosa, ligada al narcisismo. Una vez que estalla el instinto a partir de la presencia de la sexualidad pulsional implantada por los cuidados precoces otorgados a la cría, el deseo de procreación es una sofisticada y compleja resultante de los sistemas representacionales de los seres humanos.

Las nuevas formas de procreación marcan así tanto el acierto del psicoanálisis al haber afirmado que el deseo de hijo no es, en el ser humano, del orden del instinto, como la obligación de revisar los modos tradicionales con los cuales el complejo de Edipo –como mito fundador– da cuenta de un modo de constitución de la subjetividad

históricamente determinado, que debe ser desprendido de los elementos de universalidad que guarda: asimetría sexual y simbólica del niño y el adulto, prematuración de la cría humana como efecto de la presencia de la sexualidad inconciente del adulto, ligazón amorosa al adulto como forma de reengarzamiento y sublimación del deseo pulsional.

Con respecto a la prematuración, hay que establecer una diferencia entre este concepto y el de fetalización, retomado por Lacan a partir de los descubrimientos neurológicos que señalan el carácter inacabado con el cual la cría humana es lanzada al mundo antes de completar su maduración biológica. Es esta fetalización la que torna necesaria la intervención del otro humano, que subvierte el orden natural al realizar los cuidados precoces introduciendo en ellos un plus de sexualidad que deja a la cría expuesta a una *prematuración* sexual y simbólica para la cual no está preparada desde el punto de vista evolutivo.[9]

Siendo el niño parasitado sexual y simbólicamente por el adulto, en la medida en que éste introduce formas de la sexualidad en todos los cuidados precoces que le brinda, el complejo de Edipo no puede ser considerado de origen evolutivo y endógeno. Invertir la flecha, entonces, para pensar el modo con el cual la sexualidad proveniente del adulto retorna desde el niño, y redefinir la universalidad de la prohibición desde sus raíces, es decir, estructuralmente, nos lleva a la siguiente consideración: *podemos reformular el Edipo como estructura fundante –y más allá de las formas históricas que asume–, como la prohibición que toda cultura ejerce respecto a la apropiación del cuerpo del niño como*

9. Ha sido Alicia Brasilero, psicoanalista de San Pablo, quien me ha hecho notar que la fetalización es causa, y la prematuración su efecto. En este sentido, entre la fetalización y la prematuración, es la sexualidad del adulto, aquello que Jean Laplanche ha llamado "seducción ampliada", lo que podemos concebir como "causa eficiente", es decir, como una intervención necesaria para que la sexualidad imponga a la cría humana un trabajo psíquico que es condición de su complejización.

lugar de goce del adulto. Esta conceptualización sostiene lo central de la prohibición en el interior de la asimetría sexual y simbólica inter-generacional, reubicando al mismo tiempo el carácter fundante de la prohibición como lugar generador del fantasma infantil.

Sabemos bajo qué modos retorna la hipocresía sexual en nuestra cultura, al propiciar modos de diagnóstico y medicación de los niños: vemos a una enorme cantidad de ellos hiperactivos e insatisfechos como efecto de la sobre-excitación precoz a la cual son sometidos tanto a través de los medios como de las diversas situaciones de la sexualidad adulta que se ven obligados a compartir, en un estado de impreparación tanto simbólico como biológico. Diagnosticados como hiperkinéticos o con trastornos de disfunción atencional –ADD–, medicados y cosificados, la consecuencia más grave consiste en la enorme cantidad de inteligencia que se desperdicia, y en la demora por encontrar verdaderas vías de resolución de la patología existente. Esta patología retorna luego en los fracasos de la escolaridad y de la vida social en general, y las medicaciones ofrecidas, así como los tratamientos aplacatorios, desconocen o se rehúsan a explorar las causas de este verdadero arrasamiento por el cual atraviesan los niños. Arrasamiento debido en muchos casos a la violencia sexual –aun cuando sea virtual– de los adultos, a situaciones complejas de la vida o, en el peor de los casos, a déficits de la constitución psíquica que no son tomados en cuenta.

Debemos entonces volver a poner en el centro de los paradigmas con que trabajamos, por un lado, la recomposición del concepto de sexualidad infantil en sus dos vertientes: como sexualidad que antecede a la genitalidad y conserva un estatuto para-genital, insubordinable, aun cuando sea reprimible, a la reunificación genital, y por otro, la sexualidad anticipada, prematurada, ligada al lugar que la sexualidad del adulto ocupa en la constitución del psiquismo infantil. A partir de ello, debemos ir redefiniendo en nuestros diagnósticos los riesgos y las posibilidades

futuras del niño, y no sólo en lo que hace específicamente a la sexualidad, sino al modo con el cual se va a establecer –sobre la base de esta materialidad psíquica particular que la constituye– el conjunto de los sistemas representacionales con su densidad simbólica en la perspectiva futura que los atraviesa.

4. LA IDENTIDAD SEXUAL: ENTRE LA SEXUALIDAD, EL SEXO Y EL GÉNERO[1]

La evidencia de cambios en las formas de expresión de la sintomatología sexual –infantil y adulta–, observables tanto en nuestra clínica como en el entorno cultural, da cuenta, como venimos proponiendo, de la urgencia de una puesta al día de nuestras formulaciones de base. Ello con vistas a identificar aquellos enunciados que permanecen, trascendiendo las mutaciones en la subjetividad que las modificaciones históricas y políticas ponen en marcha, y reencontrar en ellos los elementos permanentes del funcionamiento psíquico que no sólo se sostienen sino que cobran mayor vigencia en razón de que devienen el único horizonte explicativo posible para estos nuevos modos.

¿Quién podría considerar hoy del orden de la perversión las prácticas mediante las cuales una pareja ensambla en su relación amorosa formas pre-genitales con modos genitales, o incluso los modos de producción mutua de placer bajo formas no tradicionales, recurriendo a un erotismo que posibilite el encuentro rehusado por la anato-

1. Este capítulo retoma las ideas expuestas en el texto "La identidad sexual: entre la sexualidad, el sexo, el género", publicado en *Revista de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, nº 25, Buenos Aires, 1999.

mía en aquellos casos en los cuales está obstaculizado el pleno acceso genital?[2] Estas cuestiones someten a caución la definición de perversión como el ejercicio de una sexualidad con dominancia de las llamadas por Freud transgresiones anatómicas, que forman parte hoy en gran medida de la sexualidad genital, y han encontrado un nuevo modo de insertarse en la sexualidad adulta no necesariamente perversa.

Porque más allá del carácter subversivo y en su concepción global no superado que posee un texto como *Tres ensayos de teoría sexual*,[3] es en aquellos planteos que quedan impregnados por una visión teleológica de la sexualidad, sometida a un fin sexual reproductivo, donde se manifiesta más claramente la necesidad de revisión. Y ello no sólo por la caducidad histórica de los planteos, sino porque éstos entran en contradicción con enunciados centrales de la teoría y de la práctica psicoanalítica; enunciados que han hecho estallar, precisamente, la relación existente entre sexualidad y procreación, desanudando precozmente, antes de que la historia de la ciencia obtuviera los medios para ello, o que la sociedad civil blanqueara la realidad de sus prácticas sexuales, los fines biológicos, morales en última instancia, de los movimientos de placer que definen los modos de acoplamiento libidinal que rigen el cuerpo y el psiquismo de los seres humanos.

Comencemos entonces por definir una serie de puntos que permiten un reordenamiento de la cuestión sexual,

2. Todos los que pertenecen a una generación que asistió a través del cine a las consecuencias de la guerra de Vietnam, recuerdarán el enorme impacto que causó ese filme conmovedor llamado *Coming Home*, traducido como *Regreso sin gloria*. En él, gran parte del enigma que angustiaba a los espectadores –y más allá de la temática de profunda implicación política y subjetiva en juego– giraba alrededor del modo a través del cual se esperaba que la pareja formada por un hombre mutilado por la guerra y una mujer anatómicamente completa encontrara una forma de resolución sexual de la pasión amorosa.

3. Freud, S.: *op. cit.*

separando cuidadosamente a aquellos que consisten en elementos nucleares de la teoría psicoanalítica, de las teorías sexuales con las cuales los seres humanos, desde la infancia, intentan elucidar el misterio no sólo de la diferencia entre los sexos sino también de la función que cumplen sus propias excitaciones como elementos que ponen en marcha su accionar sexual.

Si bien es obvio que la sexualidad humana no se reduce a los dos rubros canónicos que la sexuación impone –entendiendo por sexuación las formas bajo las cuales la posición masculino/femenino se ve atravesada por el descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos y la regulación que ésta puede ejercer respecto del deseo genital–, parece necesario volver a definir hoy, a casi un siglo de *Tres ensayos*, su aporte fundamental: el hecho de que la sexualidad humana no sólo comienza en la infancia, sino que se caracteriza por no ser reductible a los modos genitales, articulados por la diferencia de los sexos, con los cuales la humanidad ha establecido, desde lo manifiesto, su carácter.

Este aporte fundamental, que consiste en considerar como sexual todo aquello que siendo del orden del placer implica un plus que no se reduce a las actividades de autoconservación, viene aparejado, desde el comienzo, con una propuesta de sexualidad en dos tiempos; tiempos que Freud consideró, a dominancia, como biológicamente determinados, si bien dejó abierto, aun cuando sólo fuera en los márgenes, la posibilidad de que el primer tiempo, aquel que corresponde a lo "pre-genital", fuera efecto de la introducción de la sexualidad del adulto, de la implantación precoz de la sexualidad adulta, pulsional, genital y para-genital, en el niño.

Un párrafo notable de *Tres ensayos* propone una línea que a pesar de no ser dominante a lo largo del trabajo, apunta en la misma dirección que las ideas que pretendemos exponer. Se trata del apartado relativo al "Objeto sexual del período de lactancia", curiosamente incluido en la tercera parte del libro, destinada a la metamorfosis de

la pubertad, en la cual pone en correlación el hallazgo del objeto genital con el objeto sexual de los primeros tiempos de la vida:

> El trato del niño con la persona que lo cuida es para él una fuente continua de excitación y de satisfacción sexuales a partir de las zonas erógenas, y tanto más por el hecho de que esa persona –por regla general la madre– dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa, lo mece, y claramente lo toma como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho. La madre se horrorizaría, probablemente, si se esclareciese que con todas sus muestras de ternura despierta la pulsión sexual de su hijo y prepara su posterior intensidad. Juzga su proceder como un amor "puro", asexual, y aun evita con cuidado aportar a los genitales del niño más excitaciones que las indispensables para el cuidado del cuerpo [...] Sin duda, un exceso de ternura de parte de los padres resultará dañino, pues apresurará su maduración sexual [...] son casi siempre padres neuropáticos los que se inclinan a brindar una ternura desmedida, y contribuyen en grado notable con sus mimos a despertar la disposición del niño para contraer una neurosis [...] Este ejemplo nos hace ver que los padres neuróticos tienen caminos más directos que el de la herencia para transferir su perturbación a sus hijos.[4]

¿Dónde quedan nuestros dos tiempos, uno que corresponde a la pulsión parcial y otro a lo genital, cuando incluimos la sexualidad del adulto como productora de excitaciones, si el adulto está atravesado simultáneamente por sus deseos inconcientes, "pre-genitales", infantiles, y ellos se ensamblan, necesariamente, en su sexualidad genital ya no sólo conocida sino experienciada, excitante y que rige todo su movimiento libidinal?

Nos vemos obligados a sostener entonces, y sobre esto ya hemos hablado ampliamente, que los dos tiempos de la

4. Freud, S.: *Tres ensayos de teoría sexual, op. cit.*

sexualidad humana no corresponden a dos fases de una misma sexualidad, sino a dos sexualidades diferentes: una desgranada de los cuidados precoces, implantada por el adulto, productora de excitaciones que encuentran vías de ligazón y descarga bajo formas parciales (siempre de carácter "frustro", ya que se olvida con demasiada facilidad que aún la masturbación genital infantil no alcanza carácter orgásmico, y por ello no es equivalente a la sexualidad adulta, salvo en ciertos casos en que los niños han sido convocados precozmente a su ejercicio), y otra con primacía genital, establecida en la pubertad y ubicada en el camino madurativo que posibilita el ensamblaje genital, no constituyendo entonces una simple reedición del acmé de la sexualidad infantil, sino un modo de recomposición ordenado y guiado por la existencia de una primacía de carácter genital. Pero la paradoja consiste, diría Laplanche, en que el "instinto sexual", si es que algo queda de ello, la maduración puberal, encuentra todo el campo ya ocupado por la sexualidad para-genital: los primeros tiempos han marcado fantasmática y erógenamente un camino que, si no encuentra vías de articulación, establece que el recorrido se oriente bajo formas ya fijadas, las cuales determinan, orientan u obstaculizan los pasajes de un modo de goce a otro.

Sin embargo, y he aquí otra cuestión que se plantea como compleja, estos movimientos pulsionales son en principio anteriores, o más bien tienen su origen en tiempos previos, al reconocimiento del niño de que hay un modo de bipartición de la especie humana que está determinado por el sexo. La diferencia entre hombres y mujeres con la cual se establece la bipartición marcada por signos de cultura no remite en su origen, necesariamente, a masculino/femenino. Está articulada por la diversidad de signos y no por la diferencia anatómica, y en función de ello, no tiene incidencia en la orientación del deseo sexual-pulsional del niño, sino en los modos con los cuales se determina su pertenencia a uno u otro género.

La sexualidad no es un camino lineal que va de la pulsión parcial a la asunción de la identidad, pasando por el estadio fálico y el Edipo como mojones de su recorrido, sino que se constituye como un complejo movimiento de ensamblajes y resignificaciones, de articulaciones provenientes de diversos estratos de la vida psíquica y de la cultura, de las incidencias de la ideología y de las mociones deseantes, y es necesario entonces darle a cada elemento su peso específico.

DIFERENCIA ENTRE GÉNERO, SEXO Y SEXUALIDAD

La importancia que ha cobrado en los últimos tiempos la noción de género como elemento central diferenciador respecto a las categorías sexuales puede ser considerada en el marco de dos grandes cuestiones que no deben ser soslayadas. En primer lugar, el hecho de que los nuevos estudios de género se inscriben, indudablemente, en el interior de un avance político progresivo respecto a la visión que predominó a lo largo del siglo –pero que se remonta a la Antigüedad– a partir de la cual "Dios los hizo hombre y mujer", afirmación tramposa que bajo la apariencia del reconocimiento de una anatomía diferencial y de modos de representación y formas de inserción en la vida social y política encubre la subordinación a uno de los términos, el hombre.

Si el mérito de estos estudios de género consiste, precisamente, en hacer estallar este modo de concebir el ensamblaje, el cual implica la subordinación a un solo modo de representación, el masculino, no sería desacertado, posiblemente, enmarcar los estudios de género en el interior de un movimiento de más amplio alcance, presente tanto en la historia como en la antropología, y ahora en la psicología con sus rebrotes en psicoanálisis, que tiene un punto de articulación importante con los estudios culturales, al pasar de concebir a las culturas subalternas en la sociedad

no ya como culturas producidas sino como culturas impuestas, y sobre todo al poner en discusión el carácter de cultura subalterna, dependiente, de aquella que no ha constituido el pensamiento oficial.[5]

Desde esta perspectiva, los estudios de género implican un avance importante al propiciar un desasimiento de los enunciados que hacen a los modos de representación, tanto femeninos como masculinos, de una presunta dependencia de la biología, como un correlato directo de la anatomía constituida en sustrato de toda producción ideativo-ideológica, y genera nuevas posibilidades de abordaje del tema.

La segunda cuestión, que compete al psicoanálisis en tanto acoge y pretende otorgar un lugar a los llamados "estudios de género", remite a la delimitación y reposicionamiento conceptual de esta noción respecto a su objeto y al corpus central que considera las posibilidades de delimitación de la operatoria que sobre el mismo define. Reposicionar metapsicológicamente estos elementos: sexualidad, género y sexuación, deviene entonces una cuestión central.

Hemos señalado anteriormente que la sexualidad, en términos del psicoanálisis, no se reduce a los modos de ordenamiento masculino/femenino, y mucho menos a las formas con las cuales la función sexual establece los ensamblajes de la genitalidad una vez dadas las condiciones para que el sujeto pueda acceder a ella. Desarrollemos ahora la diferencia que es necesario establecer entre los movimientos deseantes, anárquicos, pulsionales, que atraviesan la sexualidad a lo largo de la vida (genitales o parageni-tales, en razón de que no constituyen un "pre" destinado a armonizarse), y aquello que es del orden de la identidad sexual, es decir, de los modos con los cuales el sujeto se reconoce como perteneciente a uno u otro sector en los cua-

5. Véase al respecto ese clásico de Ginzburg, C.: *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik, 1981.

les, no sin dificultad, se ubican la mayoría de los seres humanos.

Es desde esta perspectiva que se hace necesario señalar una premisa que no por sabida es menos olvidada, esto es, que la identidad sexual tiene un estatuto tópico, como toda identidad, que se posiciona del lado del yo. En tanto tal, esta identidad, sea cual fuere, es del orden de la defensa, en razón de que los enunciados que articulan la identidad yoica se caracterizan por la exclusión, no sólo de los elementos de diferenciación con respecto al exterior, sino también con respecto al externo/interno del inconciente. Toda afirmación –"soy mujer", "soy hombre", "soy argentino", "soy generoso"– opera al modo de un centramiento que deja inevitablemente, del lado de afuera, los elementos que intenta excluir, jugando en particular una función en el establecimiento de la denegación, es decir, en el aserto que se sostiene bajo el modo de aquello que conocemos como "negación determinada" a partir de Hegel, y que Hyppolite retomara poniéndolo a disposición de Lacan en su comentario acerca de la *Verneinung*.[6] El "soy mujer" o el "soy hombre", núcleo de la identidad sexual, no sólo recoge los atributos del género sino que funciona como contrainvestimiento, en particular, de los deseos homosexuales sepultados a partir de la represión de los elementos que acostumbramos a considerar, siguiendo a Freud, como del orden del Edipo invertido.

Si lo que caracteriza al inconciente es la ausencia de sujeto –no hay en él un verdadero yo opuesto al yo falso que creemos ser– la afirmación de Freud respecto a que en el fondo todos somos homosexuales debe ser tomada en su justo término: en el inconciente de todos los seres humanos hay deseos, mociones deseantes, que "paran mientes" en el carácter masculino o femenino del objeto.

6. Hyppolitte, Jean: "Comentario hablado sobre la *Verneinung* de Freud", en Lacan, *Escritos II*, México, Siglo XXI, 1975, p. 393.

Sin embargo, si estos deseos emergen, son cualificados por el yo como homosexuales,[7] del mismo modo que ocurre con aquellos sentimientos ocultos pero eficientes respecto de los cuales, afirma Freud en la *Metapsicología* –tercer capítulo de "Lo inconciente"–,[8] debe ser establecido su estatuto *a posteriori*: son inconcientes una vez que han sido cualificados por el preconciente, una vez que el yo se ha hecho cargo de su cualificación, una vez que el investimiento se reconoce como afecto al ser ligado por un enunciado que lo devela.

La universalidad de estos deseos es indudable en razón de que –al menos en su mayoría y hasta el presente– las relaciones libidinales que marcan la sexualidad infantil son el efecto de acciones realizadas por seres humanos que sólo *a posteriori* serán reconocidos como portadores de diferencias sexuales. Ya que en la medida en que se constituye antes de cualquier diferencia, la relación con estos objetos no está atravesada por las preocupaciones que va a asumir luego la identidad sexuada en tanto organizadora del yo, por un lado, y de la diferencia anatómica, por otro.

Esto, por supuesto, del lado del niño, pero no del adulto que lo toma a cargo. Si el adulto ejerce una apropiación ontológica, si le dice qué y quién es, en principio es indudable que en este ejercicio la determinación masculino/femenino es central y se rige por cierta propuesta de concordancia establecida socialmente entre el sexo biológico y la identidad propuesta. Sabemos que no en todas las culturas la bipartición es tan estricta como en la nuestra: el caso de los *berdaches*, de las culturas aborígenes america-

7. Y, del mismo modo, como heterosexuales en el caso de los homosexuales. Las mociones reprimidas son de orden inverso a aquellas que el sujeto posee del lado del yo, y ya es hora, entonces, de que reconozcamos, avalados por nuestra clínica y nuestros desarrollos teóricos, su lugar a la heterosexualidad reprimida de aquellos que constituyen su identidad sexual como homosexuales.

8. Freud, S.: "Lo inconciente", AE, vol. XIV.

nas, y su modo de transexualismo regulado a partir de una legislación que da cabida, en última instancia, a tres géneros, marca, en un mismo movimiento, la posibilidad de otras formas de ordenamiento y, al mismo tiempo, la imposibilidad de eludir cierta regulación.[9]

Es indudable que esta clasificación está sostenida en algo del orden de lo real, y da cuenta de ello no en sus contenidos sino en los modos con los cuales el objeto se ofrece a la captura del lenguaje. El hecho de que los padres digan que el infantil sujeto es niño o niña no está definido por sus deseos, sino por una arbitrariedad de repartición de cultura que se sostiene en su relación con la diferencia anatómica, la cual opera como sustrato en lo real; a partir de ella se establece la pautación básica con la cual se define la diferencia que organiza a los seres humanos más allá de otros atributos. Es en este sentido que podemos afirmar que los enunciados que remiten a la sexuación masculino/femenino están instituidos en el ser mismo del sujeto, se enraízan en la estructura del yo y son anteriores al reconocimiento de la diferencia anatómica –más allá de que puedan ser retomados del lado de los ideales: el ser hombre o ser mujer forma parte de la trama básica del yo, pero el "ser todo un hombre" o "toda una mujer" puede, evidentemente, ser adscripto al ideal del yo–.

Las nociones de "diversidad" y "diferencia", introducidas por Freud, intentan dar cuenta de este procesamiento por el cual se articula el género en la diferencia anatómica: la primera alude al conjunto de atributos que ponen en marcha el reconocimiento con el cual se pautan modos diferentes de organización entre hombres y mujeres; la segunda ofrece un lugar a la teoría espontánea con la cual el niño ordena bajo el modo de la lógica binaria las cate-

9. Se puede consultar, al respecto, Mondimore, Francis M.: *Una historia natural de la homosexualidad*, Barcelona, Paidós, 1998, pp. 29 y ss., y Gilmore, D.D.: *Hacerse hombre*, Barcelona, Paidós, 1994.

gorías masculino/femenino a partir de la percepción de la diferencia sexual anatómica.

Una consecuencia teórica y clínica se desprende de esto: si la atribución de género es anterior al reconocimiento de la diferencia anatómica, coexiste con la sexualidad pulsional sin obstaculizarla. Se pueden sostener deseos pulsionales por el padre sin que esto entre en contradicción con el ser varón, pero un varón no puede vestirse de mujer sin entrar en conflicto con la identidad propuesta. La extensión del concepto de polimorfismo perverso infantil a los trastrocamientos de género constituye, si no uno de los mayores pecados, sí uno de los más grandes errores del psicoanálisis de niños: creer que un varoncito de 4, 6 u 8 años que quiere ser niña realiza esta elección porque aún está atravesado por el polimorfismo perverso, y no ha definido su identidad sexual, es de una cortedad intelectual sólo equiparable a la irresponsabilidad que implica.

Las razones de este trastocamiento de la identidad son múltiples, y de acuerdo con las investigaciones que venimos realizando, volvemos a afirmar que no se reducen al posicionamiento del niño ante la castración, sino a cuestiones mucho más complejas de las cuales hay que dar cuenta. Señalemos someramente que no es lo mismo el travestismo anterior al reconocimiento de la diferencia, que puede sostenerse más allá de ella y poner en jaque la identidad sexual cuando ésta se instala, producto de una falla primaria en el recubrimiento envolvente de las membranas yoicas con una regresión de la elección a la identificación con el objeto –en el caso del varón–, que el travestismo posterior al descubrimiento de la diferencia, en el cual el género se ensambla con el sexo, o, para ser más precisos, entra en discordancia con éste y se entrecruza en las complejidades de las elecciones con las cuales deben establecerse las relaciones entre deseo e ideales.

Polimorfismo perverso: ¿a qué se refiere Freud, más precisamente, con este concepto? Sabemos que la perversión, entendida como reverso de la neurosis, alude a la ausencia

do represión de aquellos deseos que el neurótico guarda celosamente en su inconciente –tan celosamente, que él mismo los desconoce–. De modo tal que esta perversión es, en principio, el ejercicio de la pulsión parcial, es decir, el ejercicio del autoerotismo, opuesto al amor de objeto. En la relación de amor al semejante se ceden los modos del autoerotismo que pueden causar sufrimiento moral o físico al otro: ya sea este sufrimiento del orden del asco, del pudor o del dolor. El infantil sujeto debe abandonar esos modos de goce que tropiezan en principio con escasas resistencias, una vez que se establezcan los diques anímicos que forman parte de los atributos de la moral, "sin que se sepa bien –dice Freud en *Tres ensayos de teoría sexual*– qué quiere decir moral". El polimorfismo perverso es entonces anterior a la formación del criterio moral en el niño, y este último está atravesado, siempre, por el amor al semejante. Las renuncias pulsionales se establecen en el momento en el cual su satisfacción atenta contra el amor del yo –por sí mismo, como autoestima, o por el objeto–, y sólo se conservan en la soledad del goce deshabitado de la relación con el otro, en los límites mismos del placer compartido.[10]

Redefinamos entonces la perversión como proceso en el cual el goce está implicado a partir de la des-subjetivización del otro. No se trata ya de la transgresión de la zona, ni del modo de ejercicio de la genitalidad, sino de la imposibilidad de articular, en la escena sexual, el encuentro con otro humano. La perversión, en su fijeza, en la inmutabilidad del goce propuesto, no es sino en el límite mismo el auto-

10. Lo cual marcaría los límites de toda psicoterapia de pareja, en razón de que el inconciente comienza en donde termina el vínculo al semejante. ¿Cómo explorar el autoerotismo, cómo darle un lugar para que se explaye en el discurso, cuando uno de los miembros de la pareja se queja del ejercicio que el otro hace al respecto, obligando al terapeuta a degradar su lugar de neutralidad haciéndose cargo de instalar la censura para que el amor se sostenga?

erotismo ejercido sobre el cuerpo de otro, despojado este otro de la posibilidad de instalarse como sujeto que fija los límites de la acción, no sólo sexual, sino intersubjetiva.

Los elementos precedentes permiten entender, mucho más claramente, por qué me rehúso a considerar a la homosexualidad del lado de la perversión, porque lo que define a esta última no es el posicionamiento del sujeto ante la sexualidad genital ni ante la castración –como se ha dicho hasta el cansancio en los últimos años, en una equivalencia fácil entre diferencia anatómica y reconocimiento de la alteridad– sino su posibilidad de establecer, en la relación genital con el otro, un reconocimiento de la intersubjetividad que dé acceso al placer compartido y ligue el sadismo con el cual la pulsión parcial inevitablemente ejerce su descarga a partir de este reconocimiento del otro.

Es en este sentido que la perversión a la cual el niño puede ser inmerso por parte del adulto es un arrasamiento de la subjetividad, ya que la genitalización precoz a la cual es arrastrado no es un rasgo que se suma al perverso, sino un encaminamiento de toda la vida libidinal en la dirección fijada por el goce del adulto –o del *partenaire* asimétrico–.

Algunos fragmentos del relato de un joven travesti, recogido en Ciudad Nezahualcoyotl, una zona marginal de México, pueden servir para ampliar nuestra reflexión en aras de articular las categorías que venimos proponiendo. La complejidad del caso no permite un encasillamiento fácil, ni mucho menos un encuadramiento psicopatológico; la entrevista fue realizada en el marco de una investigación llevada a cabo por Annick Prieur sobre personas que se reunían en casa de Mema (femenino de Memo), un homosexual de la zona que acoge a jóvenes del barrio, y sobre todo a jóvenes homosexuales afeminados. Todo el trabajo realizado por Prieur, quien nos permitió el acceso al

material,[11] da cuenta de la dificultad para articular estas cuestiones relativas a sexualidad, género y sexuación, en razón de que la estrechez de la bipartición masculino/femenino no es suficiente para cercar estos modos de la sexualidad.

Se trata de un joven llamado Martín –Marta en la actualidad– que relata cómo desde su primera infancia se sintió atraído por los roles femeninos (trastorno, en este caso, de género): "Yo jugaba a la muñeca, y quería hacer siempre de mamá. Tenía ya esta tendencia, me gustaban las muñecas, las adoraba. Para Navidad recibía un regalo, un autito o un camión. Entonces, durante un momento, jugaba con mis autitos, pero lo que me interesaba eran las muñecas de mi hermana". Este trastorno de género, anterior a la diferencia, se engarza luego con la curiosidad por los genitales: "Me gustaba ver a los varones hacer pipí [...] lo que más me fascinaba era ver a los adultos en la sala de baño, ver su aparato. Ya tenía yo esta... eso... lo que me llevaría a la homosexualidad. Y no lo lamento. Pero lo que ocurrió es que antes de que yo quisiera hacerlo, se me forzó a hacerlo. Un vecino me forzó a hacer el amor con él... yo tenía 6 años". Ante la pregunta, realizada por la entrevistadora, acerca de si creía que el vecino había notado aspectos feminizados en él antes de tener relaciones sexuales, responde: "Sin duda. ¿Pero yo qué sé? Imagino que él había notado que tenía tendencias homosexuales... Tal vez él lo notó, o tal vez era precisamente un perverso, uno de esos a los que les gusta hacer el amor con chicos, y que hacen de ellos homosexuales, incluso si no tienen tales tendencias".

El trastorno de identidad –cuya causa desconocemos, en razón de que la entrevista no siguió un enfoque psicoanalítico sino sociológico, y en particular constructi-

11. Annick Prieur, "Little boys in mother's wardrobe", en *Actes de la recherche en sciences sociales*, bajo la dirección de Pierre Bourdieu, nº 125 (titulado "Homosexualites"), París, 1998.

vista– aparece precozmente. Se trata de un deseo por los objetos femeninos, un deseo de ser mujer, antes de que ello represente algo desde el punto de vista de la sexualidad genital. Luego, sobre esto, se impone el abuso, y el abuso inscribe un modo de goce que el niño no ha escogido; no porque no pudiera escogerlo *a posteriori*, sino porque es "anticipado" por el adulto, y es en este movimiento donde se forja algo del orden de la articulación trastorno de género-elección de objeto sexual.

Señalemos entonces dos tiempos: uno relativo al trastrocamiento de la identidad de género, entendido éste como las atribuciones realizadas por la cultura respecto a aquello que corresponde asumir como conducta social en concordancia con el sexo biológico. Estas atribuciones son de orden social y político, y corresponden a lo que hemos denominado, en otros momentos, del orden de la "producción de subjetividad" –modos histórico-políticos de producción de sujetos sociales–. El segundo, caracterizado por el lanzamiento precoz a la sexualidad genital, con la intromisión del adulto que genitaliza el momento de descubrimiento y fascinación por la diferencia anatómica. En este segundo tiempo, podemos decir, siguiendo a Freud, que por regla general la diferencia anatómica –que él denomina etapa fálica– anticipa a nivel representacional la fase genital, que tendrá lugar en el momento de la pubertad. En el caso de Martín-Marta, la genitalidad produce un abrochamiento precoz entre enigma de la diferencia y goce genital anticipado, fijando el modo de evolución de toda la constitución psicosexual.

Vayamos ahora a un tercer tiempo: se constituye cuando, al llegar al colegio, sus compañeros y profesores significan este modo de elección genital, estableciendo un anudamiento entre identidad y deseo sexual: "Ellos me llamaban puto, incluso los profesores... Yo decía que no, porque tenía terror que se lo dijeran a mis padres". Expulsado de la escuela por sus inclinaciones sexuales, se produce el cuarto movimiento. Descubre a otros homosexuales, en este

caso travestis. "Yo creía que eran mujeres, pero alguien me dijo: 'No, son hombres vestidos de mujeres'. Yo no lo podía creer, pero me dije: si son hombres, entonces puedo ir con ellos, ser como ellos, quiero parecerme a una mujer. Entonces ellos me sostuvieron, me ayudaron". (En este momento, el travestismo es el modo de acceder a la relación con un hombre a partir de la asunción de una identidad femenina. El deseo de vestirse de mujer no aparece en la infancia, pero sí el de poseer los objetos que las mujeres poseen. No es difícil, a partir de otros desarrollos que hemos ya iniciado, sospechar que se trata de obtener algo del orden del padre a partir de asumir el lugar de la niña: es notable que la curiosidad se establezca con el pene, que quiera ver cómo son los penes de otros hombres.)

Última etapa: Martín, asumido definitivamente como Marta, decide desembarazarse de la ropa masculina y devenir mujer a través del intento de una cirugía. Sin embargo, es acá donde se plantea el conflicto: él continúa considerándose homosexual, no mujer. "Siento mucho orgullo. Soy un homosexual, pero sé que he devenido casi una mujer. Quiero decir físicamente, todo, mi cara, mi cuerpo. Soy una mujer, ¿no? Eso no quiere decir que, para ser una mujer, yo renuncie a ser un homosexual... Es porque tengo miedo de la gente que me camuflo en mujer. Pero en mí mismo, estoy orgulloso de ser homosexual... Porque he oído decir que muchos homosexuales han sido gente importante en la historia, ¿verdad? Escritores, pintores... Entonces, sí, se puede estar orgulloso". (No es muy distinto su discurso al de todas las otras minorías que apelan a los logros del estamento para revalorizar su posición: Einstein, Freud, Salk... Todos los judíos comparten, de uno u otro modo, sus logros, así como Martín-Marta quiere compartir los de Jean Genet, Foucault, Bacon, Oscar Wilde, quienes lo salvan del desprecio y la marginación.)

Cada uno de los elementos presentes en este somero material dan cuenta de que la identidad sexual, los rasgos

atribuidos al género, la elección sexual de objeto, la curiosidad fálica, el goce genital, no forman parte de un continuo ni se manifiestan en una línea de articulación por sumatoria, ni dependen uno del otro. Cada uno de ellos debe ser remitido a sus propias determinaciones, cada uno juega como causa eficiente en la adquisición del otro, pero sin que ello implique que se puedan ordenar genéticamente.

Algunas conclusiones se imponen, al final de estas observaciones.

Si hay génesis de la sexualidad, esta génesis debe ser construida *a posteriori –Nachtraglich,* por *aprés-coup–*, cuidándonos muy bien, los analistas, de establecer un exceso de generalización al atribuir causas y consecuencias.

La identidad de género no basta para recubrir la identidad sexual, en tanto prioriza los modos histórico-sociales de producción de subjetividad, y éstos son insuficientes para dar cuenta de las formas de articulación del deseo que se genera en la intersección entre los sistemas psíquicos. Los estudios de género deben entonces encontrar su lugar preciso, como parte del sistema ideológico-representativo que intenta una bipartición representacional respecto a los sexos biológicos, pero el psicoanálisis de ningún modo puede retroceder ante la afirmación realizada por quienes propician el sexo del lado de la biología, y el género del lado de la representación.[12]

Entre la biología y el género, el psicoanálisis ha introducido la sexualidad en sus dos formas: pulsional y de objeto, que no se reducen ni a la biología ni a los modos dominantes de representación social, sino que son, precisamente, las que hacen entrar en conflicto los enunciados atributivos con

12. Véase al respecto Robert Stoller, que en *Presentations of Gender* define la cuestión en los siguientes términos: el estado de macho o hembra tiene una connotación biológica, la identidad de género implica un comportamiento psicológicamente motivado (Yale University Press, New Haven y Londres, 1985).

los cuales se pretende una regulación siempre ineficiente, siempre al límite.

La perversión, como categoría, debe resituarse en el estatuto que implica el ordenamiento de una psicopatología sometida a la prueba metapsicológica. Entre las dos opciones de ordenamiento propuestas a lo largo de la obra freudiana, el ejercicio de la pulsión parcial (en los textos de la primera época) y la dominancia de la *Verleugnung* ("desestimación por el juicio", "desmentida", "renegación", según las diversas traducciones) a partir de la primacía de la premisa fálica en la última parte de la obra, algo eficaz sigue circulando, si bien en su absolutización al margen de la historia y de los modos con los cuales se constituyen las diversas corrientes de la vida psíquica conlleva el riesgo de un moralismo decadente que empuja al psicoanálisis hacia el siglo XIX en lugar de convocarlo hacia el XXI.

5. LA BATALLA POR LA IDENTIDAD

La realidad no es tan ordenada como nos gustaría cuando la pensamos reproduciendo las leyes divinas. Ni la realidad natural ni la psíquica guardan esa forma articulada y sin contradicciones que hubiera gustado a los pensadores escolásticos. Y si bien el pensamiento a partir de un sistema cerrado aplaca los nervios, no garantiza el conocimiento. La regularidad no puede, por otra parte, ser parámetro de salud; asimilada a la "normalidad", la regularidad se limita a describir la incidencia de legalidades instituidas –sean naturales o sociales– pero no aptitudes para la salud o la felicidad.

El psicoanálisis ha insistido, de manera poco feliz, en sostener la identidad sexual como desenlace de la elección de objeto –sin considerar que la atribución identitaria es anterior a todo reconocimiento de la diferencia anatómica, resignificada por ésta *a posteriori*–. La consecuencia mayor de esta propuesta, que no tiene en cuenta el modo con el cual la institución social determina la bipartición afectando al sujeto, radica en haber asimilado los trastornos de género precoces a los procesos de indefinición producto del "polimorfismo perverso infantil". Se confunde allí el sentido de este concepto, que en términos freudianos alude a la sexualidad ampliada –sexualidad no orgásmica, parcial, autoerótica, definida por la infiltración sexual de las funciones y

sus zonas de realización–, con la perversión adulta,[1] que, por otra parte, queda anudada en una simplificación agobiante a los trastornos de género y a la elección homosexual de objeto. Las consecuencias de esta perspectiva respecto a los trastornos de género han operado como un lastre en nuestra práctica, dejándonos inermes tanto para su comprensión como para abordar su especificidad cuando es demandada nuestra intervención.

Hemos visto que en gran parte de los niños pequeños que llegan a la consulta los trastornos de género no remiten de manera nuclear a lo que en psicoanálisis definimos como efecto de la angustia de castración en sentido estricto. Si la diferencia anatómica ocupa un lugar es en razón de que al emplazar la totalidad del cuerpo femenino como objeto de fascinación narcisista, la presencia del pene opera como obstáculo para la identificación con la posición deseada respecto a la bipartición de la cultura. En algunos casos el trastorno de género muestra un modo mimético de adherencia a la identificación con el cuerpo materno a partir de fallas en la organización de la representación de sí mismo. Se trata, en este caso, de una restitución identitaria defensiva que adquiere carácter estructural en su valor ortopédico, en función de lo cual la adherencia del yo a la misma torna imposible su desarticulación. Los modos de constitución de la identidad sexual anteriores, en muchos casos, al reconocimiento de la diferencia anatómica, son indudablemente resignificados por ésta bajo rasgos específicos que deben ser tenidos en cuenta.

Todo esto permitirá entender al lector por qué no considero al transexualismo, como lo hacen algunos analistas, como una defensa ante la homosexualidad. No entiendo muy bien el asidero de esta formulación, pero creo que

1. Y en función de ello se explica esta última por "fijación", en la cual la perversión adulta es un remanente infantil –tema sobre el cual nos explayamos en este libro–.

parte de lo mismo: de homologar elección de objeto sexual con identidad sexual –conservo acá el concepto "identidad sexual" en lugar de "identidad de género" porque esta última se reduce a los aspectos sociológicos que determinan las marcas culturales con las cuales la identidad sexual encuentra su modo privilegiado de instituirse–. La identidad sexual se sostiene en los rasgos de género, pero se articula con la sexuación, es decir, con el modo como estos rasgos forman parte del imaginario con el cual se resuelve el posicionamiento ante la sexuación, entendida en función de la diferencia anatómica.

Si el transexualismo precoz puede ser considerado defensa, lo es tanto como toda formación del yo cuyo carácter toma forma ortopédica una vez instalado. En tal sentido, es tan verdadero como falaz considerar a cada una de las formaciones psíquicas como estadios defensivos respecto a las anteriores. Por supuesto que el yo, una vez constituido, no aceptará su desmantelamiento salvo que la vida misma se lo imponga. La idea de "atravesar la roca viva" del narcisismo es, en el proceso de la cura, sólo una tendencia ideal que va marcando un camino nunca acabado, ya que "ni ebrio ni dormido" alguien aceptará desmantelar los pilares básicos de su organización psíquica enclavados en las identificaciones nucleares, salvo que sea imprescindible para la supervivencia. La aceptación de este proceso conducente al desmantelamiento psíquico en aras de la sobrevida biológica ha culminado muchas veces, en el caso de seres humanos que han tenido que atravesar situaciones extremas, en modos restitutivos de organización que dan cuenta de que el psiquismo no vuelve nunca, más allá de toda ilusión pendular, al punto de partida luego de atravesar su desarticulación.

Los costos que implica para la vida psíquica un funcionamiento más o menos reglado que posibilite al sujeto protegerse del sufrimiento deben ser contemplados, tanto en nuestras definiciones como en el modo como éstas articulan intervenciones en la práctica. Ello implica no sólo

el respeto por las formas de ejercicio de la vida sexual sino también la convicción respecto a las reglas de funcionamiento psíquico: toda estabilización que implique la posibilidad de alcanzar el placer y evitar riesgos mayores hará innecesaria para un ser humano la consulta para modificarla. A lo sumo, buscará dentro de estas condiciones ya constituidas, mediante la intervención terapéutica, liberarse del exceso de costo que le implica. En otro orden de cosas, y ya en el plano de la psicopatología, afirmar que toda alteración de la normalidad esperada es una defensa frente a una falla estructural previa resulta válido para comprender el modo con el cual el aferramiento a la misma se produce una vez que el sujeto ha coagulado su función para evitar el desborde de la economía libidinal,[2] pero no para dar cuenta de una suerte de teleología de la constitución psíquica.[3] La estabilización estructural, una vez lograda, debe ser respetada salvo que ponga en riesgo al sujeto allí instalado. No es el analista, al modo del viejo sanitarista de comienzos del siglo XX, el que deberá "normalizar" a ultranza, sino quien debe lograr mejores niveles de estabilidad, más sólidamente constituidos, cuando aquello alcanzado permita la estabilización de los principios del funcionamiento psíquico. El principio de realidad, en última instancia, es la capacidad de reconocer la realidad tanto interna como exterior, existente dentro de los límites

2. Evidenciando al mismo tiempo su insuficiencia, el carácter fallido con el cual intenta el equilibrio, en razón de que su modalidad compulsiva tiende a ampliarse en frecuencias cada vez más estrechas y en formas cada vez más intensas.

3. La antropomorfización de la defensa en el plano del inconciente es siempre del orden de la pérdida del sentido mismo del inconciente como sistema, y destituye lo nuclear de su funcionamiento, de su conformación no intencional y no volitiva. La defensa es más bien pensable desde lo que podemos considerar aspectos del yo que no son homologables al inconciente reprimido sino modalidades discursivas instituyentes que no alcanzan el carácter de concientes.

que implica un equilibrio para el sujeto psíquico que se despliega entre ambas.[4]

Estamos ya lejos de los tiempos en los cuales una gnoseología simple definía la relación con la realidad como una adecuación a algo del orden de lo existente en sí. Un siglo de filosofía y de avance de los modelos científicos ha transcurrido para que podamos comprender que la realidad no es algo "dado", sino algo que se construye de manera conceptual y representacional, aun cuando desde la perspectiva materialista con la cual pienso los fenómenos considere que los sistemas simbólicos que intentan su aprehensión no la constituyen en su existencia independiente sino que sólo la capturan y significan bajo los modos que los seres humanos tienen para su dominio. Lo interesante de la realidad humana es su capacidad de generar nuevas realidades, no sólo de aprender a manejar lo ya dado, y el hecho de que estas nuevas realidades planteen, a su vez, nuevos enigmas para el conocimiento y se conviertan en su objeto de estudio.[5]

En razón de ello, a medida que la sociedad se modifica y acepta distintas formas de la sexualidad, o distintas sexualidades, como se tiende a decir, los motivos de la consulta varían. No son frecuentes hoy los casos de jóvenes que llegan a nuestros consultorios para modificar sus formas

4. ¿Quién podría acusar de "falto de principio de realidad" al personaje de *La vida es bella*, el filme de Roberto Benigni que crea una realidad lúdica totalmente ficticia pero, al mismo tiempo, eficaz para salvar la vida y la mente de su hijo?

5. "Hablame de algo infinito que exista en la realidad", me decía un niño de 5 años al cual intentaba explicar que sólo la serie de los números naturales parece ser infinita, ya que el universo mismo podría no serlo. "Algo que exista en la realidad", ya que escapaba aún a sus posibilidades comprender que los números en sí mismos eran reales. Hoy, dedicado al estudio de la lógica matemática aplicada a la política, creo que no tiene duda de la existencia real de los fenómenos considerados en su infancia como irreales, en un esfuerzo denodado por distinguir la fantasía de lo real y separar sus pensamientos de la percepción.

de elección de la vida erótica, en particular cuando han obtenido la posibilidad de conjugar el placer con la elección amorosa que lo garantiza. La consulta de alguien cuya vida amorosa es homosexual, al igual que alguien que ha constituido su vida de manera heterosexual, remite en general a dificultades de pareja, laborales o familiares, a situaciones depresivas o compulsivas, si bien no se pueden dejar de tomar en cuenta las especificidades que atañen a las formas con las cuales la sociedad recibe cada una de estas mal llamadas elecciones, y el impacto en la subjetividad que ello produce.

De igual modo, no es lo mismo para un niño de nuestra cultura con trastornos precoces de género o con una percepción temprana de su atracción por niños del mismo sexo constituirse en el marco de lo que se ha denominado "identidades discretas",[6] que de algún modo entran en colisión con las expectativas familiares o sociales. Si esto ocurre en Buenos Aires, en Los Ángeles o en el Valle de Calamuchita, cada emplazamiento tendrá una capacidad distinta de absorción de las diferencias.

Cuando el psiquismo ya se ha estabilizado alrededor de un modo de constitución de la identidad o de una forma de ejercicio de la vida amorosa, la cuestión a elaborar es, en muchos casos, el sufrimiento que la sociedad impone y no la homosexualidad o el transexualismo mismos, pese a que ello constituye una tendencia fuerte aún en los medios psicoterapéuticos y en particular en las sociedades analíticas.

Por supuesto, se me preguntará si a mí me da lo mismo que un niño sea transexual o no, si prefiero que se constituya al modo de una homosexualidad o si quisiera que encuentre un camino heterosexual. Son cuestiones absurdas.

6. Pecheni, Mario: "Identidades discretas", en Leonor Arfuch (comp.), *Identidades, sujetos y subjetividades*, Buenos Aires, Prometeo, 2002, pp. 125-147.

No se trata de mi preferencia, sino de la comprensión de la estructura como aquello que posibilita encarar las tareas psicosexuales que la vida impone al sujeto, y en razón de ello generar las acciones tendientes a lograr el mayor nivel de estabilidad en el marco de las mejores posibilidades de realización psíquica, evitando empobrecimientos y síntomas de alto costo. Esto no implica una abstinencia ética: considero que la definición de perversión que he dado a conocer en capítulos anteriores, cuyo centro gravita alrededor del reconocimiento de la subjetividad del otro como cuestión central de la vida amorosa, pone límites a todo relativismo ético –aunque no sea éste el lugar para desarrollar cuestiones tan complejas, ya que serán motivo de próximos desarrollos sobre las relaciones entre la sexualidad, la psicopatología y la ética–.

La metapsicología no puede devenir metafísica, estableciendo las fórmulas canónicas con las cuales se pretende a veces reducir nuestra ignorancia cuando las singularidades de los modos como los seres humanos arman sus representaciones se nos aparecen en toda su complejidad. La metapsicología da cuenta de legalidades del funcionamiento psíquico, pero no de generalidades ahistóricas respecto a las constelaciones que posibilitan o no ese funcionamiento. Es en virtud de esto que expondré entonces situaciones diversas de niños que se encuentran ante tareas de la vida de distinto orden y en etapas diferentes de su constitución psíquica, para dar cuenta del modo con el cual se establecen los trastornos de género en la infancia.

UN PEDIDO DE READJUDICACIÓN DE SEXO

Hoy Gabriela –tal es el nombre escogido– ha decidido asumirse, definitivamente, como mujer. En realidad se trata de una decisión que se hace pública, pero que fue tomada hace ya años, como ocurre con la mayoría de los niños transexuales. A los 3 años Agustín estaba conven-

cido, como es habitual en estos casos, de que la naturaleza había cometido un error, y que él era una mujer encerrada en un cuerpo masculino. Es posible que esta convicción se haya establecido luego del descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos, ya que anteriormente no se le planteaba el dilema de la diferencia de los cuerpos y no tenemos datos de cómo era vivida la diversidad de género,[7] o si ésta era percibida o considerada importante. Fue en ese momento, a los 3 años, cuando decidió que nunca más nadie vería su pene –incluido el pediatra– sumando a esto un particular modo de hablar con cierta impostación, y sólo más tarde sus padres descubrieron que este cambio estaba motivado por un deseo de feminizar su habla.

La primera infancia de Agus –apócope del nombre en el cual se instalaba con comodidad dado que su terminación podía ser tanto femenina como masculina– fue en gran parte solitaria. Si bien tenía hermanos –uno mayor y otra menor– que le brindaban un entorno familiar acompañado, y aun estando provisto de una sensibilidad especial y de una inteligencia notable, no se integraba al grupo de varones del colegio, por cuyas actividades no se sentía atraído. Cuando me consultó, a los 13 años, había logrado establecer un buen vínculo con las niñas y ser aceptado, al menos formalmente, por los varones que, en su decir, lo trataban bien, e incluso lo ayudaban del mismo modo que a una chica.

Incluiré en este relato algunos e-mail recibidos desde que conocí a Agus y a su familia hasta la actualidad, así como el informe que preparé para que fuera adjuntado al pedido que su abogado realizó ante el juzgado con vistas a lograr un tratamiento hormonal que detuviera la masculinización que la etapa puberal había desatado.

El primer contacto fue realizado telefónicamente por la madre, solicitándome, desde la ciudad del interior en la

7. Véase la distinción entre "diversidad" y "diferencia" en capítulos anteriores.

cual vivían, una consulta para ver cómo podíamos ayudar a su hijo, que estaba atravesando una etapa de intensa angustia acompañada por conatos de acciones con intención suicida que podían tener un desenlace trágico. Agustín estaba en tratamiento con un terapeuta de su ciudad que había llevado el caso con mucha sensibilidad y sin preconceptos, lo cual ayudó enormemente al niño a encontrar un espacio de elaboración de la situación que vivía. Fue a partir de este análisis que pudo, finalmente, decirles a sus padres qué era lo que realmente le ocurría, y develarles aquello que durante tanto tiempo se había visto imposibilitado de formular en voz alta. Yo lo recibiría con fines diagnósticos, para evaluar el encaminamiento a seguir y, a partir de ello, ayudar a encontrar el modo de definir el conjunto de acciones adecuadas para lograr una mejor evolución psíquica acorde con sus posibilidades.

En cuanto al modo en que se estableció la comunicación con este paciente, hubo una primera etapa en la cual la identidad se sostenía, en el intercambio discursivo hablado, en términos masculinos, y en el escrito, en ambos: "Querido/a Agus, estuve pensando en lo que me dijiste y creo que un/a chico/a como vos puede...", lo cual obedecía al intento de reflejar del modo más adecuado posible la transición en curso. En una segunda etapa, ya con nuevo nombre, Gabriela, me escribe y le respondo con la terminación femenina cuando es necesario elegir género gramatical.

Desde la primera entrevista, cuando abrí la puerta, estuve ante una niña. Si bien estaba vestida con ropa que puede ser portada por ambos géneros –*jeans* y remera, zapatillas–, y su pelo colocado detrás de las orejas tenía un largo que no posicionaba en modo alguno a su portador, sin embargo en la mirada, en las cejas anchas pero depiladas en arco, en la forma de expresión, en el cuidadoso arreglo de las uñas, indudablemente, había una niña. Le confesé entonces, desde el comienzo, que me costaba dirigirme a él en masculino, lo cual le produjo una sonrisa de agrado y agradecimiento, que explicitó luego de manera verbal.

Agus me habló durante ese encuentro y en los siguientes que tuvimos mientras permaneció en Buenos Aires –dos de ellos en compañía de sus padres– de su convicción respecto a su feminidad, y si en ningún momento manifestó dudas, tampoco apeló a mecanismos delirantes o de desmentida de la percepción: sí tenía una anatomía masculina; sí, por supuesto, biológicamente había nacido varón, pero esto no era adecuado a su interior, ya que la naturaleza se había equivocado respecto a esta cuestión. Me habló del sufrimiento intenso que le producía confrontarse a un cuerpo que se le tornaría con el tiempo cada vez más extraño. Si bien los genitales masculinos habían formado parte de sí desde el comienzo, la sola idea de que sus manos y pies se agrandaran, y de que pudiera surgirle un vello grueso en piernas y cara, así como el desarrollo del "hueso en la garganta", le producían una enorme angustia, ya que anticipaban una agudización de su sentimiento de no pertenencia a ese cuerpo, que no coincidía con su creciente feminidad psíquica puberal.

Durante esos días hablamos de muchos aspectos de sí mismo que me permitían ir estableciendo diferencias diagnósticas, descartando riesgos y al mismo tiempo conocerlo como ser humano. Habló durante todo el tiempo empleando el género masculino para referirse a sí mismo, y cuando le pregunté cómo lo hacía sentir esa cuestión, respondió con naturalidad que así había hablado desde siempre y que cuando asumiera públicamente su identidad femenina podría referirse a sí mismo como mujer.

Ante mi pregunta acerca de si había elegido para sí algún nombre de mujer, me respondió que no, que quería que eso lo hicieran sus padres, ya que si lo sentía como un segundo nacimiento, eran ellos quienes debían convalidarlo. Traté de conocer también de qué manera se producían sus rehusamientos con relación a su propia imagen corporal, y ante mi pregunta acerca de si le molestaba agarrar su pene para hacer pis respondió que no, que de ninguna manera, en un tono entre sorprendido y risueño. Le

pregunté entonces qué pasaba cuando se miraba al espejo, porque sabía que pasaba largo rato en el baño observándose y necesitaba conocer hasta qué punto la transformación de su imagen podía producir una despersonalización que pusiera en evidencia la emergencia de un desencadenamiento psicótico. Fue ahí donde percibí la fuerza de su inteligencia y el modo como podía detectar los matices: "Me veo a mí mismo, ni hombre ni mujer, sino a mí... pero no me gusto". No había riesgos de que un "síndrome del espejo" pudiera dar cuenta de la emergencia de una esquizofrenia, pero sí del desencanto narcisista que su propia imagen le brindaba, y esto al margen de su carácter femenino o masculino.

Agustín tenía una enorme preocupación por la belleza y esto formaba parte de sus mayores preocupaciones. No le gustaba el tamaño de su cabeza, ni la forma de sus pies, se sentía poco agraciada, y en gran medida esto le producía temor respecto a qué impacto tendría en su vida amorosa, conjugándose en ello la presión de un medio en el cual la perfección estética forma parte de las obsesiones nacionales. Había pensado operarse los genitales y pechos, y se veía disconforme con partes de su cuerpo que, en mi opinión, atacaban su ideal de feminidad. Sin embargo, opté por dejar en manos de su analista este tipo de cuestiones, que merecen ser trabajadas cuidadosamente y término a término, para centrarme en lo que me parecía necesario poner como cuestión *princeps*: el hecho de que si bien el sufrimiento atravesaba, indudablemente, su vida, Agustín tenía, en mi opinión, un *pathos* trágico con un componente histérico importante. Y esto formó parte de lo que le transmití al terminar el proceso de entrevistas. Le dije entonces que debía continuar su tratamiento pero no sólo para poder asumir plenamente la identidad a la cual se sentía perteneciente, sino para evitar los riesgos de un narcisismo que lo llevaba a buscar la perfección en el cuerpo de tal modo que le produciría, de no ser alivianado, intensos sufrimientos en la vida. Su intolerancia ante los tiempos necesarios, la perentoriedad con la cual vivía sus demandas y sus

sentimientos trágicos, no estaban relacionados sólo con ese núcleo sufriente que constituía su problema de desfasaje identitario sino también con aspectos más generales de su modo de funcionar que merecían ser tomados en cuenta más allá de éste. También le transmití que podía ser perfectamente una mujer muy desdichada si no advertía que su anhelo estético lo podía llevar de una cirugía a otra, y ni hablar de lo que ocurriría a medida que envejeciera. Y si bien esto podía estar relacionado con el retorno desplazado de su temor a no ser "plenamente mujer", tema que tenía que trabajar en su análisis, debía tener en cuenta que había allí una tendencia inalcanzable que haría circular toda su vida alrededor de la insatisfacción, con los riesgos que ello implicaba. Aludí entonces al intento de suicidio ya realizado, y a mi temor de que no pudiera defenderse de sus aspectos depresivos ni de la desesperación que podía causarle esta insatisfacción si no los encaraba como una cuestión central a ser modificada en su tratamiento.

LA IDENTIDAD DE GÉNERO Y EL FENÓMENO BERDACHE

No todas las culturas manejan la cuestión de la identidad sexual como lo hace la nuestra, a partir de una homologación entre la biología y el género. En el siglo XVIII los misioneros y exploradores franceses que viajaron a Norteamérica observaron que había hombres que adoptaban funciones y ropas de mujer y que formaban pareja con otros hombres, integrándose a la comunidad femenina de la tribu, así como mujeres que participaban en la caza, se ocupaban de actividades guerreras y vestían ropas de hombre. Los denominaron *berdaches*[8] empleando el término despec-

8. Véase Mondimore, Francis Mark: *Una historia natural de la homosexualidad*, Barcelona, Paidós Contextos, 1998.

tivo que en el francés de la época se utilizaba para nombrar a los homosexuales, horrorizados de que estas conductas no sólo fueran toleradas por la comunidad indígena sino incluso reverenciadas por algunos grupos.

La costumbre berdache se generalizó por toda América; la practicaban desde los iroqueses del norte hasta las tribus zapotecas de México y los esquimales de Alaska. Queda por resolver si es del todo correcto aceptar la afirmación de que las amazonas de Brasil ejercieron prácticas berdaches, dado que quienes así las consideran lo hacen a partir del fenómeno de adopción de modos de género tradicionalmente masculinos, sin que ello implique necesariamente prácticas sexuales que definan también la elección de objeto.

Las prácticas berdaches, por otra parte, no pertenecen a la antigüedad, sino que se han mantenido en nuestro siglo. En 1930, las observaciones de Ruth Underhill[9] permitieron conocer la condición de berdache del pueblo papago del sudeste americano, y acceder a los modos con los cuales se ejercen tales prácticas: el pueblo papago creía que los niños se convertían en berdaches tras tener sueños sobrenaturales. Los padres que notaban que sus hijos tenían tendencia a confeccionar artesanías femeninas, los ponían a prueba para ver si tenían el don berdache. Después de colocar un arco con flechas, masculino, y un canasto, femenino, en un cercado de arbustos y decirle al niño que entrara, prendían fuego al cercado y observaban lo que se llevaba consigo cuando salía corriendo.

Los nandi de Kenia constituyen un ejemplo interesante del modo en que la cuestión de género incide en la elección del emplazamiento del sujeto en la bipartición sexual. En este grupo de pastores africanos los hombres dominan la sociedad y la economía, y el ganado y la tierra son las

9. *Social Organization of the Papago Indians*, Nueva York, Columbia University Press, 1938. Citado por Mondimore, *op. cit.*, p. 31.

principales fuentes de riqueza. Los nandi[10] son guerreros famosos y se enfrentan constantemente entre sí; los hombres más respetados tienen muchas propiedades y varias mujeres. En contraste con la importancia y poder de los hombres, los derechos de propiedad son muy limitados entre las mujeres nandi, y la mayor parte de los animales son de los hombres, que los reciben de su padre como herencia o como regalo. Cuando las mujeres se casan, se incorporan a la familia de su marido y su identidad pasa a ser la de esa familia; sus hijos tienen únicamente la identidad y la propiedad que procede de esta familia. Cuando una mujer deja a su marido, o el marido la devuelve a su familia por cualquier razón, muchas veces debido a que no puede tener hijos, ella no tiene ningún derecho sobre los animales que cuida, pues éstos son de sus hijos, y sólo están a cargo de la mujer hasta que los hijos crezcan.

De acuerdo con esta forma de organización social, una mujer que no tenga marido no podrá obtener un estatus social ni disponer de una propiedad. Sin embargo, los nandi han desarrollado un tipo de institución que permite a la mujer que tiene dificultades para sustentar su supervivencia mantener una posición respetable en la sociedad mediante su conversión en "hombre". No se trata de un cambio del sexo anatómico, ni de un viraje en la elección amoroso-sexual, sino de un cambio de roles. Las mujeres-marido dejan de hacer muchas de las actividades que realizan las mujeres del grupo y, como los hombres, obtienen el derecho de asistir a las reuniones públicas y hablar en ellas. Aunque se pueden casar con mujeres, no tienen relaciones sexuales ni con hombres ni con mujeres, por lo cual sus "esposas" pueden tener amantes y los hijos pasan a formar parte del clan de la mujer-marido. Y por supuesto, si bien así se instituye la función, sabemos que

10. Mathieu, Nicole C.: *L'anatomie politique, catégorisations et idéologies du sexe*, París, Côté Femme, 1991.

las formas con las cuales el deseo circula en su interior no se recubren totalmente bajo los modos prescriptos, y operan en los pliegues del entramado con el que la sociedad intenta cubrir y regular su circulación.

¿Implicaba realmente el fenómeno berdache, como pretenden algunos estudiosos, la ruptura de la bipartición de géneros y la aparición de un "tercer sexo"? Las respuestas simples son, indudablemente, insuficientes, ya que si bien algunos pueblos tratan a los berdaches como si fueran realmente parte del sexo al cual se integran, en otros casos se los identifica como una categoría particular, es decir, como una tripartición, lo cual ha llevado a algunos autores a considerar que el fenómeno berdache da cuenta de tres géneros y dos sexos. Pero, por supuesto, un hombre que elige a un berdache para formar pareja no se considera homosexual, ya que lo hace con una mujer provista de una anatomía diferente, y lo mismo ocurre respecto a las berdaches guerreras y cazadoras que pueden formar pareja con mujeres de la tribu. Sin embargo, un berdache no puede formar pareja con otro berdache, lo cual está prohibido, y es aquí donde se manifiesta el tabú que constituye el eje simbólico –para emplear la terminología legada por Lévi-Strauss– del ordenamiento sexual en las culturas que sostienen la posibilidad berdache.[11]

11. En la cultura de los bugis, que viven al sur de Sulaswesi, en las islas Célibes de Indonesia, hay cuatro géneros: los oroane, que son hombres masculinos, los makunrai, o mujeres femeninas, los calalai, mujeres masculinas, y los calabai, hombres femeninos. Pero hay también una quinta identidad: los bissu, sacerdotes con características femeninas y masculinas, quienes cumplen funciones rituales, y su sexualidad es controvertida. Son anatómicamente hombres, no quieren ser considerados mujeres, y hay quienes piensan que hacen votos de castidad, mientras otros consideran que son los encargados de iniciar a los hombres en su virilidad. Usan ropas que son exclusivas de los bissu, combinando piezas usadas por ambos géneros: flores femeninas y puñales masculinos. Son machos/hembras, dioses y mortales, y son reverenciados como seres sagrados.

Si el fenómeno berdache ha sido considerado como un prototipo de transexualismo socialmente convalidado, sería de todos modos imposible, en mi opinión, ubicarlo dentro de las prácticas homosexuales, o incluso, como lo hace Mondimore,[12] considerarlo "homosexualidad transexual", lo cual parece más un oxímoron que una clasificación. Considerar la elección berdache como homosexual es hacer tabla rasa ignorando el hecho de que un berdache de origen biológico masculino, una vez que asume su rol social y su posición sexual como mujer, no ejerce una práctica homosexual aun cuando esté con alguien de su mismo sexo biológico, ya que ha renunciado a ejercerlo como tal y a reconocerse dentro de la comunidad masculina. Esta es hoy una cuestión de peso para redefinir formas de sexualidades que se engloban bajo la denominación de "prácticas homosexuales", cuando tanto el travestismo como el transexualismo imponen, en muchos casos, la búsqueda de un *partenaire* que no pertenece, en absoluto, al sexo asumido. ¿Podría un transexual que ha asumido la identidad femenina en toda su plenitud formar pareja con una mujer? Esta sería realmente la paradoja, ya que en tal caso podríamos considerar que estamos ante un caso de lesbianismo, dado que escogería como objeto de amor a alguien que forma parte de la misma categoría inclusiva en la cual se ha posicionado a partir de sus determinaciones identitarias y sexuales.[13] La cuestión no se presenta fácil cuando se abre la noción de la sexualidad a todas sus variantes, y aparece con vehemencia el deseo de encasillar rápidamente

12. *Op. cit.*, p. 30.

13. En sus recientes declaraciones a la cadena británica ITV1, Madonna declaró sentirse "como un hombre gay encerrado en un cuerpo de mujer". Sabemos desde siempre que lo aparente es engañoso, y en función de ello se podría considerar que las apariciones públicas de Madonna como lesbiana estarían en concordancia con la parte heterosexual de su alma masculina.

bajo rubros simples para aplacar nuestra propia inquietud ante el desconocimiento al cual nos confrontamos.

Es indudable que un pensamiento que intenta cercar las formas de la realidad se ve permanentemente acosado por la emergencia de nuevas categorías, ya que el ser humano no sólo maneja códigos y símbolos, sino que crea sistemas simbólicos no preexistentes, así como crea realidades y no se limita a manejar lo dado. Es parte de la condición de existencia de los seres humanos crear nuevas realidades, y aunque parezca una paradoja, la única "naturaleza humana" es realmente aquella que arranca a la cría de su estado natural para arrojarla a un mundo de pensamientos y deseos irreductibles a la información genéticamente recibida. Nuestra confrontación con nuevos problemas debe encontrarnos con la lucidez suficiente para que nuestras teorías de partida nos lancen hacia nuevos conocimientos como guías que nos permitan articular hipótesis y no como muros que estrechen un universo que se expande cada vez más.

Por supuesto, la anatomía es del orden de lo real que preexiste a las significaciones que sobre ella se construyen, pero no determina en sí ni por sí misma ese orden de realidad en la cual se incluye. He mencionado en este texto el fenómeno berdache para dar cuenta de formas sociales de organización de la sexualidad diferentes de las nuestras. La virtud que esto tiene es que deja planteados los límites de la libertad en el marco de la legalidad que la sociedad instituye, no con un afán autoritario de constreñir el accionar de los sujetos sino para pautar sus posibilidades y arrancarlos tanto de la arbitrariedad a la cual quedarían librados sin estos procesos instituyentes como de la desdicha a la cual se los condena cuando se desconoce el juego necesario que debe establecerse entre los modos privados de ejercicio de la sexualidad y sus regulaciones sociales.

Volviendo al caso de Agus, tanto el informe que escribí para presentar ante el juzgado como los e-mails intercambiados a lo largo de estos meses pueden permitir al lector

aproximarse a aspectos difíciles de relatar sin apelar a la transcripción directa. He escogido algunos de ellos, porque debido a que el intercambio fue muy extenso me he visto obligada a optar por aquellos fragmentos que permiten ir siguiendo la evolución de este proceso de asunción de la identidad pública y las angustias que se fueron desplegando en su transcurso. Incluso podrá notarse, a través del empleo del género y del nombre a medida que la correspondencia avanza, cómo se fue procesando el cambio.

Por otra parte, recomiendo prestar especial atención al e-mail de Gaby del 24 de febrero de 2004, texto realmente foucaultiano en su demanda de respeto ante el poder psiquiátrico y las prácticas que a él pueden quedar asociadas cuando se plantea un exceso de saber por parte de quienes las ejercen. Sabemos que tanto las preguntas que nos formulamos como las respuestas que intentamos dar, sin ser falsas, son provisorias en el camino del conocimiento. Las verdades que encierran contribuirán a establecer una práctica más eficaz para aliviar el sufrimiento de quien padece, sin por ello convertirse en la vía definitiva para lograrlo. Si nuestra subjetividad está atravesada por los modos instituyentes de nuestro tiempo, somos al menos concientes de que podemos extender sus fronteras y traspasar los rígidos límites que pretenden cercar nuestro pensamiento. Esto nos dará mayores herramientas para realizar nuestra tarea, pero también nos permitirá sentirnos menos sometidos a las condiciones imperantes.

E-mail enviado por la madre de Agustín,
con fecha 8 de agosto de 2004

Querida doctora Silvia:

Estoy triste... muy triste. Agus parece estar un poco menos angustiado (el doctor E. le aumentó la medicación y Guillermo lo ve 2 veces por semana) pero siento que no vive,

porque no puede vivir en esta sociedad hipócrita, mediocre, que no tolera al DIFERENTE. Vive sí... con su sufrimiento, que es atroz para sus apenas 14 años... y ¿qué sería sin el apoyo psicológico y la medicación? No sé, o sí creo saberlo pero me aterra la idea... no estaría tal vez con nosotros. ¿Pero hasta cuándo podrá sobrellevar este tremendo peso? ¿Habrá algún juez en la Argentina que tome el caso y vea en Agus a una persona con derecho a ser lo que es? ¿Que no le quite la posibilidad de ser íntegramente... a pesar de ser un menor de edad?

Le tengo miedo a la justicia. ¿Justicia digo?

Tal vez su "pecado" fue haber tomado precoz e inteligentemente conciencia de lo que es y su "castigo" sea dado por la misma sociedad (incluida la justicia) al no darle esa posibilidad. Estoy muy triste. El papá también... Pero haremos lo que sea necesario para que "alguien" nos escuche y lo escuche.

Sabemos que debemos librar una "gran batalla legal" pero también sabemos que estás a nuestro lado al igual que Guillermo y los demás profesionales... y que se van a " jugar" por Agus en pos de la verdad, lo humano y lo justo... en pos de su SER.

Te quiere,

Alicia

Respuesta del 9 de agosto de 2004:

Querida Alicia: Gracias por la confianza que ponen en mí, que me hace insistir en que ayudemos a Agustín a que pueda tolerar los plazos. Te recuerdo que más allá de la justeza de su reclamo, hay un cierto aire histérico que añade dramatismo a la situación. Hay que cuidarlo, pero al mismo tiempo no dejarse ganar por su propia actitud trágica. Encontrará un camino, y con mayor certeza, en razón de los tiempos que vienen. Hay que hacérselo conocer, y decirle también que hay otros mundos, otra gente, otro modo de ver las cosas, no sólo la inmediatez de lo que lo rodea.

Un abrazo,

Silvia

Unos días después, 24 de agosto:

Querida doctora Silvia:

Siempre nos resulta un verdadero placer comunicarnos con usted. La sentimos como una "auténtica amiga" que está al lado nuestro en estos momentos difíciles de nuestras vidas. Agus está trabajando *a full* con Guillermo. Tiene lógicamente sus momentos de intensa angustia, pero sabe que cuenta con todos nosotros para contenerlo y ayudarlo. Estamos por iniciar el recurso de amparo en los Tribunales con nuestro abogado el doctor R., el cual nos comentó que había estado con usted y le sirvió para aclarar el panorama de Agus... Él se mantendrá en contacto permanente por el tema de su informe psicológico. También estuvo en M. con el juez H. y le dijo que el caso de Agus es totalmente viable y que seguramente sentará precedente judicial... Le llamó la atención la precocidad del caso y concordó con la necesidad de dictar sentencia favorable por lo que le comentó nuestro abogado de los riesgos que usted, Silvia, veía. H. reconoció su prestigio y seriedad por lo que descuenta un fallo favorable. Bueno, en esto estamos ahora... A mediados de septiembre se hace la presentación... Agus está enterado absolutamente de todo y de lo que se va a venir a nivel social ya que como le comentamos él vive en el siglo XVI, pero eso no nos importa... lucharemos en pos de la justicia y por sobre todo por el bienestar de nuestra hija... Cariños,

Marcos y Alicia

Y la respuesta:

Querida Alicia: Estuve con Guillermo y también recibí mensaje del abogado, con el cual nos pondremos de acuerdo para hacer un informe que ayude en las decisiones. En mi opinión, la angustia de Agus no se resolverá sólo con el tratamiento hormonal, y usted lo sabe, aun cuando todos haremos lo posible para evitar los efectos de una realidad que en este momento lo perturba terriblemente. Para mí fue un encuentro muy importante emocionalmente el que tuvimos, y no sólo por la posibilidad de ayudar a Agus sino por encontrarme con el amor y la dedicación que ustedes le prodigan. Le quiero

decir que estoy totalmente en contacto con ustedes, y nos mantendremos así... Les envío todo mi afecto, para usted, Marcos y Agus.

Silvia

29 de agosto de 2004:

Estimada doctora Silvia, soy Agustín y quisiera comunicarle lo que estoy sintiendo, quizás en palabras me va a costar un poco describirlo.

Yo siento una profunda angustia, todo alrededor de mí es obsesión y temores. Me siento como desequilibrado sin una imagen mía fija; como estoy construyendo de nuevo mi imagen por todo lo que me ha pasado, es por eso que veo cosas en mi cuerpo que los demás no ven, como el rostro ancho, etc. Yo soy conciente, pero me cuesta ignorarlo, hasta dudo si es así o no. Yo tengo una gran obsesión que no la puedo controlar, y que me hace todos los días torturar, pero es como si ya estuviera acostumbrado, ya que todos los días la tengo. Estoy obsesionado por mi cabeza, rostro, espalda, voz, pies, y tengo miedo de que siga todo esto; será una tontera pero la verdad es un punto débil mío. Respecto a los temores, me da vergüenza contar algunos porque soy conciente de que es superficial y nada espiritual, que hasta me desconozco por tener estos temores, pero los tengo y son: miedo a no ser linda, a no ser atractiva, bueno, estos miedos que yo sepa todas las chicas a esta edad los tienen. También están los miedos más serios como miedo a las características masculinas, ¡me dan fobia! como el vello, etc., miedo a que la operación salga mal, miedo a que se me caiga el cabello, miedo a no parecerme lo suficiente a una mujer. Estos son algunos temores que tengo, pero si hay un temor que sí es un temor es que la obsesión no me la pueda quitar para toda la vida.

Todo esto hace una gran angustia en mí, pero me gustaría que todo esto fuese más liviano para sobrellevarlo, a la vez también tengo ansiedad, que no es tan molesta, como ansiedad a ser mujer ya, etc. También quiero comunicarte que estoy muy encerrado, no me da ganas de salir, y sólo dormir, comer y comprar, típico alivio de angustia de una mujer, je je.

Sí, claro, todo esto me trae una gran tristeza que hasta los profesores lo notan. Pero no todo es negro, estoy muy contento, pero muy contento, de que ya estemos en el juicio para mi

nueva identidad, estoy contento de que estoy apoyado por gente humana de verdad, y de que tenga esta gran posibilidad que no todos tienen. Pero claro, para escalar a la cima de una montaña tenés que romperte las manos, como la angustia.

El punto clave de todo esto es la obsesión, la que más me molesta, que no me permite vivir aliviado y en paz, que me hace sufrir todos los días, que hasta cuando me veo en los espejos me angustia, y ya está siendo insoportable. Yo no puedo vivir así con esta obsesión, hasta hace que no quiera estudiar para la escuela, porque la obsesión a ciertas partes de mi cuerpo me pone mal. Yo les digo a mis padres que me veo de tal manera, pero me dicen que no, pero me cuesta creerles y pienso que me mienten, o que ven lo mismo que yo pero de una forma positiva o que no sé, pero también no hago caso a lo que veo, y me pone mal. Espero que todo esto pase.

Bueno, éste es un gran resumen de lo que estoy pasando, en una de esas me olvidé de poner algo que faltaba. Muchísimas gracias por tu atención y apoyo, ¡¡¡te quiero mucho!!! Besos,

¡¡¡Chau!!! ¡¡¡Nos vemos!!!

Agus

Respuesta del 29 de agosto de 2004:

Querido/a Agus: No es fácil construir una nueva imagen, y mucho menos cuando el cuerpo se rehúsa a seguir la identidad que uno siente asignada. El miedo a la fealdad, como vos mismo/a decís, es típico de la feminidad a esa edad. Pero tus fobias van más allá de eso, y sobre todo el terror que te da sentir angustia, porque es uno de los sentimientos más displacenteros que se pueden tener. Todos estamos haciendo lo posible para que te puedas sentir mejor con vos mismo/a. Cuanto más te encierres más se agigantan los miedos y los fantasmas. Sé que no es fácil romper el circuito, pero creo que no te va a quedar otra posibilidad que enfrentarlo. Bueno, querido/a Agus, nos vemos en quince días, cuando vengas con tu mamá.

Un abrazo grande,

Silvia

21 de septiembre de 2004:

Querida doctora Silvia:

Hoy lo vio a la tarde Guillermo y nos dijo que tiene una distorsión de la imagen corporal –pero que no ha perdido el contacto con la realidad–, y es esto lo que le ha producido una importante profundización de la angustia. Recién le escribo al doctor E. para que evalúe la medicación. Tengo ciertos temores de que se haga daño. Te mantendremos informada permanentemente.

Te queremos,

Alicia

28 de septiembre de 2004 (21:54):

Hola estimada Silvia, soy Agustín, mejor dicho Gabriela.

Te quiero comunicar que he tenido un gran cambio que hasta mi mamá lo notó, me siento muy segura de lo que soy, no le tengo miedo a nadie ni a la sociedad, hoy me he puesto una colita en mi cabello y no me importa lo que dicen. Las obsesiones han disminuido pero tengo sobre todo mucha ansiedad de tener mi cuerpo físico de mujer, deseo hacer cosas de mujeres, hasta de tener un novio, y te quiero comunicar que vencí el miedo a la sociedad y quiero ser mujer ya aunque no esté operada genitalmente. He tomado una gran decisión de ponerme mamas y operarme la nariz, esas dos cosas, y ¡ser mujer ya! ¿Por qué esperar? No le tengo miedo a la sociedad, estoy dispuesta a comenzar mi vida como mujer en estos años, sólo necesito dos retoques y nada más, siento un gran impulso de ser mujer ahora (físicamente), te escribo esto para ver qué opinás vos sobre mi decisión.

Bueno eso es todo hasta ahora, chau. ¡¡Te quiero mucho!!, ¡Escribime!

Gaby

De la madre de Gaby. 3 de octubre de 2004:

Querida doctora Silvia:

Te escribo para contarte que Agus desea ya ser una mujer y se ha teñido el pelo rubio y ayer me dijo que le comprara unos pantalones anchos de corte de mujer y una remerita más bien al cuerpo. Se lo compré... pero noto que se le han ido las obsesiones –dice Guillermo– y está en esta actitud... que me preocupa un poco porque está como quien dice "afiebrado" metafóricamente hablando... no le importa nada pero el temor está en las consecuencias... Yo ya no sé, no entiendo NADA, esto avanza a pasos agigantados... y tengo miedo que se choque contra una pared por lo rápido que va. Yo no sé a vos qué te parece... Otra cosa: quiere tener novio y chatea con chicos para lograrlo y que la acepten como es... te vuelvo a repetir personalmente estoy desconcertada... esto parece una carrera de fórmula uno... por la forma en que se van desencadenando los hechos.

Espero tu respuesta. Un beso grandote,

Alicia

Respuesta al e-mail del 3 de octubre:

Querida Alicia: Sí, comparto tu preocupación, y me confirma que puedo contar con tu intuición. Envié un e-mail a Agus –Gabriela ahora– diciéndole que lo apoyaba en todo, pero que temía este acelere y que lo hablara con Guillermo. Me preocupó que se esté colando un movimiento excesivo que pueda terminar en alguna depresión o algún accidente. Comparto tu sensación de vértigo, y quisiera que hables con Espinosa, y también con Guillermo. Un beso,

Silvia

De Gabby/Agus.[14] 4 de octubre de 2004:

Te quiero contar que leí lo que mi mamá te escribió y lo que le contestaste y te quiero contar que las cosas no son tan así. Primero y principal, acelerado/a no voy, simplemente de a poco me voy a ir modificando hacia una mujer, no bruscamente. Mis padres están muertos de miedo de que me dañen, por lo cual los comprendo, pero el cambio tiene que suceder en cualquier día, mes, año... Yo soy una persona muy perceptiva, sé quién me quiere hacer daño y quién no, pero si vamos a vivir con miedo, así los hechos nunca se van a dar, o quizás por sus propios miedos pueden llegar a dañarme. No podemos girar al miedo como ¡oh, si le pasa algo, si la dañan, se la violan!, etc. Entonces tendríamos que estar todos los días, si me roban, si me muero, si se muere, si me chocan, si explota una bomba, si la casa se incendia. Claro yo voy a tener mucho cuidado en todo, sé que es una cosa delicada, pero no podemos andar rodando con el miedo. Pero algún día voy a ser mujer y me pueden pasar cosas ese día, como por ejemplo hoy, a ver si tomamos conciencia.

Yo me voy a cuidar mucho, y voy a ir en proceso con mi cambio, y todo saldrá bien, pero no puede permitir que mi mamá diga cosas que no son; ellos siempre fueron exagerados y miedosos por lo cual los comprendo, pero no puedo permitir que esto confunda las cosas de la realidad.

Bueno, chau, te quiero mucho, ¡¡¡muchos saludos!!!

Gabby/Agus

25 de octubre de 2004 (20:29):

Hola querida Silvia, soy Agus/Gabby. Te quiero comentar que la obsesión ha disminuido bastante pero aún está, sobre todo acentuada en el rostro, es decir, por ahí no me veo lindo/a, o me veo de tal manera, bueno, pero sí me veo de una manera

14. Hemos considerado necesario transcribir cómo la identidad se va constituyendo siguiendo la escritura de Gaby: al comienzo firma Agustín, luego Gaby o Gabby/Agus, para concluir simplemente como Gabby.

que no me gusta; lo bueno es que ahora no me ataca tanto como antes. Pero logro verme en el espejo como mujer y más me cuesta verme como hombre, por lo cual es un gran logro según mi psicólogo, al igual que ya es decir que cuando camino por la calle vestido/a como mujer me siento espiritualmente mujer, no sé cómo explicarme. Ando con mucha ansiedad también, pero lo que te quiero decir es que últimamente ando mejor, pero claro, aún me sigue afectando la soledad y menormente la ansiedad. Pero bueno, ya las cosas las siento un poco más livianas por ahora, y espero que todo vaya progresando. Ya esto de mi caso se está expandiendo, sé que en mi curso la mayoría lo sabe, pero no demuestran que lo saben, sólo hablan a mis espaldas. Lo bueno que siento al respecto es que ya no me molesta, pero me hace bien que la gente sepa qué es lo que soy realmente y no lo que ven, por lo cual no molesta para nada que todo el mundo lo sepa, al contrario, prefiero que sepan, yo no tengo ninguna vergüenza de lo que soy, y si quiero puedo gritar en la calle, por decir, y no me importan los malos comentarios. Yo sé lo que soy y eso me basta. Bueno, es eso hasta ahora, muchas gracias por tu gran apoyo y humanidad. Te quiero mucho.

Gabby/Agus

1° de enero de 2005:

Querida doctora Silvia:

Hoy recién he podido leer mi correo electrónico porque tenía la computadora en reparación. El doctor R. está viajando hacia Buenos Aires... Se quedará toda la semana y me dijo que se pondría en contacto contigo por el informe. Hoy se hizo la presentación judicial en los Tribunales de ZZ... Veremos qué pasa...

Con respecto a Agus, las crisis, si bien no son tan profundas... casi te diría que son cotidianas... Ya nos comunicamos con el doctor E. la semana pasada y nos indicó la medicación. Se siente terriblemente sola... necesita tener amigas que la visiten... salir juntas... hay una sola chica que a veces viene y salen... Agus parece otra persona... está contenta... pero al no ser permanente le genera mucha angustia. Sus obsesiones

con sus características masculinas siguen... aunque a veces trata de disimular su angustia por nosotros, porque se da cuenta, ya que es muy inteligente, lo afectados que estamos por su sufrimiento permanente... En fin, que más te puedo decir... sobrellevar esta situación tan difícil y contenerlo.

Un beso,

Alicia

5 de enero de 2005 (1:01 AM):

Querida Silvia: Te escribo porque Gabby ha entrado nuevamente en una crisis de angustia muy profunda. Hubo detonantes: le dijeron que era un travesti... no directamente en la cara, sino que escuchó cuando se lo decían a un primo... Después en la calle: "mirá ese puto", y eso le hizo tomar conciencia. Dice que la gente lo ve como un hombre a pesar de la ropa que usa... de su peinado... etc. Aparentemente pensaba que con todos esos cambios cómo la iban a ver. Con Marcos le hemos explicado que está en un tránsito, aunque está muy pendiente de lo que la gente ve en ella... y eso le ha provocado una angustia terrible... En estos momentos que te estoy escribiendo está al lado mío con una medicación que ha tomado importante y no puede dormir... Siente un gran dolor en el pecho... lo estamos controlando de cerca.

Espero que le escribas... para tranquilizarla un poco... siempre tus palabras la ayudan.

Te queremos,

Alicia

6 de enero de 2005 (7:39 AM):

Querida Gabby: Tu mamá me contó los disgustos que te producen algunas reacciones de la gente, y cómo afectan tu expectativa de verte como mujer. Es, por supuesto, una transición, pero sobre todo no exageres tu feminidad, porque al hacerlo funciona como si fuera una desmentida de lo masculino. Cuanto más naturalmente te vistas, y menos pretendas parecer mujer, serás cada vez más mujer. Te mando un beso y todo mi apoyo,

Silvia

4 de febrero de 2005:

Querida Silvia: te envío el texto que escribió Agustín, aproximadamente 6 meses antes de que hablara con su padre y conmigo en el mes de marzo 2004... Será de alrededor de octubre de 2003... por eso lo guardamos ya que en aquel momento nos pareció algo muy importante... Pero todavía no le encontrábamos un significado..., incluso lo leyó Guillermo, a quien también le pareció un material sumamente valioso... Bueno, y después llegó el momento de su toma de conciencia de lo que ES.

Un beso,

Alicia

"Sólo un ciego puede ver lo que los demás no ven.

Sólo un ciego puede ver la verdad de las personas porque decimos que los ciegos no ven nada, o porque somos nosotros los que no vemos nada, sólo vemos el papel de envoltorio de ese rico caramelo pero no vemos el caramelo.

Así somos todos, disfrazamos nuestra verdad porque nos tememos unos a otros

¿Entonces quién no teme? ¿Cuál es la verdad? Todos más allá de nuestros ojos ven, al ver con el corazón veremos la imagen divina de cada ser y su verdad, más allá de que su físico no lo muestre, sólo en la cáscara de esa naranja ya sea verde, anaranjada, roja, pero lo más rico está adentro."

21 de febrero de 2005:

Querida Silvia: me emociona que hayas tomado la iniciativa de escribir[15] sobre lo que realmente siente una transexual/transgénera... teniendo en cuenta la toma de conciencia a tan corta edad... y lo difícil que representa esto para Gabby... en su plena adolescencia... con su soledad... y el rechazo de las personas por lo "diferente"... Es una sociedad estereotipada en blanco o negro y no se da cuenta o no quiere

15. Se refiere al pedido de autorización que le realizara a fin de contemplar su acuerdo para la publicación de este capítulo.

darse cuenta de que existen variedades de grises para llegar a uno u otro color... Pese a todo confío en que Gabby va a recorrer este camino tortuoso y doloroso y va a llegar a ser feliz (si es una palabra posible o una utopía... pero por lo menos lo más cercano a esa idea)... No quisiera entrar en temas psicoanalíticos... pero ya con mis 10 años de análisis me doy cuenta de que en general las personas están encapsuladas en modelos ya perimidos y me pregunto ¿qué pasa que no pueden romper con sus propias estructuras perimidas... tal vez sea la influencia de la religión... etc.?... No son libres... y lo digo con conocimiento ya que he pasado por estar atrapada hasta que me liberé... Me desalienè... y eso es lo que le digo a Gabby, como mamá, desde mi experiencia... Ojalá tu libro abra mentes... dado que el caso de Gabby es la realidad de personas que viven y necesitan vivir en esta sociedad respetadas como seres humanos y es por ello que te envío otro texto, posterior al que te envié en el mes de marzo de 2004 (supongo que fue escrito antes de intentar suicidarse, cuestión que sólo a vos te confesó, antes de que nos enteráramos y antes de que hablara con nosotros respecto a su sufrimiento).

"Quisiera dormir eternamente y no despertar jamás, quisiera volar y despejarme de mis problemas, quisiera vivir en una isla en donde esté sola, sin leyes ni tener que mostrarme como soy a nadie sino ser yo misma, quisiera eliminar todos mis problemas, es por eso que cuando duermo nunca quiero despertar a esta realidad que no logro superar."

¿Se puede permitir que una criatura de 13 años sienta esto... por algo que no eligió pero que la sociedad juzga, anula, hace sentir muy mal..? Claro, tiene 13 años... ¿tienen derecho a lastimar? ¿En qué clase de sociedad vivimos? Estoy convencida de que hay millones de personas. ¿Pero cuántos seres humanos hay? ¿No ha llegado la hora de que la sociedad se replantee estos casos y otros tal vez muy diferentes, relativos a la libertad sexual, ideológica, política, religiosa, etc.? Bueno, querida Silvia, como verás hoy tengo ganas de escribir.

Como siempre un cariño muy especial,

Alicia

24 de febrero de 2005:

Querida Silvia:

Realmente ese texto[16] es de una finísima sensibilidad femenina. ¿Vos nos pedís autorización para publicarlo? Desde ya te decimos que sí. No sé qué trámite hay que hacer... Después nos dirás... si es necesario.

¿Qué te pareció el texto? El segundo que te envié. Me encantaría saber tu opinión. Todo lo que dispongamos de lo que ella haya escrito te lo enviaremos para tu libro o lo que requieras de nosotros con respecto a Gabby.

Creo que tu libro va a ayudar a la comunidad científica en primera instancia... y seguramente después a todos los que se interesen por estos casos de "Verdaderas mujeres encerradas en un cuerpo anatómico que no les corresponde"... De todo el sufrimiento que de chiquitas padecen, tal vez sin la toma de conciencia necesaria, propio de la edad, como en el caso de Gabby que tuvo una toma de conciencia tan precoz –13 años– de su verdadera identidad sexual. Ahora tengo una pregunta para hacerte: ¿por qué incluir este transexualismo... en un libro que trata sobre la masculinidad? No es que cuestione absolutamente nada, simplemente es una duda... Como te imaginarás, porque me conocés, leo permanentemente sobre transexualismo... aunque a mí personalmente me gusta el término transgénero.... De todo lo que leo... encuentro una página científica de Holanda... de la Universidad de Amsterdam donde han descubierto después de 10 años de estudios científicos y estudiando en 6 cerebros de transgéneros que hay un segmento del ADN el SQ 2223... donde aparecen 2 o 3 genes diferentes a los heterosexuales y homosexuales. Por supuesto que averigüé si se realiza en el país, en los laboratorios más importantes del país, y aquí no lo hacen; hay que enviar la sangre a Holanda, a Australia y a muy pocos laboratorios de los Estados Unidos que lo estén realizando... El tema es cómo lo hacemos... Ésta es una prueba genética que se citó en una sentencia judicial en la Ciudad de Córdoba del 2001, si querés te mando la página para que lo leas. Pasando a otro tema –porque como verás me encanta

16. Alicia se refiere al texto de Gabby que aparece citado en el e-mail anterior.

escribirte y también que me respondas–, ayer tuvimos una reunión (en el nuevo colegió al cual va ir Gabby) con la directora y las coordinadoras: les informamos del caso y la apertura fue muy buena... Consensuaron hablar a todos los profesores y preceptores para que la llamen Gabby... que vaya al baño de mujeres y que pueda hacer Educación Física con ellas.

Se la ve contenta. Seguramente ya te escribirá. Con Guillermo va muy bien, por lo que él me dice, y no se pierde ninguna sesión ya que va dos veces por semana. Bueno espero que me escribas sobre todas mis preguntas ya que sos la única que puede darles respuestas. Te queremos.

Un beso,

Alicia

Respuesta del 24 de febrero

Es verdad, Alicia, la pregunta acerca de por qué incluirlo en un libro sobre sexualidad masculina corresponde. Porque en realidad yo parto de que Gabby es una de las vicisitudes posibles de la masculinidad a partir de un origen que articula otra identidad. Vos sabés que el transexualismo es considerado un trastorno de género. Se puede discutir si es adecuado considerarlo así, y tendré en cuenta tu pregunta para pensarlo. He escogido hablar de transexualismo y no de transgénero porque lo que está en juego no es sólo la asunción de roles, sino todo un modo de posicionamiento que implica, también, la elección amorosa en términos sexuales y un posicionamiento que trasciende lo sociológico. Respecto a lo que contás de los genes creo que correspondería remitir la cuestión a un genetista, porque no soy la persona indicada para responderlo. De todos modos, esto tendría valor sólo para reforzar la presentación jurídica, ya que aun en caso de que fuera comprobado, no determina mi trabajo que consiste en marcar, precisamente, la insuficiencia de la determinación biológica en la constitución del deseo humano –lo cual por ahora es más fecundo para entender las formas de representación con las cuales se constituye el psiquismo–.

Un beso.

Silvia

24 de febrero de 2005:

Subject: Soy Gabby

Hola querida Silvia, soy Gabby. Bueno, principalmente he estado muy aburrida, como si mi vida fuera muy lenta; claro, hay días que tengo bajones que hasta lloro, quizá por deseo de hacer cosas con amistades y no puedo, porque, cómo decir, estoy sola excepto por mi familia. Te cuento que yo un día quería ir a visitar a una de mis ex mejores amigas, bueno ya antes estábamos medio peleadas, pero yo fui a su casa a modo de visitarla y olvidar los problemas, también para entretenerme un poco. Bueno, el punto es que parece que mi visita no le cayó muy bien ni a su madre, según ellas me aceptaban pero igual sentía rechazo. En fin, la visita no duró más de 10 minutos porque mi amiga se interesó más en bañarse, ni siquiera me preguntó cómo estaba, hablamos un poco pero de cosas cotidianas pero ella con cara medio de traste. Éramos amigas desde los 6 años más o menos... el otro día encontré a otra amiga mía en la heladería, yo la saludé, ella parece que me saludó para quitarme de encima y yo le dije por qué estás callada, contá algo, pero no habló y se retiró. Bueno, el punto es que ya no eran como antes conmigo y eran las únicas amigas ¡amigas! que he tenido en mi vida. Mi circunstancia me mostró que nunca había tenido verdaderos amigos, los amigos te acompañan pase lo que pase, también yo les di tiempo para que digirieran un poco lo mío... Sólo tengo amigos en Internet. Bueno, te cuento, estoy muy contenta de comenzar en una nueva escuela, la gente de ahí sé que es más abierta, es una escuela humilde, por decir, no hay chicos de altos recursos sino chicos que también han pasado por dolor, es más diversa en todo sentido, por lo cual ya han habido casos similares al mío. Bueno, espero tratar de encontrar nuevos vínculos en donde la gente esté cómoda conmigo y yo con ella, ese fue uno de los propósitos de cambiarme de escuela, de tratar de encontrar nueva gente donde nunca me hayan conocido como Agustín, y bueno si se da bien y si no bueno, intenté, no me quedé en un solo lugar esperando.

Me habían comentado que escribirás un libro donde en una parte aparecerá un poco de mi historia y mi informe tuyo,[17] *me parece fantástico, no sólo porque estará lo mío, sino para que esto se expanda y la gente tome más conocimiento sobre la transexualidad. Pero yo te soy honesta: tu informe está bárbaro por decir una de las tantas causas que pueden haber sido, pero a eso voy: está bien que sea tu diagnóstico pero me gustaría que lo dejes más abierto, no específico, porque después de todo uno puede suponer todo lo que quiera, saber el 100 por ciento que fue así. A lo que yo voy es a que pongas "yo destaqué tal cosa", pero no como diciendo algo absoluto. Yo digo: quizá te parezca o no, pero yo no estoy de acuerdo en que eso sea absoluto, sino una posibilidad. (Aclaro: esto fue una conclusión mía.)*[18] Bueno, muchísimas gracias por tu gran apoyo, te digo: yo confío en vos, y sé que escribirás un gran libro. ¡¡¡Te quiero mucho!!!.

Gabby

9 de marzo de 2005 (8:22 PM)
(luego del comienzo de las clases):

Subject: Soy Gabby

Hola Silvia, te escribo para contarte qué tal me ha ido estos tres días en mi nueva escuela... Bueno, la primera noche no podía dormir por los nervios, y a la vez me sentía un poco angustiada. Ese día traté de lucir bien para mi primera clase, obvio que fui con unos nervios hasta los pies, mi papá me acompañó, me ubicaron en la fila de las mujeres para izar la bandera, por lo cual allí obviamente me sentía mucho más

17. Véase en la addenda de este capítulo el informe presentado ante el juez para solicitar que Gabby pueda realizar los tratamientos médicos que posibiliten su feminización.

18. He subrayado las líneas anteriores porque considero que Gabby realiza allí una verdadera propuesta foucaultiana, reclamando que ejerza el conocimiento analítico con mesura, sin convertir mi saber en una extensión de los modos de ejercicio del poder psiquiátrico.

cómoda, y bueno, noté que no llamaba mucho la atención, o sea, nadie me miraba como bicho raro, o sea como si ellos supondrían un travesti, según yo no lo notaron. Cuando estábamos por entrar al curso una chica, que vendría a ser de mi mismo curso 3-A, se me acercó, me preguntó mi nombre y ella se presentó, me pidió que me sentara a su lado pero hasta ahora no llegamos a una amistad, lo que se dice amistad, es como si hablamos muy poco, y ella estaba con sus amigas en los recreos más que conmigo. Yo estaba bastante tímida, cuando tomaron la asistencia estaba muy nerviosa por el nombre con el que me iban a llamar, por lo cual cuando fue Gabby me dio alivio. El segundo día fue más o menos parecido al primero, aún no conocía a nadie ni había hecho amigos, claro, por hay una me preguntaba cómo me llamaba, en fin, el tercer día, o sea hoy, ya estaba un poquito más adaptada y una ex compañera mía de mi ex escuela se cambió a la misma escuela que yo, a mi mismo curso, no éramos muy amigas, pero al fin me senté a su lado y, bueno, como ya la conocía, y ella a mí, podíamos conversar tranquilas. Y bueno, ya iba conociendo más a mi grupo, te digo que los chicos son re piolas, nada que ver con mi ex escuela, parece que fue una excelente elección, ya que me siento muy cómoda porque allí soy Gabriela y no Agustín y me tratan como realmente soy, una mujer, por lo cual me puedo expresar tranquilamente, y todos me tratan bien, hasta los profesores y preceptores. Te digo, no sé, pero desde el primer día que fui es como si mi imagen corporal está más acentuada en mi rostro, es como si me viera menos linda que antes o más fea, por lo cual me trajo poco ánimo, y si estar en una escuela nueva y con gente nueva obviamente me trajo mucho cansancio y estrés supongo que será por el cambio brusco. En fin, lo que yo veo es que me siento mucho más cómoda, más bien, y el grupo es maravilloso comparado a mi ex curso, sólo me falta adaptarme más e ir conociéndolos al igual que ellos a mí. Bueno querida Silvia eso es todo hasta ahora, muchas gracias por tu apoyo, y por tu atención.

Gabby

17 de marzo de 2005 (8:16 PM):

Subject: soy Alicia

Querida Silvia: No te he escrito antes porque no ha habido grandes cambios. Gabby va a su escuela nueva, todo el personal la trata como Gabby y manifiesta respeto por ella. En ese sentido se siente cómoda pero todavía le es difícil "encontrar" nuevas amistades... Pero, como le digo las cosas se van a ir dando como se deban dar... todo forma parte de un proceso de ella y de los demás (compañeros)... tendrá que tener paciencia. Marcos está " asombrado" de cómo lleva su análisis positivo y con logros en tan corto tiempo de haberse encontrado a sí misma... con su realidad... La pregunta constante y de todos los días es... ¿me parezco físicamente a una mujer? Y yo le respondo: no parecés... SOS. El tema es que ella ha sido criada por 12 años como varón –aunque sabido es y ella lo manifiesta que siempre sintió como mujer– pero las actitudes femeninas –posturas... formas de caminar... moverse... etc.–, son materia para ella de aprendizaje... que forman parte de todo este magnífico proceso que está llevando a cabo... Y te digo magnífico, precisamente, por lo magno del mismo. Bueno... ¿y cómo va tu libro?... Espero que bien y estoy segura de que será motivo de análisis y de apertura para muchas personas que no comprenden a un transexual y toda la lucha que tienen para ser lo que son y ser aceptados en una sociedad severamente estructurada... Estoy convencida que se vienen épocas de cambios... ya se vislumbran algunos con respecto a la diversidad sexual.

Te queremos,

Alicia

En intercambios con colegas que se produjeron en los últimos tiempos, respecto al caso de Agustín/Gabriela, surgieron algunas cuestiones que posiblemente hayan también despertado inquietudes en quien siga hoy estas páginas. En virtud de ello decidí incluir de modo sucinto y como base para un debate posterior algunos de los elementos sujetos a caución.

En primer lugar, se me ha interpelado bajo qué premisas llego a la afirmación de que Gabriela no es una paciente psicótica, teniendo en cuenta que hay una alteración del principio de realidad respecto a la concordancia entre su anatomía y su identidad sexual. El concepto de principio de realidad merece ser reposicionado con relación al concepto de construcción de la realidad con el cual la epistemología de la segunda mitad del siglo XX ha sometido a caución la perspectiva clásica de la teoría gnoseológica que se manifiesta incluso en algunas vertientes de la obra freudiana.[19]

La diferenciación freudiana entre neurosis y psicosis, a la cual se suma un modo de funcionamiento psíquico que incluye a la perversión como tercera estructura,[20] implica una clasificación que da cuenta de tres modos fundamentales de organización psíquica definidos alrededor de las categorías defensivas que operan como mecanismos privilegiados en cada una de ellas: la *Verdrangung*, la *Verwerfung*, y la *Verleugnung* (represión, repudio y renegación). El mecanismo de repudio, la *Verwerfung*, sobre el cual Freud apuntó algunas observaciones en su estudio del

19. "Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico" es tal vez uno de los textos en los cuales esto se manifiesta como el obstáculo central para el conocimiento de la construcción del principio de realidad.

20. Véase "La escisión del yo en el proceso defensivo", AE, vol. 23.

presidente Schreber, implica el rechazo fuera de la conciencia mediante la proyección alucinatoria o delirante de un aspecto del psiquismo, rechazo que es trasladado al mundo real y en cuyo caso la relación con el exterior queda severamente alterada.

Corresponde a Lacan el haber considerado como núcleo de este rechazo el repudio por la castración, tomado como eje de su teorización para desplegar el concepto de forclusión en 1956 durante el transcurso del seminario de las psicosis. Dice allí:

> A propósito de la *Verwerfung*, Freud dice que *el sujeto no quería saber nada de la castración, incluso en el sentido de lo reprimido.* En efecto, en el sentido de lo reprimido, sabemos aún algo de aquello de lo cual incluso no queremos, de cierto modo, saber nada, y corresponde al análisis el habernos mostrado que lo sabemos muy bien. Si hay cosas de las cuales el paciente no quiere saber, incluso en el sentido de lo reprimido, esto supone otro mecanismo. Y como la palabra *Verwerfung* aparece en conexión directa con esta frase y también algunas páginas más adelante, me apoyo en ello. No me atengo específicamente al término, sino a lo que quiere decir, y creo que Freud quiso decir esto.[21]

Una vez más, Lacan se apodera de un concepto a partir de lo que supone "que Freud quiso decir", realizando esa operación cuya enseñanza se ha dedicado, y con justeza, a considerar como del orden de lo antianalítico. Pero Freud no está allí para asociar, ni para declarar incorrecta la interpretación, y así queda acuñada la *Verwerfung*, el repudio, como rechazo de la castración. La interpretación pasa rápidamente a la acuñación de un concepto, al cual Lacan declara necesario para resolver las oscuridades del texto freudiano: estamos, respecto de la *Verwerfung*, ante una

21. Lacan, J.: *Le séminaire de Jacques Lacan, texte établi par Jacques-Alain Miller. Livre III, Les psychoses, 1955-1956*, París, Seuil, 1981, p. 170.

maduración, y habiendo sido conducido allí por su trabajo, solicita a sus discípulos que acepten su miel tal como la ofrece. Poética lindante con lo *kitsch* para dar cuenta de la libación y transformación de la flor freudiana...

> ¿De qué se trata cuando yo hablo de *Verwerfung*? Se trata de un rechazo (*rejet*) de un significante primordial en las tinieblas exteriores, significante que faltará a partir de entonces a ese nivel. He aquí el mecanismo fundamental que supongo en la base de la paranoia. Se trata de un proceso primordial de exclusión de un adentro primitivo, que no es el adentro del cuerpo, sino el de un primer cuerpo de significante.[22]

Lacan simplemente declara sostenerse en el texto freudiano para acuñar su propio concepto, pero, como señalan E. Roudinesco y M. Plon,

> El concepto de forclusión –*Verwerfung*– toma a continuación una extensión considerable en la literatura psicoanalítica lacaniana, al punto que los discípulos del maestro francés terminarán por ver (si no alucinar) su existencia en el corpus freudiano. Sin embargo Freud no conceptualiza jamás este fenómeno del repudio (*Verwerfung*) incluso si, como lo muestra la polémica con Laforgue, estuvo siempre a la búsqueda de la definición de un mecanismo propio de la psicosis.[23]

No dedicaremos aquí un espacio al debate acerca de la necesidad de sostener la diversidad de "las psicosis" contra una unificación paradigmática en la paranoia,[24] ni nos detendremos en la formulación freudiana respecto a la relación existente entre paranoia y homosexualidad, hoy derri-

22. *Ibid.*, p. 171.

23. Elisabeth Roudinesco y Michel Plon, *Dictionnaire de la psychanalyse*, entrada *forclusion*, París, Fayard, 1997, pp. 313-315.

24. En *La fundación de lo inconciente* (Buenos Aires, Amorrortu, 1992), esbocé ya algunas cuestiones sobre el tema a las cuales el lector puede remitirse.

bada por la práctica y no suficientemente conceptualizada en nuestra teoría. Simplemente señalaremos que sólo por petición de principio se podría suponer que hay en el transexualismo de Gabby "el rechazo de un significante primordial del Nombre del Padre", porque esta explicación no sería más que una tautología taponante de la comprensión de su modo de funcionamiento psíquico.

No hay *forclusión* –si queremos mantenernos en el punto en que la propuesta de Lacan se reúne con la tradición psiquiátrica francesa para aludir al rechazo de algo de lo real que deriva en "no percibible", lo "*forclos*"–, según los términos con los cuales Edouard Pichon acuñó en 1927 este vocablo extraído del lenguaje jurídico para describir el mecanismo de la alucinación negativa.

Emplazar a Gabby del lado de la psicosis desde el punto de vista del mecanismo en juego podría justificarse mediante la explicación usual que emplearía un psicoanálisis en riesgo de anquilosamiento: "lo que el sujeto no acepta no es algo del orden de la percepción sino de la Ley, en tanto se rehúsa a someterse a la bipartición con la cual se regula la sexuación a partir del reconocimiento de la castración". Lo escribo y siento escozor. "Reconocimiento de la castración", para señalar la diferencia anatómica, concepción ya insostenible, en razón de que se refiere al modo con el cual la teoría sexual de principios del siglo XX hace suyas las teorías sexuales infantiles acerca de la significación de esta diferencia. Hay un descubrimiento de la diferencia anatómica, sí, en el niño, que fija la sexuación por referencia a la misma, pero que no implica un solo modo de teorización sino un descubrimiento acerca de las formas de regulación de los intercambios que, al menos hasta la actualidad, definen el engendramiento y la procreación.

Lacan tuvo la lucidez de transformar la "teoría de la castración" en un concepto de carácter ontológico y no simplemente ligado a la anatomía, en razón de poder dar cuenta mediante éste de la falta constitutiva que remite a la incompletud narcisística, pero que no se soslaya con la posesión

del pene real ni se pierde con su ausencia. Esta teoría, sin embargo, queda cautiva de la presencia o ausencia del pene como atributo real, en virtud de no haber sido desprendida de los modos de representación con los cuales el psiquismo queda marcado por las dominancias ideológicas del siglo XX.

Cuando Gabby dice que quiere que sus padres le pongan el nombre, porque se trata de un nuevo nacimiento simbólico, alude al reconocimiento de la progenitura y a su deseo de no producir un autoengendramiento. Y aun cuando me solicita que en mi informe escriba "me parece", "sería de suponer", pone de relieve el respeto que mi palabra le merece a la vez que su preocupación por quedar sometida no a mi conocimiento sino al poder capturante del discurso médico. Diferencia entre Ley y Autoridad que muchas veces se confunde, cuando se espera que el sujeto se subordine a la palabra del otro más allá de la violencia secundaria que ésta ponga en juego –apelando a esta expresión legada por Piera Aulagnier para sofrenar tanto el exceso de apropiación del niño como la necesaria captura ontológica que su introducción en el universo de símbolos requiere–.

No hay tampoco, respecto al reconocimiento anatómico, el empleo del mecanismo que Freud acuñara bajo el vocablo *Verleugnung* –renegación o juicio de desestimación, como se tiende a traducirlo actualmente–. En ningún momento Gabby atribuye a la diferencia anatómica un carácter diverso de aquel que la legalidad impone. Dice, simplemente, que su anatomía es masculina, pero que ha sido un "error de la naturaleza", sosteniendo que no necesariamente el ser hombre o mujer se define por la existencia del pene, sino por algo que hace a la identidad. Hay en esto, por supuesto, una no subordinación a la ley natural. ¿Es esto del orden de la perversión o de la psicosis? Cuando ciertos grupos religiosos se rehúsan a prácticas médicas que implican desde la transfusión hasta la cirugía, porque no quieren intervenir en el "Designio Divino", ¿aceptaríamos que ellos nos consideraran psicóticos por operar activamen-

te para modificar la realidad, sin acatar el modo con el cual la naturaleza expresa la Ley de Dios?

Hans cree que las mujeres están castradas. Su creencia movería a risa y ternura si no hubiera sido tomada como teoría general de la diferencia. Todos los seres humanos somos hijos de hombre y mujer desde el punto de vista de nuestro engendramiento –con las implicaciones que esta afirmación tiene ahora que se ha des-soldado procreación y sexualidad, y puede producirse la articulación entre el óvulo y el espermatozoide para dar origen a la reproducción sin copulación–. ¿La teoría del engendramiento de Cristo, sin pecado concebido, es un delirio de la Virgen o un anticipo que se adelanta dos mil años a la posibilidad de procrear sin sexualidad? El lector puede comenzar a irritarse porque los argumentos que despliego son un tanto irreverentes e incluso puede molestarse por la sofística con la cual se desarrolla la exposición, pero el sentido de todo esto es mostrar, simplemente, que no es tan fácil caracterizar la creencia cuando el sujeto no está afectado por una psicosis clínica, ni condenarla cuando no produce daño a otros seres humanos.

En el informe presentado al juez que se puede consultar al final de este capítulo hago notar la necesidad de adelantar el permiso para que Gabby pueda comenzar sus tratamientos hormonales, y aludo al hecho de haber incluido en su tratamiento una consulta para ofrecer medicación psiquiátrica. Esto no tiene por objeto modificar un supuesto estado psicótico sino disminuir la angustia desbordante que produce su proceso de masculinización hormonal. Estamos acá en un borde complejo, cuya comprensión impone delicadeza en el razonamiento ya que puede llevar a conclusiones de diverso orden. Supongamos que toda la estabilidad psíquica de Agustín se ha constituido alrededor de la creencia en ese error de la Naturaleza que provocó que su feminidad quedase capturada en un cuerpo masculino, y que la coexistencia con los genitales, a los cuales está habituado desde niño, no pone en riesgo este

funcionamiento asentado. Agustín[25] no ha establecido su vida bajo un modo delirante con alteración del principio de realidad: no ha pedido que dejen de considerarlo niño, simplemente se ha negado a admitir que ésta sería su identidad social definitiva. Cuando en la escuela se veía obligado a ejercer roles masculinos en actividades teatrales, siempre eligió aquellos que consideraba más alejados del ejercicio viril: el hijito pequeño o el abuelo de la familia –personajes a los cuales denominó, ante mi interrogación, "menos masculinos", haciendo una clara referencia al ejercicio de la sexualidad–.

Sin embargo, la aparición de los caracteres sexuales secundarios masculinos se torna un factor de angustia desesperada, porque atenta contra la imagen femenina que constituyó internamente acerca de sí mismo/a para la adultez. Podía ser "niño" con pene, pero no "mujer" con barba, ya que la sexuación, como ocurre siempre en la infancia, se veía en la prospectiva futura, ligada a la función sexual adulta. ("¿Quién me amará cuando crezca? Para mis padres puedo ser niño o niña, y eso no define su amor –sí tal vez, en la fantasía o en la realidad, el monto del amor, pero no la existencia del mismo–... Pero cuando sea grande, ¿seré suficientemente varón para ser amado? ¿Seré una mujer atractiva para que algún hombre me elija?")

Su duda acerca de ser "suficientemente femenina" aparece de modo claro en el e-mail que la madre me envía: ella le pregunta "¿Me parezco físicamente a una mujer", y la madre le responde: "Sos mujer". Ya unos meses antes, en la última visita realizada a mi consultorio, Gabby vino vestida de modo exagerado, exageración denegatoria que su vestimenta ponía de relieve: minifalda excesivamente

25. Respeto el nombre Agustín para referirme al pasado, al momento en que Gabby no había aún decidido asumir públicamente su condición de mujer, y se denominaba a sí misma por el nombre legalmente atribuido.

corta y ajustada, andar demasiado lánguido, etc. Le dije que si quería ser mujer debía vestirse como tal, y no como un travesti, lo cual le provocó una sonrisa y el reconocimiento de la dificultad que esto implicaba. Es notable que habiendo conservado siempre la fantasía de ser mujer desde el punto de vista "psíquico" –alma de mujer en cuerpo de hombre– nunca dejó de reconocer que su apariencia era masculina, por lo tanto ahora se veía sometida a un aprendizaje de todas las pautas que el cambio de género le imponía.[26]

Como analista considero, por supuesto, que el trastorno de identidad sexual de Agustín es efecto de vicisitudes de infancia en las cuales no pueden desconocerse ni los traumatismos precoces ni los sentimientos de soledad intensos que llevaron a constituir una identificación en el borde mismo del yo con el objeto madre, como un modo de protegerse de un déficit profundo en la constitución de las identificaciones primarias. Podemos suponer, a partir del relato de los padres, que en esos primeros tiempos no hubo condiciones adecuadas para ejercer los cuidados psíquicos que hubieran permitido la constitución de envolturas simbólicas apropiadas, pero al mismo tiempo debemos subrayar que aspectos potencialmente fecundos tanto del niño como de sus padres evitaron la desestructuración psíquica y generaron condiciones para esta "restitución precoz" que dio origen a un aparato psíquico bien articulado, sin déficit cognitivo ni emocional.

Las hipótesis reconstructivas, que intentan dar cuenta de una génesis del trastorno, son, por supuesto, sólo eso: construcciones, andamios para establecer posibilidades de intervención y de reducción de riesgos, que aluden a momentos de intensas dificultades en su crianza, pero que,

26. He empleado, en este caso, cambio de género, para aludir a los aspectos manifiestos en la asunción de roles sociales.

como me pediría Gabby que dijera ("tal vez, puede ser, es posible, no podemos dejar de contemplar como hipótesis"), sólo tienen sentido hoy para comprender su evolución pero fundamentalmente para ayudarla a encontrar un encaminamiento menos sufriente para su vida. Los núcleos depresivos y ciertos rasgos acentuadamente narcisísticos que la ponen hoy en riesgo parten de esta misma historia, en la cual el trastorno de identidad fue una defensa lograda pero hoy es una estructura que debe ser respetada en sus articulaciones básicas sin que ello implique subordinación de las hipótesis fecundas del psicoanálisis a una perspectiva ideologizada de la cura. Me refiero a considerar que muchos de los rasgos patológicos de Gabby bien podrían ser considerados, por algunas propuestas terapéuticas, como efecto de la angustia de marginación excluyente que la ha atravesado debido al prejuicio social imperante. Como psicoanalista no puedo dejar de señalar, y ello más allá de las simpatías que me producen todos los movimientos de derechos humanos –incluyendo la ampliación de los derechos civiles–, que hay en posturas de este tipo un borde riesgoso que puede implicar el desconocimiento de la manera como se metabolizan fantasmáticamente los procesos con los cuales los modos identitarios de constitución dominante quedan atravesados por los fantasmas singulares amorosos y mortíferos aun de quienes son víctimas del maltrato social, y que este desconocimiento deviene un obstáculo mayor para ayudar a procesar mejor los residuos psíquicos de todo embate de la historia.

He expuesto en las líneas que anteceden algunos de los puntos que quedan en debate, sabiendo que no agotan, ni mucho menos, las preocupaciones, interrogantes e hipótesis que este tipo de situación impone. Si esto sirve de atenuante, debo decir que sólo intento abrir un camino posible para que nuestras hipótesis teóricas y nuestro trabajo clínico no queden atrapados en las redes del tiempo y liberen en lo

posible sus aspectos más fecundos para un psicoanálisis capaz de ponerse al servicio de los modos de sufrimiento de los tiempos que nos toca vivir.

ADDENDA

Informe preparado para ser entregado al juez que tiene a su cargo el pedido de autorización realizado por los padres de Gabby para que se le permita comenzar un tratamiento hormonal que disminuya la producción de andrógenos e incremente los estrógenos.

Recibí a Agustín C. por solicitud de sus padres y del paciente mismo en agosto de 2004, con el objetivo de realizar una evaluación tendiente a redefinir un camino terapéutico; se trataba de encontrar algún tipo de alivio para su angustia invasiva así como de determinar riesgos psicopatológicos que pudieran poner en juego tanto su vida actual como su futuro.

Al comienzo me fue difícil el empleo del género masculino en el diálogo, ya que el adolescente que desde el punto de vista biológico y legal era de sexo masculino, tenía una apariencia absolutamente femenina, tanto en sus formas de expresión verbales como corporales, sin que éstas estuvieran sujetas a exageraciones bizarras, sino que daban cuenta de formas de la subjetividad largamente asumidas.

Exploré, teniendo en cuenta la responsabilidad que la situación impone, si Agustín estaba sometido a algún tipo de sintomatología psicótica, realizando las preguntas que consideré pertinentes con vistas a indagar los riesgos que se pudieran presentar, y también traté de aproximarme a las características de funcionamiento de su estructura. Joven inteligente y sensible, Agustín se expresó según los modos clásicos con que se define el transexualismo: en ningún momento manifestó ningún tipo de alteración del esquema corporal, reconociendo que su anatomía es masculina, pero afirmando que desde muy pequeño sintió que había sido sometido a un "error de la naturaleza", es decir, a estar condenado a un cuerpo de hombre cuando sentía que su identidad profunda era femenina y que ese cuerpo estaba habitado por

una mujer que siempre se había sentido en disconformidad con su anatomía.

Realicé algunas preguntas tendientes a explorar riesgos de despersonalización que pudieran hacer sospechar una tendencia a la esquizofrenia. Entre ellas, teniendo en cuenta el rechazo a su anatomía e imagen, y por considerarla decisiva para el diagnóstico diferencial, le pregunté qué percibía en el espejo cuando se miraba. La respuesta fue contundente: "Me veo a mí mismo, soy yo, ¿qué otra cosa podría ver?".

Sabiendo que Agustín ha pasado en el último año por depresiones importantes, exploré también el riesgo melancólico y la posibilidad de un desenlace suicida, y propuse la inclusión de una consulta psiquiátrica con vistas a una medicación que regulara la angustia y disminuyera tales riesgos. La misma fue realizada con el Dr. Rodolfo Espinoza, mediante visitas a su consultorio y consultas telefónicas a fin de controlar este aspecto de la terapéutica escogida. También acordé que Agustín siguiera con el tratamiento psicoterapéutico que lleva a cabo en su ciudad de origen, y mantuve una entrevista con su terapeuta para intercambiar opiniones diagnósticas y definir algunas líneas de trabajo futuras.

Algunos de los elementos que he considerado con respecto a su evolución son los siguientes:

Es indudable que Agustín C. pasó por situaciones primarias de intensa angustia y soledad que obligaron a su psiquismo a realizar un engolfamiento en el interior representacional de una mujer-madre que le diera las garantías para que su desarrollo se produjera en el marco de una contención reasegurante. A diferencia de otros niños que realizan este mismo engolfamiento bajo un modo de anudamiento simbiótico a la madre real, Agustín lo realizó estableciendo él mismo en sus propias membranas psíquicas esta representación, al modo de una piel que le dio forma a su yo. Este modo de defensa garantizó una protección para lograr una constitución psíquica más ordenada, y el psiquismo se estabilizó bajo estas formas que posibilitaron la evolución cognitiva y emocional que lo sostuvo. Durante los primeros años de la vida, el único obstáculo para esta identificación-identitaria –es decir, para su convicción respecto a su identidad de género– estuvo dado por la presencia de los genitales, hasta que la irrupción de la pubertad dio lugar a la aparición de caracteres secundarios que ejercieron una fuerza de lo real

del cuerpo sobre el psiquismo que generó la angustia desbordante manifestada hasta la actualidad.

Indudablemente, se podría someter a caución el valor de la estabilidad estructural alcanzada en estos años, pero no es más precaria que la de otros hombres o mujeres que, estando en concordancia con su anatomía, o incluso teniendo en correlación su deseo sexual con sus determinaciones de género, deberán trabajar arduamente para sostenerse en el marco de los conflictos que la vida les proponga. Toda identidad asumida, en el marco que fuera, y bajo las formas que cobre, es garantía de estabilidad y ningún ser humano acepta su desmantelamiento sino bajo circunstancias excepcionales que no son las presentes.

La mente humana tiene, entre otras funciones, la de tomar a cargo la autopreservación de la identidad, así como la autoconservación de la vida. Respecto a estos dos aspectos, marchan más o menos juntos en situaciones de normalidad, pero entran en eclosión cuando uno de ellos pone en riesgo al otro. En ciertas circunstancias, que lamentablemente se han producido en muchas situaciones históricas en el siglo XX, un ser humano se ve obligado a elegir entre la autopreservación –religiosa, ideológica, nacional– a costa de la vida biológica, o bien autoconservarse con vida perdiendo sus enclaves identitarios. Hemos visto gente que muere para conservar su identidad de manera inclaudicable, y en otros casos vive a un costo que implica muchas veces el suicidio o la psicosis posteriores a esta supervivencia. Pero sabemos que ningún ser humano acepta la des-identificación voluntariamente, y cuando es obligado a ello por las circunstancias que fuera los costos implican en muchos casos riesgos de fracturas irreversibles.

Éste es el momento en el que se encuentra Agustín C. La biología se despliega contra su identidad representacional asumida, y su convicción de ser una mujer no entra en riesgo por ello, sino el temor a no lograr nunca una armonía entre aquello que siente como su identidad y lo que su cuerpo determina cuando se llena de caracteres secundarios: vello, crecimiento de los huesos, despliegue de una anatomía que se masculiniza cada vez más.

Podría someterse a discusión qué es lo determinante en un ser humano: si la naturaleza o las formas con las cuales ésta es capturada por los sistemas de representaciones, pero

eso nos llevaría a poner en tela de juicio todos nuestros sistemas de creencias, que no son derivados directos de la realidad sino formas de aprehenderla. Y se puede afirmar, al respecto, que cuanto más cercanos estén los sistemas de representación de la realidad constituida consensualmente, más equilibrio y capacidad de contacto con la realidad obtendrá el sujeto, pero esta posición ideal da por tierra con el hecho de que los seres humanos obtienen bajo los modos más complejos su propio equilibrio, y aprehenden la realidad bajo las formas que les permiten garantizar mejor sus posibilidades de desarrollo.

No podemos tampoco desconocer el hecho de que esta cuestión se inscribe en el marco más amplio del debate que atraviesa hoy al conjunto de las ciencias humanas –y que incide en la psiquiatría y en la psicología– en torno a la relación existente entre representación y realidad factual: de qué manera se aprehende la realidad, bajo qué formas se define la racionalidad individual en una sociedad en la cual la racionalidad se fractura en múltiples formas, qué representa la identidad de género con relación a los modos de acceso a las relaciones amorosas... De lo que no cabe duda es que Agustín no tuvo otra posibilidad de constituirse, y que una vez alcanzado este nivel, el abandono de la identidad femenina no puede ser aceptado por su sistema de representaciones en razón de que pondría en riesgo todo el funcionamiento psíquico. Como él mismo lo formula: "Yo no elegí ser mujer, soy mujer", cuestión que marca, de manera dominante, que nunca el propio sexo es asumido sino determinado, y que las formas identitarias que definen las instituciones se plasman como mandatos y no como elecciones, en lo que a la identidad básica se refiere. Agustín, en última instancia, se rehusó a la estadística que determina la alianza entre biología e identidad sexual, no porque lo hiciera de forma electiva sino porque así se le fue planteando como modo de constituir, en el marco de la precariedad de la primera infancia, una identidad garante de su estabilización psíquica.

Para concluir: Agustín C. está hoy en riesgo, y todo lo que permita poner en armonía su anatomía con su identidad –que sólo la ilusión de algunas corrientes médicas o psicológicas consideran reversible– dará mayores garantías a una estructura psíquica constituida ya como un hecho de tanto o más peso que el de la determinación de naturaleza. Por ello, las

acciones que procedan para poner en concordancia su biología con su yo ayudarán a la reducción de riesgos, en función de que la masculinización a la cual lo someten los cambios en su cuerpo lo torna cada vez más extraño ante sí mismo. Ello no implica, sin embargo, descuidar el hecho de que su psiquismo, en su complejidad, está sometido a vicisitudes patológicas que deben seguir siendo trabajadas tanto psicoterapéuticamente como bajo control medicamentoso. Los aspectos melancólicos y narcisistas de la personalidad del paciente deberán ser trabajados para evitar que minen sus posibilidades vitales, ya que toda intervención sobre el proceso biológico sólo encontrará un destino adecuado si se producen, simultáneamente, los cambios necesarios para que su vida logre la plenitud, no ideal pero sí alcanzable y posible aun en el marco de las limitaciones y restricciones que todo ser humano encuentra para el ejercicio de sus proyectos.

6. TRASTORNOS PRECOCES EN LA CONSTITUCIÓN DE LA IDENTIDAD SEXUAL

DUELO POR UNA NIÑA PERDIDA QUE NUNCA EXISTIÓ[1]

Nuestro rehusamiento a considerar tanto a la homosexualidad como al transexualismo modos de perversión no son simples afirmaciones aquiescentes con lo "políticamente correcto" –fórmula ésta que consideramos como una de las hipocresías más perversas de los modos actuales de mistificación–, sino el efecto de una posición determinada por razones teóricas de fondo que hacen a la posibilidad de concebir nuestra práctica del modo más depurado posible respecto de las formas de subjetividad que históricamente se han ido proponiendo, para conservar los rasgos universales que dan aún estatuto científico a la fundamentación de la misma.

Hemos expuesto ya en otros capítulos nuestra propuesta de redefinir a la perversión en términos del modo de goce con el cual el cuerpo del otro es implicado, con desconocimiento o anulación de su subjetividad, y no de la zona

1. Este caso fue conducido por la psicoanalista Luciana Pavao, de Porto Alegre, Brasil, quien lo supervisó conmigo y a quien agradezco que haya permitido su publicación.

empleada o de la implicancia en la elección amorosa de la diferencia sexual anatómica.

Si es universal que la presencia del otro es definitoria y asimétrica en la constitución subjetiva, que el adulto está provisto de un hacer y un saber del cual el niño carece, y que infiltra sus primeros tiempos con sus propias producciones fantasmáticas y con sus representaciones más generales del mundo, es sólo del orden de lo particular el hecho de que ese modo de constitución se haya producido, durante los primeros años del psicoanálisis, en el marco de la familia monógama de Occidente constituida por la alianza que implica la diferencia de géneros para la gestación y cuidado de la cría.

Y si la representación que el adulto tiene del niño por nacer, que lo imaginariza antes de su existencia real, preexiste a toda experiencia, no debemos descuidar el hecho de que los modos con los cuales la historia se sucede precipitan estas representaciones en direcciones no previstas, coagulando de manera eficaz, es decir, capaz de producir efectos, actos libidinales y discursivos que operan de manera decisiva en la constitución psíquica del niño, incluidas en ello las vicisitudes de la identidad sexual.

Avancemos entonces en esta línea propuesta respecto a los trastornos de la identidad de género en la primera infancia, ya que no podemos reducir su comprensión a explicaciones basadas en hipótesis que en su generalidad devengan tanto indemostrables como no falseables –es decir, no destituibles en el progreso del conocimiento, para usar la terminología popperiana que permite diferenciar ciencia y creencia–, lo cual requiere no sólo el debate teórico sino también la confrontación práctica.

Siguiendo con los elementos aportados en el capítulo anterior, daremos curso entonces al relato del proceso de análisis de Ramiro, de 3 años y 8 meses, cuya madre, Diana, llega a la consulta por pedido de la escuela, en razón de las dificultades que el niño presenta para su integración a la vida escolar. Fue la maestra quien llamó la atención de

los padres respecto al hecho de que Ramiro no se integrara con sus compañeros, no hablara con ella y ni siquiera intentara participar de los juegos a los cuales se lo convocaba. Disperso e incapaz de prestar atención, como si estuviera en otro lado, este niño tuvo la suerte de que en lugar de ser diagnosticado de manera apresurada y errónea como un caso de desatención, se realizara una consulta que permitió detectar las reales motivaciones de sus dificultades escolares.

A diferencia de la madre, que retransmite la demanda escolar sin que en el discurso aparezca en principio su propia preocupación, el padre declara desde el comienzo que viene notando comportamientos extraños en el hijo desde hace cierto tiempo. Al ir a recogerlo al jardín de infantes observaba que estaba siempre aislado, o a lo sumo con un compañerito, mientras todos los otros niños jugaban en otro lugar, y realizaba, de manera reiterada, una pregunta cuyo sentido no podía descubrir. Una y otra vez repetía: "¿Papá rompió el espejo?", enunciado que se reiteraba de manera incesante, sin modificación ni respuesta satisfactoria.

El hecho de que el padre abriera la posibilidad de que la consulta no quedara reducida a la demanda escolar permitió que la madre aportara un dato que cobró gran significación *a posteriori:* a su hijo le gustaba mucho que le contaran historias, y tal vez, dijo, lo del espejo podía remitir a Blancanieves. Por su parte el padre aclaró que una vez había roto un espejo pequeño, de afeitar, en el baño, pero que esto se produjo después de que el hijo comenzara con esta pregunta, y que el hecho sólo intensificó la frecuencia de la repetición, pero no produjo en sí mismo la pregunta. Agregó luego que ellos tienen un espejo en su cuarto, detrás de la cama, tema que quedó acotado a su mención, ya que no fue explorado por la terapeuta, posiblemente por pudor.[2]

2. ¿A quién ve una pareja que se duplica en un espejo haciendo el amor? ¿A quiénes corresponden los cuerpos cuya imagen deviene factor de excitación?

Otras frases (como "¿Papá compró un coche nuevo?") eran repetidas también de manera compulsiva, bajo un modo que hemos visto aparecer estereotipadamente en niños aquejados de patologías graves o que han pasado por traumatismos severos; preguntas irreductibles a una respuesta, que producen en el interlocutor una sensación de fatiga e impotencia en razón de no comprender ni aquello que las motiva ni el modo de apaciguar a quien las emite.

Se agregó luego otro dato acerca de conductas incomprensibles de Ramiro: al niño le gustaba romper vasos, y cuando iban los fines de semana a casa de amigos, no jugaba con otros niños: a veces rompía algún vaso o se quedaba cerca de la máquina de hacer hielo –máquina que luego de producir el hielo lo quiebra en fragmentos y lo hace emerger en trocitos pequeños–. El padre relató entonces que su hijo hacía algo que le molestaba mucho, y que no sabía cómo convivir con eso (como si estuviera obligado, por otra parte, a convivir "con eso", actitud que daba cuenta de su sentimiento de impotencia ante la realidad del hijo, como si se sintiera incapaz de incidir en ella): no entendía por qué al niño le gustaban más las cosas de mujer que las de hombre. Ante el pedido de la terapeuta de ampliar la explicación, la madre relató entonces que a Ramiro le gustaba cocinar tortas, hacer jugos, quedarse mirando mientras ella cocinaba, lo cual no le parecía del todo adecuado para su edad...

No puedo dejar acá de introducir una reflexión acerca de la problemática de género, desde cuya perspectiva el deseo del niño de permanecer en la cocina no plantearía mayor problema, y podría incluso ser concebido como un prejuicio del padre, calificado como un rasgo de machismo que merecería todo el cuestionamiento... Y si bien es verdad que el hecho de que a un varón le guste la cocina no quiere decir nada en sí mismo, sobre todo en culturas como las nuestras, que se encuentran en transición respecto a los roles y en las cuales incluso los mejores chefs tienden cada vez más a ser hombres, en el caso de un diagnóstico cada elemento debe ser engarzado en el doble movi-

miento que marca la perspectiva ideológica de la cultura particular en la cual la acción se inserta y su articulación con los indicios que la psicopatología recupera para establecer hipótesis de trabajo. Por eso la terapeuta, con criterio acertado, preguntó si esta permanencia en la cocina tenía alguna relación con la fascinación por los electrodomésticos –tomando en cuenta la cuestión ya expuesta respecto a la máquina de hacer hielo, y tratando de descartar, al mismo tiempo, en relación con el aislamiento y la reiteración estereotipada de las preguntas, elementos autistas de la estructura psíquica del niño–.

Nada justifica inclinarse por un diagnóstico tan grave como el de autismo, pero nuevos elementos se agregan, sin embargo, para preocuparse por un trastorno de género. Si al niño le gustan mucho más las muñecas que los cochecitos, esto se produce ante la decepción del padre, que afirma: "Yo le compro cochecitos y no les da ninguna bolilla". Por su parte, hace algún tiempo, la mamá le compró a su hijo un carrito de muñecas, cuestión que encuentra una respuesta inmediata de su parte: lo compró, afirma, porque él lo pedía mucho, ya que adora a los bebés, y porque una vez dijo que quería "volver a la panza de mamá", a lo cual ella le respondió que la vida afuera de la panza era muy buena, que él iba a crecer y a aprender muchas cosas...

El deseo de retorno a una posición infantil, primaria, pone de relieve que la razón por la cual quiere un bebé está marcada por el transitivismo: el muñeco sería alguien a quien él cuidaría como una mamá, pero a su vez él sería el bebé cuidado. Lo deseado coagula así en una escena en la cual explicita, bajo el modo de una "multiplicidad", los personajes que lo capturan: su propia imagen de bebé y la de una madre que lo ama, tal vez en el sentido más clásico descripto por Freud respecto al narcisismo: alguien a quien amar como se fue amado, pero para volver a estar en la posición de ser amado, es decir, sin permutación posible.

No es falta de amor lo que padece este niño, indudablemente. El padre se considera muy cariñoso con su hijo,

"hasta en exceso", afirma. La madre, por su parte, dice que el cariño no es el problema, que el problema es que el marido nunca dice que no, e incluso recuerda que una vez le dijo a Ramiro que "podía hacer todo", dando acceso ilimitado a sus posibilidades deseantes, incluso bajo el modo amenazante que éstas pueden adquirir para el sujeto que sabe que su garantía de vida está, precisamente, en que "no todo es posible" (no es posible cometer parricidio, por supuesto, ni comerse a los hermanitos, pero tampoco es posible volar sin riesgo de matarse, ni comer todo el chocolate del mundo sin sufrir consecuencias...). La cuestión de los límites no pasa solo, evidentemente, por incluir de entrada al niño en el contrato intersubjetivo que pauta obligaciones y derechos, sino por el modo con el cual el adulto acepta el límite que le impone lo real respecto de sí mismo, límite que está en la indefensión de la cual la muerte hace usufructo, renunciando a la consideración de que ante sus propias limitaciones el hijo, depositario de todos los sueños, está al margen de toda coerción, incluida la necesaria legalidad que lo preserva.

La dificultad para tolerar el límite –de la vida, no del adulto– se aúna a la imposibilidad de soportar la pérdida: Ramiro pide que le pongan el pañal cuando quiere evacuar. No se trata de una encopresis en sentido estricto, ya que el niño controla la evacuación al punto de poder demorarla hasta que le pongan el pañal, sino del rehusamiento a perder sus productos en el vacío exterior; el pañal actúa como contención, como membrana que garantiza la contigüidad de la envoltura que retiene una parte de sí mismo. La angustia es tan intensa, y la retención de tal carácter, que ante el llanto del niño cuando querían mandarlo a la escuela sin pañal, la madre pidió que no lo forzaran a esta renuncia, ya que él tenía sus propios tiempos. La convicción de excepcionalidad se plantea incluso en este aspecto, ya que en lugar de preguntarse "qué le pasa a mi hijo que no puede controlar como todos los niños", o ligar esto a otros datos y acudir a una consulta –siendo, por otra parte, una

familia que tiene experiencia terapéutica–, pide que el sistema se amolde a las singularidades del hijo, lo cual revela su dificultad, la de ella misma, para acogerse a las legalidades del mundo en el que está viviendo.

Un dato de la historia del embarazo da cuenta de las dificultades que se plantearon de inicio. El médico que le realizó la primera ecografía informó de modo erróneo a los padres que una niña estaba en camino, de modo que ellos pasaron todo el embarazo esperando a esta niña para la cual prepararon todo el ajuar, y hasta los muebles del cuarto. Diana, la madre, quería una niña para ponerle lacitos, arreglarla, vestirla bonita. El padre, por su parte, no tenía preferencias. Un mes antes del parto se enteraron de que iba a nacer un varón, y la madre quedó tan conmocionada que se deprimió como si hubiese perdido a una hija mujer. Hay una niña muerta que nunca existió, y la madre perdió a su niña, dado que ya tenía existencia en ella. Ramiro se enteró de esta historia un tiempo antes de la consulta por su abuela materna: cuando él le dijo que quería ser una niña, ella le contó que su mamá había esperado una niñita. Extraordinario conjunto de intervenciones simbolizantes fallidas que precipitan al niño en la coagulación de sus propios fantasmas.

Resituemos entonces los elementos que podemos extraer como nucleares de esta primera entrevista: si Ramiro, que tiene 3 años y 8 meses, se ve aquejado de aislamiento y muestra dificultad para relacionarse con su grupo de pares, ello parecería ser efecto de que sólo puede establecer relaciones duales, y de que aun cuando se encuentre rodeado de otros seres humanos, la falta de una convocatoria unidireccional respecto de sí mismo lo deja en estado de inermidad y lo somete, incluso, a supuestos trastornos de atención. Podemos incluso suponer que su atención sólo puede estabilizarse sobre la base de la presencia de un otro que la sostenga de manera exclusiva, e imaginar a este niño, en la escuela, como alguien que en el lenguaje usual "no acepta consignas", conservando un aire distraído salvo que alguien se dirija a él de manera directa. Un niño que,

pese a su inteligencia, en razón de todo esto podría llegar a tener problemas de aprendizaje, ya que toda la vida escolar gira alrededor de la posibilidad de recibir consignas ofrecidas al conjunto, lo cual no es compatible con este modo de funcionamiento a dominancia narcisístico.

Otros síntomas parecen corroborar la instalación de Ramiro en este modo de funcionamiento: su dificultad para el control de esfínteres por la angustia de desprendimiento, o de pérdida, que requiere del pañal para evitar su posible desfondamiento; un vaciamiento que va más allá de la pérdida de las heces, que acepta entregar siempre y cuando se le garantice la permanencia de sí mismo y de su propio interior. Y lo más importante: el modo mimético de conservación del objeto mediante una identificación de superficie, transitiva, histérica en términos freudianos, que se manifiesta en el trastocamiento de género, en su deseo de ser mujer, tal vez como forma de conservar, también en este caso, una piel envolvente que lo proteja de toda fragmentación. Identificación mimética que lo lleva a querer ser como la madre, y no a tener a la madre, lo cual propiciaría un encaminamiento edípico más clásico. Sin descuidar, por otra parte, este fantasma presente desde los orígenes y en el cual el duelo por la niña perdida torna a su madre aquiescente con la transmutación del niño en niña, y el amor desmedido del padre, que en su insuficiencia para propiciar una identificación masculina plena deja al niño girando alrededor de una "fractura del espejo" dado que la fragmentación no encuentra unificación en una precipitación identitaria que lo restituya de la pérdida narcisista.

Que este espejo fracturado pueda remitir a la escena en la cual el padre se afeita –podemos suponer en el baño, tal vez desnudo, quizá ante la mirada del niño que percibe la diferencia anatómica y establece alguna teoría de la castración ante la posible formulación de que puede cortarse con los pedazos de espejo roto– o que se ensamble, en última instancia, con el espejo que refleja, en la cama de los padres,

sus cuerpos unidos, y de los cuales el niño está excluido, son elementos de la realidad histórico-vivencial que suponemos presentes para articular abducciones que permitan su interpretación luego, cuando a lo largo del proceso analítico sea necesario ensamblar y significar elementos abiertos a una rearticulación posible.

Vayamos ahora a la primera entrevista con Ramiro, que nos permitirá corroborar o descartar algunas de las hipótesis establecidas. Cuando la terapeuta abre la puerta se encuentra con un niñito rubio, de cabellos ondulados, delgado, muy bonito, que le recuerda por su finura y fragilidad al Principito. Viene en brazos de su madre y la mira fijamente, con curiosidad e interés. La madre da a entender algo acerca de entrar juntos, pero se le pide que se quede en la sala de espera, ante lo cual lo deposita en el piso; el niño suelta entonces la mano de la madre y entra, ante su mirada que lo sigue hasta que se cierra la puerta. Se sienta en una silla, y la terapeuta le pregunta si sabe su nombre, él dice que sí con la cabeza y musita "Luciana". Ella afirma, le dice que sí, que es Luciana, y él agrega cortésmente: "Y yo Ramiro, y mi mami Diana". Le pregunta si sabe por qué está allí y él responde: "Para hablar del espejo roto". Mira la casita de muñecas y pregunta qué es, se aproxima y dice: "Pero no es para tocar". Luciana le dice que sí, que es para jugar, y él pregunta por qué, indagando luego por qué tiene sillitas, y por qué esto, por qué lo otro, interrogatorio que culmina en una afirmación que podría dar cuenta del enigma desplazado en sus preguntas: "En el cuarto de mis padres hay un espejo, un espejo en la cama".

Pasa luego a describir todo lo que hay en la casita y al respecto pregunta: por qué hay una silla, de qué estilo, por qué las puertas; se detiene para mirar un vasito, y luego de jugar con todo, dice que se lo va a mostrar a su mamá, unos minutos después afirma que quiere hacer caca y le pregunta a la terapeuta si tiene baño. Ella se lo muestra y

él va bajándose los pantalones mientras atraviesa el consultorio, deja la puerta abierta y se sienta en el inodoro, volviendo al consultorio con la cabeza baja, sin haber evacuado, y afirmando que no quiere más. Luciana interpreta entonces que tal vez le esté mostrando otro motivo para estar allí, que tiene que ver con su caca, y él habla de los vasos que se quiebran al caer –dando cuenta mediante esta asociación de una ecuación posible entre sus heces que caen al inodoro y los vasos que lo obsesionan–.

Luego de un rato de explorar nuevamente la casita insiste en que quiere ir a hacer caca. Se baja entonces los pantalones y dice: "Andá a bajarte los pantalones al baño", como si pusiera en acto un fragmento no metabolizado de discurso del otro. Dice que quiere hacer pis, va y viene, se desorganiza, y acaba preguntando por el agujero que hay en el techo –agujero que está en el consultorio, y en el cual se colocará un aparato de aire acondicionado–. Es posiblemente acá donde se liga la problemática de la diferencia anatómica a su sensación de un agujero que lo puede atrapar y subsumir, tal vez por su propio deseo, ya formulado, de volver a la panza de su mamá. Ramiro dice que ese agujero no le gusta, mientras va y viene por el consultorio, en una deambulación que da cuenta de su angustia activada, mientras afirma nuevamente que en el cuarto del padre hay un espejo –cuarto al cual denomina, en ese momento, como perteneciente al padre, como si no pudiera ni formular el hecho de que se trata del cuarto "de los padres", y que deviene, alternativamente, cuarto de la madre cuando él está incluido, y cuarto del padre cuando se ve excluido– y que el papá lo rompió. Asimila así el espejo que está sobre la cama al pequeño espejito de afeitar que el padre realmente rompió, lo cual une ambas escenas y permite formular la hipótesis de que el espejo que está sobre la cama rompió, paradójicamente, su propia relación en espejo; esto entra luego en una serie asociativa con el espejito que empleaba el padre para afeitarse, produciendo, esta

segunda escena, una rearticulación enigmática de la primera.[3]

A partir de este momento, como el pequeño Fritz de Melanie Klein que no deja de preguntar lo obvio buscando una respuesta para algo que ni siquiera puede formular, Ramiro no para de preguntar acerca de todo lo que ve: por qué el diván tiene cuero, por qué tiene almohadoncito, por qué la puerta es de madera, etc., etc. Se manifiesta entonces un temblor en la boca, como si la angustia hubiera desbordado e invade el cuerpo, y pregunta a la terapeuta si sabe el nombre de su padre, afirmando que se llama Paulo –el padre no se llama así–. Se ríe entonces, y dice el verdadero nombre del padre, preguntándole a continuación cuál es su nombre y cuál era su nombre cuando era chica. Luciana, un tanto asombrada, le responde que su nombre siempre ha sido el mismo, ante lo cual Ramiro insiste: "¿Por qué ahora llevas el mismo nombre que tenías de pequeña?". Luciana responde: "Porque crecemos y seguimos con el mismo nombre". A continuación le pregunta por qué piensa él que cambiamos de nombre. El niño, sin ninguna vacilación, responde que él, *cuando crezca, se llamará Paulina*. Afirmación indudablemente extraordinaria que convoca a repensar nuestras afirmaciones respecto a la universalización de los modos de aparición de la angustia ante la diferencia anatómica.

"Cuando crezca –parece afirmar– seré mujer", invirtiendo cualquier modo de aplicación directa de la teoría canónica que da por sentado que la niña confía en que, cuando crezca, tendrá un pene como el del varón, ya que su

3. El traumatismo se da a conocer acá bajo su modo más clásico: un primer tiempo que queda en espera, el reconocimiento del espejo enigmático sobre la cama; un segundo tiempo, el de la fractura del espejito, en una escena que el padre despliega, por otra parte, en el baño y ejerciendo una función ligada a la masculinidad, la de afeitarse, y eventualmente mostrando su cuerpo desnudo al niño, que puede hacer comparación de atributos y potencialidades.

circunstancia de "ser castrado" es totalmente pasajera. Sin embargo, en el caso de Ramiro, castración y género parecen seguir caminos paralelos: él quiere ser mujer y al mismo tiempo teme perder su pene y caer en el agujero que lo devoraría, de modo que, conociendo perfectamente la ausencia de pene en la mujer, desea, sin embargo, ser una de ellas, sin perder nada en su propio cuerpo.

Habiendo descubierto la diferencia anatómica en la escuela, realiza el enorme esfuerzo intelectual de conservar separadas las categorías niña y mujer. Se puede, siendo niño, tener el pene que las niñas no tienen, porque de cualquier manera las mujeres tienen uno, de modo que sólo de grande obtendrá la conjunción de la totalidad de su cuerpo y de su deseo de ser mujer. Y es acá donde se ve venir la posibilidad de consolidación de una estructura en la cual el travestismo ocupe un lugar privilegiado, ya que la fascinación de la imagen femenina lo sostiene en una posición simbiótica a la cual sólo puede mantenerse adherido sobre la base de tener, él mismo, una envoltura de mujer.

Paulina le otorga la oportunidad de ser, nuevamente, el niño maravilloso de los orígenes una vez que se ha producido "el quiebre del espejo", quiebre que se reproduce en su propio acto de romper vasos –como una inversión de pasivo en activo– o en la mirada atrapada por la máquina de triturar hielo. Si la intervención del padre toma este carácter, si no alcanza para propiciar la identificación secundaria que lo arranque de la pasividad originaria que lo anuda a la madre, es necesario saber de qué modo circula el deseo en esta alianza conyugal que ha quedado marcada, por otra parte, por el anuncio fallido de una hija que nunca existió. El reconocimiento de la diferencia anatómica, aunado a la expulsión de la relación primaria con la madre que impone el ingreso a la escolaridad, no propicia, en este caso, la identificación al padre, no conlleva en sí mismo el acceso a la identificación secundaria, sino que impone un movimiento que Freud llamaría "regresivo", movimiento

que va de la elección de objeto a la identificación, coagulando el deseo de subsunción en el cuerpo materno.

Ramiro aclara, a continuación, con una sonrisa pícara, algo nuevamente sorprendente: cuando crezca será Paulidras (incluyendo de este modo la "r" de su nombre y la "d" del de su madre, con una terminación plural, por otra parte) y agrega que entonces deberá dormir en la cama del padre y la madre (sic) porque la suya será muy pequeña para él. Ante la interpretación de que parece muy preocupado por lo que ocurre en la cama de sus padres, amenaza rayar el diván con las uñas. Dice que la casita no tiene techo, pero sí espejo, y que el bebé se mira en él. Luego le quita el vestido a la muñeca que considera la madre y dice: "¿Dónde está el pito de ella?". Termina la secuencia acostando a la pareja mientras afirma: "Van a dormir, ya es de noche, el bebé está enfermo"...

Ha llegado la hora de irse y Ramiro no quiere aún abandonar la sesión. Dice que todavía no habló del espejo roto, y le pide a Luciana que se siente en la mesita baja, ya que hay que pegar una hoja luego de haberla roto con las dos manos. A continuación pregunta dónde está la "plasticola" o el "durex", preocupado porque rasgó el papel y solicitando ayuda para repararlo. Se ve muy contento cuando lo logra, y ante la interpretación que realiza la analista relacionando esto con el espejo roto y su deseo de unir los pedazos, pregunta si puede llevarse todo esto para pegar en su casa...

Queda flotando, luego de esta primera entrevista, la cuestión planteada al comienzo respecto al error médico que marcó, de modo pregnante, el nacimiento de Ramiro. Bajo qué formas se plasmó esto en su subjetividad y qué impacto tuvo para su representación yoica es algo que deberá ser explorado. He señalado en múltiples ocasiones mi rehusamiento a considerar de manera lineal la inscripción del deseo del otro en el psiquismo infantil, y la necesidad de conservar esta idea central para una práctica analítica posible en tiempos de infancia, contemplando que lo que define el deseo inconciente es un proceso de descualifica-

ción y metabolización del deseo materno en el proceso de inscripción en el inconciente del niño. Toda interpretación mecánica que lleve a concebir que aquello que anida en el inconciente de la cría encuentra sentido en el discurso del adulto hace tabla rasa con dos proposiciones centrales del psicoanálisis: en primer lugar, que el deseo inconciente no se da a conocer en el campo de iluminación de la conciencia, ni propia ni ajena, sino por medio de un trabajoso proceso de análisis, de modo tal que jamás el discurso que da cuenta de la posición parental ante el niño puede hacer transparente el deseo que lo constituyó. Por otra parte, encontrar la determinación deseante fuera del psiquismo singular en el cual ésta opera liquida toda posibilidad de concebir el inconciente como estructura que anida en el interior de la tópica psíquica singularmente constituida. No puede ofrecerse una explicación intersubjetiva para dar cuenta de la intrasubjetividad constitutiva del síntoma, salvo que se decida abandonar, definitivamente, la idea de la existencia del inconciente en la infancia. Pero, en este caso, remedando la teoría clásica, cabría que el niño formulara las preguntas: ¿cuando sea grande tendré inconciente? ¿Me crecerá el inconciente, al fin, y dejaré de estar desprovisto/a de este atributo definitorio de mi humanización?

En los meses siguientes de tratamiento, tanto la terapeuta como Ramiro se ven atrapados por lo que él mismo denomina "el teatro": son historias de Blancanieves y Cenicienta que Ramiro representa solicitando a Luciana que se siente para asistir a la función. El teatro consiste en vestir a Cenicienta sucesivamente con un vestido feo y luego con un vestido lindo, para lo cual pide constantemente ayuda. La belleza ocupa, en esta etapa, un lugar central, y el vestido lindo es la condición de encuentro con el príncipe. En ese encuentro –en el cual él es Cenicienta y su analista el príncipe– el niño pide que lo abracen, interpretando al mismo tiempo canciones referentes a la historia y emitiendo al final una frase –que, supongo, es el equivalente a

nuestro Colorín Colorado–: "Entró por una puerta, salió por otra, quien quiera puede contar otra".

Luego de un tiempo comienza otra historia con un guión que también se repite: se trata de una escena en la cual hay un niño –se trata de un niño hermoso– y su mamá, que está embarazada, y a la cual, antes del nacimiento del bebé, el médico le anuncia de modo erróneo que es una niña. Los tiempos se superponen: la madre está embarazada y al mismo tiempo el niño ya existe; el uso de verbos en pasado sostiene, sin embargo, el reconocimiento de temporalidades: "El nombre del niño era Leonardo, y a los padres les gustaba mucho ese niño" –le da al personaje el nombre de un paciente que sale de sesión cuando él entra, una suerte de hermano analítico–.

En las variaciones que se suceden de esta historia el nene quiere dormir en la cama de los padres pero el papá no lo permite, enunciando una frase que pone de manifiesto una rivalidad simétrica: "Vete para tu cuarto, ella es mía", frase mediante la cual da cuenta de su propiedad sobre la madre, sin instaurar por ello ningún tipo de instancia impersonal legalizante. El padre que expulsa a Ramiro es, en su fantasía, un rival en lucha por sus posesiones, definido por su propio deseo. Y si la prohibición edípica encierra siempre la rivalidad del padre, si éste no puede ejercerla sin el impulso celoso de la expulsión del tercero, este hecho, inevitable en razón de las pasiones en juego, es la cara oculta de la pautación: el exceso de crueldad que se cuela en el ejercicio de la instauración de la ley, así como se cuela la sexualidad materna en los cuidados precoces sin que esto sea manifiesto para quien los ejerce ni para quien los recibe.

La ley siempre se instaura bajo el modo de lo impersonal: eso no *se* hace, eso no *se* puede... Es precisamente el carácter irracional y desubjetivizado de la ley edípica el que debe ser aceptado como límite de lo explicable. No se le dice a un niño: "No te puedes acostar con tu hermana porque no tendrías un cuñado para ir a pescar"... La razón levistraussiana está en la cultura, no en el sujeto. A lo sumo es posi-

ble que la madre, o el padre, le digan al niño que no puede dormir con ellos porque son grandes, o porque son una pareja... y que algún día él o ella tendrá una novia o un novio con quien dormir, abriendo de este modo la promesa que posibilita la tolerancia a la espera.[4] Cuando la instauración de la prohibición se ejerce bajo este modo de intersubjetivación, la envidia y el odio que despierta tornan irreductible su aceptación. Pero no nos confundamos, esto no es lo que ocurre en la realidad "familiar" de Ramiro, esta frase no ha sido nunca formulada, ni siquiera bajo modos aproximativos, ya que el padre, bondadoso y aquiescente, no es capaz de imponer las prohibiciones que preserven al niño. Sin embargo, está en la realidad fantasmática, y no de manera reprimida sino manifiesta: no es algo oculto que habría que interpretar, sino algo que en su evidencia obliga a un ejercicio de desentrañamiento con respecto a su modo aparición y a las razones que lo producen.

Ahora bien, en la ficción el padre agrega: "Te vas para tu cuarto, ella es mía. En el tuyo tenés estrellas brillantes". A continuación Ramiro pega una risotada teatral que da cuenta de su angustia y cae preso de una enorme excitación, intentando incluso sacar su pene fuera del pantaloncito, tal vez como un modo de rescatar, por un instante, su masculinidad de ese discurso que lo condena, en ese juego que expresa sus fantasmas, a la posición narcisística que encierra el cuarto "con estrellas brillantes". Posición que podemos –al menos en nuestra cultura– suponer femenina, con sus atributos de brillo fascinante, sus juegos de abalorios, algo del orden de lo que Lacan llamó "la mascarada", sin que necesariamente ésta remita a una posición universal en la mujer, "encubridora de la castración".[5]

4. El padre de un niño que atendí hace ya años respondía, respecto a esta misma pregunta acerca de por qué él no podía casarse con la madre: "Porque yo la vi primero".

5. Múltiples interpretaciones pueden efectuarse a partir de esta secuencia, todas ellas como hipótesis a confirmar o rechazar de acuerdo

Unos meses después los personajes representados por la analista y el niño se van modificando, como así también la dinámica del teatro: ella es Cenicienta y Ramiro el Príncipe. Golpean las manos para empezar la función, representan y bailan. En otra ocasión él mismo imita diálogos de la bruja de Blancanieves frente al espejo –no la llama la madrastra sino "la bruja", el pequeño kleiniano– y le pide a la terapeuta, que debe asumir el papel de "el Cazador" –implicando en ello esa otra historia en la cual Caperucita debe ser rescatada de la panza del lobo–, que le diga la verdad a la bruja "para que se le quiebre el espejo". El espejo se quiebra, entonces, cuando el narcisismo de la bruja-madrastra se fractura por el discurso que sostiene la verdad de que ya no es la más bella. El cazador que interviene modifica la historia, ya que no es el espejo el que habla sino un tercero, alguien que puede expresar la verdad de la falibilidad de la belleza materna que lo fascina, cuando el traumatismo operado por el padre en el momeno en que "quiebra el espejo" lo lanza a una descaptura para la cual no ofrece, sin embargo, sostén que permita el pasaje a una simbolización más lograda. Los personajes de Blancanieves y Caperucita Roja son desarticulados y reensamblados en beneficio de un mito propio en el cual el narcisismo y el engolfamiento en la madre-lobo se aúnan en sus efectos mortíferos, situación de la cual la analista-cazador deberá rescatarlo.

Si Ramiro expresa, mediante estas representaciones –a las cuales no nos atreveríamos a llamar "juego" en sentido estricto en función de la fijeza e inmutabilidad que las rigen sin que él mismo pueda apropiarse de la escena– los fantasmas que lo constituyen y el pedido de transformación de sus posiciones capturantes, indudablemente no viene a

---

con el material subsiguiente. Dejo al lector psicoanalítico entrenado la posibilidad de hacer este ejercicio sabiendo, por mis propias lecturas, el placer que se puede obtener al abordar el material como si fuera un caso policial.

repetir, en el marco de la transferencia, simplemente un goce al cual queda adherido sino a trasladar un pedido fallido en el marco de la estructura edípica originaria. Si se manifiesta un pedido de salida del atrapamiento narcisístico, al modo descripto por Leclaire en *Matan a un niño*,[6] un pedido de muerte del niño maravilloso, es evidente que la descaptura que está en juego y que se solicita a la terapeuta no consiste en separar al niño de la madre real sino en dar una circulación diferente a una fractura narcisística que en su tendencia a soldarse espontáneamente anuda al niño a la imagen maravillosa interior que guarda restos idealizados del objeto perdido.[7]

La situación se amplía, y en las sesiones circula, durante algún tiempo, la cuestión que remite a lo que "se" puede y lo que no "se" puede. Ramiro le pide a su analista que, al modo del cazador, diga: "No puedes matar a Blancanieves, no puedes dormir con tu madre, no puedes saltar encima de los sillones, no puedes ser nene y nena al mismo tiempo". Pide que estas frases sean formuladas con la voz del cazador, y con pequeñas permutaciones: "No puedes dormir con tu madre, no puedes acostarte sin lavarte los dientes, no puedes dormir en la cama de tus padres". Incluye así las

6. Injustamente dejado de lado, este texto de Leclaire constituye uno de los aportes más importantes para la comprensión de la descaptura narcisística que implica, siempre, una muerte insepulta del niño maravilloso que albergamos. Véase Leclaire, Serge: *Matan a un niño. Ensayo sobre el narcisismo prematuro*, Buenos Aires, Amorrortu, 1990.

7. Esto confirma la elección de la estrategia terapéutica propuesta –el análisis del niño–, ante la vacilación que en muchos casos lleva a recomendar un tratamiento de familia al homologar estructura del Edipo con familia real. Si de algo tiene que desatraparse este niño no es de su madre real sino de su propia coagulación narcisista que lo pone en riesgo, siendo el trastocamiento de género un modo de puesta en evidencia, una forma "sintomática" en sentido extenso, de un fracaso más global del funcionamiento psíquico que imposibilita una vida más plena desde el punto de vista de su relación con el semejante y con la producción intelectual pautada, que da lugar a la adquisición de conocimientos.

pautaciones generales de la infancia junto a las prohibiciones edípicas más generales.

Hacia fin de año se produce en el tratamiento una interrupción por vacaciones, luego de las cuales los padres le cuentan a la analista que el niño sufrió mucho con esa separación: se lo notaba agitado, inestable, gritaba, estaba difícil de controlar. Esta crisis se resuelve luego de unos días con una mejoría general del carácter. Al retomar el año escolar se le retira la mamadera, y Ramiro comienza a participar más de algunas actividades compartidas con sus compañeros; se lo ve más atento a las consignas que la maestra imparte y comienza a jugar con los *Power Rangers* como objetos favoritos. El padre aprovecha en esa ocasión, con su consentimiento, para retirar las últimas muñecas que quedaban en la casa.

De manera simultánea, se manifiesta un cambio en el interior de las sesiones; cambio que por una parte corrobora la hipótesis central de la perspectiva con la cual encaramos este análisis, y por otra confirma los riesgos a los cuales ha estado sometido así como los enormes recursos con que cuenta su inteligencia para preservarse. Ramiro se sienta de manera reiterada en el sillón, al lado de la terapeuta, a quien, luego de proveer de lápiz y papel, le pide que escriba lo que él le va diciendo; se trata de elementos aislados entre sí: espejo quebrado, Diana, *Power Rangers*, carritos, espejo, relatos desarticulados de peleas con su madre, en un movimiento que a la vez que da cuenta de su propia desintegración intenta que la escritura de la analista lo vuelva coherente, lo fije de algún modo, deteniendo en el papel lo que en su cabeza se desliza sin retención.

Por primera vez se pone en evidencia la posibilidad de que haya habido, en este niño, en los momentos de su constitución yoica, una seudo-identificación de superficie; identificación fallida, de carácter mimético, que lo protegió de la intensa angustia de despedazamiento, no de contracción sino de desintegración, a la cual quedó sometido a partir de esta falla constitutiva. El Ramiro nacido en el marco de

un duelo por la hija perdida, que nunca tuvo realidad corporal pero sí representacional en el psiquismo materno, este duelo de la madre precipitó al hijo, posiblemente, en una simbiosis corporal que vino a sustituir la decepción narcisista que acompañó su llegada. Cuando él se enteró, más tarde, de que debió ser esa niña por la cual la madre aún penaba, el fantasma de encontrar la mirada constituyente faltante vino a coagular allí una hipótesis acerca de su existencia: "Ah, era esto lo que pasaba; siendo una niña tendré todo aquello que me dé brillo, todo aquello que haga brillar, también, la mirada de mi madre"... No habría que descartar que este sufrimiento de la madre –sufrimiento que si bien se puede calificar de neurótico no por ello es menos real– haya intervenido en el modo como el padre accedió a este juego ilusorio que su hijo armaba respecto a ser una niña para los ojos de la mujer. Sus propios fantasmas inconcientes agitados por estos hechos deben de haber intervenido para que se pusiera de manifiesto si no su aquiescencia, al menos su pasividad ante esta situación, pero bastó la intervención de la analista, dándole garantías para el ejercicio de su propia paternidad, para que pudiera ejercer algún tipo de acción que ayudara a consolidar el proceso iniciado y su derecho a brindar al niño una posición identificante con él mismo.

UN TRASTORNO EN VÍAS DE RESOLUCIÓN

Expondré a continuación el caso de un niño de 3 años y medio, llamado Luciano,[8] que nos permitirá acceder desde otro ángulo a un trastorno precoz de género que está en vías de coagular al momento de la consulta. Es también

8. Accedí a este material clínico como supervisora de la analista Heloísa Opice, a quien agradezco profundamente la confianza depositada al permitirme acompañarla en el trayecto del proceso de consulta y haber habilitado esta publicación.

en este caso la escuela la instancia que lo deriva al notar en él ciertos rasgos que llaman la atención de la maestra: interesado sólo en jugar con muñecas, usar delantal, barrer la sala de clase con la escobita, pide al mismo tiempo una mochila como las de sus amiguitas, con dibujos de Minnie, no de Mickey. Deseoso de usar maquillaje, en particular pintura de labios, no parece estar interesado en establecer vínculos con niños de su propio género ni tampoco en integrarse a los juegos que se le proponen.

Hijo único de una pareja joven y exitosa, su madre es considerada una mujer muy bella, que lleva su éxito social con frialdad y arrogancia. Por su parte el padre aúna, desde joven, a sus logros profesionales, el reconocimiento de ser muy atractivo, una suerte de galán codiciado por las chicas. Durante la primera entrevista exponen sus preocupaciones a la analista que los recibe, quien registra la marcada diferencia existente entre la imagen social y la persona de cada uno de ellos en la intimidad. El padre habla de sí mismo planteando que existe un personaje que él asume, un personaje victorioso, competente, infalible, rico, que no tiene nada que ver con su verdadera persona, y concluye: "*Me siento extremadamente infeliz y me gustaría dar una patada a todos estos éxitos y a todo lo que soy, y si bien hoy logro dirigir mi negocio, sería importante poder hacerlo sin quedar totalmente consumido y loco*".

La madre afirma que siente por su marido una gran admiración desde el punto de vista profesional, pero aclara, por otra parte, que tal valoración está totalmente separada de su imagen como padre y como hombre. Piensa que no hay nada por lo cual preocuparse con respecto a su hijo, ya que en su opinión el hecho de jugar con muñecas, vestirse de mujer, usar la ropa de ella o sus zapatos, pintarse o ponerse una tiara en la cabeza, "*es una manera de molestar al padre y llamar la atención, y también un modo de jugar usando la fantasía*". Agrega, además, que tanto ella como sus hermanos lo hacían de niños: "*Varias veces* –dice– *yo misma me vestí de hombre cuando era niña, y mis hermanos*

se vestían de mujer sólo para jugar, y mis padres, por su formación de origen europeo (sic),[9] *jamás se molestaron con eso*". "*Si él* –refiriéndose a su marido– *no fuera un machista presuntuoso, no estaría tan preocupado por el niño. Tiene miedo* –dice– *de que se pueda transformar en una Drag Queen*[10] o *hacerse gay*".

La historia de la masculinidad fallida, por otra parte, forma parte de los fantasmas originarios del padre: siendo su madre una mujer míticamente bella, se casó a los 16 años con un hombre mucho mayor que ella, poco inteligente y sin ningún brillo, un "perfecto castrado", ridiculizado por su círculo social, con quien tuvo a este hijo, Pedro, hoy padre de Luciano. Cuando su niño tenía 7 años, ya divorciada, volvió a casarse con otro hombre, también mayor pero brillante profesionalmente, con quien engendró varios hijos más.

Hijo de un padre biológico al que nunca respetó ni amó, Pedro consideró a su vez al marido de su madre como alguien socialmente despreciable más allá de sus éxitos económicos. No pudo entonces recibir la imagen de una figura masculina más preciada con la cual lograr algún tipo de identificación que lo salvara de su propia sensación abismal de ser fallido, de ser un padre que no puede transmitir a su hijo algún modelo que consolide su masculinidad. Por eso, dice, intenta darle otra cosa: pasa mucho tiempo con él, lo acompaña a natación, procura transmitirle su pasión

9. No puedo dejar de subrayar el modo como los procesos migratorios generan, en muchos casos, la idea de que los aspectos singulares que se observan en los padres son efecto de su pertenencia a una cultura diferente. Así, una niña a quien tuve ocasión de recibir en mi consultorio mientras vivía en México, le dijo a su madre argentina, que pretendía dar respuesta a su demanda edípica de casarse con el padre con la consabida frase de "eso no es posible", que "¡en la Argentina no se podía!"... Relato que la madre me transmitió con una sonrisa comprensiva y resignada, agregando: "Haberlo sabido antes..."

10. Se cuela, de todos modos, el ideal de grandeza: no se trata de un travesti más, sino de una verdadera "reina de la noche".

por los automóviles, o incluso lo lleva a las tiendas de juguetes para que aprenda lo que es de nene y lo que es de nena, tratando de impedir toda compra de muñecas, la mochila de Minnie, las zapatillas de Minnie y los casetes de Blancanieves.[11]

La mamá de Luciano trabaja de lunes a viernes, y este hecho genera en su hijo un anhelo insatisfecho que se manifiesta cuando pasa todo el fin de semana colgado de su cuerpo, abrazado a ella hasta para dormir, intentando restituirse en esos encuentros de la nostalgia que lo acosa cuando se transforma él mismo, el resto del tiempo, en un cuerpo-madre que lo guarda.

La relación de esta mujer con los hombres no es simple: "*Yo tuve un padre terrible, pero al que siempre admiré, porque los ojos de mi madre brillaban de amor, de pasión y respeto por él, hasta hoy. Por favor, cuide de mi hijo, haga todo lo que sea necesario, porque esto yo no lo tengo*", dice, dando cuenta de su preocupación por el niño, ya liberada de la defensa que la coloca al comienzo en una suficiencia bizarra frente a los temores que la acosan, y de la marcación que su propia historia edípica impone. Si no siente esa pasión por el padre de su hijo, ni ese respeto, ni los ojos que brillan de amor como vio brillar a los de su madre, parece resignada a ello desconociendo dónde radica el atrapamiento. Recuerda la mirada fascinada de la madre por el padre, del padre que no es como se pretende a veces, un portador de la ley, suerte de Moisés que viene del Sinaí a ordenar el desorden gozoso de la transgresión, sino un hombre deseado, que llena los ojos de luz; y esa fascinación es del

11. He dado cuenta ya en capítulos anteriores de la presencia de este mito de Blancanieves en niños en los cuales comienzan a plantearse trastornos de género –tal vez por el narcisismo con el cual la imagen femenina, materna, es investida como maravillosa, pero al mismo tiempo como amenazante–. Pido al lector que esta última observación sea tomada como lo que es: una hipótesis de trabajo para la comprensión de algunos casos específicos y no una afirmación sobre las cuestiones generales que hacen a la redefinición de género.

orden de lo irrepetible, ya que el hombre queda investido por esa mirada de mujer que ella no recibió y que no puede reproducir.

Muchas veces se pretende explicar la historia edípica de la mujer de manera simple, sin tener en cuenta que el modo como la niña ha sido atravesada por el deseo de la madre hacia el padre no basta para ayudarla a constituir un deseo de hombre, e incluso puede devenir un obstáculo en su feminización. Ningún ser humano puede constituirse de manera sexuada si no circulan modos deseantes de los padres en su dirección, si no se manifiesta, de alguna manera, que el otro de la pareja es insuficiente para que se produzca una saturación deseante en el interior de la estructura edípica de partida. Y así como se ha dicho hasta el cansancio que la triangulación se produce en la medida en que el deseo de la madre no se agota en su propio hijo sino que abre una referencia terciaria, y que esta referencia, esta abertura, esta "hiancia", es definitiva para la normalización edípica, es necesario hoy poner de relieve cómo hemos descuidado las consecuencias de la exclusión del niño cuando la pareja parental se clausura en sí misma, cuando sus anhelos se saturan en la propia relación, dejando a la cría sometida a la envidia de una escena primaria en la cual no hay inclusión amorosa posible, sino expulsión radical.[12]

Sin embargo, esta abuela que mira con ojos encendidos a su marido, esta abuela enamorada y gozosa, se revela de inmediato como provista de un narcisismo corporal irreductible, mostrando que la mirada que ofrece es la que

12. En el análisis que realicé del caso Erna en *Clínica psicoanalítica y neogénesis*, intento poner de relieve cómo los fantasmas que agitan a la paciente de Melanie Klein son efecto de traumatismos reiterados por la exposición activa al coito de los padres. Habría que subrayar ahora que es esta exclusión radical del goce a la cual la niña queda confrontada lo que activa su envidia y desesperación hasta hacerle estallar la cabeza.

busca, la que espera recibir, de modo revertido, del lado del hombre: mientras se hace dar sesiones de masaje en las cuales Luciano participa como espectador, en algunos casos durante largo tiempo, y mientras dice categóricamente: "*Lleven ya a este niño a hacer terapia*", insiste en retenerlo en su lugar de *voyeur*, dando cuenta mediante esta disociación entre su acción y su discurso de un modelo renegatorio generador de una paradoja encapsulante. Si un hombre debe admirarla, a falta de alguien más adecuado será este niño, con sus 3 años y medio, quien deberá ocupar ese lugar. En cierta ocasión, y luego de presenciar una de estas sesiones tan fascinantes como inquietantes, Luciano formuló a su abuela la siguiente pregunta: "*Si me metiese el pito para adentro, ¿me transformaría en mujer?*", expresando *in situ* que si la privación de pene aparece como un deseo posible es por su ensamblaje con la fascinación que produce la imagen femenina y que lo convoca a su propia feminización. La frase da cuenta, por otra parte, de manera clara, de *la no soldadura existente entre pene y valor fálico*, ya que en este caso el llamado valor fálico recae sobre el cuerpo femenino como lugar de belleza, y el pene es el obstáculo al cual se renunciaría perfectamente en función de poseerlo.

La problemática respecto al enigma de la diferencia anatómica se expresa de manera ejemplar en la primera entrevista a la cual Luciano asiste acompañado por su madre. Desde el comienzo se lo nota ansioso por establecer una relación con la analista, aun cuando no se perciba en él ningún interés por desprenderse del cuerpo de su mamá, al cual está aferrado. La mira con interés, sin hostilidad, e incluso observa, curioso, el consultorio que se entrevé al final de la sala de espera. Cuando logra separarse de su madre y entrar, luego de recibir las explicaciones del caso –qué función cumple esta consulta, qué harán en ella...–, echa una mirada a los juguetes, sosteniendo decididamente su mirada sobre los muñecos: un Ken, una Barbie y un bebé

que la analista incluyó suponiendo que el niño podría expresar, a través del mismo, su identificación en el marco de la pareja parental. Luciano toma a este último e intenta pararlo, pero no lo logra, ya que por la forma de las piernitas y la base de los pies no hay posibilidad de que se sostenga. Insiste reiteradamente sin lograrlo y al final dice: "*Eh, qué bobo. Quédate parado*".

Toma el Ken y pide ayuda para sacarlo de la caja en la cual está atado con alambrecitos, mientras intenta usar las tijeras para lograrlo. A partir de ese momento usa la tijera para separar todo lo que presente una mínima posibilidad de ser cortado. No consigue su objetivo, y requiere ayuda para liberarlo de su caja, y luego para sacar a Barbie. En ese momento se produce algo sorprendente: le pregunta a la analista "*por qué a Ken no le gusta su novia*". Ella dice: "*Yo la verdad que no sé, pero tal vez vos tengas alguna idea*". Él no responde y hace como si no hubiera hablado de esto, y luego intenta, y esto es extraordinario, colocar los anteojos de Ken a la Barbie, y los zapatos de la Barbie a Ken. Como no lo consigue, dice: "*El está sin zapato, ponele el zapato*". Cuando la analista responde: "*¿El zapato de mujer en un pie de hombre? ¿No es raro?*", Luciano le pide que se calle y que haga lo que le dice, rehusándose a la normalización propuesta, lo cual es bastante lógico en una sesión de análisis...

La analista, desde una perspectiva totalmente clásica, interpreta el deseo de dar a la mujer el pene del hombre, partiendo de que la mujer está carente, despojada, y el niño sería capaz de renunciar al pene para completarla. Pero Luciano, irreductible a la teorización, intenta trocar, permutar, dándole a cada uno lo que supone que lo completa. Y por supuesto, como tiene 3 años y medio, y más allá de su inteligencia no ha accedido aún a una lógica combinatoria que le permita manejar dos variables al mismo tiempo, queda totalmente adherido al elemento faltante en la medida en que en su pensamiento opera a dominancia la lógica binaria. De modo que, vistos uno a uno, a los

dos les falta algo. Por eso formula: "*Ella está triste. Ella no tiene anteojos. Ella no ve... Ella es la Bestia, él es la Bella y la Bestia*". Como la mujer sólo es la Bestia, y el hombre es la Bella y la Bestia al mismo tiempo, el abigarramiento fantasmático es excesivo para intentar una interpretación lineal. Sin embargo, es indudable que hay algo que altera los modos tradicionales con los cuales ha recibido la historia, y que la ha puesto al servicio de una fantasmática que habrá que desentrañar despaciosamente: si la mujer es la Bestia –lugar que corresponde al hombre–, ¿por qué entonces el hombre es ambos: Bella y Bestia? Una interpretación lineal desde una perspectiva frecuente pretendería que la Bestia es la mujer fálica –amenazante en su completud–, y que el hombre debe entonces asumir su lugar castrado para devenir Bella –tal vez porque el cuerpo entero de la abuela, carente de pene, es la totalidad a la cual se aspira–. Sería de todos modos demasiado lineal aun cuando no descartable (aclaremos que estas hipótesis no agotan el cuadro ni son verosímiles hasta que se establezca su comprobación término a término).

La posibilidad de retomar el elemento que se repite e ir articulándolo en sus respectivos encadenamientos parece el único camino posible. En la secuencia posterior –que si bien se establece en esta sesión, se reproduce a lo largo de los primeros tiempos del tratamiento–, vuelve a tomar un muñeco al cual intenta colocar, infructuosamente, uno de los zapatos de la Barbie. En este caso es la mujer la que posee el atributo que completa al hombre, y si bien a ambos les falta algo que el otro tiene y que es necesario trocar, no ensamblar sino intercambiar, es en general la mujer la que tiene algo doble, algo que le sobra y de lo cual el hombre carece. Y ocurre entonces algo muy interesante: la analista ha colocado una muñeca embarazada que se abre y a la cual se le saca el bebé de su interior, y Luciano aborda a la madre para proponerle que saque al bebé del interior de la panza, y cuando ella lo saca dice: "*Mirá qué lindo. ¿Cómo nació?*". Ante esta pregunta la madre ofrece toda una expli-

cación: que el bebé nació de la barriga de la mamá, que además de barriga también tiene una concha –*chochota*, le dice, en la versión cultural que le corresponde– por donde el bebé puede pasar al nacer. Él grita entonces: "*¡Ay, dolió!*", sin que quede claro si dramatiza el dolor de la mujer que está pariendo o el sufrimiento del niño que nace.

Luego de poner nuevamente al bebé en la panza, Luciano intenta bajarle la bombacha a la muñeca, diciendo: "*¿Qué tiene ahí abajo?*". Y ante la pregunta del analista acerca de qué piensa él al respecto, responde: "*Dos hijitos más*". Luego vuelve a preguntar, mientras señala la entrepierna de la muñeca: "*¿Acá qué tiene?*"; y se responde a continuación: "*Ah, el pito de la madre*". Y ante la afirmación pedagógica de la analista, que intenta rectificar esta afirmación diciendo "*Pero cómo, el pito es del papá*", dice, desolado: "*¿Y dónde está el pito de la mamá? ¿Se le rompió? ¿Dónde está el pito de la mamá?*".

Cuando está por terminar la hora de sesión, y ante la insistencia del niño que pide quedarse en el consultorio, la madre dice: "*Mamá está con hambre y tenemos que ir a almorzar*". Afirmación extraña en boca de la madre, que no le dice que es tarde y ya llegó la hora de comer, o que él puede tener hambre, sino que hace una afirmación, simétrica, respecto a su propia necesidad como razón para terminar la sesión. No remite al deseo del niño, ni a la legalidad del horario acordado, sino a su propia hambre, en una perspectiva que contrapone subjetividades y deseos sin diferenciación generacional.

Antes de retirarse, Luciano le pide a la analista que guarde bien los zapatos de la chica y que deje todo encima de la mesa, pero sobre todo que no vaya a perder los zapatos. "*Yo me voy* –le dice– *pero no los pierdas de vista ni por un momento. Y dejalos ahí hasta que yo vuelva. Y cuidámelos, esos zapatos de la chica…*"

Es indudable que el enigma de la diferencia anatómica atraviesa gran parte de la sesión, sin que, por otra parte, la teoría freudiana del desprecio del niño por el cuerpo

castrado de la mujer se considere vigente. Más bien, vemos claramente que lo que manifiesta es deseo de "no diferencia", de que el hombre tenga lo que la mujer posee y la mujer lo que el hombre tiene. Esto puede llevar a Luciano a desear renunciar a su pene para igualarse a su abuela, mientras teme que Barbie pierda sus zapatos –precozmente investidos sin que ello conduzca necesariamente al fetichismo–.

De todos modos, Luciano no se ha planteado cortar su pene –tal vez por esa angustia de mutilación que sólo se pierde cuando el sujeto ha llegado a la conclusión de que una parte de sí mismo se ha convertido en algo que anula toda felicidad o perspectiva de vida–[13] sino disimularlo, "meterlo para adentro". Porque de lo que se trata en ese intercambio entre la Barbie y el Ken, es de darle a cada uno lo que le falta, y por una imposibilidad lógica no puede anticipar que al darle a cada uno lo que le falta, el otro queda despojado del atributo, lo cual podría llevar a un juego de recurrencia al infinito. Supongamos, sólo por jugar con la imaginación, a alguien –al estilo del caballero que Freud imaginó batiéndose por todos los guantes en "Proyecto de psicología"– aquejado de una compulsión grave, que pasara su vida trastrocando zapatos y anteojos en un intento de anular la diferencia. Lo que intenta Luciano es darle a cada uno lo que supuestamente le falta en función de que el otro lo tiene–, y esto que le falta no está en lo real sino en lo que marca la diferencia desde el campo representacional. Aquí es válido sostenernos en la formulación de Lacan respecto a que en lo real no sobra ni falta nada,

13. Tal como ocurre en la enfermedad orgánica, donde la renuncia a una parte del cuerpo propio es vivida con dolor pero también con esperanza; o en la psicosis, donde lo maligno colocado en el cuerpo se torna insoportable e incluso ajeno; o en el transexualismo, donde la certeza acerca del equívoco de la naturaleza propicia su corrección mediante cirugía para acceder a la plenitud de la identidad simbólicamente asumida.

formulación extraordinaria que podría contribuir a romper con la dominancia de la representación fálica como derivada de la presencia real del pene, sin quedar atrapada por el período histórico en el cual esta idea fue acuñada bajo la denominación "valor fálico", que da cuenta de la presencia de un objeto anatómico que inscribe esta diferencia de atributo, aun como representación de la ausencia. El hecho de que Ken tenga anteojos y Barbie tenga zapatos da cuenta de que no se trata de algo que falta o sobra naturalmente en cada uno de ellos, sino de algo que cada uno tiene y que por comparación, bajo la dominancia de la lógica binaria, aparece como faltándole al otro.

Volvamos ahora a la segunda vertiente enunciada: la de una nostalgia del cuerpo materno que retorna como deseo de un cuerpo femenino envolvente. Esta madre que en los comienzos de la vida aparece como fría y distante, intelectualizada y muy bella, sin brindarse como objeto del cual el niño pueda apropiarse, no posibilita la formación de la ilusión que Winnicott describiera de manera tan certera: el cuerpo de la madre no es algo que se adquiera, sino algo que se posee, posesión de la cual hay que desilusionarse luego, pero que es definitoria para la constitución psíquica. La falta, el rehusamiento del cuerpo materno en los comienzos, provoca un anhelo que, en este caso, se articula en un segundo tiempo narcisísticamente a través de la fascinación con la cual la mirada lo captura en el momento de constitución del yo. A partir de ese momento, entonces, el cuerpo en su totalidad toma valor fálico como representación, con dominancia de una mirada en la cual el atributo pene/no pene no ocupa aún un valor central, sino que es resignificado *a posteriori*, cuando se descubre la diferencia anatómica.

Por eso lo dominante, para este niño, no es que la mujer tenga un pene, sino tener él mismo un cuerpo de mujer. Pero para tener un cuerpo de mujer que realice el doble deseo erógeno primario –de piel, de contacto– y narcisístico desde el punto de vista de la imagen totalizante, él tiene

dos posibilidades: convertirse en una mujer, quitándose el pene, anulando la diferencia con las mujeres, en este caso, o bien apropiarse de un cuerpo femenino. Pero el camino de la apropiación del cuerpo femenino está vedado, y la identificación masculina es pobremente planteada, porque la propuesta del padre consiste en identificaciones a rasgos que no tienen que ver con la circulación deseante de la familia: que le gusten los coches como a él, no las mujeres como a él.

Si hay un aspecto ilustrativo en estos casos que estamos presentando, es la manera en que el deseo de ser mujer expresado por un niño varón no tiene, en principio, su origen en el deseo sexual por el hombre, ni es efecto del desenlace de una elección genital antecedida por el sepultamiento del complejo de Edipo o por las consecuencias de la angustia de castración. Es la fascinación narcisista por el cuerpo femenino –al cual no se pretende poseer desde su posición masculina sino en el cual el niño necesita envolverse, tener como propio– lo que puede llevar hasta la renuncia de la anatomía viril en aras de advenir, con todo el cuerpo, el objeto de totalización narcisista. En el caso de Luciano, el pene se convierte en un obstáculo para esta totalidad atrapante que lo convoca, al punto de que renunciaría a su posesión para lograrla, mientras que Ramiro da cuenta de que el travestismo puede ser un modo de protegerse de un riesgo de desestructuración al engolfarse en un interior femenino sin por ello renunciar al pene, preservándose de la angustia de "des-ser", cuando la identificación primaria no logra instalarse metabólicamente[14] y requiere la superficie del cuerpo para constituir un límite.

14. La mímesis, tal como se presenta también en patologías graves, da cuenta del fracaso de la identificación y no de su instalación.

7. A LA BÚSQUEDA DE UNA ENVOLTURA MATERNA[1]

Hemos expuesto ya la idea de que la sexualidad, en términos del psicoanálisis, no se limita a la genitalidad, y mucho menos a las formas en que la función sexual establece sus ensamblajes una vez que han sido dadas las condiciones para que el sujeto pueda acceder a ella. Y es en virtud de ello que hemos expuesto nuestra posición respecto a la cuestión de género a fin de marcar que el ordenamiento masculino/femenino se torna estrecho para dar cuenta de los modos, siempre conflictivos, con los cuales los seres humanos definen su pertenencia a uno u otro rango.

Reducir entonces la cuestión de la identidad sexual a la diferencia masculino/femenino no es sólo empobrecedor sino incluso regresivo históricamente en relación con los aportes que el psicoanálisis ha llevado a cabo para delimitar esta cuestión tan compleja. Y siguiendo la línea que venimos desplegando, la de sostenernos en los avances con los cuales los textos freudianos fracturan tanto los modelos

1. Publicado con el título "El transexualismo infantil, un modo restitutivo de identificación", en *Actualidad Psicológica*, nº 281, noviembre de 2000. La razón del cambio de título de este capítulo se debe a que elaboraciones y revisiones posteriores me han hecho modificar la idea de una causalidad única en la determinación de la identidad sexual.

psicológicos como los de correlato biológico entre la anatomía y las condiciones de constitución de lo masculino y lo femenino –al intentar dar cuenta de un proceso de construcción de la elección sexual–, abordando las limitaciones que debemos superar, sí marcaremos los órdenes de competencia que cercan la cuestión de la identidad en su articulación con el concepto más amplio de sexualidad.

Por ello, más allá del avance producido por los estudios de género al haber hecho estallar las formas con las cuales se pretendía establecer los modos canónicos de determinación de la diferencia sexual a partir de su subordinación a las organizaciones discursivas con las cuales la ideología dominante propone la producción de subjetividad; y más allá de que su aporte implique un avance importante para la descaptura de los enunciados que abrochaban una supuesta "emergencia natural de la diferencia anatómica" a las representaciones sociales de lo masculino y lo femenino, y a las formas con las cuales el poder político de la modernidad patriarcal hacía usufructo de los mismos, debemos decir que la reducción de la cuestión a los modos como se establecen los conflictos del poder femenino/masculino no sólo es insuficiente sino además engañosa.

Hemos establecido a lo largo de nuestro trabajo la diferencia necesaria entre el orden de la sexualidad (tanto la que remite a la genitalidad como aquella que el psicoanálisis ha marcado como del rango del placer en sentido extenso: un plus no reductible a la autoconservación y que da cuenta de los movimientos deseantes, anárquicos, pulsionales –genitales o para-genitales, como ha propuesto Laplanche, dado que no constituyen un "pre" que deba necesariamente integrarse en la sexualidad genital y mucho menos ponerse al servicio de la procreación–) y aquello que es del orden de la identidad sexual, vale decir, de los modos en que el sujeto se reconoce como perteneciente a uno u otro sector en el cual, no sin dificultad, se ubican la mayoría de los seres humanos.

No parece banal volver a afirmar que indudablemente esta última operación, como toda identidad, en su estatuto tópico, se emplaza del lado del yo.

La afirmación freudiana acerca de la universalidad de la homosexualidad inconciente implica así, por un lado, una posición desprejuiciada respecto a la definición de la identidad sexual. Por otra, deja la puerta abierta para la resubjetivización del inconciente, en razón de que atribuye al inconciente una "identidad" de signo inverso a la del yo. Sobre esta cuestión me he definido fuertemente en los últimos años, planteando la necesidad de retomar el carácter del inconciente como perteneciente al orden de una des-subjetivización radical. Y ello en razón de que si el inconciente no es una segunda conciencia, si no se rige por la lógica de la exclusión, ni de la temporalidad, ni de la negación, sería impensable que en él se asentara la alternativa masculino/femenino, que implica necesariamente la lógica de la disyunción ("o" masculino, "o" femenino); muy por el contrario, en el inconciente coexisten bajo la forma inclusiva las categorías que para el yo son del orden de la disyunción.

No siendo entonces el inconciente otro sujeto, incluso de signo opuesto al del yo, es imposible sostener la creencia de que en el interior de cada uno de nosotros haya alguien –como muchas veces se ha dicho desde una perspectiva que degrada y vulgariza la cuestión– que quiere lo opuesto a lo que aparentemente queremos (si odiamos, es porque "en realidad" amamos; si somos generosos, es porque "en realidad" otro egoísta dentro nuestro quiere tenerlo todo; si somos heterosexuales, es porque "en realidad" nos defendemos de nuestro otro interior homosexual, y viceversa).

A partir de estas aclaraciones, sólo por extensión, y digamos "*pour épater*", provocativamente, respecto a las categorías aceptadas en su tiempo, Freud puede hacer una afirmación acerca del carácter universal de la homosexualidad inconciente. Afirmación que requiere ciertas salvedades, ya que en una visión más fina, entra en contra-

dicción con la legalidad misma del inconciente. Homosexual y heterosexual son categorías cuya relación lógica es de articulación-exclusión; se definen por el "o": "homosexual o heterosexual", lo cual las deja afuera de toda posibilidad de formar parte del estatuto del inconciente, cuyo modo de funcionamiento, el de la lógica del proceso primario, se caracteriza por la ausencia de contradicción.

La clasificación no es del orden del inconciente, y se estructura a partir de lo que Castoriadis ha denominado "lógica identitaria", esa lógica de la que habla la teoría de los conjuntos de Cantor, que se sostiene en una diferenciación del mundo a partir de la organización de lo real mediante los modos discursivos con los cuales las sociedades instituyen las áreas de diferenciación. En el caso de la diferencia anatómica de los sexos, capturada por la disyunción masculino/femenino, ella implica un recorte, pero a partir del sostén y la articulación entre enunciado y realidad, ya que la arbitrariedad de lo "masculino" y lo "femenino" constituye una ley de cultura, un modo de ordenamiento para el sujeto que en ella se inscribe.

Es a partir de esto que se hace necesario abandonar de una vez por todas el arrasamiento de las categorías freudianas de diversidad y diferencia, y dejar de considerar masculino/femenino como formas de ordenamiento posteriores al reconocimiento de la diferencia anatómica, o correlativas a la llamada angustia de castración. Es en virtud de que la enunciación de género se inscribe en la identidad nuclear del yo, y antes de que el niño reconozca su correlación con la genitalidad, que ésta sólo tomará significación sexual cuando se ensamble y quede articulada, entrando en conflicto con los deseos inconcientes, por un lado, y con el reconocimiento de la diferencia anatómica, por otro.

Para ir al punto que nos ocupa, digamos que las razones de trastrocamiento de la identidad sexual son múltiples, y no corresponde acá extendernos al respecto, sino señalar, simplemente, que no se reducen al posicionamiento del niño ante la castración, sino a modos de articulación muy com-

plejos entre las formas de organización de los atributos de género y los fantasmas que articulan el deseo sexual como deseo del o al otro. Ya que, como hemos afirmado en textos anteriores, la instalación del travestismo o del transexualismo anteriores al reconocimiento de la diferencia anatómica, que puede sostenerse más allá de ella y poner en jaque la identidad sexual cuando ésta se instala, no es del mismo orden que el travestismo posterior al descubrimiento de la diferencia, en el cual el género se ensambla con el sexo o, para ser más precisos, entra en discordancia con éste, y se entrecruza en las complejidades de las elecciones con las cuales deben establecerse las relaciones entre deseo e ideales.

Sólo con el objeto de dar cuenta de esta complejidad, incluiremos el relato breve de una situación clínica a la cual hemos tenido la posibilidad de acceder.[2] Se trata de un niño que se considera niña, y cuyo tratamiento fue realizado en dos momentos: una primera consulta se efectuó cuando él tenía 4 años, en la época de articulación entre el descubrimiento de la diferencia anatómica y la afirmación de la identidad de género, y un segundo tiempo en la pubertad, cuando sus preocupaciones remiten al ensamblaje genital entre los sexos.

Primera etapa: Álvaro tenía 4 años y 4 meses cuando su analista tuvo ocasión de recibirlo. *"Tenemos un niño de 4 años y 4 meses, y hace 7 meses comenzamos a notar un cambio muy marcado"*, dijo el padre en la primera entrevista. *"Se identifica mucho con las niñas. Relaciona los colores: el rosa es para las niñas y quiere muñecas, quiere ser niña. Tiene todo de niña."* Remarcamos la frase del padre: "tiene todo de niña". *"Los otros niños se sorprenden. A la escuela entró a los 2 años, algunos compañeritos sienten rechazo."* La madre agrega: *"Hace como un año le empezaron a gustar*

2. Tratamiento supervisado institucionalmente.

las muñecas. 'Yo soy niña', dice. 'Soy bruja.' Quiere vestirse de niña. Mi relación es muy buena con él, es estable y ahora llevo cinco meses de embarazo y hemos hablado mucho". El trastorno comenzó a manifestarse hace siete meses, en el momento en que los padres le plantean la posibilidad de tener un hermanito. Alvaro tiene, en ese momento, menos de 4 años. Continúa la madre: *"Era hijo único. Pensamos que ya era tiempo de embarazarse. Hace un año empezamos a hablar del embarazo."* Precisamente, un tiempo antes de que apareciera la sintomatología. *"Hace un año comienza toda esta cosa. No le gustan los monstruos ni los Caballeros del Zodíaco."* (Aparecen acá, adecuadamente, las observaciones sobre las marcas del género, cuya falla deviene enigma para los padres.) *"Le gusta mucho la música clásica. No se adapta a ir a la escuela, cualquier actividad lo aburre. Duerme con nosotros. Regresa a nuestra cama aunque lo llevemos a la de él y se vuelve de la escuela aunque lo llevemos a la escuela." "La maestra dice que en la escuela no tiene problemas, trabaja muy bien. Es más sociable ahora, un poquito retraído; pero está bien. Cuando yo voy* –dice la madre– *el niño es otro, no obedece. Ni a la hora de la comida. No se sienta con nosotros, se va para otro lado. No se sienta. Hace un berrinche de aquellos, pero no sale."*

Los padres tienen un restaurante muy grande en el cual trabajan ambos; se trata de un negocio familiar. Desde muy pequeño, Álvaro come en el restaurante; lo recogen de la escuela y la madre está en la caja mientras él come, de modo tal que puede decirse que come como un parroquiano. En general come un día a la semana en la misma mesa que sus padres, pero el resto de los días come solito, mientras su madre desde otro lugar atiende su trabajo. Esta situación cobrará importancia cuando veamos, luego, que Álvaro es un niño gordito que ya comienza a tener rasgos de obesidad. *"Le empezamos a decir que si quiere tener un hermanito, y le compramos un libro; y me preguntó si él iba a tomar el pecho como su hermanito."* En los dibujos de Álvaro, los pechos ocupan un lugar muy marcado, incluso hay "pechos

corazón" en sus dibujos, y en el vestido de una princesa dibujada, que bien podría ser considerado de una niña si no conociéramos al autor, hay un corazón en el lugar de la vagina.

Un relato de la madre acerca del modo como circulan significaciones en torno al genital femenino entre ella y Álvaro, puede dar cuenta de la valoración que la feminidad asume: *"El me pregunta '¡Ay, tus pelitos! ¿Por qué yo no los tengo?' "*. A lo cual ella responde: *"Cuando seas grande vas a tener"*. Y agrega: *"La mujer tiene pelitos y el hombre tiene pene"*. No es necesario tener conocimientos demasiado avanzados de psicoanálisis para darse cuenta del modo en que circulan las significaciones acerca de la diferencia anatómica –sin interrogarnos, por ahora, por qué este niño ve a la madre desnuda y bajo qué circunstancias se realiza la pregunta–: señalemos en principio que la pregunta viene invertida, puesto que Álvaro no se pregunta, ante la diferencia anatómica, por qué la madre no tiene el atributo que él sí tiene (pene), sino por qué ella tiene algo que él no tiene (pelos), y frente a ello, la respuestu de su madre es absolutamente extraordinaria. Ante todo porque equipara los pelitos al pene, de modo que emerge una formación de compromiso: "El hombre tiene pene, la mujer tiene pelitos", pero al mismo tiempo le devuelve, invertida, su propia fantasía infantil respecto a la diferencia anatómica: "Cuando seas grande vas a tener", le garantiza.

Esta forma de significar la diferencia anatómica se anuda, además, a un modo de concebir su propia identidad de género: *"Yo soy niña, pero estoy disfrazado de niño"*, dice Álvaro. *"Cuando se baña juega con las muñecas en la bañera, él juega con las muñecas"*, relata el padre. ¿Quién le ha comprado a este niño las muñecas?, cabría preguntarse. Porque abordamos en este punto los atributos de género, es muy distinto teorizar acerca de la arbitrariedad de los modos sociales de cualificación de la diferencia, y considerar, en el interior de una cultura particular y en lo que atañe a la crianza de un niño, que las formas de diferenciación establecidas no son válidas. La arbitrariedad de los códigos

se sustituye por la arbitrariedad parental, sin que ello suscite ninguna reflexión sobre los efectos en la mente del niño de la fractura de las formas establecidas. En este caso la razón es histórica: el padre fue criado por hermanas mujeres –deja entrever, en su relato, que mientras creía jugar con muñecas, era en realidad el muñeco alrededor del cual se desplegaba el juego– y podría con derecho afirmar que jugar con muñecas no modificó en absoluto su condición de hombre. Lo cual es verdad, pero también es necesario remarcar que lo que varía, en este caso, es aquello que Laplanche llama "el mensaje del otro": mientras que él jugaba con las muñecas de las hermanas mujeres, Álvaro recibe un juguete que es de niña, destinado a él, articulado a una propuesta que no por silenciosa es menos eficaz.

Si la identidad sexual se define por la apropiación ontológica que ejerce el adulto sobre el niño, cuando le dice qué y quién es, es indudable que en ella la determinación masculino/femenino es central, rigiéndose por cierto intento de concordancia establecida socialmente entre el sexo biológico y la identidad propuesta. Es por ello que la elección no queda librada al deseo del niño, sino que se juega del lado de los modos más estrictos de la pautación.

Esto no ocurre con la mamá de Álvaro, que comenta, como preguntando al terapeuta qué debe hacer: "*Se quería poner mi ropa, se pone mis zapatos*". Agrega que en el momento de ir a dormir, cuando está acostado en la cama, chupándose el dedo y viendo televisión, pide el camisón de la madre; pero no cualquier camisón, sino aquel que ella lleva puesto. Esta necesidad de piel materna, este deseo de un tegumento que circule entre la madre y su propio cuerpo, se relaciona con un *travestismo que podemos llamar "pre-castratorio"*, en el cual se puede entrever claramente cómo la necesidad de cubrirse con el camisón de la madre implica el retorno, a través de un *fenómeno de segunda piel*, del intento de resolución de un déficit de recubrimiento primario que forma el entramado central de la identificación narcisística. Es esta falla la que deja al niño

sometido a la angustia más profunda, a aquello que el psicoanálisis ha denominado con los conceptos de derelicción, o des-ayuda, y que Lacan definió con el concepto de des-ser.

Obesidad por un lado, recubrimiento con un tegumento artificial por otro, que dejan al niño capturado en una totalización de la imagen materna y adherido a la forma misma, forma en la cual pretende encontrar una organización y una envoltura que no tiene. Retorno simbólico, por otra parte, que se manifiesta bajo dos formas privilegiadas: por una parte, en el juego con muñecas, donde él mismo ejerce los modos de maternaje que siente insuficientes. Por otra, en la propuesta que el padre relata, cuando le dice *"vamos a jugar a la Blancanieves"*, y que, en el mismo movimiento, expresa su deseo de ser princesa y su profunda orfandad, su sentimiento de no ser mirado por su madre, la cual sólo puede verse a sí misma en el espejo que la realidad le presenta. Pero al mismo tiempo, esa propuesta de juego hace retornar, a través del mito de la manzana envenenada, la sensación de haber recibido –por los modos particulares con los cuales la incorporación del otro se produce, por la introyección "ambivalentizada"[3] que propicia– algo que no sólo atenta contra la vida sino que, fundamentalmente, se sostiene en el borde mismo de la representación de sí, un pedazo no masticable ni expulsable, sobre el cual hay que establecer algún tipo de trabajo de metabolización.

En la primera etapa, entonces, del encuentro de este niño con el análisis, se articulan tanto la falla primaria que lo deja librado al riesgo permanente de desintegración como las primeras vicisitudes teorizantes de la diferencia anatómica de los sexos. En esta etapa se manifiesta claramente que aquello a lo cual está dispuesto a renunciar, el precio que está dispuesto a pagar para lograr sostenerse

3. Hemos decidido incluir este neologismo, "ambivalentizada", para dar cuenta de los modos con los cuales el objeto queda impregnado, a partir de la ambivalencia del otro, al inscribirse en el sujeto.

articulado y evitar los riesgos de sumirse en la nada de dilución del yo, no es centralmente la renuncia al pene, sino a la concordancia entre su anatomía y su identidad sexual, por la angustia que le produce la posibilidad de desestructuración. Esta etapa queda bruscamente interrumpida cuando deciden retirarlo del análisis, alegando motivos económicos y dificultades para llevarlo; cuatro años más tarde, retornan con un niño que ya ha coagulado estos modos de organización en la representación de sí mismo.

Como si alguien pudiera dudar de las dificultades de los padres de Alvaro para posicionarse respecto al transcurrir del tiempo y la realidad, el relato se sostiene como si todo acabara de ocurrir: "*Bueno, ya nació el hermano*", dicen –¡cuatro años después!–, "*y él sí que juega con muñecos, y le interesan las cosas de niño*". Álvaro, por el contrario, no sólo no ha podido modificar esto sino que –si bien ya no juega con muñecas... y claro, ha seguido creciendo... ya tiene 8 años...– "*sigue más socializado con las niñas*", al punto que ellas le preguntan, ante su afirmación de que él también es una niña: "*¿Pero eres una niña o un cuerpo de niña?*". Esta afirmación marca claramente, en la fantasmática representacional infantil, la necesidad de cercar este enigma, tan complejo, que plantea para sus pares la disociación producida entre cuerpo e identidad, disociación sobre la cual Álvaro deberá, a lo largo de su vida, ejercer un esfuerzo enorme simbolizante y defensivo, a partir de los rumbos tomados por las formas primarias de la identificación. Cuestión que se hace evidente en el discurso de los padres, cuando afirman: "*Se dedica mucho a la reflexión*", lo que demuestra el enorme esfuerzo psíquico que atraviesa este niño, en el cual se conjugan complejas articulaciones a resolver entre la sexualidad, la identidad y el deseo.

A esta edad, se suman al enigma los modos con los cuales se ve obligado a la resolución de esa compleja situación social en la cual se siente inmerso, dado que los niños ya han comenzado a maltratarlo: "marica", le dicen; y los pa-

dres, en un intento de masculinización forzada, que va desde el juego de "luchitas" con el padre a inducirlo a que juegue al fútbol, ven fracasar, una y otra vez, el intento correctivo con el cual se pretende desarticular algo que ha devenido, en este caso, refugio seguro y modo restitutivo, en el sentido más estricto, de las angustias psicóticas de desfondamiento que lo marcan. Y él responde, en este caso, sin conflicto, asumiendo en cambio un rol de liderazgo con las niñas, a las cuales ha convocado a fundar el "Club del Condón", del que se considera presidente. De tal modo se propone, en el marco de una situación escolar que comienza a tornarse insostenible, como el adalid de la anticoncepción: educa a las niñas para que no se embaracen, habla de las virtudes de no tener hijos, transforma su drama personal, es decir, el fantasma de expulsión con el cual significó el nacimiento del hermano como coagulación de su propia imposibilidad de ser narcisísticamente visto por la madre, en una consigna de acción política con la cual se instala en el centro de la escena de las mujeres, despojándolas, al mismo tiempo, del rasgo tributario mismo del cual se sintió despojado cuando la madre le mostró, con su embarazo, la radical diferencia que los distanciaba, y que no pasaba, evidentemente, por el vello pubiano.

Hemos señalado cómo la atribución de género es anterior al reconocimiento de la diferencia anatómica, de modo tal que coexiste con la sexualidad pulsional sin obstaculizarla. Así, los deseos pulsionales que luego serán considerados por el yo como deseos homosexuales, coexisten sin conflicto con la identidad de género hasta que la diferencia anatómica marca el carácter irreductible de la diferencia y obliga, en general, a una renuncia, al sepultamiento en el inconciente de los representantes de estos modos del deseo. En este caso particular, la fuerza del trastorno de género, de la masividad de la repulsa a la concordancia con el sexo biológico, marca que, inversamente a lo que ocurre con las formas en las que lo reprimido es del orden de la homosexualidad, es la sexualidad llamada heterosexualidad la

que queda condenada, destinada a la represión, porque podría poner en riesgo la identidad asumida por el sujeto. Ello plantea una cuestión siempre difícil de dirimir respecto a la función de la alienación como constitutiva. ¿Es la identidad sexual, en general, un proceso de alienación? Y si así fuera, ¿bajo qué modos sería concebible una identidad "no alienada", aun cuando ésta encontrara su ordenamiento no en función de las metas prefijadas de la procreación, sino en el necesario equilibrio a que apela el yo en la organización transaccional que le impone el conflicto?

El breve ejemplo propuesto, que constituye más una viñeta que "un caso" en todo el sentido del término, permite extraer dos conclusiones: en primer lugar, que la identidad sexual, como lo formulamos al comienzo, es tan real como imaginaria –si por imaginario se entiende no un recubrimiento falso de lo real, sino el modo necesario, representacional, instituyente, con el cual se establecen las simbolizaciones necesarias para regular la disgregación pulsional una vez que ha estallado la sexualidad biológica, de naturaleza–. En segundo lugar, que aquellos modos con los cuales se constituye la identidad "a contrario" de la biología, en oposición a ésta, dan cuenta no de una alteración precisamente natural, sino de un modo específicamente humano, es decir, de cultura, de resolver la paradoja de la identidad en tanto diversidad a partir de la alteridad que marca el desprendimiento del otro originario. Lo que se considera "perturbado", "alienado", en los modos transexuales de constitución de la identidad sexual, es precisamente el hecho de que se organizan a contrapelo de las propuestas con las cuales la lógica clasificatoria de la cultura toma a su cargo lo biológico a partir del instituyente compartido.

Sin embargo, no es en el transexualismo donde el binarismo, que constituye esta bipartición sexual a la cual estamos habituados, muestra su mayor limitación: el binarismo es, en última instancia, una forma capturada, pero de signo contrario, que se revela tan insuficiente como eficaz para constituir la identidad del sujeto, y que por eso

es tan difícil de desconstruir –más allá de que sea cuestionable o no la propuesta de intentarlo, sobre todo en la infancia–, puesto que en ella se articula algo más que lo sexual. La insuficiencia del binarismo de género se manifiesta, fundamentalmente, en la apreciación de las diversas formas de la homosexualidad, donde falla radicalmente el anudamiento entre la identidad de género y el deseo sexual. Paradoja presente, en la actualidad, en el modo con el cual algunas conductas temerosas de realizar lo que se llama el "*comming out*", vale decir, la asunción pública de la homosexualidad, son calificadas de mariconería por aquellos que consideran que "han tenido las bolas" para enfrentarse a la condena y a la marginación al asumir públicamente su derecho a la elección sexual y amorosa.

Reducir la cuestión del travestismo infantil, así como la del transexualismo,[4] a la castración, es diluir el descubrimiento fundamental del psicoanálisis: el hecho de que la identidad se constituye como un articulador defensivo antes de que la significación de la diferencia se instale en el sujeto psíquico. Es también perder de vista que el cuerpo de la madre, antes de ser cuerpo "carente de pene", es receptáculo, continente, espacio habitable y habitado, cuya piel simbólica define las condiciones de toda identificación posible. Entre estas primeras identificaciones previas a la diferencia, momento de la *identificación originaria* y de la teorización fantasmática del enigma que se anuda a la diferencia anatómica de los sexos, el género propuesto estalla en su posibilidad articulatoria del yo, en su carácter de enunciado nuclear acerca de sí mismo, y queda abierto entonces a las formas con las cuales la elección sexual propiamente dicha, es decir, genital, encontrará un camino.

4. Sabemos que en el travestismo no hay necesariamente una desestimación del sexo biológico del sujeto. Por el contrario, en el transexualismo, el sujeto considera que el soporte biológico de su cuerpo es un error, en razón de que es "una mujer en cuerpo de hombre". Las compañeritas de colegio de Álvaro lo vieron claramente: "¿Eres una niña o un cuerpo de niña?".

8. LA ATRIBUCIÓN DE IDENTIDAD SEXUAL Y SUS COMPLEJIDADES

Luego del recorrido que venimos realizando, afirmar que la sexualidad no es un camino lineal que va de la pulsión parcial a la genitalidad, pasando por los estadios fálico y edípico como mojones de su recorrido, es una cuestión tan obvia que su permanencia como teorización espontánea en la práctica clínica no puede ser explicada más que por un prejuicio arraigado por más de un siglo en el campo analítico.

En este sentido, nos sorprendemos diariamente cuando vemos enunciar a algunos colegas que un trastorno en la identidad de género –es decir, una discordancia entre el cuerpo biológico y su representación sexuada– puede ser producto de un retraso en la maduración psíquica, o incluso efecto de la vigencia del polimorfismo perverso infantil, que el tiempo irá definiendo a partir de la "metamorfosis de la pubertad".

A este modo de concebir la evolución psicosexual, de manera simple y con consecuencias preocupantes en la práctica, debemos contraponer la idea de que el recorrido de la sexualidad se constituye como un complejo movimiento de ensamblajes y resignificaciones, de articulaciones provenientes de diversos estratos de la vida psíquica, con una fuerte incidencia cultural e ideológica, lo cual nos obliga a un deslinde riguroso de los elementos presentes en la llamada constitución de la identidad sexual.

He explicitado en diversos momentos de mi trabajo la necesidad de hacer una separación entre el concepto de sexualidad ampliada en términos freudianos –que implica el autoerotismo insubordinable, por otra parte, a la genitalidad, y definible como un plus de placer no reductible a la autoconservación, que infiltra de modo directo o a través de formas sublimatorias el conjunto de la vida psíquica, de la sexuación, atribución masculino/femenino clásicamente vinculada a la diferencia sexual anatómica– y el género, que implica el modo histórico-social de atribución de rasgos culturales a esta diferencia.

En cuanto a las nociones de "diversidad" y "diferencia" ya retomadas del pensamiento freudiano, la primera como conjunto de atributos mediante los cuales el niño pequeño define "masculino/femenino" previamente al reconocimiento de la distinción sexual en sentido estricto o al margen de él (las niñas usan aritos, los varones no; las niñas llevan el pelo largo, los varones corto, etc.), y la diferencia en términos de presencia o ausencia del atributo fálico –acerca de lo cual hemos propuesto la posibilidad de reubicarlo, dado el conocimiento precoz de la vagina y la variación valorativa de la misma por parte de la cultura pospatriarcal como atributo genital, que remite a la real diferencia y no se sostiene sólo en la portación del pene–, es evidente que aquello que Freud considera como perteneciente al orden de la diversidad, debe ser considerado hoy como del orden del género. El matiz diferencial está dado, en el nivel conceptual, porque esta diversidad, aun cuando tenga variaciones singulares, está marcada fuertemente por la cultura, y en particular por aquello que Castoriadis ha concebido como perteneciente al orden del "instituyente-instituido" –sobre lo cual volveremos–.

Freud no llegó a reconocer el alcance ni la importancia de esta división entre "diversidad" y "diferencia" (*Unterschied* y *Verschiedenheit*) para articular una propuesta respecto a la instauración de una lógica de la identidad sexual anterior a toda elección genital de objeto. Esta lógica es,

en última instancia, el modo nuclear de lo *identitario,* constitutivo del entramado básico con el cual el sujeto se posiciona ante el mundo, y entra, por supuesto, en contradicción con el deseo inconciente, con las múltiples formas con las que éste ataca, permanentemente, las llamadas certezas yoicas: ser hombre entra en contradicción con el deseo inconciente por el pene de otro hombre; ser mujer, y estar acuciada permanentemente por el deseo de acariciar el pecho de otra mujer, presenta una connotación homosexual para el yo, pero no define ninguna identidad opuesta en el inconciente.

La identidad, debemos afirmar, sólo puede estar instaurada en el yo. No existe un negativo de la identidad del yo en el inconciente, dado que el inconciente no se caracteriza por tener una identidad de ningún tipo. Si lo que caracteriza al inconciente es la ausencia de sujeto, si el inconciente es res-extensa, si está desprovisto de intencionalidad y de reflexión acerca de sí mismo, sólo por extensión y, podríamos suponer, como un gesto provocativo con respecto a las categorías aceptadas de su tiempo, Freud puede plantear que el concepto de homosexualidad inconciente posee carácter universal. Por el contrario, homosexualidad y heterosexualidad son de hecho, y al igual que ocurre con los llamados "sentimientos inconcientes" (cuyo estatuto mereció un estudio particular de la metapsicología para dejar sentado que se trata de "una manera de nominar algo una vez que lo conocemos pero que no necesariamente tiene este carácter previamente"), categorías impensables del lado del inconciente en la medida en que son articuladores lógicos esencialmente disyuntivos, "o" uno u otro, caracterizados en nuestra cultura por la lógica binaria –lo cual es, sin duda, absolutamente insuficiente ante los nuevos modos de ordenamiento de la sexualidad, ante la presunción de que no necesariamente ha sido así universalmente y, en suma, ante la evidencia de que no serían pensables del lado del inconciente, cuya legalidad es la de la coexistencia de los contrarios–.

Del lado del yo, entonces, la cuestión de la identidad, formando parte de los atributos básicos del sujeto. A tal grado que su desarticulación no puede producirse sin consecuencias severas para la estructura psíquica en su conjunto, en razón de que es este polo identitario el que centrifuga hacia lo inconciente y define los modos de ordenamiento tópicos.

Afirmar que esta atribución identitaria es del orden de lo arbitrario no implica remitirla a la arbitrariedad del sujeto, sino de los ordenamientos históricos con los cuales la subjetividad se regula. Y es necesario afirmar que la distribución de género se establece, usualmente, a partir del correlato con el sustrato anatómico del niño, regido por formas de clasificación sostenidas por los modos con los cuales ciertas reglas de cultura imponen esta distribución. El hecho de que los padres digan que su hijo es niño o niña no será efecto de una libre elección, sino de la arbitrariedad con la cual se organiza, en relación con la diferencia anatómica, la pautación básica con la cual se define la diferencia que, digamos, organiza a los seres humanos más allá de otros atributos. Es en ese sentido que decimos que el atributo que hace a la sexuación masculino/femenino no está constituido con relación a los ideales sino instituido en el ser mismo. Se enraíza en la estructura del yo y es anterior al reconocimiento de la diferencia anatómica.

Hemos hablado en otros capítulos de los cambios profundos que se han producido en la actualidad, sobre todo respecto a las nuevas cuestiones propuestas por el transexualismo y el travestismo, que hacen estallar la cómoda bipartición y los enlaces instituidos. El rehusamiento a que la anatomía defina el destino del deseo marca, de manera absolutamente inédita en la historia, el carácter no natural ni determinado biológicamente de la sexuación, poniendo de relieve, por una parte, que no hay contigüidad entre la naturaleza y la cultura, y por otra, que el reencuentro entre ambas, cuando ocurre, lleva siempre las marcas del estallido de origen.

¿Qué ocurre, entonces, cuando esta situación originaria está librada a la ambigüedad anatómica? Casos de transgénero, de intersexualidad, de hermafroditismo, como se los llama usualmente, pueden ponernos hoy en dificultades cuando se trata de intervenir de modo simbolizante en el destino psíquico del sujeto.

Gabriel es un niño que su terapeuta me presentó bajo este nombre, en México, aquejado por una hiperplasia suprarrenal congénita que produjo en su caso, como ocurre en otros, una virilización aparente sobre una base estructural femenina. "*Yo sabía* –dice la terapeuta– *que éste era un niño con un diagnóstico que se llama hiperplasia suprarrenal congénita, lo que quiere decir que es una niña que desde el útero tuvo el problema de las glándulas suprarrenales. Había un bloqueo y entonces se virilizó el feto. Y este niño nace completamente virilizado, con toda la apariencia masculina, y entonces llega así, como varón, pero yo ya sé, pues, que biológicamente es una niña.*"

En *La institución imaginaria de la sociedad*,[1] Castoriadis propone: "*Hombres y mujeres viven en una sociedad y se los puede clasificar sin ambigüedad como biológicamente machos o hembras*" –cuando la anatomía no se ve alterada dando lugar a complicaciones como la que estamos viendo–. "*La colectividad no puede prescindir de esta institución de la sociedad en un subconjunto masculino y un subconjunto femenino* [hasta ahora parecería que no puede prescindir de algún tipo de ordenamiento o clasificación, pero las formas que asume no son universales, como lo hemos visto en capítulos anteriores cuando mencionamos las prácticas berdaches]. *Pero esta no prescindencia obligatoria, o este tomar en cuenta obligatorio de la nombrada división tiene lugar en y mediante una transformación del hecho natural de ser macho o hembra en significación ima-*

1. Castoriadis, Cornelius: *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, Tusquets, 1983, p. 108.

ginaria social de ser hombre o mujer, lo que remite al magma de todas las significaciones imaginarias de la sociedad considerada."

En el caso que estamos viendo, el hecho natural que debería transformar la categoría hembra en la significación social niña viene disfrazado: un clítoris excesivamente desarrollado obtura la visión de la vagina, y a primera vista crea la imagen de un pene. El trastorno suprarrenal produce, por otra parte, una pubertad precoz, de modo tal que cuando este niño llega a la consulta, con 6 años de edad, está en riesgo de comenzar a menstruar anticipadamente.

Sus padres son muy humildes, pertenecen a una cultura indígena con pocos recursos, y consultan en el hospital del pueblo porque Gabriel hace pis sentado o agachado, y como el entorno es muy pobre y los niños comparten estas funciones en cualquier lado (en la barriada, en medio del caserío), el hecho ya es público. Y no sólo hace pis agachado, sino que "tiene mucho ardor en su penecito", como dicen los padres, y tampoco le han bajado sus testículos. Los médicos del pueblo deciden mandarlo a una evaluación en un servicio más especializado, de endocrinología, y allí se detecta que no es un pene con malformación, sino un clítoris agrandado, que este "niño" tiene vagina, y los estudios confirman la presencia de ovarios, útero y cromosomas femeninos. Es en este punto que los cirujanos deciden operar, para "restituirle" su feminidad a un niño que tiene toda su estructura constituida, primordialmente, alrededor de la masculinidad.

La pregunta formulada por la terapeuta que realiza la interconsulta conmigo radicaba en definir, una vez descubierto el sexo biológico, pero después de tantos años de identidad constituida, cuál es la decisión adecuada con respecto a la cirugía, y cómo enfrentar la opinión médica que consiste, en este caso, en no informar a los padres acerca del diagnóstico, ya que se considera que éste producirá una situación de enorme conflicto en gente que supuesta-

mente tiene una baja capacidad simbólica para entender un hecho de esta magnitud, actitud a la cual la terapeuta se opone por considerarla prejuiciosa y desestimatoria.

El equipo médico, que ya se había hecho cargo en este hospital público, merced a una investigación, de otros cuarenta casos de "intersexualidad", como los denominaban, sabía cómo otros padres padecían la situación, y trataba de disimular estos diagnósticos recurriendo a explicaciones tales como: "el niño tiene una hernia", "es un tumor", "nació con una enfermedad de los riñones", "padece de la vesícula", ya que se torna muy vergonzoso para la familia asumir este tipo de alteraciones congénitas de carácter genital, al ligarlas al pensamiento religioso y a la idea pecaminosa de la sexualidad.

Gabriel tenía 5 años y 10 meses cuando los padres lo llevaron por primera vez a consulta porque le dolía orinar. "*No vinimos antes por falta de dinero, porque teníamos la esperanza de que el pene pequeñito le creciera y los testículos le bajaran solos*", dicen. Es tal la apariencia masculina de Gabriel que en la primera exploración hecha en el Instituto por el Servicio de Cirugía se lo diagnosticó como un varón, con los testículos que no habían descendido, y que no orinaba por la punta del pene, pero al fin y al cabo un varón, al que incluso se programó para corrección quirúrgica.

Ni Gabriel ni sus padres saben que su biología es femenina. Más aún, el niño consulta porque le preocupa la situación de su pene, y espera que la ayuda médica le permita un mayor nivel de coherencia con su identidad masculina. Inquieto ante la burla de los otros niños, que lo tratan mal por tener deficiencias como varón, espera de los médicos toda la ayuda para un desarrollo genital más armonioso de su masculinidad.

Es evidente que la decisión no es sencilla. Por supuesto que los padres deben estar enterados, y también el niño, dentro de ciertos límites, pero la cuestión más importante está marcada por la imposibilidad de retorno al pasado. Gabriel es, desde todo punto de vista, y hasta ahora, un

sujeto masculino. ¿Qué ocurrirá cuando sufra el embate puberal?

Al respecto, hay una idea extraordinariamente esclarecedora de Laplanche:

> En el ser humano, lo adquirido viene antes de lo innato. Nada permite suponer un determinismo genético en la aparición y la evolución de esta sexualidad infantil, ni por ejemplo, un mecanismo hormonal en la sexualidad oral o anal [...] La sucesión de los supuestos "estadios" es muy discutible. Lo que debe concluirse es algo que nos deja estupefactos: en la sexualidad humana y su desarrollo, *lo adquirido sobreviene no sobre la base de lo innato, sino* antes *de lo innato.* Esto es muy importante para la psicología de la adolescencia: en el momento en que llega el instinto, el terreno ya está totalmente ocupado por la pulsión, por el fantasma. De allí la idea de un recruzamiento, en ese momento, entre la pulsión y el instinto. Lo que hay que subrayar es que por ese hecho, el componente genético de la sexualidad humana no puede permanecer incambiado. Sus profundas variaciones en el hombre así lo demuestran.[2]

Si la implantación pulsional, dependiente del otro humano, se instala como sexualidad ampliada antes de que el ser humano desarrolle el instinto sexual que daría lugar a la genitalidad, es inevitable que no haya posibilidad de que el instinto se despliegue tal cual, salvo que el psiquismo no se hubiera constituido previamente. En el psiquismo humano la genitalidad ya no es instinto sino deseo fantasmatizado, no está sujeta a ciclos, como dijo Lacan, no es impulso natural, no se rige por un destino de procreación de la especie.

La instauración de la identidad sexual tampoco es desenlace natural sino *a priori* constitutivo, prerrequisito de existencia simbólica; el sujeto debe saber *qué es* –ontoló-

2. Laplanche, Jean: "Conferencia acerca de Psicoanálisis y Biología: realidades e ideologías", *Revista Uruguaya de Psicoanálisis,* 1998, 87, pp. 125-136.

gicamente humano, como lo determina el otro– y *quién es*, en el entrecruzamiento de identidades del cual la identidad sexual es nuclear. Y si dijimos antes que esta instauración es constitutiva del yo, y que no puede ser desarticulada sin riesgos severos para el psiquismo, se enlaza en la conjunción entre el género y la sexuación con la cual se biparte, en nuestra cultura, el ordenamiento que regula, si no la sexualidad, sí el rango de emplazamiento ante la alteridad.

Si se pretendiera que Gabriel deje de ser varón, no sólo perdería su identidad en términos sexuales, sino su nombre, su linaje, todo lo que lo posiciona como sujeto en el mundo –lleva el nombre de su padrino, se ubica en una serie históricamente constituida–. Por otra parte, suponiendo que su esquema cromosómico sea femenino, ¿qué ocurrirá, al llegar al desarrollo puberal, con el enfrentamiento entre hormonas femeninas e impulsiones que podemos considerar masculinas, entre deseos masculinos y caracteres genéticamente determinados que no le permitirán ejercer su masculinidad *a pleno*? La cuestión está en el "a pleno", que es una ilusión efecto del biologismo en la determinación de la identidad de género, porque, por otro lado, Gabriel es considerado como "mariquita", o "puto", por los otros niños del pueblo, que no aceptan su manera de orinar, y su madre lo ha encontrado jugando con las muñecas de la hermanita, juego que consiste en desvestirlas y explorarlas, de modo que no tiene el carácter clásico que hace a un trastorno de género, sino que se vincula a la búsqueda de la resolución de un enigma que le produce padecimiento.

Que la realidad simbólica produce nuevas realidades es algo que este caso ilustra bien. Se percibe claramente la idea, propuesta por Castoriadis, de que la lógica identitaria, lógica de conjuntos, ocupa un lugar fundamental en la construcción de categorías a partir de ordenamientos que son instituidos y a su vez instituyentes. Vemos cómo esta determinación de conjunto inclusivo constituye una dimensión esencial y no eliminable de la identidad, y no sólo a nivel del lenguaje, sino de la vida y de toda actividad social.

Y la existencia misma de la sociedad es imposible sin estos actos que consisten en distinguir, elegir, poner, reunir, contar, designar, el lugar específico en el cual un sujeto será emplazado, para que desde allí pueda entrar en contradicción, rebelarse, poner en cuestión, los modos clasificatorios.

El planteo acerca de que la identidad sexual es arbitrariamente atribuida a partir de una lógica de la bipartición es tan cierto como falaz. Guarda en sí la ilusión libertaria pero imposible, residual del siglo XIX, de que los seres humanos pueden elegir al margen de sus determinaciones y sin constricciones. La respuesta filosófica, política y científica a esto consiste en reconocer que esta arbitrariedad no es eterna ni fijada para siempre, pero que es necesaria y que su permanencia, mientras rige, posibilita un marco para definir tanto el propio ser como sus límites, y para poder luchar contra ellos.

En el caso de Gabriel, no se puede corregir con el cuchillo lo que se instituyó de manera simbólica. La historia famosa de John/Joan,[3] al cual se le cercenó el pene luego de un accidente ofreciéndole una existencia femenina de la que luego trabajosamente escapó, es el ejemplo más terriblemente doloroso de que la arbitrariedad tiene un límite, y éste está dado por los modos instituyentes en cuyo marco el sujeto se instituye.

Hemos mostrado en capítulos anteriores cómo aun en las sociedades que reconocen una tercera categoría, sexualmente intermedia –como los berdaches entre los cheyennes, los xanith de Omán y lo mahu tahitianos,[4] donde los casos de género andrógino funcionan en una tripartición–, los

3. Se puede consultar Colapinto, John: *As Nature Made Him: The Boy Who Was Raised As a Girl,* Nueva York, Harper Collins Publisher, 2000, así como el anuario de la revista *Rolling Stones*, 1998.

4. Véase Withehead, H. y Ortner, S.: *Sexual Meanings: The Cultural Construction of Gender and Sexuality*, Cambridge, Cambridge University Press, Paperback, 1981; Lowie, R. L.: *Historia de la etnología*, México, Fondo de Cultura Económica, 1946, además de otras referencias ya citadas.

individuos deben escoger una identidad para toda la vida y atenerse a las reglas prescriptas de comportamiento sexual.[5] Si un berdache no puede casarse con otro berdache sino sólo una vez asumida la identidad femenina de género, es evidente que la pautación termina en bipartición, aun cuando exista un rango que está constituido por dos categorías de sujetos. Whitehead, que estudió el fenómeno berdache en las sociedades indianas de América del Norte, y la sociedad zapoteca, afirma que en muchos sentidos parece corresponder a un modelo de organización del sistema sexo genérico, donde la posición del hombre y la de la mujer están asociadas a ciertas áreas de trabajo predeterminadas; en otras palabras, el sistema cultural pone en primer plano la ocupación en la definición del género y no la pertenencia sexual biológica. Sin embargo, el concepto de tercer género, como es usado por algunos autores, como repertorio de características de ambos sexos coaguladas en un individuo, es demasiado estrecho y descriptivo, y oculta la complejidad de roles, de identidades, de interrelaciones contradictorias entre lo biológico, la sexualidad y el género.

Resta agregar que si masculino y femenino corresponden al orden de la creencia, de los enunciados compartidos con los cuales toda sociedad establece sus premisas sosteniéndose en una lógica de la disyunción, sería reductivo y banalizante suponer que por ello son fácilmente descartables. En el plano de instauración de la realidad, la creencia opera como fundamento simbólico, que sólo puede ser desechado cuando es perforado por la vivencia que lo hace entrar en contradicción y somete a caución su validez. Y ello en virtud de que así como no hay posibilidad de superación de la ideología sino de relevo, ni destitución del

5. Gilmore, D. D.: *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*, Barcelona, Paidós, 1994.

imaginario yoico salvo por otro más acorde con la verdad, tampoco el orden de la creencia puede ser desechado bajo la suposición de que los modos simbólicos con los cuales se organiza el ordenamiento de la realidad no tienen una realidad material que trascienda al sujeto. Su transitoriedad no los hace menos verdaderos: son destituibles pero verdaderos mientras permitan ordenar y cercar un conjunto de fenómenos que quedarían librados a la desarticulación si éstos no existieran.

Y no quisiera terminar estas líneas sin detenerme aunque sea brevemente en una cuestión que deviene hoy acuciante, y que hace a la determinación identitaria en los casos en que se presentan este tipo de anomalías biológicas que obligan a una toma de partido que, por supuesto, jamás es totalmente satisfactoria. Supongamos que se hubiera detectado a tiempo en Gabriel esta hiperplasia suprarrenal, de modo tal que la determinación de su instalación en la bipartición masculino/femenino hubiera tenido otro destino. Indudablemente, la cirugía debería haberse efectuado, en el momento apropiado, para evitar trastornos de todo orden: tanto funcionales como psíquicos. Gabriel sería una niña cuyo clítoris debería ser reducido, y una cirugía plástica resolvería, al menos anatómicamente, la coherencia entre su identidad sexual y su biología. Pero esto ya ocurrió de otro modo, y ahora la cuestión radica en decidir cuál operatoria implica menos costos y riesgos desde el punto de vista psíquico, y no sólo orgánico. Sabemos que si Gabriel tiene asumida su identidad masculina, es probable no sólo que su feminización sea inaceptable, sino que elija, luego, como lo han hecho otros sujetos atravesados por este mismo dilema, modos de restitución quirúrgica de la identidad trastocada.

Como en todo ser humano, la identidad funciona como una suerte de "*imprinting*" invertido: propuesta por el otro, metabolizada de una u otra forma, el modo con el cual se establezca la combinatoria compleja entre deseos y referencias discursivas definirá su destino. La identidad se-

xual, amenazada siempre por los deseos contradictorios que el inconciente impulsa, debe sin embargo lograr una cierta estabilidad que no dependa de la elección amorosa o genital de objeto amoroso, sino de los modos con los cuales el sujeto se instituya en el interior de una red simbólica que lo sostenga sin asfixiarlo.

POST SCRIPTUM

Luego de la publicación de este texto en la revista *Actualidad Psicológica,* la Red Transexual Argentina me hizo llegar por e-mail una carta cuyo núcleo central considero necesario dar a conocer. Se trata de una objeción al párrafo en el cual aludo a la cirugía que pudo haberse realizado precozmente, para evitar el dilema actual planteado y las consecuencias de una atribución de sexo de tan complicada evolución. A continuación transcribo el texto recibido:

> Por la presente los abajo firmantes queremos manifestar nuestro profundo malestar respecto del artículo publicado por Silvia Bleichmar en el número de *Actualidad Psicológica* consagrado a la "Identidad Sexual", y titulado "La atribución de identidad sexual y sus complejidades".
>
> En dicho artículo Bleichmar se muestra, en principio, contraria a someter a un niño con hiperplasia suprarrenal congénita a una "corrección" quirúrgica de su identidad a través de la feminización de sus genitales. Sin embargo, hacia el final del artículo Bleichmar argumenta en favor de la realización de una cirugía genital en los siguientes términos: "Indudablemente, la cirugía debería haberse hecho, en el momento apropiado, para evitar trastornos de todo orden: tanto funcionales como psíquicos". Puesto que el niño tiene poco más de 5 años, el "momento apropiado" sólo puede significar un momento *anterior*. Tal y como intenta anticipar la autora, "Gabriel sería una niña cuyo clítoris debería ser reducido y una plástica resolvería, al menos anatómicamente, la coherencia entre su identidad sexual y su biología".
>
> Para decirlo claramente, y desde un principio, Bleichmar aparece defendiendo una práctica muy concreta –la reducción

del clítoris por vía quirúrgica– con la esperanza de que esta intervención evite "trastornos" tales como el producido: la identificación masculina de un niño que, corporalmente, es una niña con genitales virilizados no modificados. Esta y otras cirugías "normalizadoras" realizadas en casos de intersexualidad han sido y son consideradas repetidamente como mutilaciones genitales infantiles desde los campos de la medicina y la psiquiatría, la historia, la bioética, los estudios de mujer y género, y la antropología. El carácter arbitrario y mutilante de estas cirugías ha sido además denunciado por el movimiento internacional de personas intersex, personas que han experimentado en su propia carne el horror corporal que encierran propuestas como la criticada. Las demandas del movimiento intersex han sido acogidas, además, en diferentes ámbitos de decisión ética y política, desde la Corte Constitucional Colombiana a la Plenaria de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU; desde las Relatorías en Violencia contra la Mujer y Salud de Naciones Unidas al pronunciamiento público de la Comisión Internacional por los Derechos Humanos de Gays y Lesbianas. La mutilación genital infantil intersex ha sido incorporada en nuestro país a las agendas de movimientos a favor de los derechos sexuales y reproductivos, y también en la de aquellos que luchan contra todas las formas de la discriminación, la opresión y la violencia basadas en la orientación sexual, la identidad y la expresión de género.

Las cirugías"tempranas" realizadas para "normalizar" genitales femeninos "virilizados" tienen consecuencias que no se mencionan en el artículo: dejan cicatrices, producen insensibilidad genital y constituyen, para quienes las han padecido y las padecen, una vivencia ciertamente traumática, invasiva e innecesaria. Eticamente, implican una violación injustificable de la integridad corporal y un desconocimiento brutal de la autonomía decisional de niños y niñas intersex, incapaces de prestar su consentimiento informado. Su práctica constituye uno de los sitios donde aún hoy el malestar en la cultura intenta resolverse sobre el cuerpo de los individuos y a través de su manipulación tecnológica. Lejos de evitar los "trastornos" esgrimidos como justificación por Bleichmar, tales intervenciones quirúrgicas –incluyendo la reducción quirúrgica del clítoris– no instalan en los cuerpos intersex la ansiada "normalidad" por vía de la técnica biomédica; por el

contrario, inscriben de modo permanente en la subjetividad intersex la experiencia terrible e insoslayable del daño y refuerzan, en cada ejecución, los estereotipos corporales del género que regulan las vida de todos y todas. Aún más: Silvia Bleichmar parece desconocer en su proposición que la mentada "coherencia" entre "identidad sexual y biología" no es más que el producto de la regulación biomédica histórica de la genitalidad –en este caso, de la genitalidad femenina–. Regulación que excede ampliamente la "corrección" del tamaño de los genitales –en este caso, del clítoris– para proyectarse hasta alcanzar persistentemente la sexualidad "correcta" de las mujeres. El argumento esgrimido en este caso aparece como deudor de esta misma tradición, esta vez bajo el recurso a la identidad de género y su necesaria "coherencia" corporal: pareciera posible, según su argumento, anudar una generización "correcta" a través de la intervención quirúrgica feminizante sobre los genitales –siendo que una cierta genitalidad no ha garantizado nunca ni la identidad de género ni la sexualidad de *nadie*–. La pretensión teórica de anclar la identidad de género en la apariencia exterior de los genitales permanece aún hoy como un enunciado desmentido cotidianamente por las narrativas experienciales intersex, aunque tal desmentida no alcance para detener la fascinación cultural por los bisturíes ni el compromiso de la teoría con concepciones atávicas acerca de la corporalidad –tales como el tamaño "correcto" del clítoris–.

Frente a una situación como la planteada en el artículo existen y se practican en la actualidad opciones terapéuticas no cruentas y centradas en el o la paciente; para el caso narrado por Bleichmar, al diagnóstico temprano de la hiperplasia suprarrenal congénita podría perfectamente haber seguido la identificación femenina de la niña en cuestión, sin necesidad de intervención quirúrgica alguna. Se trataría de una niña con un clítoris diferente en su tamaño al de otras niñas, que debería, junto a su familia, recibir información, contención y protección adecuadas. La decisión de realizar una intervención quirúrgica debería entonces ser reservada a la paciente, en pleno conocimiento de técnicas y resultados quirúrgicos y en pleno goce de su derecho a decidir libremente acerca de su cuerpo y su sexualidad. Habitar la diversidad corporal no es sencillo; pero mutilar los cuerpos como salida de esa dificultad nos convierte en una sociedad salvaje y pres-

criptivamente cerrada a la experiencia concreta de esa diversidad y sus desafíos.

El artículo, a todas luces bienintencionado, falla en algo fundamental: en el acercamiento éticamente comprometido y mejor informado a aquellos sujetos sobre cuyos cuerpos y cuyas vidas se aconseja. Invitamos a usted, a Silvia Bleichmar y a sus lectores y lectoras a acercarse a la producción actual sobre intersexualidad –producción testimonial y crítica a partir de la cual creemos que será posible intervenir analíticamente sin desconocer ni la subjetividad y los derechos de niñas y niños intersex, ni los efectos del bisturí en la carne–.

Atentamente,

Lic. Mauro Cabral
Lic. Ariel Rojman
Dr. Dawson Horwitz

Con la adhesión de las siguientes personas y grupos: Dra. Paula Viturro; Dr. Fabricio Forastelli; Dra. Silvia Delfino; Dr. Gustavo Blázquez; Dr. Ricardo Duranti; Lic. Gabi Benzur; Lic. Andrea Lacombe; Curtis Hinke; Yuderkys Espinosa; Matías Besteiro; Diego Fernández Ballestrini; Alejandra Martín; Lohana Berkins; ALITT; Desalambrando; Espacio Re.Sa.Ca; Católicas por el Derecho a Decidir, Córdoba; RedTrans.

A modo de reflexión

Entre los argumentos en debate, está el hecho de que se considera atentatorio desde la perspectiva de los derechos humanos el ejercicio de cirugías cruentas de reatribución de género, y que en este caso particular ello implicaría una ablación que dejaría librada a la futura niña a la imposibilidad del goce en razón de que se produciría una mutilación del clítoris.

Entiendo perfectamente tal argumentación, y no puedo dejar de referirme, una vez más, al penoso caso que sentó precedente, no sólo porque sometió a quien padeció la reasignación de sexo a una vida penosa sino porque ésta culminó en el suicidio que se efectuó hace pocos años. Me

refiero al caso de John-Joan,[1] cuyo cambio de sexo incluyó una castración clínica y otras cirugías genitales, seguido de un acondicionamiento psíquico y hormonal que duró años. Se trató, por supuesto, de una decisión arbitraria de los médicos con el acuerdo de los padres, a partir del intento de "subsanar el error" cometido al mutilarle el pene durante una circuncisión mal realizada. Siguiendo los consejos del Centro Médico John Hopkins, se le realizó una operación de cambio de sexo, que incluyó una castración clínica y otras cirugías a los genitales, siendo él un bebé, con la intención de transformarlo en niña.

John-Joan padeció brutalmente este proceso, acerca del cual afirmó que lo que le hicieron en el cuerpo es, en definitiva, menos grave que lo que le hicieron en la mente, una suerte de guerra psicológica en su cabeza. Y cuando decidió revertir esta situación al llegar a la adolescencia, se rehusó al cambio de sexo propuesto durante años, resolviendo, a los 16 años, realizarse una cirugía para restituir la masculinidad perdida.

El caso fue tomado como un paradigma del fracaso de la teoría médica en cuanto a la reasignación de sexo, y a la posibilidad de controvertir las tendencias del sujeto. Y el sufrimiento de John-Joan se ha convertido en motor de la lucha por los derechos humanos de los movimientos transexuales, al poner de relieve que la arbitrariedad externa no puede ser ejercida con violencia sobre el sujeto que la padece.

He sopesado cuidadosamente la cuestión, y en particular la idea que presentan algunos militantes de derechos civiles de dejar al niño decidir, en casos como éste, en el momento adecuado, su elección sexual. Debo confesar que no me siento inclinada por esta posición, aun cuando comparto

[1] La revista *Rolling Stone* publicó, en su número de diciembre de 1998, y antes de que se produjera el suicidio de John-Joan, un texto de John Colapinto ea través del cual el lector puede asomarse al terrible sufrimiento padecido por este hombre a lo largo de su vida.

plenamente el párrafo con el cual la Red Transexual plantea la posibilidad de adjudicación de género sin que eso implique correspondencia directa con el cuerpo anatómico.

Pero a su vez es indudable que no se trata en el caso de Gabriel, al menos en los orígenes, de una reasignación de sexo, sino de una *asignación*. Asignación necesaria para ingresar a la cultura, y en definitiva no de mayor violencia simbólica que la imposición del nombre y de la identidad de pertenencia. Considero, en última instancia, que la no asunción de la obligación de una asignación desde el adulto respecto a la propuesta identitaria, puede tener consecuencias más graves que una asignación a revisar por el sujeto. Esta última posibilidad amplía los márgenes de libertad, en la medida en que contempla la transformación de lo dado pero crea un punto de referencia del cual partir, lo cual es necesario en todos los planos de la constitución subjetiva.

Se podría tomar otra opción, la propuesta en el texto recibido –que consiste en no realizar la cirugía asignando al mismo tiempo en el momento del nacimiento el sexo femenino a la niña en cuestión–, pero considero que los costos psíquicos de una crianza en estas condiciones serían excesivos para la mente infantil, e incluso plantearía dudas respecto al modo con el cual la representación de sí misma entraría en riesgo.

Esta niña no fue de origen un caso de inter-sexo, ya que todos sus caracteres primarios son femeninos, de modo que si bien la cirugía implica un aspecto cruento, de haber sido realizada en los comienzos de la vida no hubiera implicado el sufrimiento que conlleva cuando es escogida en la pubertad. No descarto una solución como la que propone la Red, y comparto absolutamente sus preocupaciones por enfrentar el prejuicio de una "anatomía perfecta" en un sujeto "destinado a una normalidad natural divinamente planificada", pero quisiera retomar la expresión misma de John-Joan cuando afirma que más que la intervención

quirúrgica, lo que le hicieron en la mente, la guerra psicológica que padeció, fue el mayor daño sufrido...

Entiendo la posibilidad de que la cirugía pudiera implicar un desmedro en el goce sexual futuro, o incluso propiciar una frigidez definitiva, pero no sé si esto es irresoluble, o incluso nuevas técnicas debidas al avance científico podrían evitarlo, y en todo caso no es una cuestión ausente tampoco en la elección del transexualismo, cuando el goce queda subordinado al placer que se impone desde el confort asumido de poder conjugar la elección amorosa-sexual con la identidad de pertenencia.

He demostrado ampliamente que no considero que el género, o la identidad sexual, deban necesariamente estar en "armonía natural" con la anatomía, pero en ese caso se trata de una convicción del sujeto, que plantea el equívoco de la naturaleza y pide ser reconocido como perteneciente al rango en el cual se ve posicionado –no que ha escogido, sino que se precipita sobre él–, lo cual no es exactamente el caso.

No doy por cerrados estos argumentos, y seguiré cuidadosamente no sólo las teorizaciones sino las investigaciones y propuestas al respecto. Pero no veo aún motivo para modificar el texto anteriormente expuesto, y dejo abierto el intercambio con todos aquellos que asuman la difícil tarea de enfrentar las nuevas formas de sexualidad que se inauguran.

9. PARA PUNTUALIZAR: LA IRREDUCTIBLE AJENIDAD DEL OTRO

Hemos intentado, a lo largo de nuestro trabajo, abordar la cuestión de la sexualidad masculina sabiendo que los enunciados de validez transitoria, los prejuicios, las improntas de la época en la cual la producción teórica se ha generado, atraviesan al psicoanálisis que se ve necesitado, cada vez con más urgencia, de una reubicación y eventual depuración de los aspectos contingentes y accidentales que lo encadenan. La situación actual respecto a la sexualidad y los nuevos fenómenos a los cuales nos confrontamos no implican en sí mismos ni una validación ni una refutación *in toto* del corpus de teoría atesorado por el psicoanálisis, pero ponen más que nunca en evidencia las *impasses* de arrastre y obligan a un proceso de reordenamiento de las verdades de mayor permanencia, diferenciándolas de aquellos elementos efímeros que acompañan necesariamente su implantación en el interior de una época.

¿Qué analista de niños no se siente hoy ridículo al interpretar la escena primaria como engendramiento de hermanos, no sólo ante un paciente que es hijo adoptivo sino ante un niño molesto que, en conocimiento de los cuidados anticonceptivos de su madre, hace estallar en el interior de la sesión de análisis el ensamblaje ya caduco entre sexualidad y procreación que el analista se siente obligado a sostener más allá de toda experiencia?

La dificultad del adulto frente al niño para abordar la sexualidad sin pacatería no sólo remite a la propia sexualidad infantil, sino a la compleja posición que reactiva, en la transferencia analítica del trabajo con niños, la asimetría que coloca inevitablemente al adulto como seductor al introducir la sexualidad en el marco de la disparidad de saberes y de posibilidades.

Para puntualizar, enfaticemos la necesidad de separar, como proponía Spinoza en el caso de la Biblia, las verdades permanentes –en lo que respecta al texto sagrado, aquellas que atañen a la ética– de los aspectos históricos, circunstanciales, que las acompañan y que se tornan indefendibles. Esto constituye un modelo de base en toda disciplina que pretenda dar cuenta de su propia marcha, y en función de ello se hace necesario en psicoanálisis producir una depuración de los paradigmas, diferenciando su carácter en tres grupos cuyo estatuto no es homologable:

1) Podemos situar, en primer lugar, aquellos enunciados que sostienen conceptos cuya coherencia teórica y fecundidad explicativa siguen teniendo vigencia, los cuales constituyen el núcleo duro de la teoría psicoanalítica de la sexualidad y el eje de la clínica. Sin intentar un ordenamiento exhaustivo ni jerárquico, estos conceptos serían los siguientes: el carácter ampliado de la sexualidad (es decir, la pulsión, la sexualidad infantil, la aparición de un modo que redefine la autoconservación bajo premisas no determinadas biológicamente); el ordenamiento de la psicopatología alrededor de la significación libidinal del síntoma; la materialidad representacional determinada por el campo libidinal; el carácter sexual de las relaciones primarias de constitución subjetiva, el lugar del adulto en la implantación y la regulación de estos intercambios; el ordenamiento del campo deseante alrededor de la fantasía; la infiltración constante del registro autoconservativo –biológicamente determinado– por el representacional –libidinalmente implantado–; el modo de normativización y ordenamiento de

la sexualidad infantil concebida como caótica y auto-atacante; la determinación de una tópica que regule intrasubjetivamente sus posibilidades de aceptación por parte del sujeto y su ejercicio; el posicionamiento del inconciente como lugar de resguardo de esta sexualidad infantil en su carácter de motor deseante, y al mismo tiempo como garantía de su permanencia en un espacio que no afecte de modo excesivo las representaciones del sujeto acerca de sí mismo en su cultura y tiempo histórico de pertenencia.

2) En segundo lugar, debemos tomar en cuenta que la mayoría de estos desarrollos se ven atravesados tanto por las vicisitudes de la obra freudiana y las contradicciones que inevitablemente la atraviesan en la búsqueda de ampliación de horizontes explicativos, como por un siglo de psicoanálisis que ha coagulado, desarrollado y empobrecido simultáneamente muchos aspectos que han quedado sepultados por la herrumbre del tiempo y han acumulado multitud de hipótesis adventicias de las cuales deben ser rescatados los núcleos duros de verdad que poseen. Ello sólo puede darse sobre la base de un reposicionamiento que ponga de relieve las aporías que encierran y los obstáculos que conllevan.

Se hace necesario entonces una toma de partido en el interior de la obra freudiana o incluso lo que podemos llamar una "puesta sobre sus pies" de aquellos conceptos que quedan empantanados en el interior de cuestiones más generales que deben ser replanteadas. En primer lugar, la revisión del carácter endogenista de la pulsión tanto en su condición de fantasma filogenético como de delegación de lo somático en lo psíquico, y la profundización de la línea esbozada pero no dominante en la obra de Freud respecto al campo del apuntalamiento como lugar de fractura y emergencia de lo sexual, y no como lugar de apoyo de lo sexual en lo biológico. Con respecto a la pulsión, la descaptura del "preformado" de los estadios libidinales como linealmente constituidos y la acentuación del carácter

contingente no sólo del objeto sino de su instalación misma, para recuperar la línea débilmente esbozada pero persistente en los textos freudianos sobre la función del otro humano no sólo con respecto al destino sino a la instalación misma de la sexualidad. En la misma dirección, la redefinición del Edipo, no sólo en el sentido de reubicación de la flecha que originariamente apunta del adulto hacia el niño (y cuya inversión metabólica marca la inscripción del deseo en el inconciente), sino también descapturándolo del modo clásico que ha adoptado la familia históricamente constituida como pautación de la diferencia de los sexos. En este sentido, se debe recuperar el carácter central del concepto: en principio es el ordenador de la pautación de los intercambios que pone coto al goce entre el adulto y el niño, pero a partir de la redefinición anterior y de la fundamental asimetría en la cual se constituye la sexualidad de la cría humana con respecto al adulto, es ordenador de la pautación que "pone coto a la apropiación gozosa del adulto respecto al cuerpo del niño". Esta última hipótesis, pienso, retoma lo fundamental de la propuesta del carácter normativizante de la cultura encarnado en la prohibición del incesto pero, al mismo tiempo, abre el camino para comprender los nuevos modelos de gestación y crianza que comienzan a aparecer, y coloca en primer plano aquello que vincula sexualidad e inconciente, más allá de todo atrapamiento moralista. En la misma dirección, y tomando el concepto de función del padre como función de castración –ya presente en Freud y reconceptualizado por Lacan como "nombre del padre" o inscripción de la "metáfora paterna"–, se debe posibilitar el reordenamiento de la función terciaria de mediación de deseos entre el niño y el adulto, impulsando su descaptura de los modos con los cuales la sociedad patriarcal abroquela la relación entre ley y autoridad.

Con respecto a la castración, habría que situar en primer plano el enigma de la diferencia anatómica como paradigma –al menos hasta el presente– de la alteridad inscripta en principio como interrogante ligado a la sexua-

lidad, pero que no se reduce a ésta. Por otra parte, proponemos desarticular el abrochamiento entre significante fálico y pene, por considerar que esta soldadura es efecto del modo con el cual el psicoanálisis ha rellenado, mediante la teoría sexual infantil de un período histórico determinado, un enigma esencial acerca de la incompletud ontológica.

3) Por último, la depuración dentro del corpus teórico de los enunciados indefendibles no sólo desde el punto de vista de la historia de la humanidad, sino por resultar obsoletos y obstaculizantes desde el punto de vista intrateórico. Éstos, a su vez, pueden dividirse en dos grupos:

a) Aquellos que toman el carácter de clichés e intentan respuestas no satisfactorias para abordar fenómenos cuya explicación se torna hoy imprescindible, y que en su afán de dar coherencia operan al modo de elaboraciones secundarias, ofreciendo hipótesis adventicias que producen "una acumulación obscena" (en términos de Kuhn) de irregularidades en razón de limitaciones previas que la teoría arrastraba. A modo de ejemplo: si el lamarckismo que da origen a la teoría filogenética no tiene ya ningún asidero en la biología contemporánea, el carácter filogenético de las fantasías originarias constituye aún un lastre que obliga a elaborar nuevas respuestas acerca de la regularidad de las fantasías originarias y a otorgarles su estatuto recuperando el carácter de problema a resolver que propicie un ensamblaje diferente del hallazgo. Del mismo modo, la compulsión de repetición no puede sostenerse ya en una metafísica biológica de la pulsión de muerte, y requiere un sistema explicativo más adecuado, tanto intra como interteóricamente, acorde con nuestra práctica clínica. Sin ceder en nuestra insistencia con respecto al carácter indomeñable del deseo y a la imposibilidad de éste de ser reabsorbido, por un proceso madurativo, en la sexualidad reproductiva, lo que se sostendría en una teoría lineal de los estadios

libidinales. Se trata de despegar a la pulsión de muerte de su carácter mítico e inoperante para la comprensión de los fenómenos que abordamos, y resituar su carácter aniquilador del lado de la desligazón representacional a la cual el movimiento pulsional somete al psiquismo cuando ha logrado niveles de organización mínimos. No podemos, por otra parte, dejar de tener en cuenta que aquello que sostiene como *error de base* a ambas cuestiones, la pulsión de muerte y la teoría filogenética, radica en mantener una contigüidad entre la naturaleza y la vida representacional, y en el límite mismo, una dependencia de la segunda respecto a la primera, en cuyos excesos –"la metabiología" de Ferenczi, el ello concebido como "madre natura" en Groddeck, la radicalización del instinto de muerte en Klein– no puede dejar de reconocerse la raigambre freudiana.

b) Las aserciones que forman parte, lisa y llanamente, de las limitaciones que se plantean al pensamiento de Freud en razón de estar situado históricamente. Estas limitaciones atañen fundamentalmente a dos órdenes de cuestiones: las inevitables limitaciones ideológicas relativas a los prejuicios morales de su tiempo, que conducen implacablemente a que su posición, a pesar de ser con respecto a la sexualidad profundamente revolucionaria para su época y de haber establecido núcleos permanentes de verdad que sostienen la fecundidad clínica y teórica del psicoanálisis, no pueda quedar exenta de ciertas impregnaciones de su tiempo insostenibles hoy en día. Y esto porque sabemos que, *por muy revolucionario que sea el forzamiento de los prejuicios morales de una época que un gran pensador logre imponer, ningún ser humano puede ir más allá de los límites posibles para pensar lo impensado en esa época* –y que al mismo tiempo todo pensamiento realmente genial dice cosas que su época no puede capturar, cosas que están destinadas a ser recuperadas en un futuro difícil de prever, habilitando así el derecho de Freud de ser comprendido por las generaciones venideras en aspectos que aún son

difíciles de pensar para nosotros–. Estas últimas dos afirmaciones, aparentemente contradictorias, forman parte del movimiento inevitable del pensamiento, otorgándonos el derecho a desprendernos de aquello del pasado inmediato que consideramos perecido, y dejándonos librados en el futuro a sufrir el mismo destino e incluso a que gran parte de lo desechado pueda ser recompuesto de otro modo, pero nunca del mismo –ésta es la diferencia entre el pasado a rescatar y lo viejo a desechar–.

LA NECESIDAD DE UNA PUESTA A PUNTO DE LA TEORÍA PSICOANALÍTICA ACERCA DE LA HOMOSEXUALIDAD

A partir de este movimiento de entrecruzamiento conceptual que hemos abordado, de modo circunscripto, desarrollaremos algunas ideas sobre la cuestión de la homosexualidad, ciñéndonos sólo a aquellos aspectos que consideramos plausibles de ser repensados según nuestra experiencia clínica y cultural.

En primer lugar, es necesario marcar cómo ha progresado nuestro conocimiento al respecto desde los tiempos en que fueron escritos *Tres ensayos de teoría sexual*[1] o incluso ese apasionante texto que conocemos como "La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna".[2] Y si bien en ninguno de estos trabajos aparece bajo la pluma de Freud esa afirmación –sostenida con presunción y prejuicio en el ámbito psicoanalítico– que liga homosexualidad y perversión, y su pensamiento parece mucho más avanzado que el de algunos colegas que aún hoy hacen un marcado ejercicio de homofobia,[3] es indudable que ni su entorno cultural

1. Freud, S. (1905): *Tres ensayos de teoría sexual*, AE, vol. 7.

2. Freud, S. (1908): "La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna", AE, vol. 9.

3. Hay que señalar que no es menor el ocultamiento que rige en las instituciones psicoanalíticas respecto a esta cuestión, fundamental-

ni su práctica clínica le han permitido acceder a un conocimiento más acorde con la realidad de la homosexualidad.

Para el psicoanálisis –afirma en *Tres ensayos*– ni siquiera el interés sexual del hombre por la mujer es algo obvio, sino un problema que requiere esclarecimiento. Idea extraordinaria que, al cambiar el orden de los interrogantes, llevará a que la pregunta por formular ya no sea "¿por qué alguien es homosexual?", sino, de modo más general: "¿qué es lo que lleva a un ser humano a realizar una elección de objeto?", sea ésta heterosexual u homosexual.

La respuesta, sin embargo, no puede desprenderse de las limitaciones que tiene *no ya una ideología obsoleta sino, fundamentalmente, un obstáculo intrateórico: la ausencia de una teoría de la masculinidad que dé cuenta de la sexualidad masculina en términos menos preformados.* Señalamos a lo largo de estas páginas cómo hemos visto al psicoanálisis oscilar alrededor de hipótesis tales como aquella que remite a la bisexualidad constitutiva (concebida en ciertas partes de la obra como de origen innato, como una disposición natural, y en otras como efecto del carácter del complejo de Edipo, de sus vicisitudes y desenlaces), al modo de atravesamiento de la vida pulsional por experiencias traumáticas, a las vicisitudes de la libido a través de su recorrido por los caminos de la realización o del rehusamiento (*versagung*); e incluso, a uno que otro deslizamiento sorprendente que no podemos considerar sino como lealtad a los prejuicios científicos dominantes más avanzados de su tiempo: la elección de objeto sexual como efecto de una atracción que debe ser considerada, en el fondo, de carácter puramente químico.[4]

---

mente en Europa y América latina, en las cuales se hace gala, una vez más, de los mismos métodos que han ejercido las llamadas por Freud "masas artificiales", la Iglesia y el Ejército, esto es: la hipocresía y el ocultamiento de la diversidad sexual de sus miembros.

4. Véase Freud, S. (1905): *Tres ensayos de teoría sexual, op. cit.*, pp.

Sin embargo, posiblemente lo que más puede sacudir a un lector atento es ver el modo como la escritura progresa, en el marco de sus contradicciones, cuando intenta superar las nociones comunes de la moral del entorno. Así Freud puede considerar –de un modo hoy difícilmente sostenible–, por un lado, que el uso de los genitales en su contacto con las mucosas labiales es del orden de la perversión, para afirmar por otro lado, unas líneas después, que si es el asco lo que determina el pudor y ubica la felación en el orden de la perversión, no debemos olvidar que los genitales del otro sexo pueden ser objeto de asco, lo cual constituye una conducta característica de los histéricos (produciendo así un movimiento en el cual el asco pasa de ser un componente de la vida sexual normal, a constituir un aspecto patológico de la vida sexual del neurótico).

En *Tres ensayos*, con objeto de hacer estallar la teoría asentada de la sexualidad, al exponer la hipótesis central de que no existe soldadura entre la pulsión y su objeto, la escritura se interna inevitablemente en una discusión contra los prejuicios de la época respecto a aquello que sus contemporáneos consideran, en sentido estricto, del lado de la "naturaleza humana". Y la honestidad intelectual de Freud realiza múltiples piruetas en aras de demostrar la diferencia entre homosexualidad y perversión, en un entorno prejuicioso y culturalmente pobre en este punto, que lo lleva a realizar afirmaciones del siguiente tipo:

> Mientras que las personas cuyos objetos sexuales no pertenecen al sexo normalmente apto para ello [siento, personalmente, cierto pudor al reproducir estos párrafos sin dejar asentado mi malestar por el uso de esta terminología: "normalmente apto..."] vale decir los invertidos, se presentan al observador como una colectividad de individuos quizá valiosos en todos los demás aspectos, los casos en que se esco-

131-132, nota 13, en particular el agregado de 1915, que afirma el carácter universal de la homosexualidad inconciente.

gen como objetos sexuales personas genésicamente inmaduras (niños) parecen de entrada aberraciones individuales.

Sólo por excepción son los niños objetos sexuales exclusivos; casi siempre llegan a representar este papel cuando un individuo cobarde e impotente se procura semejante subrogado o cuando una pulsión urgente (que no admite dilación) no puede apropiarse de un objeto más seguro y más apto.[5]

En este párrafo se trasluce la indignación por el abuso sexual de los niños ("individuo cobarde e impotente"), cuestión que se sostiene como teoría de la causación traumática de la patología psíquica a lo largo de toda la obra.

La definición de la perversión se abre centralmente sobre dos rubros: el de las "transgresiones anatómicas" y el de las demoras o "detenciones" en las relaciones intermedias con el objeto, es decir, en aquellas formas de satisfacción de las pulsiones parciales que no culminan en la genitalidad. De ellas, la primera relevada por Freud es la *sobrestimación del objeto sexual*, la cual no sólo es la fuente de una ceguera lógica –que conoceremos más adelante bajo el concepto de idealización– sino que constituye un factor decisivo en la intolerancia de la restricción de la meta sexual a la unión de los genitales y "contribuye a elevar quehaceres relativos a otras partes del cuerpo a la condición de metas sexuales".[6]

La importancia de este factor de sobrestimación sexual puede estudiarse mejor en el hombre, cuya vida amorosa es la única que se ha hecho asequible a la investigación, mientras que la de la mujer permanece envuelta en una oscu-

5. Freud, S., *ibid.*, pp. 134-135.

6. Cuestión que ilumina un párrafo escrito algunos años después para el texto de "La represión", en la *Metapsicología*, que afirma que la sobrestimación amorosa del objeto hace caer represiones. En la *Metapsicología* Freud dice al respecto: "El enamoramiento consiste en un desborde de la libido yoica sobre el objeto. Tiene la virtud de cancelar represiones y de restablecer perversiones. Eleva el objeto sexual a ideal sexual" (vol. XIV, p. 97).

ridad todavía impenetrable, en parte a causa de la atrofia cultural, pero en parte también por la reserva y la insinceridad convencionales de las mujeres.[7]

En esta última afirmación se produce un desliz que, más allá de la irritación que pueda generar desde el punto de vista ideológico, implica el desmedro de sostener un error metodológico persistente: la universalización y transformación en categoría de un rasgo dominante en cierta época histórica cuyas determinaciones específicas se desconocen en aras, precisamente, de su generalización abusiva.

Coagulación y pobreza teórica, prejuicio clínico posterior, tal vez el mayor problema radique en que del prejuicio a la reificación no haya ningún sostén que permita considerar a la homosexualidad como una de las vicisitudes posibles de la sexualidad, o rescatar, a partir de su exploración, una ampliación de nuestra comprensión de aquellos modos que consideramos mayoritarios en nuestra cultura y que a partir de ello devienen "normales" –considerando como normal, por supuesto, el lugar que ocupan en una curva estadística los predominantes–.

Por mi parte, comenzaré por diseñar ciertas líneas que operan más como un programa de trabajo sobre el cual aún no me es dado extenderme, pero que puede indicar al lector la dirección de mis preocupaciones.

He desarrollado desde hace ya algunos años las ideas expuestas acerca de las paradojas de la constitución sexual masculina, pero la bibliografía aparecida en los últimos tiempos abre constantemente nuevas fuentes de investigación. Afirmé la hipótesis de que la identificación masculina en términos de sexo (no de género) se constituye por la introyección fantasmática del pene paterno, es decir, por la incorporación anal de un objeto privilegiado que articula al sujeto sometiendo su sexualidad masculina a un atravesamiento, paradójicamente, femenino.

7. Freud, S., *Tres ensayos.. , op. cit.*, p. 137.

En este sentido, así como es imposible el posicionamiento femenino sin pasar por el atravesamiento fálico, la masculinidad sería impensable sin brindarse fantasmáticamente a una iniciación por medio de la cual otro hombre brinda al niño las condiciones de la masculinidad.

Esta constelación fantasmática sufre realizaciones y desplazamientos de acuerdo con las culturas, y se esparce bajo modos diversos. Así, el ritual –que aún se sostiene en muchas culturas– que consiste en acompañar al adolescente incipiente hasta el prostíbulo y participar con él de su iniciación sexual, daba cuenta tanto de la angustia homosexual del padre (sustituido en ciertos casos por el tío en la función de acompañante) como del modo mediante el cual la orgía de machos se excita mutuamente en el ejercicio que sintomáticamente anuda la homosexualidad a su renegación. El preservativo ofrecido por el adulto al niño se constituye así en representante simbólico, metáforo-metonímico, de la cesión del falo, que deberá ser llenado de modo adecuado a las expectativas a través de la erección anhelada. Prueba de virilidad que convalida la pertenencia a la horda masculina, que encuentra el goce real no en el ejercicio genital con la mujer sino en las palmadas aprobatorias y los abrazos calurosos que lo confirman *a posteriori*.

Pero la humanidad ha tenido –y tiene aún– vías menos sofisticadas de construcción de la masculinidad, de puesta en acto del fantasma que la articula. Hemos visto ya cómo en su libro *La homosexualidad en la mitología griega*, Bernard Sergent[8] desarrolla mediante un estudio exhaustivo y cuidadoso de la mitología la hipótesis de que la homosexualidad iniciática en el mundo griego, más que constituir un episodio aislado, tiene un valor humano universal. Nos detendremos ahora en sus características, para extraer nuestras propias conclusiones, ya que es en el punto rela-

8. Sergent, Bernard, *op. cit.*

tivo a cuál es el valor universal donde se sostiene nuestra diferencia o tal vez nuestra profundización en relación con el planteo de Bernard Sergent.

El aspecto de la cuestión que nos interesa remite a las observaciones acerca de la iniciación sexual en Creta, que Sargent retoma de Estrabón de Amasia, autor de fines del siglo II de nuestra era:

> En cuanto a las relaciones amorosas, los cretenses tienen una costumbre muy particular. Pues no es por persuasión como los amantes consiguen a quienes persiguen con sus asiduidades, sino por el rapto [...] El amante anuncia a sus amigos, con tres días de adelanto como máximo, su intención de proceder al rapto. Ocultar al adolescente ansiado por él o no permitirle que se ponga en el camino previsto para el rapto sería, por su parte, el colmo del insulto, pues a ojos de todos ellos significaría que no es digno de pertenecer a un amante de tan elevado rango. De modo que se reúnen y si constatan que el raptor es igual o superior al adolescente en todos los aspectos y particularmente en el rango, le persiguen y se lo entregan, si bien con suavidad y sólo por ajustarse a la costumbre, pues es para ellos una satisfacción confiárselo a fin de que él pueda llevárselo definitivamente [...] En cualquier caso la persecución cesa en cuanto este haya sido llevado al *andreion* de su raptor. Consideran digno de ser amado no al muchacho más hermoso, sino *al que se distingue por su valor y por su corrección* [...] Todos los que han asistido al rapto le acompañan, y tras haber festejado y cazado con él durante dos meses –la ley no permite la retención del adolescente por más tiempo–, vuelven a la ciudad. Entonces el niño recibe como regalos un equipo militar, un buey y un vaso –son los regalos prescriptos por la ley– y además, naturalmente, otros muchos regalos valiosos, hasta el punto de que los amigos del amante tienen la costumbre de contribuir a fin de ayudarle a soportar el peso del enorme gasto [...] Para un adolescente bien formado y de ascendencia ilustre es una infamia no encontrar amante, pues se atribuiría esta desgracia a un defecto de su educación. Por el contrario, se ofrecen honores a los *parastátes*, nombre que se da a los que han sido objeto de un rapto: se les reservan los puestos más vistosos en los lugares públicos y en los estadios y tienen derecho a distinguirse de

> los demás poniéndose la ropa entregada por su amante. Este derecho no se limita únicamente a la época de la adolescencia, pues una vez llegados a la edad adulta siguen llevando una ropa especial a fin de que se sepa de cada uno de ellos que anteriormente ha sido un "glorioso"(*kléinòs)* término que designa entre ellos al *erómeno*, mientras que el *erastes* [quien actúa sexualmente respecto del otro, tanto el marido en la pareja heterosexual como el rol masculino en la pareja homosexual] es denominado *filetor.*[9]

Para quienes proponen, siguiendo la teoría sexual infantil, que el sexo de partida es el masculino, es de hacer notar que, no sólo en la antigua Grecia sino en múltiples culturas, la infancia y la pubertad que anteceden a la iniciación identifican al joven con una mujer, madre o hermana, que deberá abandonarse como identidad para pasar a formar parte de la comunidad masculina.

En todos estos ejemplos que estamos ofreciendo no veremos ni una degradación moral, ni un accidente, ni un vicio, como bien lo señala Bernard Sergent polemizando con quienes así lo proponen, pero tampoco compartiremos su conclusión, que nos parece paradójicamente limitada para el tema que abordamos: la homosexualidad griega, en su opinión, es la variante local de la interpretación social de la sexualidad, cuando afirma que "los hombres, del mismo modo que hablan lenguas diferentes o se casan siguiendo procedimientos variados, escogen en cada cultura su modo de vivir y de definir su sexualidad".[10]

Interpretación irreprochable, en nuestra opinión, desde el punto de vista ideológico, pero limitante en razón de que pierde de vista el hecho central: la iniciación de la sexualidad bajo un modo pasivo, femenino, de recepción del pene de un hombre por parte de otro hombre, es un ritual de acceso a la masculinidad cuyas formas simbólicas pueden

9. *Ibid.*, pp. 15-16.
10. *Ibid.*, p. 62.

tener modos diversos de ejercicio, pero que confirma nuestra hipótesis sobre la complejidad de la masculinidad como un camino que atraviesa, inevitablemente, la feminidad.

Esto no implica que hagamos tabla rasa, en nuestra cultura, entre la homosexualidad fantaseada, la homosexualidad actuada y la homosexualidad asumida. Y es acá donde las diferencias entre las homosexualidades femenina y masculina toman un carácter atravesado por las posiciones de cada uno de los sexos en su articulación originaria.

Puntualicemos algunas cuestiones básicas. Es necesario conservar la diferencia establecida en primera instancia por el psicoanálisis entre género y sexo, delimitando su carácter específico en lo que a nuestra teoría compete. Al respecto cabe señalar que el género antecede al sexo en la constitución subjetiva, de modo tal que un niño sabe que es varón o mujer antes de tener alguna noción respecto a la relación que implica esto con el placer sexual, y antes de que esto quede resignificado por la diferencia anatómica de los sexos.

Que a un pequeño varón se lo vista de azul y a una niña de rosa es, por supuesto, una arbitrariedad cultural, pero esa arbitrariedad cultural funda una realidad que se sostiene en una concordancia con un real preexistente, así como la palabra "mesa" es una arbitrariedad que ofrece un soporte a la cosa.

Desde esta perspectiva, las alteraciones primarias de género no pueden ser concebidas por los psicoanalistas como la supervivencia del llamado polimorfismo perverso infantil, dado que si bien éste plantea la coexistencia de mociones contradictorias en la infancia, no altera la dominancia del género previsto como sexo en la propuesta identificatoria que la cultura realiza de modo más estadísticamente regulado.

Por supuesto, la diferencia de género será resignificada, *aprés-coup*, por la diferencia de sexo, y esto marcará zonas de conflicto y de recomposición tópica de las mociones enfrentadas. A esto último se agrega el hecho de

que el género no recubre, *a posteriori*, totalmente la zona de goce que supuestamente corresponde al sexo. Y ello en razón de que las zonas erógenas están marcadas en el cuerpo de la cría humana por el modo como se ejercen las funciones de implantación a partir de los cuidados precoces de un otro humano provisto de inconciente y ajeno a sus propios deseos.

En este sentido, inevitablemente la posición de partida de la cría humana es pasiva con respecto al adulto que ejerce, de modo asimétrico, la disparidad de saberes sobre el goce sexual y que ignora, al mismo tiempo, esta asimetría subsumiéndola, del lado de la conciencia, en la preservación de la vida.

Esta primera etapa de pasividad marca dos caminos diferentes para el niño y la niña. El varón deberá pasar de pasivo a activo con una mujer que, en razón de eso, habrá cambiado de "sexo". Esto implicará un cambio tanto de zona como de objeto, a diferencia de lo que nos acostumbramos a pensar en psicoanálisis como patrimonio de la niña. En razón de ello, el ejercicio de represión de la pasividad insumirá un enorme esfuerzo que tornará más marcados los caracteres de una latencia que fue considerada por el psicoanálisis como patrimonio de todos los seres humanos y cuya instalación en la niña es relativa. De ahí que en el hombre la homosexualidad cobre un carácter diferente del que asume en la mujer.

En la niña, por el contrario, activo y pasivo, en términos generales, se alternan: activa en la apropiación gozosa del cuerpo del hijo, es sin embargo considerada pasiva en la recepción del órgano sexual masculino. Por supuesto, estas categorías son discutibles si ponemos en tela de juicio el carácter activo de la búsqueda sexual de una meta de fin pasivo. Pero dejaremos para otra ocasión el abordaje de esta cuestión.

A partir de estas características de la sexualidad femenina, la homosexualidad cobra en la mujer un carácter diverso al del hombre (al menos tal como se presenta con coherencia entre la teoría que estoy desarrollando y la

observación no sólo clínica sino cultural): puede pasar por períodos de homosexualidad elegida tanto amorosa como sexualmente (incluso con constitución de pareja del mismo sexo de cierta estabilidad), seguidos por un ingreso a la heterosexualidad (con ejercicio del matrimonio y la maternidad) –o viceversa–, sin el nivel de conflicto que encontramos en el hombre. Más aún, la confesión de episodios transitorios juveniles de homosexualidad no cobra en la mujer un carácter tan dramático como en el hombre, e incluso aparece como una vicisitud más de la vida y no como un núcleo pregnante de la sexualidad. Puede ser comentado después de un tiempo de análisis como algo ocurrido en la adolescencia, o en la primera juventud, sin que asuma el carácter estructurante que adquieren los traumatismos sexuales juveniles de los hombres que han padecido episodios de seducción. En la mujer, el padecimiento traumático de mayor calibre parecería estar constituido por la violación, es decir, por la intromisión contra su voluntad de algo en su cuerpo, y no por el carácter masculino o femenino de su portador.

Otra cuestión a la cual no podemos dejar de referirnos remite al hecho de que, por supuesto, la homosexualidad no puede ser abrochada a ningún estadio particular de constitución psíquica ni, correlativamente, a ninguna patología. Sus distintas formas remiten a distintos tiempos y procesos de estructuración, y no puede ser considerada bajo ninguna circunstancia patológica como tal. Existen homosexuales neuróticos, perversos o psicóticos, del mismo modo que ocurre con los heterosexuales.

La teoría de la castración ha impregnado en exceso al conjunto de la especulación psicoanalítica, y debe ser resituada en el lugar correspondiente. La mayoría de los casos de travestismo infantil y de transexualismo que he visto en los últimos años –cuyo número no es desdeñable– tiene más el carácter de restitución de un aspecto fallido identificatorio con el borde de la superficie del cuerpo materno,

sin que implique necesariamente un atravesamiento por la diferencia de sexos, es decir, su estatuto es pre-castratorio. Se trata en ciertos casos de fenómenos de segunda piel, de intentos de engolfamiento en un cuerpo materno a raíz de experiencias primarias fallidas. Por otra parte, no hemos observado los modos de regresión de la elección de objeto a la identificación en niños que han pasado por pérdidas reales –en el sentido banal del término–, sino en aquellos en los cuales una falla primaria del proceso de narcisización materno –de ligazón y *holding*– es resignificado por una pérdida de carácter simbólico: nacimiento de un hermano, separación circunstancial o temporaria.

A su vez, las vicisitudes de la sexualidad infantil ponen de manifiesto los modos de subordinación del sexo al género, y esto se reensambla a partir de la pubertad. Como hemos planteado, podemos decir que en el niño pequeño el deseo de ser mujer no se resignifica sino *a posteriori* como deseo de goce sexual. Por el contrario, un conflicto mayor se plantea en aquellos casos en los cuales, habiendo asumido el niño en lo manifiesto el deseo de masculinidad, el fantasma deseante hacia otro hombre ocupa un lugar importante en el psiquismo infantil, y luego en el del adulto. El conocimiento por parte del analista de una teoría que le permita tomar en cuenta los deseos de masculinización que atraviesan el fantasma homosexual es central para la evolución de la cura.

Una última observación con respecto a las relaciones entre homosexualidad y narcisismo. Indudablemente la teoría del narcisismo está atravesada, desde el texto inaugural de Freud, por la convicción de que el placer producido por la imagen del propio cuerpo es pregnante en las relaciones con las cuales se establece el nexo entre ambos. Y si bien en la observación de cierto tipo de homosexualidad esto parecería ser así, la generalización no sólo es inadecuada sino profundamente errónea.

En primer lugar, porque el pavoneo ante la propia imagen no recubre a todo el mundo homosexual, ni tampoco

es patrimonio sólo de los homosexuales. En este sentido, basta detenerse en el acicalamiento con el cual se constituyen los símbolos mismos del machismo en la cultura: jinetas, medallas doradas, botas lustradas, para advertir que el narcisismo que produce placer con la imagen del cuerpo propio es un ejercicio de muchas castas tradicionalmente consideradas masculinas, y más aún, está tanto al servicio de la conquista del sexo opuesto como de la admiración del propio. Lo mismo ocurre con la belleza femenina: la autocomplacencia por la imagen es hoy uno de los problemas mayores que enfrenta nuestra clínica cotidiana ante los síntomas de destrucción corporal efecto de los ataques autodestructivos con los cuales las histerias se ponen al servicio de los ideales *"fashion"* que los medios imponen.

Considerar a la homosexualidad como "amor a lo idéntico" por la identidad de los genitales me parece a esta altura de una pobreza conceptual estremecedora para la profundidad y grandeza que el psicoanálisis ha demostrado en otros planos. Más aún, los modos de elección narcisista que Freud ofrece –elegir a lo que uno fue, a lo que se querría ser, o lo idéntico– incluyen formas de amor narcisista tanto homosexuales como heterosexuales.

La diferencia de sexos constituye indudablemente un enigma mayor en la constitución subjetiva, pero sería banal a esta altura reducir los enigmas de la vida y la muerte, del sexo y el goce, al único pivote que ésta articula, como si en el rehusamiento a asumir el placer con alguien de otro sexo se anulara toda moción epistémica. Después de todo, tanto para el hombre como para la mujer el enigma mayor lo constituye de partida el cuerpo del otro, en su dimensión de opacidad inquietante, en su angustiante ajenidad.

POSFACIO: LA HORA DE UN BALANCE

Hubo un siglo en el cual se desplegaron todas las esperanzas: desde la propuesta de acabar con la miseria hasta la de expulsar los demonios psíquicos que favorecen la destrucción humana, desde la ilusión de generar una infancia libre de temores hasta la de constituir una vejez sin deterioro, casi inmortal. Hubo también un siglo en el cual se agotaron todas las esperanzas: desde la confianza a ultranza en la bondad humana como límite de toda destrucción hasta el ideal que proponía la alianza entre progreso científico y racionalidad al servicio del bienestar. Hubo un siglo cuyo legado aún no hemos recogido totalmente porque su balance no ha concluido. En ese siglo tuvo su despegue el pensamiento de Lacan.

Que el balance no esté siquiera iniciado no es problema sólo de los psicoanalistas, ni de los restos de dogmatismo que nos quedan, ni de las imposibilidades que nuestras propias teorías generan. Que no sepamos aún qué lugar otorgarle, veinte años después de la muerte de su creador, cien años después de su nacimiento, no es excusa para abstenerse de una evaluación. Estamos marcados por Lacan, y esto es ineluctable; estamos marcados por el afán de universalidad que recogió no sólo de Freud sino de Lévi-Strauss, con el cual se ha intentado combatir toda intolerancia, toda atribución de una diferencia a "las mentes" –primitivas,

occidentales, judías, musulmanas, orientales, negras, centroamericanas, glaciares, bananeras...–. El Edipo nos homogeneiza, y el ingreso a la cultura no pasa ya por la técnica, por la creación artística, por la confianza en Dios, o por los modales en la mesa: basta con tener la prohibición del incesto, y con ello somos todos tan humanos como el mejor.

Si esto no basta para constituir una ética, sí es suficiente, al menos, para dar lugar a la democratización del imperativo kantiano: todo ser humano debe sujetarse a la norma aun cuando no sepa que está atravesado por una ley de cultura, ley que subordina el deseo al bien común. La ética se impone cuando a partir de esta universalidad se introduce el concepto de semejante: el otro que nos convoca, con el cual nos identificamos, y al cual inevitablemente odiamos y amamos, en el marco de una tensión agresiva que constituye el espacio que nos abstiene del aniquilamiento.

Es a Lacan a quien corresponde, por primera vez en la historia del psicoanálisis, poner sobre el tapete esta idea que nunca había sido formulada antes, ni siquiera por Freud: el inconciente no es un producto natural, no se nace con él, no se evoluciona a partir de su existencia preformada; es el hecho de ser hijos de otros seres humanos la condición de existencia del inconciente, tanto en lo que nos habilita para constituir representaciones que no provienen de nuestro bagaje genético y que constituyen el capital de toda inteligencia humana, como en los fracasos de la hominización. Excrecencia que abona el terreno cerebral, en el cual pueden cultivarse los productos del espíritu, el descubrimiento del inconciente es irrenunciable para la humanidad en razón de que arranca de la inmediatez biológica, autoconservativa, poniendo en el centro que la sola existencia del sistema nervioso, tanto en su inacabamiento originario como en su culminación extra-cultura, es absolutamente insuficiente, impotente, desértica, para que de ella pueda surgir la menor formación de pensamiento.

Es Lacan quien restaura, siguiendo a Freud, la relación del psicoanálisis con la cultura, y pone en tela de juicio que su única misión sea la de inscribirse en las artes de la cura. Es Lacan quien establece la relación del psicoanálisis con la filosofía posmetafísica que se propone la desconstrucción del sujeto –desde la filosofía del lenguaje al marxismo occidental, pasando por la fenomenología, la lingüística, la literatura...–. Es Lacan quien articula nuevamente al psicoanálisis con la ciencia, no ya para sostener a éste en el marco de una biología mítica sino a la búsqueda de modelos que funden su especificidad: la física –no ya la hidráulica–, las matemáticas, y en particular la topología, de la cual se sirve en aras de fijar sus descubrimientos a nivel universal: bandas de Moebius, nudos borromeos, matemas, conjuntos...

Cada uno de estos elementos constituye su aporte, pero tal vez también su mayor lastre, cuando el afán de universalidad hace perder de vista que el psicoanálisis se instituye sobre el horizonte de la búsqueda de determinación de las legalidades psíquicas pero que, al mismo tiempo, es imposible su implementación en la determinación de fenómenos si no es a partir del reconocimiento de la singularidad. Más que nunca, "El ascenso a lo concreto", no aquí la aplicación de la ley general sino el descubrimiento del modo como se estructura el ser humano, tanto el movimiento que lo funda como aquel al cual permanentemente escapa, en el borde de la transgresión que lo torna único y que lo define como parte de una especie en la cual lo diferente no es accidente sino esencia misma –si es que aún es posible seguir tironeando alrededor de esta palabra que sólo empleo con afán de sacudir las fórmulas canónicas que definen la esencia sea como lenguaje, como aspiración a lo sagrado o como sujeto social, todas ellas tan acertadas como insuficientes en razón de que toda esencialidad es imposible de ser sostenida, en este caso en virtud de que es el hombre[1] mismo el

1. Empleo aquí el término "hombre" basándome en las palabras de

que crea y define lo que le es esencial, aun cuando lo haga bajo formas sociales, aspirando a algo más que lo autoconservativo, y comunicándose mediante el lenguaje–.

Estas cuestiones se arrastran en el cuerpo mismo del sistema, y constituyen, en el interior de la reformulación fenomenal operada, su mayor lastre tanto para la práctica como para la teoría. Podemos resumirlas de la siguiente manera:

1) El descubrimiento de que el psiquismo humano no está determinado *a priori* por ninguna herencia biológica ni filogenética –pulsión endógenamente constituida o fantasmas universales de cuño lamarckiano– sino que se funda en el interior mismo de las relaciones sexualizantes con el semejante, ha desembocado en un arrasamiento de las posibilidades de cercamiento de su constitución, de reconocimiento de los tiempos reales en los cuales tiene origen, en razón de la dilución de la diferencia entre las condiciones edípicas, de partida, y la nueva estructura de llegada, es decir, el nuevo psiquismo al cual éstas dan origen.

2) La restitución al lenguaje de su función *princeps*, no sólo en el proceso de la cura sino en la constitución del psiquismo –posibilitando una salida de la técnica de la traducción del discurso del sujeto a sus supuestos contenidos universales inconcientes, o restituyendo la libre asociación como método privilegiado del trabajo analítico–, ha producido sin embargo, en un mismo movimiento, dos efectos

---

Castoriadis: él afirmó que es imposible en francés, y también en español, soslayar la cuestión en razón de que no poseemos las categorías diferenciales de "*homo antropus*" para el universal y las de *vir* y *fémina* para el género. Esto me obliga a atenerme al modelo clásico, porque cualquier modificación corre el riesgo de introducir nuevas discriminaciones: hombre-mujer, burgués-proletario, argentinos-extranjeros; categorías binarias que eluden el universal fundante que hace a la categoría de "lo humano".

obstaculizantes mayores: por una parte, ha asimilado el inconciente al preconciente, destituyendo mediante la primacía del significante toda otra posibilidad de simbolización, y con ella la heterogeneidad de un psiquismo que no se reduce a la palabra –aun cuando sólo por medio de ésta pueda ser plausible la producción de significación–.[2] Por otra parte, ha dejado al psicoanálisis "de frontera", con niños y psicóticos, despojado de instrumental en razón de que se desconoce todo aquello que no siendo del orden del lenguaje puede ser desprendido por el mismo y recompuesto a partir de él. La primacía del significante es también la primacía de la lingüística sobre la semiótica, y no es muy claro en el corpus lacaniano si esto es efecto de una elección o de una rivalidad cultural, que lo lleva a tomar partido por Saussure contra Peirce, con el empobrecimiento que representa el desconocimiento de este último, en particular para una práctica psicoanalítica más cercana a lo real – en los límites de las formaciones segundas del lenguaje, y en particular bajo los modos traumáticos con los cuales el psiquismo se constituye y la neurosis se instaura–.[3]

3) El afán de refundar una metapsicología, en el sentido estricto del término, como modelización de paradigmas en los cuales se articula todo conocimiento, sostenida en una racionalidad fuerte y no derivada de la práctica ni del imaginario fantasmático del sujeto en análisis, ha llevado a la confusión entre principios generales del funcionamiento

2. Fue en el Coloquio de Bonneval donde J. Laplanche abrió por primera vez la polémica al respecto, para plantear una perspectiva que en su oposición a la fenomenología restituyera al inconciente su posición de estructura segunda, realista y constituida por una materialidad que no sólo se sustrae al campo de la conciencia sino que se constituye tópicamente más allá de ella.

3. Tal vez sea J. F. Lyotard uno de los pocos que logró romper esta primacía del significante, ya en los años setenta, con *Discurso, figura* (Barcelona, Gustavo Gili, 1979).

psíquico y modos de definición que habiliten la posibilidad de su transformación. El intento, epistemológicamente correcto, de proponer que no existe la "técnica" al margen del campo teorético en el cual ésta se produce, ha desembocado en la subordinación de toda acción práctica al campo de la teoría o incluso de la especulación, lo cual ha quebrado la pata que sostiene al psicoanalista como artesano, es decir, como "artista", dueño de habilidades y herramientas, y lo ha dejado en el aire, apoyado sólo en la extremidad de la "ciencia". En esta misma dirección, la polémica por arrancar al psicoanálisis de su "medicalización", que constituye su mayor virtud, ha culminado en una práctica sin proyecto de transformación, e incluso abstinente de todo compromiso con el dolor del otro. Tan errado desde el punto de vista teórico como inmoral desde el punto de vista de una clínica que opera en el interior mismo del sufrimiento humano.

4) La tripartición en estructuras que posibilitan definir de un modo más riguroso y menos intuitivo el campo de la psicopatología a partir de formas de defensa estructural dominantes –*Verdrängung*, *Verleugnung*, *Verwerfung*, para la neurosis, la perversión y la psicosis– han constituido un ordenador imprescindible. Sin embargo, la cosificación de la estructura como dada de una vez y para siempre, y el desconocimiento de la heterogeneidad que la articula como tal, no permiten hoy avanzar ya que han devenido un lecho de Procusto totalmente insuficiente. Si alguna virtud tiene por otra parte el reconocimiento de estos modos del funcionamiento psíquico, es el hecho de que su dominancia posibilita la determinación de la estrategia de la cura, pero para ello hay que salir del imperialismo del método clásico, que ha devenido, paradójicamente, "técnica" que se aplica al margen de la estructura misma. La libre asociación no es posible sino como modo de emplazamiento del discurso en el sujeto de la represión, es decir, articulado con relación al inconciente, de manera que el reconocimiento del modo

de funcionamiento dominante determina la diferencia entre método psicoanalítico y estrategias de instalación del análisis, las cuales pasan en última instancia por la posibilidad de un sujeto analizante, estructuralmente plausible de análisis, y no por los modos de la demanda, que son del orden de lo imaginario.

5) El emplazamiento de la castración no como vicisitud del desarrollo sino como articulador que alude al reconocimiento de la incompletud ontológica tiene el mérito de des-sustancializar el deseo y, en particular, de arrancar los tiempos de la constitución psíquica de una genealogía de objetos adheridos a etapas o estadios genéticamente preformados. La *impasse* mayor que se arrastra es la regenitalización en psicoanálisis de todo lo que tan trabajosamente ha sido descripto como del orden de la pulsión parcial, al hacer pivotear toda la teoría y la práctica sobre el elemento "falo", alrededor del cual se articulan todos los objetos de deseo. Si adecuadamente Lacan hizo entrar en crisis el concepto de pre-edípico puesto que el Edipo no queda reducido al complejo sino que es resituado como espacio de constitución psíquica, la anulación de la diferencia entre las condiciones edípicas de determinación de la subjetividad y los movimientos por los cuales metabólicamente la cría humana se constituye en su interior ha dejado todo este proceso subordinado a la genitalidad –cómodamente subsumida bajo la premisa universal del falo–, arrasando con ello todo el concepto freudiano de sexualidad ampliada, que es de hecho pregenital en el niño, aun cuando esté atravesada por la genitalidad del adulto.

6) El modelo, constituido como sistema, que tuvo la virtud de producir una impronta fuerte de destitución tanto del pragmatismo como del biologismo previos, se sostuvo sin embargo en una mutilación de la obra freudiana para hacerla entrar al servicio de las necesidades del nuevo

corpus a constituir. Porque más allá de la justeza de muchos conceptos nuevos acuñados por Lacan, no se puede operar como si estuvieran en continuidad con Freud, y sin someter a Freud mismo a revisión. Esta tarea es indudablemente necesaria para hacer entrar en crisis los restos biologistas o innatistas que atraviesan –y no de modo secundario– su obra, y debe ser realizada sin que implique un abandono ni una supresión de las razones que lo llevaron a tomar tal o cual dirección. Si hay un argumento lamentable, que se ha escuchado con recurrencia en estos años, es el siguiente: cuando el texto freudiano no responda a las necesidades teóricas de su lector, éste debe afirmar, de modo impúdico, "lo que Freud quiso decir...", siendo precisamente esta atribución traductiva la que ha sido puesta en tela de juicio, como método general, e invalidada, por el lacanismo mismo –y que retorna en función de la comodidad epistémica o de alianzas políticas, más allá de toda verosimilitud de método o de contenido–.

7) Inevitablemente, en la medida en que la práctica psicoanalítica se establece en el marco de los fantasmas y enunciados de quienes la practican –de uno y otro lado del diván–, sus teorizaciones se ven impregnadas por los modos históricos de producción de subjetividad de los sujetos que la nutren. En este sentido, parte de los descubrimientos de Lacan, que constituyen ya conceptualizaciones importantes de la teoría psicoanalítica en general, merecen ser revisados y despojados de los elementos de la subjetividad del siglo XX que los atraviesan. El descubrimiento de la prohibición de intercambio de goce entre el niño y el adulto no puede seguir siendo denominado "Nombre del Padre", que es en última instancia el modo como se definió, en términos generales, la implementación de la ley edípica en el interior de la familia patriarcal burguesa de Occidente.[4] Esto

4. ¿Cómo conciliar este afán universalista con tal nivel de subor-

va acompañado, inevitablemente, por otros remanentes ideológicos sostenidos en opciones teóricas falsas,[5] y en particular por la asimilación del concepto de estructura del Edipo a la forma que asume en este mismo modelo de familia. ¿Quién puede hoy afirmar sin ruborizarse que es necesario "un padre y una madre" para garantizar la salud psíquica de un niño?

8) Dentro del mismo orden, pero con alcances polémicos de peso en la actualidad, el hacer girar toda la estructuración psíquica alrededor del eje de la asunción de la castración concebida en el marco de la diferencia anatómica de los sexos ha empobrecido el concepto de alteridad en razón de que todo el reconocimiento de la diferencia quedó abrochado a esta última. Las consecuencias son severas tanto para la clínica como para el reconocimiento del psicoanálisis en el campo más general de la producción de ideas del siglo XXI, ya que la estigmatización de la homosexualidad es el

---

dinación sin dejar entrever el pensamiento –hegeliano desde el punto de vista filosófico, colonial desde la perspectiva política– que considera a la Francia de las Luces (con su región negra ensombreciéndola) como la culminación de la historia de la humanidad? ¿Por qué no llamar "metáfora del tío" o "del cuñado", o del "jefe tribal", o incluso, de la "amazona principal", al significante con el cual se introduce la ley de cultura en el hiato que arranca al niño de su captura originaria y lo precipita a la circulación?

5. No puede, de ningún modo, ser destituido un enunciado teórico por razones ideológicas, por muy válidas que éstas sean. En todo caso, será necesario someter el enunciado a la prueba de racionalidad teórica, y ver luego cómo se resuelve su modelización en el interior del sistema de ideas de quien lo trabaja. Lo verdadero no puede ser subordinado a lo justo, pero lo verdadero, por otra parte, es verdadero en el interior de un universo de posibilidades, y no eternamente verdadero o universalmente verdadero, más allá de las condiciones que lo producen. La teoría de la gravedad es absolutamente verdadera, pero no se cumple en el espacio exterior, y la ley de prohibición del incesto entre padre e hija es estructurante, y esto es verdadero al menos en las condiciones de producción de subjetividad que conocemos y dentro de un determinado sector de la humanidad en el cual nos ha tocado vivir.

derivado directo de una teorización que considera que lo diferente es diferencia de sexos, y no modos más generales de determinación de la elección amorosa. Al reducir toda diferencia a "la Diferencia", y luego, en un mismo movimiento, considerar a esta anulación de "la Diferencia" como efecto del desconocimiento de la cástración, la homosexualidad queda del lado de la perversión y el narcisismo concebido como anobjetal, es decir, definido por la imposibilidad de diferenciar al objeto de amor como otro.

Si existió Lacan en un siglo que valió la pena vivir, falta aún al psicoanálisis redefinir los términos con los cuales se insertará en la historia que comienza. Tanto su capacidad de hacer frente a nuevos problemas como la confianza decisiva en su fecundidad son motivo de los párrafos que anteceden. No hay en ellos, indudablemente, la menor propuesta de una agenda de debate para la realización de un balance, pero sí la convicción de que la herencia teórica debe ser resguardada de sus mayores riesgos: su dilución en el interior de un campo precarizado material y teóricamente, así como su enquistamiento empobrecedor a partir de la ausenia de un pensamiento crítico que la remoce. La restauración histórica no viene hoy de la mano de la polémica sino de la dilución de los enunciados que produjeron lo mejor del pensamiento que hemos recibido: soslayar a Lacan, como soslayar a Marx, son las formas larvadas del autoaniquilamiento de los intelectuales. Al mismo tiempo, señalemos el desmedro que opera tanto el lacanismo dogmático como el marxismo anquilosado para abrir paso a un real rescate de las posibilidades que cada pensador encierra. Someter a discusión la vigencia de la herencia teórica recibida es el primer paso para comenzar nuestra propia recomposición ante las difíciles condiciones imperantes.

La prestigiosa psicoanalista Silvia Bleichmar se ocupa en este libro de un tema que, durante mucho tiempo, fue "dado por sentado": la constitución de la sexualidad masculina. Al lado de su contraparte femenina –que resultaba mucho más incomprensible y misteriosa para los padres del psicoanálisis– la forma en que un niño deviene hombre parecía sencilla y evidente, y despertó menos atención. Pero los tiempos que corren –con sus escenarios confusos habitados por actores heterosexuales, homosexuales y transexuales, por familias clásicas, reconstituidas y monoparentales, por mencionar sólo algunas de las constelaciones posibles– reclaman a todas luces herramientas nuevas para trabajar este pasaje complejo y lleno de ambivalencias.

Lúcida y sin dogmatismos, la autora se propone cuestionar las enseñanzas recibidas del psicoanálisis, para reformular la teoría de la castración y del complejo de Edipo con vistas a permitir una recuperación de lo más fecundo del psicoanálisis en el siglo XXI. No lo hace con afán de generar un debate rápido y superficial, sino desde una postura de "madurez crítica" que busca recuperar el entusiasmo, reiniciando el camino "sobre la base de revisar, separar, descartar y recuperar en nuevos desarrollos lo que ya tenemos". Como ella misma dice en el prólogo, se trata de "empujar la teoría hasta el límite y barrer las migas del prejuicio", apoyándose siempre en un bagaje insoslayable de respeto y conocimiento.

Así, Bleichmar revisa teorías heredadas, recoge estudios antropológicos sorprendentes y recurre constantemente a su propia experiencia de consultorio para elaborar una hipótesis original y polémica sobre la constitución de la masculinidad. Coloca lo que hasta ahora era catalogado como mera "fantasía homosexual" en un lugar fundamental, echa nueva luz sobre los rituales de masculinización, resitúa la asimetría constitutiva entre el niño y el adulto y ofrece otra mirada sobre las posibilidades de subjetivación. Todo esto, sin dejar de lado la perspectiva ética que, a su juicio, debe acompañar toda reflexión sobre un tema tan central. Un libro crítico y abierto que sienta las bases para las discusiones que, sin duda, marcarán el siglo XXI.

Silvia Bleichmar, doctora en Psicoanálisis por la Universidad de París VII, psicoanalista y ensayista, es docente de posgrado en universidades del país y del exterior. *En los orígenes del sujeto psíquico*, *La fundación de lo inconciente*, *Clínica psicoanalítica y neogénesis*, *Dolor país* y *La subjetividad en riesgo* son sus libros más relevantes hasta el presente.

Paidós
Psicología
Profunda
251

www.paidos.com
www.paidosargentina.com.ar
ISBN 950-12-4251-X
10251
9 789501 242515